

Los
GALEONES
del **REY**

José Calvo Poyato

Lectulandia

Corre el año de 1646, y los galeones de la Flota de Indias llegan finalmente a Sevilla desde el otro lado del Atlántico. A bordo, además de una fabulosa carga de oro y plata, traen la peste. O eso dicen los rumores...

En la Sevilla de mediados del siglo xvii, el acceso a la información veraz y el poder que emanaba de ésta eran un bien tan codiciado como lo es en nuestra época. En esta apasionante novela, el duque de los Alcores, uno de los miembros más conspicuos de la rancia y cerrada casta que configuraba la aristocracia sevillana, encabeza en abril de 1646 una conspiración de altos vuelos.

Para conseguir sus propósitos los conspiradores confían en difundir con éxito el rumor de que los galeones llevan en sus entrañas una epidemia de peste que ya ha causado estragos en las ciudades de la costa gaditana. Por un cúmulo de circunstancias el doctor Diego Ruiz de Acevedo, un experimentado galeno, y su amigo y compañero de cuitas Jerónimo de Loaysa, el mejor maestro imaginero de Sevilla y autor de algunas de las tallas más veneradas del reino, habrán de enfrentarse a los conspiradores que capitanea el duque. Y en medio de todo ello, la historia de un amor imposible.

Lectulandia

José Calvo Poyato

Los galeones del rey

ePub r1.0

Mangeloso 06.12.13

Título original: *Los galeones del rey*
José Calvo Poyato, 2002
Diseño/Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

1

Mucho antes de las seis de la tarde, que era la hora fijada en la convocatoria para el acto, numerosos hermanos de la cofradía de la Santa Caridad ya se habían congregado en la capilla donde tenía su sede la piadosa institución. Existía la expectación de las grandes solemnidades. Colaboraban a ello los comentarios que algunos miembros de la junta de gobierno de la cofradía —los únicos que habían tenido la posibilidad de conocer la obra durante su ejecución— habían difundido a los cuatro vientos: lo que estaba saliendo de las manos del maestro Jerónimo no tenía comparación con nada visto anteriormente.

Poco después de que diesen las seis en el reloj de la vecina iglesia del Salvador, llegaron a la irregular plazuela que se abría ante la fachada de la capilla el hermano mayor, don Juan de Manara y el consiliario de la cofradía, párroco de la mencionada iglesia, acompañados del ecónomo de la catedral. Cuando entraron, el templo estaba abarrotado por la masiva concurrencia de cofrades a la que se había sumado un número no despreciable de curiosos que no querían perderse el acontecimiento. En el presbiterio, en la parte de la epístola, había unas andas sobre las que estaba colocado una especie de tabernáculo tapado por sus cuatro lados con paño negro y rodeado de numerosas candelas. Allí les esperaba un hombre de estatura más que mediana, enjuto de carnes y de elegancia innata. En su rostro, enmarcado por media melena castaña, destacaban unos finos y atusados bigotes a juego con una perilla, apenas esbozada. Vestía calzas y jubón negro, medias también negras y brillantes zapatos del mismo color. La única concesión al adorno eran los encajes de su blanca camisa que asomaban por puños y cuello. Tendría treinta y cinco años. Jerónimo de Loaysa era maestro imaginero con taller abierto en la calle de la Muela, en la collación de la Magdalena, en la ciudad de Sevilla.

Después de un breve saludo, no exento de corteses manifestaciones, hubo un intercambio de palabras entre Manara y el escultor, momento que los dos clérigos aprovecharon para entrar en la sacristía y revestirse con los ornamentos litúrgicos adecuados para la ocasión.

Tras la misa y un breve sermón, don Juan de Manara y el oficiante procedieron a descolgar los lienzos que hasta aquel momento habían ocultado la imagen a las miradas de los presentes.

Cuando cayeron los faldones apareció, impresionante, la figura de un Cristo al que por acuerdo del cabildo de la hermandad se conocería con el nombre *De la Buena Muerte*. Por todas partes se elevaron exclamaciones de admiración. A la luz de las velas la imagen resultaba sobrecogedora. En medio de la creciente agitación de la concurrencia —con dificultad se mantenía en los lugares que ocupaba—, el párroco del Salvador procedió a su bendición. Apenas habían concluido las oraciones cuando

se desbordó la contenida emoción que embargaba a los presentes.

Todo eran alabanzas. Pocas veces se había alcanzado el reconocimiento, la fama y la celebridad a tan temprana edad. Jerónimo de Loaysa era el maestro, por definición, en los ambientes artísticos sevillanos.

Al creciente murmullo siguió una atronadora ovación que surgió espontánea entre los hermanos de aquella congregación religiosa que se encargaba del entierro de los desgraciados que abandonaban este mundo sin tener a nadie que se preocupase de dar cristiana sepultura a sus restos mortales.

—¡Santo Dios, solo le falta hablar! —decía uno.

—¡Parece que está viva! —comentaba otro.

La visión que daba lugar a estas expresiones, en una ciudad donde las imágenes religiosas tenían una larga tradición, era un Cristo crucificado en el momento de expirar. No era fácil en Sevilla despertar tales alabanzas y mucho menos tanta unanimidad. Todos sabían de la habilidad y dotes artísticas del maestro Loaysa. El mismísimo cabildo catedralicio, tan exigente y escrupuloso en esta materia, había encargado al imaginero una talla de Nuestra Señora de las Angustias, que había obtenido un beneplácito generalizado. Todos se rindieron ante su famoso *Cristo de la Clemencia*, sin duda la más singular de las obras del artista hasta la fecha.

En las manos y en los pies lacerados de aquella figura latía la vida. Los huesos parecían romper la piel que los contenía y que estaba a punto de estallar por el esfuerzo de un cuerpo martirizado. Por las venas, hábilmente trazadas, se percibía la escasa vida que por ellas circulaba. La mortecina encarnadura de aquellas extremidades hablaba del sufrimiento y de la tortura; de la vida que se le escapaba en aquel momento. El rostro reflejaba la dureza del maltrato recibido, la expresión de su boca entreabierta, marcada por un rictus de amargura, era compatible con la fuerza de una mirada dramática. Aquel Cristo sería bautizado como De la Buena Muerte, pero era un Cristo terrible.

Don Juan de Manara asistía impávido a los exaltados comentarios de la concurrencia. Todo era ya una pura reiteración. No se encontraban nuevos epítetos que calificasen la obra del más afamado de los imagineros sevillanos quien, sin duda, había encontrado ayuda del Todopoderoso a la hora de dar forma a aquel prodigio que, con toda seguridad, en muy poco tiempo habría de concentrar la devoción de los sevillanos. Esperó largos minutos hasta que consideró llegada la hora de dirigir la palabra a los allí congregados. Carraspeó dos veces, más como fórmula para llamar la atención que por necesidad, y comenzó a hablar con una voz tan potente y profunda que no guardaba relación ni con lo diminuto de su cuerpo ni con lo avanzado de su edad.

—Hermanos de la Santa Caridad... hermanos de la Santa Caridad, me llena de alborozo y satisfacción percibir el general beneplácito con que habéis acogido la

imagen de Cristo Nuestro Señor que acabamos de exponer ante vosotros. Es deseo de la Junta de Gobierno de nuestra piadosa cofradía hacer merced y reconocimiento público de nuestra gratitud al maestro Loaysa, de cuyas manos ha salido tan grandiosa maravilla. Sin duda alguna, Dios Nuestro Señor ha dirigido su talento y su habilidad para lograr que su santo nombre sea ensalzado y reverenciado a través de esta obra. Por acuerdo de nuestra Junta de Gobierno se entregará al maestro Jerónimo un estipendio adicional de ochenta ducados como reconocimiento a su labor y muestra de agradecimiento. —La decisión fue acogida con murmullos de asentimiento entre los presentes—. Sin embargo, para no gravar los recursos de nuestra santa congregación, el hermano Pedro Corzo y quien en estos momentos os dirige la palabra hemos aportado por partes iguales la mencionada suma. —Los murmullos de asentimiento, que apenas habían cesado, se reprodujeron nuevamente con mayor intensidad.

En ese momento don Juan de Manara sacó de su jubón una taleguilla de cuero y se la dio a Loaysa, quien tomó el dinero con una cortés inclinación de cabeza.

—Para concluir este sencillo acto de piedad —continuó Manara—, he de manifestar nuestro reconocimiento al reverendo consiliario de nuestra cofradía y al señor ecónomo de nuestra Santa Iglesia Catedral por habernos acompañado en tan importante y solemne acontecimiento. Asimismo, convoco a todos los hermanos a concurrir al quinario que a partir de mañana se celebrará en esta, nuestra capilla, en honor del santísimo *Cristo de la Buena Muerte* y a la procesión general que, con asistencia del señor arzobispo, tendrá lugar el día de la conclusión de dicho quinario, la cual seguirá el itinerario que es costumbre en las estaciones que las sagradas imágenes recorren por nuestra ciudad cuando son sacadas a la calle para recibir pública veneración. Que Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre tengan piedad de nosotros.

Una atronadora ovación cerró sus palabras. A la vez que sonaban los cerrados aplausos, la contenida agitación que había en el sagrado recinto desde el momento en que fueron descorridos los paños que cubrían la imagen de aquel imponente Crucificado se convirtió en un bullicio porque todos los presentes deseaban ver más de cerca la maravillosa escultura. La pequeña cancela que cerraba la reja que aislaba el presbiterio fue abierta y, casi en tropel, los presentes se agolparon sobre ella. Algunos acudieron a saludar a Manara, pero la mayoría se aproximó a contemplar la imagen que tanto revuelo había levantado y hasta hubo quien cayó de hinojos ante aquel Cristo de mirada terrible y comenzó a sollozar. Otros se acercaron, con devota expresión, a rendir pleitesía a los representantes del clero, quienes se habían situado en el presbiterio junto al altar mayor, adoptando una posición de distante autoridad.

En medio de la pequeña confusión que la apertura de la cancela había producido, fueron muy pocos los que se percataron de la llegada de dos alguaciles que buscaban

con mirada ansiosa. A causa del gentío allí congregado, tardaron cierto tiempo en encontrarlo. Por fin, se dirigieron hacia su objetivo, que no era otro que don Pedro de Mexía, uno de los caballeros *veinticuatro* de la ciudad, le saludaron ceremoniosamente y le entregaron una cedula en la que podían verse las armas de Sevilla. Uno de los alguaciles murmuró unas palabras al oído del capitular sevillano. Fueron dichas tan bajo que nadie, pese a la proximidad de algunos, oyó nada. Don Pedro puso cara de extrañeza y preguntó con dureza al alguacil:

—¿Estáis seguro de ello?

—Completamente, señor; son órdenes de su excelencia el asistente. Se nos ha indicado lo que acabo de comunicar a vuesa merced. —Diciendo esto, miró de forma ostentosa al papel que acaba de entregarle.

—¿Algún problema, don Pedro? —preguntó Jerónimo de Loaysa con más cortesía que interés.

—No, no, ninguno. Solo que me temo que habré de ausentarme mucho antes de lo que tenía previsto.

Mexía hizo un aparte, rompió el lacre de la cedula y leyó su contenido. El mismo debía corroborar las palabras que le había susurrado el alguacil, porque, sin perder un instante, el *veinticuatro* se despidió.

—Os reitero mis parabienes, Loaysa; habéis realizado un trabajo verdaderamente extraordinario. —Diciendo esto, Mexía recogió su larga capa sobre el brazo izquierdo, compuso el ademán y se marchó discretamente del lugar.

Una vez en la calle —todavía quedaba un rato de luz y eran muchos los que transitaban por las vías públicas—, el capitular sevillano acomodó el paso al modo y ritmo que correspondía a una persona de su categoría, escoltado por los dos alguaciles que le acompañaban a una distancia de respeto que, sin embargo, no impedía una posible conversación. Había recorrido poco más de un centenar de pasos cuando preguntó a sus acompañantes:

—¿Conocen por ventura la razón de esta urgencia?

—En absoluto, señor —quien respondió a su pregunta fue el alguacil que le había hablado en la capilla—; lo único que sabemos es que su excelencia ha ordenado que se os localice a vos y a los *veinticuatro* don Luis de Alcocer y don Juan de Acuña para que acudan a las casas del cabildo con la mayor urgencia posible. También sabemos que se ha convocado al jurado Juan de Osuna y a un canónigo de la Santa Iglesia Catedral. No podría precisaros quién, pero quizá se trate del vicario general.

—¿Por qué lo suponéis?

—Porque he escuchado, señor, que su excelencia había planteado la posibilidad de que fuese el señor arzobispo quien acudiese a esta reunión. Pero ha tenido que desistir de su empeño porque su ilustrísima no se encuentra en la ciudad. No regresará hasta dentro de unos días.

—¿Tanta es la urgencia que no admite demora hasta mañana? —Mexía había expresado un pensamiento en voz alta.

—Lamento no poder dar a vuesa merced ninguna razón más sobre este asunto —apostilló el alguacil, que consideró una falta de cortesía no responder.

Don Pedro de Mexía arrugó el entrecejo, torció el gesto y avivó el paso. La falta de información parecía preocuparle. Nada bueno podía barruntarse de aquellas prisas y, desde luego, no era habitual que se efectuase una convocatoria, a no ser que hubiese acaecido un suceso de envergadura. Entendía que lo más grave de todo era que el asistente hubiese solicitado la presencia de un miembro del cabildo eclesiástico, sin una consulta previa.

La temperatura era agradable en aquel comienzo de la primavera. Atrás habían quedado los fríos del invierno que, en todo caso, en la capital andaluza no eran extremosos; bastante peores eran las calores del tórrido verano que apretaban sin misericordia, sobre todo en los meses de julio y agosto. A pesar de la calidez de aquel limpio atardecer, don Pedro de Mexía había empezado a sudar de forma copiosa. Notaba cómo poco a poco se le empapaba la ropilla de fina batista de Flandes que llevaba bajo el rico jubón acuchillado. Cuando llegó a las casas del cabildo hispalense, coincidió a la entrada de ellas con don Juan de Acuña, otro de los regidores convocados.

El edificio que albergaba el ayuntamiento sevillano era un hermoso inmueble plantado en medio de dos plazas. Estaba inconcluso y la que era su fachada trasera, la que daba a la plaza de San Francisco, ofrecía una primorosa y minuciosa labor en la piedra de los arquivadas y las columnas, del estilo que algunos llamaban plateresco. Se comenzó a labrar cuando la ciudad vivía los años esplendorosos del auge del comercio indiano, en que un bosque de mástiles llenaba el Arenal y se extendía a lo largo del Guadalquivir hasta donde alcanzaba la vista —tal era el número de bajeles que allí arribaban—. Eran asimismo los años en que grandes familias de mercaderes, procedentes de los más variados rincones de Europa, se instalaban en la ciudad, rivalizando con la aristocracia de siempre en sus afanes de lujo y ostentación, palpables en las palaciegas mansiones que por todas partes se levantaban en un juego de competencias que causaba la admiración de todos los que vivían o visitaban la ciudad. Eran, en fin, los años en que al calor del oro y de la riqueza acudían gentes que deseaban prosperar en sus negocios, embarcarse en alguna de las flotas que rendían viaje al otro lado de la Mar Océano o que buscaban triunfar en un mundo tan abigarrado como aquél, donde toda picardía tenía acomodo. Aquel flujo de gentes tan variopintas había hecho que en pocos años la ciudad se convirtiese en una de las mayores urbes de la cristiandad. En aquella época el dinero corría más alegre que de un tiempo a esta parte, permitiendo empresas y empeños mucho mayores que en el momento presente. Una muestra palpable del cambio se encontraba en la paralización

de las obras de exorno de aquellas casas capitulares, porque el cabildo no tenía posibles con los que acometer su culminación. El del ayuntamiento era solo un ejemplo que podía verse repetido en numerosos lugares. Pese a las dificultades, Sevilla era todavía una ciudad opulenta.

En la entrada les aguardaba el portero mayor, quien les acompañó hasta la planta de arriba, donde estaba instalado el despacho del asistente y la antecámara correspondiente. Allí se encontraban ya el tercero de los regidores convocados, don Luis de Alcocer, y el jurado Osuna. Solo faltaba por llegar el vicario eclesiástico.

Tras los saludos de rigor, los cuatro miembros del cabildo —tres de la poderosa aristocracia local y un representante popular— formaron corrillo, sin que ninguno de ellos supiese nada acerca de aquella urgente convocatoria. En sus rostros se reflejaba cierta inquietud. El portero les había informado de que su excelencia les recibiría cuando todos los convocados estuviesen presentes. Aquello obligó a los capitulares a una larga espera porque la dignidad religiosa convocada tardó en llegar. Empezaban a impacientarse cuando el portero anunció la presencia del eclesiástico. Venía acompañado de dos clérigos adustos y ensotanados, que flanqueaban a quien ejercía en aquellos momentos las funciones de prelado diocesano.

—Su reverencia ilustrísima el señor don Baltasar de Sandoval, vicario general de la archidiócesis —gritó con voz campanuda el portero, como si se dirigiese a una muchedumbre.

Don Baltasar era hombre de recia complexión y gran estatura. Su cuerpo emanaba una fuerte sensación de poder y fortaleza a lo que sin duda contribuía el elevado rango que le confería su posición en el cabildo catedralicio. Pese a la robustez de su imagen, se desplazaba con una notable agilidad. Entró en la antecámara como una especie de torbellino, sensación a la que colaboraba el ondulante vuelo de su capa.

Los capitulares interrumpieron su conversación y saludaron con cortesanías reverencias al clérigo. Solo don Pedro de Mexía lo hizo con cierta desgana, como quien ha de cumplir con una obligación poco grata. A la perspicacia de don Baltasar no le pasó por alto la actitud del seglar, quien días atrás había mantenido una agria polémica con miembros de la Compañía de Jesús a cuenta del funcionamiento de la mancebía pública de la ciudad, que ocupaba todo un barrio, el llamado «Compás de la Laguna», en una de las zonas aledañas al Arenal, cerca del Guadalquivir.

—Supongo que su señoría tendrá poderosas razones para habernos citado de esta forma y con estas prisas. —La voz del vicario tronaba como si estuviese subido en el púlpito y con la seguridad de quien se cree en posesión de una verdad indiscutible.

—En efecto, reverencia —sonó la voz desde atrás.

Todos se volvieron hacia el lugar de donde procedían aquellas palabras dichas en un tono sosegado. Era don Román de Guevara, conde de Paredes, gentilhomme de su majestad don Felipe IV y, desde hacía casi dos años, asistente de Sevilla. Era hombre

de avanzada edad, quizá demasiado mayor para desempeñar un cargo de tanta responsabilidad como era el gobierno de una de las más importantes ciudades de la monarquía, pero tenía a su favor una acreditada y larga experiencia en asuntos de gobierno. Era espigado y enjuto, lo cual no quitaba un ápice a la majestuosidad de su porte. Había en él muchas generaciones de aristocráticas maneras, que se percibían con solo una mirada. Conservaba un pelo hirsuto, completamente blanco, que don Román no dejaba crecer más allá de una pulgada. El mismo color tenían sus pobladas cejas, que servían de frontispicio a unos ojos negros y brillantes, de mirada penetrante y vivaz, que el paso de los años no había apagado.

El asistente había hecho acto de presencia, como una silenciosa aparición, justo en el momento en que la atención de los que hacían antecámara se había concentrado en la impetuosa llegada del vicario. Hubo corteses inclinaciones de cabeza a modo de saludo, excepto del eclesiástico, que extendió de forma pomposa su mano para darla a besar a don Román, quien depositó un ósculo en ella mientras la cogía entre las suyas.

Los convocados entraron en el despacho y tomaron asiento según su rango en torno a una mesa rectangular de alargadas proporciones. A la derecha del asistente se colocó el vicario, a la izquierda el más antiguo de los *veinticuatro*s, luego los otros dos caballeros y por último el jurado.

—He mandado llamar a su reverencia y a vuestas mercedes —el tono de voz del conde de Paredes era tranquilo y fluido— de manera tan inopinada porque nos encontramos ante un asunto espinoso, que requiere calma y sosiego por una parte, a la par que decisión y energía por otra. La urgencia de esta reunión se deriva de la propia gravedad del hecho que me ha llevado a convocaros.

Tras las palabras del asistente hubo un momento de silencio expectante en el recogido ambiente de la cámara. Los presentes estaban en ascuas porque continuaban ajenos al asunto que les había reunido. Era extraño que, en una ciudad como Sevilla, uno de los mayores mentideros de la monarquía, nada hubiese trascendido. Ni siquiera los porteros ni los ministriles al servicio del cabildo municipal, cosa extrañísima, tenían conocimiento de aquel asunto.

—Antes de pasar a exponer a vuestas mercedes el asunto, he de proceder a tomaros juramento de silencio acerca de todo lo que se ha de conferenciar aquí.

La inquietud apareció en el rostro de los presentes, pero ninguno de ellos hizo el menor comentario a tan extraordinaria petición. Los *veinticuatro*s se miraron unos a otros con cara de sorpresa. Luego las miradas coincidieron sobre el vicario, quien no se inmutó. Todos estaban enmudecidos.

El asistente señaló una voluminosa Biblia que había sobre la mesa.

—Si os parece bien, señor vicario, podéis comenzar vos.

Con gesto displicente, don Baltasar de Sandoval alargó el brazo y con la punta de

sus dedos tocó el tafilete rojo de las pastas del sagrado libro.

—Juro solemnemente ante Dios Nuestro Señor guardar secreto de todo cuanto mis oídos oigan en esta junta, so pena de la condenación de mi alma si faltare a mi juramento.

Después, uno a uno, todos los presentes, en riguroso orden jerárquico, comprometieron la salvación de su alma. Sus labios permanecerían sellados hasta tanto no fuesen autorizados a hablar por quien les tomaba juramento. Concluida aquella especie de ceremonia, don Román de Guevara se levantó y de una arqueta que había sobre un bufetillo sacó un pliego. Volvió a sentarse y se dirigió a los presentes:

—He recibido este pliego a través de un correo extraordinario y en cifra, lo que pone de manifiesto tanto la urgencia como la discreción y sigilo con que debe ser tratado. He tomado la clave yo mismo y, aunque no soy un experto en descodificación, he efectuado su traducción. Lo envía el factor que representa los intereses de nuestra ciudad en la de Cádiz y sus puertos. Tiene fecha de ayer, 14 de abril de 1646, y lo he recibido hoy a eso de las cuatro de la tarde. Es su contenido, como adivinarán ya vuesas mercedes, el que ha dado lugar a esta junta. Como es mi deseo ni quitar ni poner un ápice al asunto que contiene este papel, voy a dar lectura al mismo. Se caló unas grandes antiparras y comenzó a leer.

2

Caían las primeras sombras de la noche sobre la ciudad y hacía rato que en iglesias y conventos habían concluido los servicios religiosos del día. Se procedía ya al cierre de las puertas de la muralla y las rondas de vigilancia empezaban sus cotidianos recorridos para mantener el orden y la quietud en todos los barrios de Sevilla. También la mancebía cerraba sus puertas, aunque en algunos de los numerosos burdeles clandestinos de la ciudad, así como en mesones y figones, continuarían los saraos mientras hubiese parroquianos y clientela dispuesta a gastar. Los alguaciles harían la vista gorda si las puertas de la calle permanecían entornadas y el escándalo no provocaba quejas entre el vecindario de los alrededores. Calles y plazas estaban casi desiertas, apenas se veía por algún que otro lugar el deslizarse de una sombra furtiva allí donde un solitario farol, en cuyo interior se consumía un cirio o encontraba abrigo un candil de aceite, proporcionaba una mortecina luz. La mayor parte de esas pobres bujías se encontraban próximas a hornacinas que albergaban una imagen sagrada a la que dedicaban su devoción los vecinos de una calle o de un barrio. Imágenes de vírgenes bajo diferentes advocaciones, imágenes de cristos o de santos. Si aquellos bultos escurridizos no creaban problemas, los alguaciles de las rondas solían pasar por alto su presencia. Hacían como si no los hubiesen visto y de esta forma se ahorraban lo que podía convertirse en un encuentro comprometido o en una reyerta peligrosa. Así fue como, poco a poco, sin ningún encuentro perturbador y sin levantar ninguna sospecha, fueron llegando una serie de sujetos a la casa del duque de los Alcores, don Rodrigo Ponce de León, un hermoso palacio donde se habían combinado los gustos renacentistas con una decoración en la que abundaban los elementos mudéjares, recuerdo de otra época en el pasado de la ciudad.

Era el duque de los Alcores uno de los miembros más conspicuos de la rancia y cerrada casta que configuraba la aristocracia sevillana. La nobleza de su sangre era muy antigua, así como la riqueza de un inmenso patrimonio que se extendía por los cuatro reinos de Andalucía y aun fuera de ellos, donde sus propiedades eran de considerable valor. Las rentas que le proporcionaban eran ingentes, más de ciento cincuenta mil ducados anuales, cuando con menos de cien una familia podía vivir con holgura todo un año. A pesar sus cuantiosos recursos, el balance de sus cuentas presentaba año tras año un resultado tan negativo que alcanzaba ya un saldo estremecedor.

No era ésa la situación patrimonial que recibió don Rodrigo, a quien su progenitor había dejado una hacienda saneada, con un activo en numerario que se elevaba a cerca de los ochocientos mil ducados, herencia de una cuidada administración. Sin embargo, la desmesura y el despilfarro habían sido, desde el mismo momento en que

el actual duque entró en posesión de su herencia y patrimonio, la nota dominante de su actividad. Primero fueron fiestas principescas y celebraciones donde llegaron a servirse en una sola comida hasta seiscientos platos diferentes. Luego vino la pasión por el juego, que le llevó no solo a apuestas sonadas sino a situaciones escandalosas, de las que toda Sevilla se hacía lenguas. A ello se sumaron los dispendios que le suponía el mantenimiento, con un lujo que rayaba en la prodigalidad, de una amante a quien el duque hizo venir de Genova, adonde don Rodrigo había acudido por encargo de su majestad el rey en misión diplomática extraordinaria ante la poderosa familia de los Doria. El duque, concluida su misión, se trajo a la *puttana* genovesa a Sevilla, instalándola como a una reina en una de sus mansiones. Tenía la servidumbre propia de una señora de la más alta alcurnia; entre criados, pajes, lacayos, doncellas, cocheros y músicos, alcanzaban la cifra de treinta personas a su servicio.

No paraban ahí sus excesos. A las celebraciones rumbosas, al juego y al mantenimiento de una amante, se añadían sus visitas a la pública mancebía y a otros burdeles de la ciudad, acompañado de una verdadera corte, con sus correspondientes matones a sueldo, que comía, bebía y fornicaba por cuenta del duque. Hubo noche en la que pasaron de cien los ducados que fue menester pagar para sufragar los gastos de una francachela. Melchor de Páez, el ya anciano administrador de las rentas ducales desde los tiempos del abuelo del actual duque, hombre fiel y leal servidor de la casa de los Alcores, había presentado en diferentes ocasiones la renuncia a su cargo, ante la imposibilidad de cuadrar unas cuentas que conducían hacia un despeñadero la inmensa fortuna familiar de los Ponce de León. Cada vez eran mayores los empréstitos que precisaba solicitar para satisfacer las continuas demandas de dinero del señor duque, cuyos increíbles gastos sacaban de quicio al honorable administrador. La renuncia nunca se materializaba por respeto a los ancestros familiares, a los que se sentía indisolublemente unido y que iban mucho más allá de la relación laboral.

El duque había contraído matrimonio con una dama portuguesa emparentada con los Braganza, la familia de los nuevos reyes de Portugal, la que hacía algunos años se había rebelado contra el dominio de los españoles en territorio lusitano y había convertido a su país en un reino independiente de la monarquía española, aunque el gobierno de Madrid no reconocía su independencia y esperaba la ocasión propicia para ajustar las cuentas a aquellos fidalgos que habían depuesto a la virreina y asesinado al secretario Vasconcelos.

La duquesa, cuyo nombre era Leonor de Mascarenhas, había contraído matrimonio con el duque su marido cuando solo contaba diecisiete años, en la primavera de 1637. Tenía, pues, doña Leonor veintiséis años y se encontraba en la plenitud de su belleza. Sus atractivos eran tan extraordinarios que se ponderaban en

toda Sevilla y nadie en su cabal juicio se explicaba cómo su marido buscaba en otras camas lo que podía ofrecerle con ventaja su mujer. A lo largo de esa década el matrimonio se había ido deteriorando poco a poco, hasta convertir en insoportables las relaciones entre los cónyuges. Habían tenido sus primeros tropiezos pocos meses después de la celebración de la boda.

El atractivo físico de doña Leonor había prendado al duque de los Alcores, quien la conoció en un viaje a Lisboa formando parte de una delegación de la nobleza castellana en el otoño de 1636, visita de cortesía y para estrechar lazos con la aristocracia lusitana. La primera vez que la vio fue en una misa solemne celebrada en la iglesia del monasterio de los Jerónimos, cerca de la orilla donde el Tajo se confunde ya con la inmensidad de la Mar Océano. Don Rodrigo quedó hechizado ante aquella beldad portuguesa de grandes ojos negros y negro cabello, de talle fino y cuerpo esbelto. Aquel mismo día en que la vio en los Jerónimos supo que era sobrina de don Juan, duque de Braganza, que estaba casado con una Guzmán, una Medinasidonia con la que él tenía parentesco. Se valió de ese conocimiento para acercarse a la dama y antes de que la delegación regresase a tierras de Castilla la había pedido en matrimonio, utilizando para ello los buenos oficios del conde de Benavente, jefe de la expedición española.

Nada más regresar a Madrid y concluir la misión que el monarca les había encomendado, marchó a Sevilla para comunicar a sus padres la nueva situación en la que se encontraba y solicitar su bendición. No hubo obstáculos para la celebración de aquel matrimonio que obsesionaba al joven heredero de la casa de los Alcores, quien contaba a la sazón veintitrés años. Las bodas se celebraron en la primavera del año siguiente, primero en Lisboa y después en Sevilla. Pero aquel impulsivo amor se fue con tanta rapidez como había llegado. Antes de que concluyese el año del enlace matrimonial murió, repentinamente, don Diego Ponce de León, su padre, en la flor de la vida. Solo contaba cuarenta y cinco años, con lo que don Rodrigo, único varón engendrado por el fallecido, entró en posesión de los títulos familiares y de la cuantiosa herencia que los mismos llevaban aparejada. Poco después, no había transcurrido un año desde la defunción de su padre, murió su madre de mal de perlesía. A sus veinticinco años, el joven duque de los Alcores era dueño y señor, sin restricción alguna, de una de las mayores fortunas de la monarquía. Podía gastar, si ése era su deseo, casi sin tasa ni medida. Fue entonces cuando el rey le encomendó una diplomática misión, de carácter extraordinario, ante la poderosa familia genovesa de los Doria. Marchó a la corte para posteriormente embarcarse en Cartagena en una flota de galeras reales que habrían de cubrir el trayecto hasta la república italiana. Por aquellos días, a los dos años de matrimonio, su mujer acababa de dar a luz a su primer hijo.

A su regreso a Sevilla, después de trece meses de ausencia, traía en el equipaje a

Angélica Biondi, la amante que lo había cautivado en Genova. Poco después de su llegada a la capital andaluza se produjo la rebelión de Portugal, encabezada por el tío de su mujer. Para don Rodrigo Ponce de León aquello significaba una afrenta tal a su nombre y al de su familia que las ya difíciles relaciones matrimoniales se deterioraron de forma definitiva.

La escena que certificó aquella ruptura tuvo lugar en una fría tarde de invierno. Fue algo terrible.

—¡Sois todos unos desarrapados, unos muertos de hambre. Gente sin ley y sin rey, pero ya... ya os ajustaremos las cuentas! —gritaba el duque de forma acalorada.

—¡Detened vuestra lengua, don Rodrigo, estáis hablando de unas gentes entre cuyos linajes se encuentra el mío! —Cuando doña Leonor se enfadaba, mantenía las distancias con su marido hasta en el tratamiento verbal.

—Me estoy refiriendo a un hatajo de traidores y mal nacidos entre los que se encuentran ¡y muy principalmente, señora mía!, vuestros familiares. ¿¡O es que acaso no es un Braganza ese que se hace llamar Juan IV!?

—Os suplico, Rodrigo, que pongáis medida a vuestras palabras. No se debe insultar así como así a toda una nación.

—¿¡Que muestre medida decís —el duque estaba cada vez más exaltado— ante unas gentes bárbaras, que solo comen bacalao y que faltan a la fe de su palabra y de sus obligaciones para con su rey y señor natural!? ¿¡Que muestre medida ante unos rufianes!?

Fue en aquel momento cuando el tono conciliador de doña Leonor de Mascarenhas cambió.

—¿Acaso os referís —había un dejo de sorna en sus palabras—, cuando los tildáis de rufianes, a aquellos que abrieron a Europa las rutas de las especias? ¿O tal vez a quienes rompieron el ejército castellano en Aljubarrota?

Don Rodrigo soltó una sonora bofetada a su esposa en pleno rostro. Fue tal la violencia del impacto que doña Leonor rodó por el suelo. Una vez caída, el duque continuó golpeándola con una fusta de montar que llevaba en la mano y dándole puntapiés sin reparar dónde asestaba los fustazos y las patadas. La duquesa, sorprendida por aquel arrebató de violencia, solo pudo encogerse y proteger como pudo las partes más vulnerables de su cuerpo. Se acurrucó en el suelo haciéndose un ovillo sobre el que su esposo descargó a placer su ira, hasta que excitado y cansado se marchó, cerrando con un portazo el pequeño gabinete donde había tenido lugar la paliza.

A pesar del dolor que le producía la tunda de golpes que cayó sobre ella, doña Leonor mantuvo la boca cerrada; de sus labios no salió un solo quejido. No quería, por nada del mundo, que la servidumbre de la casa supiese lo que acababa de ocurrir. La duquesa, que en ningún momento perdió la consciencia, se levantó con dificultad,

compuso sus vestiduras lo mejor que pudo y se puso unos guantes para ocultar las manos, que estaban señaladas por algunos golpes de fusta. La cara y el cuello habían resultado indemnes. Todas las señales del castigo recibido quedaban ocultas por el vestido. Salió de la cámara adoptando un aire de dignidad ofendida y se encerró a solas en su alcoba, donde, ahora sí, dio rienda suelta a su dolor.

Solo Isabel de Leiría, que era su dama de compañía, pero sobre todo su amiga y confidente, tuvo conocimiento de lo sucedido. Era Isabel una dama madura, portuguesa también y que había llegado con ella a Sevilla cuando vino a casarse. Más que una doncella, Isabel se convirtió muy pronto en su única amiga. En ella encontraba consuelo ante el abandono, los desaires y los desplantes de su marido y ante el encono con que la recibió el ama de cría de la madre del duque, *mama* Rosario, con quien don Rodrigo tenía una extraña relación de dependencia. *Mama* Rosario venía disfrutando, desde hacía muchos años, el cargo de ama de llaves en la casa y ejercía plena autoridad sobre la servidumbre, a la que tenía sometida a un férreo control. La madre de don Rodrigo, ausente de Sevilla largas temporadas que pasaba en la corte, la había dejado hacer y deshacer a su antojo en los asuntos cotidianos de la casa. Todo pasaba por sus manos y todo se resolvía según su criterio o su antojo. La llegada de doña Leonor, que trató de poner coto a aquella situación, convirtió a *mama* Rosario en su mortal enemiga. Eran muchos quienes opinaban que en el deterioro matrimonial de los duques aquella mujer había desempeñado un papel importante. Con el paso del tiempo, la batalla sostenida por la joven duquesa de los Alcores se convirtió en una clamorosa derrota. Era aquella vieja, oriunda de la Maragatería, quien gobernaba la casa y controlaba a la servidumbre. Solo algunos miembros de ella estaban al lado de doña Leonor. Pero eran pocos y habían de mantener ocultas y en secreto sus preferencias, si querían conservar su trabajo.

Cuando doña Leonor puso a su dama al tanto de lo que había pasado, Isabel se quedó sin habla. Había censurado los amoríos del duque, pero, por lo general, había restado importancia a los mismos, considerándolos cosas propias de la fogosidad juvenil. Había pedido calma y paciencia a su señora, como método para que aquel matrimonio no se deteriorase más de lo que estaba. Sin embargo, nunca hubiese esperado una maldad y villanía como aquélla. Quedó horrorizada cuando, tras consolarla, descubrió que su cuerpo estaba lleno de marcas y moretones. Parecía que doña Leonor hubiese sido azotada como una vulgar ramera.

Buscó con discreción bálsamos y ungüentos con los que aplicarle consuelo, sin que nadie se percatase de ello. Pero su actitud componedora y sus consejos acerca de la paciencia que era menester guardar y que también se extendían a su mala relación con *mama* Rosario desaparecieron de su vocabulario. No es que defendiese una actitud de desafío, pero se guardó mucho, a partir de entonces, de recomendar a su señora actitudes de resignación.

Aquel frío día del invierno de 1641 cerraba una etapa en las relaciones matrimoniales de los duques de los Alcores. Lo que había ocurrido aquella tarde nunca había acaecido hasta entonces. Era mucho lo que doña Leonor había soportado, pero su dignidad, ultrajada por otras vías, no había recibido tamaña agresión. Don Rodrigo se había mostrado desdeñoso con la portuguesa, incluso hasta la desconsideración, además de haberla desautorizado reiteradamente ante la servidumbre en beneficio del ama de llaves. Había temporadas en que apenas le dirigía la palabra, ignorándola por completo. Hacía tiempo que dormían en alcobas separadas, lo que le había permitido introducir en su cama a alguna sirvienta de la casa que le había calentado los humores. En alguna ocasión había llegado incluso a perderle en público el respeto y la consideración debidas con alguna palabra gruesa. Pero jamás hasta entonces había golpeado a su mujer. Era la primera vez que la violencia física aparecía en sus relaciones matrimoniales. Era la primera vez que don Rodrigo pegaba a su esposa.

La tensión, sin embargo, no había concluido aquella jornada. A diferencia de lo que había sido norma de comportamiento en su esposo, aquella noche, cuando regresó a casa más temprano de lo habitual, llamó a la puerta de la alcoba de doña Leonor. Se trataba de una puerta de dos hojas, primorosamente labrada con cuarterones y que se cerraba con una aldaba de hierro. La aldaba estaba echada, atrancando la puerta. La duquesa, extrañada, preguntó quién llamaba. Se quedó de una pieza cuando oyó la voz de su marido, solicitándole el débito matrimonial. Leonor dudó antes de responder, pero al final franqueó el paso a su esposo. Una vez en la alcoba, el duque la despojó del camión y le hizo el amor sin muchas consideraciones. No le importó la actitud pasiva que en todo momento mantuvo su esposa ante los envites de la cópula. Lo que el duque deseaba era un desahogo, sin mayores miramientos. Lo que resultaba extraño era que tuviese aquel deseo. Cuando concluyó el acto carnal, dio dos bofetadas a su rígida mujer, mientras le espetaba:

—¡Putas! ¡Putas lusitanas!

Luego se subió los calzones, de los que no había llegado a desprenderse, anudó el lazo de la camisa que no se había quitado, tomó el jubón y abandonó la estancia.

Aquella noche doña Leonor de Mascarenhas no pudo dormir y pasó largas horas sollozando; cuando logró contener el llanto y serenarse, se juró a sí misma que nunca más aquel malvado volvería a poseerla, ni aun invocando el sagrado derecho que le daba el matrimonio. Tendría que tomarla por la fuerza, tendría que violarla. Se mantendría en aquella decisión, aunque su confesor le indicase otra cosa y pusiese en peligro la salvación de su alma.

Al día siguiente, a pesar de su estado de ánimo, la duquesa desarrolló las actividades previstas para la jornada, entre ellas la de recibir a mediodía la visita de Jerónimo de

Loaysa, quien le presentaría, en barro cocido, una imagen muy especial que le había encargado.

El maestro Jerónimo llegó a la hora convenida y lo condujeron hasta una salita recogida, pero amueblada con gusto exquisito.

—Maestro, la señora duquesa está rezando el ángelus, la espera será cuestión de muy poco. Acomódese vuesa merced como mejor le plazca.

Pese a la invitación, el imaginero prefirió esperar de pie, admirando el mobiliario y los objetos de decoración que adornaban la estancia.

En efecto la espera fue, tal y como le habían anunciado, muy corta. No habían pasado cinco minutos cuando apareció doña Leonor acompañada de su doncella. Jerónimo hizo una cortés reverencia.

—Mis respetos, excelencia.

Doña Leonor extendió una mano enguantada, dándosela a besar.

—Me alegra recibirlos, maestro Jerónimo. Espero que esa alegría se vea acentuada cuando me mostréis vuestra obra. —Al decir esto, la mirada de la duquesa se posó sobre una mesa de tablero circular y diámetro como de una vara, en la que había un pequeño fardo de yute, de formas irregulares.

—También yo espero satisfacer vuestro deseo. Con el permiso de vuestra excelencia...

El escultor sacó una pequeña navaja de un bolsillo de su jubón, cortó las ataduras del fardo y con mano experta desenvolvió el objeto. Una vez descubierto, lo depositó con un cuidado casi reverencial sobre la mesa. Se trataba de una pequeña escultura modelada en barro y policromada, como de media vara, que representaba a san Antonio de Portugal en actitud orante. Después se retiró unos pasos, dejando todo el espacio para su obra.

Era una figura armoniosa, perfecta en sus proporciones y anatomía, trabajada hasta en los más mínimos detalles. El rostro desprendía vida y fervor. Era, pese a su tamaño, una obra de arte, una pieza maestra.

Isabel de Leiría batió palmas de alegría y de su boca salió una exclamación de admiración y júbilo. No pudo contener la impresión que le causaba la imagen de aquel santo oriundo de su país.

—¡Es una preciosidad! ¡Una maravilla!

La duquesa, más sosegada, se acercó a la pequeña escultura y la observó minuciosamente, sin decir palabra, aunque en la expresión de su semblante se dejaba traslucir la satisfacción. Al cabo del rato, miró a Jerónimo de Loaysa.

—Maestro, esto es justamente lo que yo deseaba. Habéis adivinado a la perfección mi deseo cuando os realicé el encargo.

Jerónimo respondió al elogioso comentario con una cortés inclinación de cabeza.

—Me llena de orgullo el haber cumplido los deseos de la duquesa, mi señora.

—¡Qué decís, don Jerónimo, no solo habéis colmado, sino que incluso habéis rebasado las expectativas que tenía cuando os realicé el encargo! ¡Me habéis llenado de felicidad!

Al oír estas últimas palabras el imaginero se conmovió. Miró a la duquesa fijamente a los ojos y, por un instante, doña Leonor sostuvo la mirada del artista. Fue aquélla una mirada fugaz e instantánea, pero fue también una mirada especial. Luego, la portuguesa bajó sus hermosos ojos negros y un ligero rubor le llenó el rostro, acompañado de un temblorcillo en sus labios, que no pasó inadvertido ni a su dama ni al imaginero. Los tres concentraron su atención en la imagen, sin romper la silenciosa armonía que inundaba la estancia.

La magia del momento se esfumó ante la irrupción en el aposento del duque de los Alcores, quien vestía ropas de montar y llevaba, como era habitual, una fusta en su mano. Con formas groseras se dirigió a la duquesa, quien al verle no pudo contener un estremecimiento.

—¡Llevo largo rato buscándoos por toda la casa! ¡Nadie me daba norte de vuestro paradero! —En aquel momento reparó en la imagen que había depositada en el centro de la mesa—: ¡Ya veo, ya veo en qué entretenéis vuestros ocios y gastáis mi dinero! —Señaló con la punta de la fusta y aire displicente la imagen de san Antonio—. Supongo que vos sois el autor de esa figura —indicó, dirigiéndose a Loaysa.

—Permitid que me presente, señor duque, soy el maestro entallador Jerónimo de Loaysa, con taller abierto en la calle de la Muela, en la collación de la Magdalena.

—Decidme, Loaysa, ¿quién os ha hecho el encargo?

Al imaginero le sorprendió la pregunta y miró a la duquesa. Ésta levantó, orgullosa y retadora, la mirada.

—He sido yo.

—¿Se trata de un encargo en firme? —Las palabras del duque sonaban sibilinas.

—En efecto, se trata de un encargo en firme —respondió con energía Leonor.

Mientras Isabel de Leiría se retiraba unos pasos hacia un rincón de la habitación, el escultor asistía atónito a la escena.

—¿A quién representa esa imagen? —Otra vez señaló con la fusta y ademán despectivo la figura.

—Se trata de san Antonio de Portugal, señor duque —respondió el imaginero.

—¿De quién habéis dicho? —En el tono de su voz se apreciaba la cólera del de los Alcores.

—De san Antonio de Portugal, excelencia, también conocido como san Antonio de Padua. —Loaysa no acababa de comprender qué ocurría.

—¡Así que se trata de un portugués!

—Se trata de un santo, si su excelencia me permite la rectificación —indicó Jerónimo con sosiego.

—¿Está bendecida esa... esa figura? —el duque acompañó la pregunta con una malévolamente sonrisa.

—No, excelencia, no lo está. Ha poco que salió de mis manos y de mi taller.

—¡Entonces estamos en presencia de un muñeco de barro! —Diciendo esto, golpeó al san Antonio con la fusta y la imagen cayó al suelo, rompiéndose en numerosos fragmentos que se esparcieron por toda la habitación. Un sordo gemido escapó del pecho de la duquesa, que se llevó las manos a la cara para taparse el rostro.

—¡Cochinos portugueses! —Tras esta imprecación, el duque abandonó la estancia, dando un sonoro portazo.

Loaysa se quedó inmóvil, paralizado ante lo que acababa de ver. No sabía cómo reaccionar. Isabel de Leiría, que mientras el duque estuvo en la habitación había permanecido en el rincón apartada como una sombra, se acercó a su señora y trató de consolarla.

—No debéis sufrir por esto, doña Leonor; ya sabéis que el señor duque tiene estos arrebatos...

—No, Isabel —trataba de contener los sollozos y a duras penas las palabras salían de su garganta—, tú sabes que no... que no es así... Mi esposo me ha perdido la ley. Ya no me ama. Es más... es más, me odia... me odia profundamente por mi condición de portuguesa... porque... porque... —Ya no pudo continuar porque el llanto, contenido hasta entonces, se desbordó, impidiéndole articular una sola palabra.

Isabel de Leiría salió en busca de agua fresca con la que ayudar a su señora a pasar aquel amargo trance.

—Tened la bondad de atender a su excelencia; vuelvo enseguida —indicó al imaginero.

Jerónimo tardó unos instantes en reaccionar ante aquella petición de ayuda, el tiempo justo para contemplar la belleza y hermosura de aquella criatura, que aparecía ante sus ojos desvalida y humillada. Se acercó a la duquesa, entre temeroso y dubitativo, sin saber muy bien qué hacer. Jamás en su vida había vivido una situación parecida. Con voz temblorosa preguntó:

—¿Puedo hacer algo por vos? Yo... yo...

La duquesa de los Alcores miró al escultor y se abrazó a él. Fue un gesto inaudito, inexplicable, casi impensable. Pero había ocurrido. Jerónimo, al sentir el contacto de aquel cuerpo que se aferraba a él, no pudo evitar un estremecimiento. Sin saber ni cómo, ni por qué, sujetó a la duquesa por el talle y sintió, pese a las tupidas vestimentas, una vida que se apretaba a su cuerpo, buscando protección y amparo.

—¿Puedo ayudaros en algo, excelencia? —Había formulado esa pregunta, como podía haber dicho cualquier otra cosa. El imaginero no daba crédito a lo que ocurría. Doña Leonor sacó un fino pañuelo bordado de uno de los pliegues de la manga de su

vestido y trató de secarse los ojos con cuidado.

En un gesto de osadía, que en circunstancias normales Loaysa hubiese jurado por lo más sagrado que él no era capaz de realizar, tomó el pañuelo de manos de la duquesa y limpió las lágrimas de su rostro a la par que acariciaba con suavidad aquellas mejillas que parecían de porcelana. Luego, todo sucedió como si fuese la cosa más natural de mundo. La duquesa de los Alcores reclinó su cabeza sobre el hombro de quien era el más afamado de los imagineros que tenían taller abierto en Sevilla y se abandonó a la ternura de las caricias que, delicadamente, le procuraba en su rostro y cuello.

Aquel momento no se prolongó en demasía. La duquesa de los Alcores reaccionó ante una situación que por imperativo de su educación y de las obligaciones de su estado resultaba increíble, pero fue algo muy penoso para ella. No era ése su deseo, ni era aquello lo que le dictaba su corazón. Se impuso, sin embargo, el dominio que le habían enseñado a tener de sí misma, aunque la verdad era que aquella educación, inculcada desde su infancia para ocultar los sentimientos en las más variadas circunstancias y situaciones, se agrietaba por todas partes. En muy pocos minutos ni había sido capaz de contener las lágrimas en público ni se había resistido a sus deseos de abandono.

Cuando la dama de compañía regresó portando una bandeja sobre la que había una jarra y dos copas de finísimo cristal primorosamente talladas, nadie podría sospechar la escena que allí había tenido lugar. Tal vez un observador perspicaz se habría percatado de que el imaginero aparecía turbado y presa de cierta agitación. Pero ese estado podía ser consecuencia de la confusión que había producido en su ánimo la rotura de una obra salida de sus manos, así como la violenta escena protagonizada por el duque de los Alcores.

Doña Leonor bebió con pequeños y lentos sorbos el agua que le ofreció su dama. También bebió el escultor, pero, a diferencia de la duquesa, vació la copa de un solo trago. Tras un breve silencio, doña Leonor le comentó:

—Lamento mucho, maestro Jerónimo, lo que acaba de ocurrir. —Loaysa quedó perplejo por un instante porque no sabía muy bien a qué se refería la duquesa con el lamento, pero fue una duda fugaz—. Su excelencia, mi señor esposo, ha tenido un arrebato impropio de un hombre de su condición. Os pido excusas en su nombre y os suplico que señaléis el precio de vuestra obra —recorrió con mirada compungida los tiestos esparcidos por el suelo—, que se os abonará de inmediato.

En su fuero interno Jerónimo no estaba enfadado. El lamento de la duquesa no se refería a aquel instante de ternura que el destino les había proporcionado. Tratando de contener la emoción que le embargaba —a él no le habían educado para ocultarla—, se mostró cortés y caballero.

—Su excelencia no debe pedir excusas por algo de lo que no tiene culpa. Ni

tampoco preocuparse por unos ducados. —Fue en aquel momento cuando decidió ser audaz—. Su excelencia debe ahora descansar y olvidar ese pequeño incidente. Si no tiene inconveniente, yo podría venir mañana para ajustar ese precio y ver la posibilidad de sustituir la imagen perdida por otra de su gusto, si es que su excelencia mantiene el interés por el encargo.

Jerónimo suplicaba en su mente una respuesta afirmativa. Le importaban un bledo los ducados y hasta la posibilidad de un nuevo encargo. Lo que deseaba con toda su alma en aquellos momentos era tener la oportunidad de volver a ver a la duquesa. La respuesta a su proposición tardó escasos segundos en llegar.

—Creo, maestro Loaysa, que ésa es una buena idea. Os recibiré mañana después del ángelus. ¿Os viene bien la hora?

—Es una hora magnífica, mi señora. Aquí estaré, puntual.

—Isabel, acompaña al maestro a la puerta.

Así nació un romance entre la duquesa y el escultor. Primero, fue un amor platónico entre dos personas de desigual condición y separadas por un abismo social. Las visitas del maestro Loaysa a la mansión de los Alcores estuvieron explicadas a partir de los encargos que la egregia dama realizaba al imaginero. Cuando esa situación se hizo comprometida e insostenible, los encuentros entre los dos amantes se concertaron en los lugares más diversos. La iglesia parroquial adonde doña Leonor acudía a cumplir con sus deberes religiosos; las capillas de iglesias y conventos donde se veneraban sagradas imágenes a las que la duquesa tributaba especial veneración, por lo que concurría a triduos, quinaros, septenarios y novenas, amén de otras manifestaciones litúrgicas; la celebración de procesiones que recorrían las calles de algunos barrios sevillanos por los más variados motivos, acompañadas de penitentes y tapados, a las que también ella asistía, eran aprovechados por los idílicos amantes para encuentros fugaces o intercambios de miradas. Todo ello con la impagable colaboración de la fiel Isabel de Leiría, quien oficiaba de mandadera y vigía.

Nunca Jerónimo de Loaysa, hasta entonces simple cumplidor de sus obligaciones religiosas para con la Santa Madre Iglesia, había manifestado una devoción como la que mostró a partir de aquella fecha. Se convirtió en asiduo de romerías, celebraciones litúrgicas varias y asistente fiel a las más diversas conmemoraciones contenidas en el abigarrado y devoto calendario religioso que las cofradías y hermandades sevillanas desarrollaban con una solemnidad e intensidad no comparable a ningún otro lugar del orbe católico. A nadie extrañó aquel comportamiento en un hombre cuya actividad profesional se desarrollaba en gran medida a partir de la relación que mantenía con las numerosas asociaciones de seglares sevillanos que integraban aquel mundo que llenaba los más apartados rincones de la ciudad.

Jerónimo buscaba en los templos el lugar más adecuado para ver a su amada todo el tiempo que duraba la celebración religiosa correspondiente. Allí se producía ese intercambio de miradas y de mudos deseos entre los amantes. Allí ejercía sus buenos oficios la dama de compañía de la duquesa. Allí, junto a las pilas de agua bendita, el imaginero esperaba el momento supremo de dar agua y rozar la punta de los dedos de su amada, a la par que con discreción absoluta le susurraba una frase de amor que cualquiera de los presentes confundiría con una piadosa jaculatoria.

La variedad de cultos, de festividades y de conmemoraciones era tal que los amantes pudieron mantener aquella platónica relación largo tiempo sin despertar ningún tipo de sospechas. Si hoy podían cruzar su mirada en la esquina de un recorrido procesional, mañana era la celebración de una popular romería a cualquiera de las numerosas ermitas que rodeaban el perímetro urbano de la ciudad el lugar del encuentro. La asistencia a una novena suponía repetir durante nueve días la deseada ocasión de alcanzar encuentros furtivos y fugaces, que les permitían mantener viva la llama de un amor que ardía sin consumirse. A través de Isabel y, en ocasiones, con la complicidad de un criado también portugués, de nombre Sebastián aunque todos le llamaban Bastinhas, el celebrado imaginero conseguía la puntual información de los desplazamientos de su amada.

Llegó, sin embargo, el momento en que la situación se volvió insostenible. No porque por parte del duque o entre sus deudos y allegados se hubiese levantado alguna sospecha de la relación que su esposa mantenía, sino porque el fuego de la pasión prendía, cada vez con fuerza mayor, entre los enamorados. Las arrebatadas notas de amor que se cruzaban eran testigo del desbordamiento de aquella pasión, del deseo que llenaba sus corazones. Los contactos furtivos, los roces presurosos y como casuales que les permitían aquellos encuentros no bastaban para colmar sus aspiraciones.

Habían transcurrido más de seis meses desde que aquella relación iniciase su andadura cuando Jerónimo planteó a Isabel en una de las visitas que realizó a su taller-obra, so capa de encargar el estofado y dorado de unas cornucopias de complicadas formas que por entonces hacían furor, como elementos decorativos, entre la buena sociedad sevillana, su deseo de tener un encuentro íntimo con su amada. A la dama de compañía de doña Leonor no le sorprendió semejante petición, porque sabía que aquello había de llegar antes o después; en todo caso, le había intrigado que tardase tanto tiempo en producirse. Ella sabía que los amores platónicos eran cosa de libros y literaturas, actitudes de caballeros andantes, formas de entender el amor de otras épocas que hacía tiempo habían pasado.

La doncella quedó en el encargo de transmitir a su señora la petición y darle respuesta a la mayor brevedad. La misma no tardó en llegar y pocos días después Jerónimo recibía, alborozado, la noticia de que doña Leonor aceptaba su propuesta y

de que, además, tenía sitio a propósito para el encuentro. Se trataba de una huerta en el pago del Aljarafe. Un paradisíaco lugar poblado de naranjos, nogales y otros árboles frutales que solía visitar en las tardes de primavera. Contaba el lugar con una casa más acomodada que las que habitualmente servían de vivienda a los hortelanos que ejercían sus tareas en estas heredades.

Fue allí, en la plenitud de la primavera, en el corazón del Aljarafe sevillano, donde comenzó otra dimensión en una relación amorosa que duraba ya muchos meses y que solo fue posible gracias a los impagables servicios de la doncella de doña Leonor y a la discreción de los enamorados.

La periodicidad de aquellos encuentros fue en aumento con el transcurrir del tiempo. En una primera etapa los amantes se veían, con doloroso distanciamiento, una vez al mes. Luego ganaron en frecuencia, produciéndose casi todas las semanas. Más tarde no les bastaba aquella periodicidad y eran muchas las semanas en que lograban dar rienda suelta a su apasionado amor en más de una ocasión. No encontraban ya ingenio ni ardid que permitiese satisfacer sus deseos. Un paso de importancia capital en aquella relación se produjo cuando Jerónimo planteó a la duquesa la posibilidad de visitarla en su propia morada, aprovechando las frecuentes ausencias nocturnas del duque. Había un acceso excusado al palacio de los duques por un callejón oscuro, solitario y poco concurrido. Aquella puerta permitía, además, a través de un patinillo, ganar con suma discreción y sigilo la apartada galería que daba acceso a la alcoba de su amada. Era una propuesta osada, pero que no encerraba, dadas las circunstancias, riesgos mucho mayores que los encuentros en otros lugares utilizados por los amantes. También en este caso la colaboración de Isabel fue fundamental para no echar la aldaba que cerraba la puerta por la que Jerónimo podía introducirse furtivamente en palacio. La duquesa tardó en acceder a aquella posibilidad porque temía a *mama* Rosario. Aquella vieja bruja era una amenaza permanente y, aunque el paso de los años la había dejado algo sorda y casi ciega, contaba con la colaboración de la mayor parte de la servidumbre. Sin embargo, sus deseos de estar con Jerónimo acabaron por poner fin a sus vacilaciones. Aceptó recibirle en su propia casa. Sabía lo que aquello significaba, pero su amor iba mucho más allá del riesgo que asumía.

Hacía meses que los dos amantes habían dado rienda suelta a sus pasiones amorosas en la alcoba de Leonor, sin levantar ni despertar la más leve de las sospechas. Jerónimo llegaba al callejón por donde podía introducirse una vez que todo lo dominaba la oscuridad, y nunca había abandonado los brazos de su amada más allá de la medianoche. Solía escuchar en el silencio nocturno las doce campanadas del reloj del ayuntamiento, señal de regreso a su domicilio ubicado en la calle de la Muela, en el mismo inmueble donde tenía su taller-obrador. Conocía a la perfección el rutinario recorrido de las rondas de los alguaciles, por lo que sabía del

itinerario a seguir para alejarse de cualquier encuentro no deseado y mantener el anonimato de su identidad, a lo que colaboraba la oscuridad que cubría Sevilla durante la noche.

Por un error fatal, cierta noche en que unas escurridizas sombras llegaban a la casa del duque de los Alcores para concurrir a la cita que tenía como anfitrión al propietario del palacio, Isabel de Leiría no había echado la aldaba que cerraba la puertezuela del callejón por donde Jerónimo ganaba el acceso a la alcoba de su amada, que era también la señal de que el camino estaba despejado y sin peligro. El imaginero no se percató, al recorrer su itinerario, de que aquella noche otras gentes también habían encaminado sus pasos hacia el mismo lugar adonde él se dirigía. Estaba ya en la galería cuando, presa de agitación, la doncella de la duquesa lo agarró del brazo de forma sigilosa, pero sin muchos miramientos, y lo introdujo en una pequeña habitación que, a juzgar por los cacharros amontonados, debía de tratarse de un cuarto de trastos.

En voz baja Isabel dijo a Jerónimo:

—Esta cabeza mía será un día mi propia perdición. Tenía que haber echado la aldaba porque parece que esta noche el señor duque no saldrá; al contrario, está llegando mucha gente. Es como si los hubiese citado aquí para mantener una reunión.

—En ese caso... en ese caso —Jerónimo estaba también excitado—, creo que lo mejor es que me marche inmediatamente.

—¡Ni se os ocurra! Ahora mismo hay tal revuelo en la casa que alguien podría veros. Es demasiado el riesgo. Lo mejor es que permanezcáis aquí, oculto y lejos de cualquier mirada. Armaos de paciencia, pues es posible que hayáis de permanecer largo rato escondido. En todo caso guardad un silencio absoluto y no os mováis hasta que yo venga a por vos. La señal serán unos golpes en la puerta, dos seguidos y uno espaciado.

La doncella abandonó aquel cuarto, donde los ojos de Jerónimo fueron perfilando cada vez con mayor precisión los contornos de los bultos allí amontonados, a la vez que sus pupilas se adaptaban a la oscuridad del lugar. Trató de serenar la turbación que le embargaba el ánimo y se dispuso a aguardar el tiempo que hiciese falta.

Habían transcurrido pocos minutos de tensa espera, aún estaba contraído, cuando sintió ruido de pasos y palabras en la planta de abajo, justo debajo de donde él estaba. Pensó que no debía moverse porque si él oía lo que ocurría a sus pies, los de abajo también podían oírle a él. Buscó acomodarse lo mejor que pudo, pero hizo un movimiento con tan mala fortuna que tropezó con el borde arrugado de una alfombra que había extendida en el suelo. Poco faltó para que cayese de bruces y se produjese un verdadero estrépito. Solo pudo evitar el golpe que hubiese denunciado su presencia allí al asirse a una especie de cómoda. En el traspíe la alfombra se desplazó,

y quedaron al descubierto unas pequeñas rendijas que había en el suelo por las que se percibía un ligero resplandor.

Sigilosamente Jerónimo se acercó a aquellas finas hendiduras que, formando un rombo de pequeñas dimensiones —el lado del mismo no tendría más de tres pulgadas—, resaltaban limpiamente en medio de la oscuridad al filtrar la luz de la estancia que había debajo. Palpó con cuidado moviendo los dedos por el lugar donde quedaba cortado el rombo y descubrió que en el centro del mismo había una argolla en la que podían introducirse dos dedos. Rápidamente comprendió de qué se trataba. Aquello era una diminuta trampilla —había visto muchas, con ligeras variantes en sus formas, en el techo de los zaguanes de las casas—, que permitía observar desde la oscuridad que quedaba al descubierto todo lo que ocurriese a la entrada de la casa. Aquella trampilla era para ver sin ser visto.

Sintió la tentación de tirar de la anilla y sacar el rombo de su encaje, pero desechó la idea. Era una tontería arriesgarse a delatar su presencia por una simple curiosidad. Permaneció inmóvil tendido sobre la alfombra y con la mirada fija en la tenue luz que penetraba por las juntas del rombo. Escuchó —y dedujo por los ruidos que le llegaban, en forma de murmullo—, cómo se iba reuniendo un número de personas cuya cifra no podía precisar con exactitud, pero que rondarían la media docena. Lo que llegaba hasta sus oídos era el resultado de varias conversaciones entrecruzadas. No lograba entender nada, solo alguna palabra suelta, pronunciada como un grito. Se los imaginó conversando animadamente. Poco a poco fue aumentando el tono y la intensidad de los comentarios que hasta él llegaban. Hubo un momento en que se elevaron tanto que pudo escuchar algunas frases sueltas, incluso trozos completos de conversaciones, que no tenían sentido por sí mismas. Los allí reunidos hablaban de dinero, de mujeres e incluso de la procesión de rogativas que la Santa Caridad iba a organizar con la imagen del *Cristo de la Buena Muerte*, «impresionante Crucificado, obra del maestro Loaysa» —oyó con nitidez aquellas palabras referidas a su última obra—. De repente hubo un fuerte ruido de sillas que se movían y se arrastraban, a la par que todos los comentarios y murmullos cesaron. Jerónimo percibió el sonido del silencio. Algo importante debía de estar ocurriendo allí abajo. Oyó palabras que no pudo entender y luego otra vez movimiento de sillas.

«Los que se han puesto de pie, están sentándose», pensó Jerónimo, quien, picado por la curiosidad, aguzó el oído. Ahora era solo una persona la que hablaba y los demás escuchaban. Era alguien que gozaba de autoridad entre el grupo porque solo se percibía el tono de su voz, pero hablaba tan bajo que nada de lo que decía era inteligible a sus oídos.

Con el paso de los minutos se había relajado y por increíble que pareciese sentía cada vez más curiosidad por enterarse de qué estaba ocurriendo bajo sus pies. ¿Quién sería el que hablaba? ¿De qué hablaría? ¿Quiénes eran los asistentes a aquella

reunión? ¿Por qué estaban reunidos allí? Lo más probable era que quien estaba en el uso de la palabra fuese el dueño de la casa, pero necesariamente no tenía por qué ser así. Trató de recordar el timbre de la voz del duque pero, por más esfuerzos que realizó, no lo consiguió. Había transcurrido mucho tiempo desde que escuchó su voz, y había sido la única vez. La curiosidad que sentía era cada vez mayor. La razón le decía que se dejase de sandeces. ¿Qué podía importarle a él aquella reunión, ni quiénes eran los que allí se habían dado cita? Estaba en peligro el honor de su amada y su propia vida si por un casual se descubría su presencia allí. Trataba de alejar la comezón de la curiosidad, pero lo lograba por poco tiempo. Así transcurrió un largo rato.

Lo que abajo se dijese había de ser de gran interés porque, fuera del metal de la voz de quien hablaba, el silencio era absoluto. Todos los presentes escuchaban. Una vez más se excitó su curiosidad. Trató de mejorar su posición porque tenía descartado tirar de la argolla. Aquello hubiese sido una estupidez. Desplazó su cuerpo cuidadosamente hasta colocar su oído junto a las ranuras del rombo para intentar, de esa forma, escuchar lo que se decía. Aunque logró mejorar la audición, no fue suficiente.

Transcurrieron varios minutos en los que sus esfuerzos por escuchar resultaron inútiles. Solo un murmullo ininteligible llegaba a sus oídos. Varias veces tuvo los dedos metidos en la anilla; trataba de convencerse de que, desde aquella trampilla, se podía ver sin ser visto y oír sin ser oído. Hubo un momento en que se sintió incómodo, desasosegado, ante el deseo de enterarse de algo que a él no le incumbía. Lo razonable era permanecer en silencio y agazapado hasta que Isabel le requiriese para abandonar el escondite y facilitarle la salida del atolladero donde se encontraba metido.

Hubo un momento en que perdió la noción del tiempo. No podría decir cuánto pasó allí tendido, en medio de los deseos y de las dudas, ni tampoco podría explicar de una forma razonable qué fue lo que le impulsó a levantar aquel rombo en un momento determinado, en el que pudo más la curiosidad que la sensatez.

Abrir la pequeña mirilla no produjo ningún ruido. Ni tuvo conciencia de que produjese efecto alguno entre los reunidos. El tamaño de la oquedad era como la mitad de la palma de su mano, pero estaba dispuesta de tal forma que permitía obtener una magnífica vista de toda la estancia, a la vez que le llegaba con claridad lo que se decía.

Jerónimo se acomodó y se aprestó a ver y escuchar.

Apenas habían transcurrido cinco minutos, aún no se había podido hacer ni con la composición de aquella asamblea ni con el contenido de la misma, cuando escuchó algo que le heló la sangre en las venas.

Se negaba a creer lo que acababa de oír; resultaba inaudito lo que decía el duque

de los Alcores que, efectivamente, era quien hablaba. Aquello no podía ser cierto. Contuvo el aliento como si quisiera convencerse de que sus oídos le estaban jugando una mala pasada.

Con los nervios en tensión, se concentró en las palabras que llegaban hasta él para comprobar que era cierto lo que había escuchado. Y lo que continuaba escuchando le ponía de manifiesto el terrible contenido de aquella reunión. Comenzó a sudar copiosamente para, a continuación, sentir una sacudida que le produjo un desagradable escalofrío.

—¡Santo Dios! ¿Será posible lo que oigo? —musitó Jerónimo, sin apenas despegar los labios.

Aguzó el oído y, conforme más detalles alcanzaba a conocer, mayor era su desconcierto.

3

Cuando el asistente concluyó la lectura del pliego que a primera hora de aquella tarde había recibido procedente de Cádiz, la preocupación se había adueñado de todos los presentes. En sus rostros quedó impreso un rictus donde se combinaban por partes iguales la sorpresa, el miedo y la amargura.

Tras las últimas palabras del conde de Paredes, un largo silencio invadió la estancia. Ninguno preguntaba nada, ni tenía ánimos para ello. Cada cual estaba sumido en los negros pensamientos que pasaban por su cabeza, después de conocer la causa por la que habían sido citados con tanta premura. Desde luego, las prisas estaban más que justificadas.

Haciendo un verdadero esfuerzo, el vicario general de la diócesis se dirigió al asistente para preguntarle con voz quebrada y débil:

—¿Tiene su excelencia certeza del contenido de ese pliego? El conde de Paredes se encogió de hombros antes de responder:

—El señor vicario general ya sabe cómo son estas cosas. Primero corren rumores muy vagos a los que no se les echan cuentas, después esos rumores se hacen cada vez más insistentes por lo que las autoridades se ven obligadas a dar mentís a los mismos. Si los rumores se confirman, cosa que suele ser habitual, el tiempo transcurrido hace que las consecuencias que se derivan sean tan graves y negativas que los remedios apenas sirven ya para nada. Pero la experiencia, como todos los presentes saben, nos indica que es habitual que en estas circunstancias se niegue incluso la evidencia. Ninguna autoridad acepta estas situaciones hasta que ya no es posible negarlas sin que los perjuicios sean peores que los que acarrea el aceptar la realidad.

Otra vez se hizo el ominoso silencio que había roto la pregunta del clérigo. Quien ahora lo rompió fue don Pedro de Mexía, que se removía inquieto en su asiento.

—Creo que la gravedad del caso que nos ha expuesto su excelencia requiere confirmación. Hemos de estar seguros de que la noticia que nos ha traído ese papel responde a una situación cierta y verdadera. Resulta extraño que con anterioridad no haya corrido ningún rumor por la ciudad; al menos no ha llegado a mis oídos —hubo murmullos de asentimiento entre los presentes, indicativos de que tampoco ellos habían escuchado nada al respecto—, acerca de una materia de tanta gravedad...

—Habréis de convenir conmigo —el asistente interrumpió al regidor—, mi querido don Pedro, que los términos en que se expresa nuestro agente se refieren a que ha tenido noticia reciente y aún no está difundida. Por lo tanto no debe extrañarnos el hecho de que ningún comentario ni rumor alguno se hayan difundido por los mentideros de la ciudad.

—Siendo cierta esa apreciación, coincidirá su excelencia en que, en materia de tanta gravedad, todas las prevenciones que tomemos, antes de aceptar como

verdadera una información que nos llega por un solo canal, no serán baldías.

—Comparto las reservas de don Pedro —el jurado Osuna era quien había tomado la palabra— en cuanto a obtener verdad certificada del contenido de esa misiva, pero he de manifestar que las consecuencias que podrían derivarse de retrasar la puesta en práctica de aquellos medios que nos permitan afrontar esta amenaza, en las mejores condiciones posibles, podrían resultar funestas para nuestra ciudad.

—También tendría efectos muy negativos que se difundiese un rumor que luego no respondiese a la realidad —terció don Juan de Acuña.

Una vez roto el silencio inicial, causado por la impresión que la noticia contenida en aquel pliego —la presencia de una epidemia de peste en Cádiz y otras poblaciones de aquella bahía como Sanlúcar y los Puertos— había producido entre los presentes, todos ellos se enzarzaron en una larga discusión para determinar su veracidad, el alcance de la misma, los efectos que podía producir la confirmación de la epidemia y las medidas que en aquellos momentos, y con los datos que se poseían, resultarían más adecuadas. Hubo un instante en que todos hablaban a la vez, por lo que el asistente tuvo que imponer algún concierto a las intervenciones.

Después de cerca de dos horas de acaloradas discusiones, los reunidos llegaron a dos compromisos: el primero, que ninguno de los presentes —todos ellos habían prestado juramento— daría noticia ni razón alguna de lo que allí se había hablado. Todos coincidían en que era primordial que no se divulgasen rumores acerca de lo tratado. Y el segundo, que se enviase a Cádiz y a los lugares de su contorno al doctor Ruiz de Acevedo, médico del cabildo y persona de confianza para que, por mor de su ciencia y saber, requiriese información fidedigna acerca de la salud existente en los susodichos lugares y trajese noticia cierta de lo que al respecto hubiese. Para encomendar al doctor Ruiz de Acevedo la misión que se le asignaba, se comisionó al jurado Osuna, quien a su vez se comprometió a informar al médico aquella misma noche y a animarle a partir hacia su destino al día siguiente al alba. Las veinte leguas que separaban Sevilla de Cádiz podían ser cubiertas con un buen caballo en una jornada, aunque hubiese que exigir al jinete y al corcel un esfuerzo suplementario. Si todo salía como era de desear, el médico podría estar de regreso en Sevilla al cabo de tres o cuatro días.

Aquella noche el jurado Osuna cumplió su cometido y el doctor Ruiz de Acevedo tuvo conocimiento de la misión para la que se le requería. Hombre cumplidor de sus obligaciones, aceptó el encargo y preparó en pocas horas los escasos pertrechos que necesitaba para un viaje como aquél. Disponía de lo fundamental para el mismo: experiencia para acometer la empresa y una magnífica yegua torda capaz de cubrir las veinte leguas que separaban Sevilla de su destino en una jornada o poco más.

También aquella noche en el figón de Mateo Abrás, adosado a la muralla de la ciudad

junto al llamado «postigo del Aceite», un deslenguado individuo cuya misión era deshollar las chimeneas del ayuntamiento rumiaba negros pensamientos, provocados por lo que había escuchado mientras limpiaba el tiro de la chimenea de su despacho. En poco rato trasegó tres jarrillos de cazalla; al apurar el tercero se puso a declarar a voz en grito a todo el que quisiese prestarle atención que tenía noticia cierta y certificada de haberse declarado epidemia de peste en toda la costa de Cádiz y otros lugares del interior. Adornaba aquella afirmación con todo lujo de detalles, macabros y truculentos, fruto de su imaginación, dominada por la embriaguez de que era presa. El lamentable estado en que se encontraba hizo que lo que afirmaba fuese considerado por la abundante parroquia que llenaba el figón como tonterías y mentiras de borracho.

—¡Sacan los muertos a carretadas! —gritaba con los ojos muy abiertos y una mueca terrible dibujada por una boca desdentada— ¡Son tantos que no dan abasto para enterrarlos!

—¡Siempre se entierra a los muertos! Recuerdo que en la anterior peste, entonces era yo un mozalbete de quince años —quien respondía era un cincuentón envejecido con el rostro picado de viruela y marcado por una cuchillada horrible en el lado izquierdo de la cara—, se abrieron cinco carneros enormes. Tres de ellos en el prado de San Sebastián y otros dos en Triana. ¡Siempre se entierra a los muertos porque, si no, sus almas en pena no nos dejarían vivir! ¡Eres un bocazas, Gaspar!

Gaspar Ruiz, que era el nombre del deshollinador, se puso de pie con dificultad. Hubo de apoyarse en la mesa junto a la que estaba sentado y aun así trastabilló, y estuvo a punto de dar con su generosa humanidad —tenía una barriga descomunal, que rebosaba por encima del agrietado y mugriento cinturón de cuero con que se sujetaba los calzones— por el suelo de tierra apisonada que constituía el pavimento del figón.

—¡Yo no soy un bocazas! ¡Bocazas serás tú!

Un temblorcillo agitó el labio superior del aludido. Echó mano a una daga que llevaba colgada al cinto y se levantó con mayor agilidad de la que cabría esperar. Todos los presentes se retiraron con premura abriendo un círculo espacioso alrededor de los dos hombres que se desafiaban abiertamente. Hubo frotar de manos, aunque no hacía frío, y en los rostros de los asistentes se dibujó la satisfacción por el espectáculo que iban a presenciar. Del corro salieron algunas voces que animaban a los contendientes:

—¡Venga, Gaspar, dale una lección!

—¡Anda, Perelló, destripa a ese tonel!

Perelló era un tipo enjuto, cetrino, malencarado y manco del brazo izquierdo.

Los dos contrincantes empezaron a girar lentamente alrededor de la mesa que hasta aquel momento habían compartido. La lentitud de movimientos daba alguna

posibilidad a Gaspar, limitado en sus facultades por la gordura y el alcohol que lo embriagaba.

De la veintena de personas que formaban el corro surgió un murmullo al que cada vez se sumaban más voces.

—¡Pelea! ¡Pelea! ¡Pelea! —Era un grito acompasado, ronco y siniestro.

Perelló estaba a punto de acometer a Gaspar cuando sonó un vozarrón que se elevó por encima del coro que animaba a la lucha.

—¡Qué pelea ni qué niños muertos!

El murmullo se apagó de forma instantánea, a la par que un hombretón de dos varas y media de altura, lo que le hacía sacar la cabeza e incluso más al común de los mortales, se abrió paso a codazo limpio para romper el círculo formado en torno a los dos contrincantes. Era Mateo Abrás, el dueño del mesón, quien también ejercía como *padre* de la mancebía que ocupaba todo el barrio que desde su mesón se extendía a lo largo de la muralla que daba al Arenal; era la zona conocida como el «Compás de la Laguna», en recuerdo de que en tiempos anteriores por allí había pasado un brazo del Guadalquivir que, a base de tiempo y tesón, había sido desecado. Se acercó a Perelló y lo sujetó por la muñeca, agitándola como si fuese un manojo de hierbas secas, hasta que soltó el puñalillo. De un tirón lo arrastró hasta llegar a donde estaba Gaspar, a quien con la mano que tenía libre lo agarró por el pecho, lo sacudió varias veces, y lo empujó lo justo para sentarlo en el banco que había tras él. Miró alternativamente a uno y a otro. Era una mirada fiera y de una dureza que no admitía titubeos.

—¡En mi casa no quiero riñas! —El tono de su voz era fuerte y cortante. No era una sugerencia, ni una invitación; era una orden—. ¡Aquí se viene a beber y comer, a cantar y bailar! ¡También, si se quiere, a fornicar por un precio razonable! Pero aquí no se pelea.

Volvió a mirar a los dos individuos que ahora quedaban a su izquierda y derecha y vio cómo se relajaban. Soltó entonces la muñeca de Perelló y se dirigió a la concurrencia, que miraba cariacontecida el desenlace del espectáculo que se había disipado:

—¡Ea, cada uno a lo suyo, y si no, que cada mochuelo se vaya a su olivo!

Mateo Abrás miró hacia la planta de arriba donde estaban las camaretas en las que las rameritas de la casa ejercían su oficio. Allí había varias de ellas, unas dejadas caer en los quicios de las puertas de sus cuartos, otras acodadas sobre la baranda esperando a que alguno de aquellos haraganes se animase a tener un desahogo. No hubo necesidad de palabras. La mirada de Mateo, que ellas conocían a la perfección, lanzó un mensaje claro: «En lugar de aguardar a que algún cliente se anime a subir, sois vosotras las que habéis de bajar para calentar el ambiente». Las cinco mujeres que arriba esperaban se compusieron las vestimentas, estirando las sayas para dejar una generosa porción de pecho al aire, y bajaron contoneándose por la escalera,

armando el suficiente jaleo como para atraer la atención de los parroquianos. El corro formado al olor de la pelea se deshizo y cada uno de los presentes se fue a lo suyo.

—¡Dale a estos dos una jarrilla para que se les baje el acaloramiento, invita la casa! —Mateo Abrás les indicó una vez más, señalándoles con un dedo admonitorio, que nada de peleas; que bastante tenía ya con los padres de la Compañía y los alzacolas que se les unían, porque sostenían que no se debía fornicar y que había que cerrar los mesones y casas de la mancebía, como para que además tuviese allí a los alguaciles por escándalo y contravenir el sosiego.

Los dos adversarios asintieron y agradecieron la jarrilla.

—¿Sabes qué hacen con los muertos, Perelló? —Era Gaspar el que se dirigía a quien unos instantes antes era un fiero contrincante.

—¿Qué hacen? Vamos a ver, ¿qué hacen? —preguntó Perelló sin interés y con un gesto despectivo.

—Les atan piedras a los pies y los arrojan a la bahía. Dicen algunos que se han sumergido que el espectáculo es horrible. Las piedras llegan al fondo y, como los cuerpos tiran para arriba, aunque no tienen fuerza para elevarse, se ha formado como un bosque de muertos.

Aunque el arriero valenciano —pues Perelló era un arriero de esa tierra que llevaba afincado en Sevilla un lustro— había mostrado atención a lo que el portero del cabildo le contó, terminó por hacer una mueca de desprecio.

—¡Anda ya! ¡Eso no te lo crees ni tú!

—¡Quien me lo ha contado es persona de calidad y distinción y no se puede dudar de su palabra! —señaló Gaspar adoptando un aire de dignidad ofendida y dando a entender que no era su palabra la que quedaba en entredicho, sino la del ilustre informador al que se refería.

—¿No me vendrás con el cuento de que a ti las señorías de la Casa Grande te informan de los asuntos del buen gobierno de la ciudad?

Gaspar pareció ofenderse de nuevo, pero no se alteró. Dignificó lo que pudo su aspecto, cosa complicada en el penoso estado en que se encontraba, y apuró de dos largos tragos la jarrilla que tenía delante. Se puso de pie con grandes esfuerzos, compuso las ropas y con gesto desdeñoso espetó al arriero:

—Tengo unas hermosas orejas en las que, al parecer, vuesa merced no ha reparado. —Dicho esto, se encaminó con paso lento e inseguro hacia la salida. Estaba a punto de ganarla cuando la mano del mesonero y *padre* de la mancebía lo agarró por un hombro y lo giró con la misma facilidad con que se le da una vuelta a una peonza.

—Gaspar, antes de que te marches, quiero que me cuentes una cosa.

El deshollinador, al que le costaba un considerable esfuerzo mantener la vertical estando a pie juntillas, tras unos titubeos y varios intentos de contestar, se desplomó

en los brazos de Mateo, que lo sostuvieron primero y lo depositaron suavemente en el suelo después.

—¡A ver, Julián! ¡Marcos! ¡Llevad a este tonel al cuartillo de atrás y tumbadle en el camastro!

Los dos mozos obedecieron con prontitud y sacaron de la sala, con un considerable esfuerzo, al desmadejado individuo.

El cuartillo era una covacha cochambrosa en la que se amontonaban barricas de diferentes tamaños que, formando una irregular pirámide, tapaban una de las paredes; también había numerosos fardos, envueltos en yute o en una especie de loneta de color indefinido por causa de la suciedad y los remiendos que presentaban. En un rincón había un camastro formado por un jergón relleno con esparto que tenía varios rotos y descosidos. La luz que podía recibir aquel lugar, que con toda propiedad podía calificarse de inmundo, era muy escasa; solo la proporcionaba un ventanuco de forma redonda, que no tendría más de una cuarta de diámetro. A aquella hora de la noche la oscuridad en el tabuco era absoluta. Cuando entró el grupo y el mesonero que les acompañaba portando un negro y humoso candil de los de colgar, varias ratas que allí tenían su aposento se escondieron detrás de los toneles. Ninguno de los presentes les echó cuentas.

—¡Marcos —el padre era persona autoritaria en sus ademanes y en su forma de mandar—, tráete un balde con agua fresca! ¡Sácala del pozo! ¡Y cierra la puerta cuando salgas!

Mateo Abrás arrojó el agua con fuerza sobre la cabeza de Gaspar, quien se espabiló de inmediato. A juicio del mesonero, no fue suficiente, por lo que pidió otro balde. Aquel hombretón adoptó un tono maternal, impropio de su aspecto, para preguntar al todavía conmocionado hombretón acerca de los comentarios que había proclamado su lengua desatada por el aguardiente.

Su larga experiencia como mesonero y encargado del buen orden y funcionamiento de la mancebía sevillana, donde más de trescientas ramerías ejercían su oficio, le decía que muchos de los clientes y borrachines que por allí se dejaban caer eran unos lenguaraces. Con su imaginación alentaban a un auditorio ávido de noticias; a veces les animaba a ello el deseo de sentirse centro de atención o lo hacían simplemente por el placer de mentir porque no podían sustraerse a la tentación que ello suponía. Pero esa misma experiencia le había enseñado que los borrachos muchas veces decían la verdad. Había escuchado historias increíbles en boca de gentes que habían arribado a sus dominios para solazarse con una jornada de vino y mujeres: soldados cuya misión era custodiar los galeones que transportaban el oro y la plata que venían de las Indias; militares de fortuna que se habían enrolado en alguna unidad de las que combatían por los campos de batalla de Europa, matando herejes luteranos y calvinistas o defendiendo las posesiones de su católica majestad

de las dentelladas que pretendían darle los enemigos de la monarquía; comerciantes y mercaderes de menudeo —los dedicados a las altas finanzas tenían sus queridas y coimas particulares y no solían visitar los burdeles públicos de su establecimiento, aunque también había excepciones— que habían recorrido medio mundo, incluso tierra de infieles o cuando menos tales cosas decían, en busca de negocio y ganancias; marineros de las más variadas naciones y naturalezas que, enrolados en los galeones de su católica majestad, hacían la carrera de Indias y arribaban en los fondeaderos del Guadalquivir.

Todos contaban las más fantásticas historias de lo que habían visto o su calenturienta imaginación les había proporcionado aquende o allende la Mar Océano. Hablaban de ciudades cuyos tejados estaban labrados en oro y cuyo fulgor al recibir los rayos del sol producía ceguera. Montañas de plata cuya altura era desconocida por lo elevado de las mismas. Minas de las que se extraían esmeraldas, diamantes y otras piedras de valor para cuya obtención había que profundizar hasta las mismísimas entrañas de la tierra.

También hacían acto de presencia, reclamando los servicios de sus izas, señorías de la nobleza, deseosas de gozar de la lujuria de aquellas damas del partido cuyos artificios, ademanes y sabiduría no obtenían del recato de sus legítimas. Incluso muchas paternidades y reverencias satisfacían allí los desahogos que el celibato de su condición les impedía, pero que la debilidad de la carne reclamaba. Recordaba Mateo a clérigos fornicadores de tanto trapío que requerían, de una tacada, los servicios de dos y hasta tres mozas para aliviar sus embestidas. Algunos de ellos ganaron merecida fama más por la capacidad y potencia de su verga que por los sermones pronunciados en celebraciones litúrgicas y fiestas de guardar. Otras veces las historias contadas se referían, precisamente, a la existencia al otro lado del Atlántico de legiones de mujeres desnudas que se dejaban fornicar tantas cuantas veces se quisiese, sin tener que pagarles por ello. En aquellos momentos las miradas expectantes, los ojos desorbitados, el regodeo de la lengua en los labios de quienes configuraban al auditorio que se congregaba en torno a los narradores de tales historias, era algo generalizado. En fin, a veces, había quienes se centraban, a la hora de hablar, en sus proezas sexuales y eróticas que, por lo común, y ante las notorias exageraciones a que daban lugar tan instructivos asuntos, acababan por esparcir la duda entre los presentes y concluían con una rechifla general. En tales casos, se pasaba a palabras gruesas y a desaires que podían conducir a situaciones de violencia que Mateo controlaba con mano férrea. No quería problemas de esa índole en su establecimiento, reputado de lugar serio para la juerga, la bebida y el fornicio, pero tranquilo y sosegado hasta los límites que ello era posible en tales negocios.

Pero también le había enseñado su larga experiencia que, a veces, en medio de tanta mentira, farol, fantasía y exageración, había verdades de interés y de

importancia. Allí había información de primera mano y, en ocasiones, de un valor extraordinario. Solo era cuestión de cribar el grano de la paja.

Nadie mejor que él estaba en condiciones de hacerlo porque era mucho lo visto y escuchado. Tenía la experiencia atesorada a lo largo de toda una vida. Había recalado allí de la mano de su madre, una puta de postín en los años en que comenzaba el presente reinado, el de nuestro señor don Felipe el Cuarto. Su madre se enorgullecía, y lo contó a todo el que quiso escucharla, de haber follado con su regia majestad en el año *veinticuatro*, cuando el monarca vino a Sevilla; también decía que se había mostrado tacaño, pese a que le había hecho un servicio de primera. Dos años después murió su madre, la famosa Antolina, y se quedó solo porque a su padre no lo había conocido. Permaneció en la mancebía amparado en la caridad de las compañeras de oficio de su difunta, por lo que de chiquillo —tenía solo ocho años cuando se quedó huérfano— ejerció como mandilero de las furcias y sus rufianes, después ascendió a ayudante de rufianes y guapos, a continuación fue rufián con puta propia y más tarde alcanzó el grado de jaque, siempre sin salir de Sevilla, salvo en las contadas ocasiones en que acudió a Tarifa en tiempo de las almadrabas, más que nada por conocer el ambiente de aquellos bravos, y una vez que visitó Córdoba, donde se aposentó en el Potro y tuvo ocasión de conocer al célebre Posturas.

Su vida, hacía ya más de veinticinco años, había transcurrido mayormente en las calles del Compás y zonas adyacentes como eran el patio de los Naranjos y el de los Olmos, próximos a las gradas de la catedral, donde tenía asiento lo mejor de la rufianesca y el hampa de la ciudad, aunque él nunca fue matón. Se mostraba orgulloso del camino seguido hasta alcanzar el grado de *padre* de la mancebía que ostentaba desde hacía cinco años por concesión del cabildo municipal de la ciudad. Dicha concesión la había ganado en puja limpia y buena frente a otros aspirantes; aunque a decir verdad, alguna ayuda recibió del *veinticuatro* Rodríguez de Vinuesa por los impagables favores, según decía el propio caballero, que le había hecho la Riojana, ramera a cargo de Mateo que realizaba con singular maestría el arte de fornicar a la jineta.

Pagaba religiosamente el canon de la adjudicación a las autoridades civiles, cumplía y hacía cumplir —era cierto que con algunos deslices, pero desde luego cosa menor— la ordenanza establecida para el funcionamiento de la putería. Es decir, llevaba a sus pupilas a oír misa con sermón todos los domingos y fiestas de guardar, que no eran pocas. No se trabajaba en los burdeles las mañanas de dichos días. Obligaba a todas las meretrices a su cargo a pasar la revisión médica establecida, una vez por mes en invierno y dos veces en verano. Cerraba el establecimiento los viernes de cuaresma y los días de Semana Santa en que Jesucristo Nuestro Señor estaba de cuerpo presente. Y llevaba a sus pupilas a escuchar el sermón de Santa María Magdalena el día de su festividad para que fuesen exhortadas al arrepentimiento y

poner fin a la vida de lascivia y pecado que llevaban. En fin, que ejercía su mando en aquella difícil y complicada plaza y llevaba su cargo con tanto o más orgullo que otros un hábito de caballero de las Órdenes.

Por eso Mateo Abrás era consciente de prestar un excelente servicio a la colectividad y a sus vecinos, permitiendo desahogos y vías de escape a las tensiones que en materia tan complicada, como era la holganza con moza, se generaban en un municipio de las características de Sevilla. La ciudad, sin duda, se vería abocada a mayores violencias sin los servicios que se proporcionaban en los burdeles que él controlaba con la anuencia y el beneplácito del ayuntamiento, que tenía regulado el ejercicio de la prostitución.

No alcanzaba a comprender los ataques desencadenados, de un tiempo a aquella parte, por los padres de la Compañía, apoyados por algunos vecinos contra la actividad que se ejercía en su negocio. Los jesuitas habían llegado en dos ocasiones a invadir los burdeles agitando y blandiendo cruces en sus manos, mientras insultaban a las prostitutas, en cuyas camaretas osaron entrar. En dichas actuaciones afearon la conducta de quienes en aquellos momentos aliviaban sus ardores, esperaban turno para hacerlo o bebían, comían, bailaban o cantaban tranquilamente en el mesón sin causar mayores molestias.

Aquellas incursiones en la mancebía habían producido escándalo y formado mucho ruido; incluso habían abierto una polémica acerca de la existencia misma de la mancebía, que los padres de la Compañía querían cerrar a toda costa, al considerarlos lugares de lenocinio, pecado y perdición. Como «verdaderas antesalas del infierno» habían llegado a calificar desde los pulpitos los burdeles establecidos en ella, sin reparar en que de su cierre se derivarían males mayores, porque entonces solo ejercerían las cantoneras sin control ni legitimidad, los rufianes impondrían su ley, se cometerían mayores pecados y ofensas a Dios Nuestro Señor, la salud estaría más amenazada y los peligros para las doncellas y mujeres honestas serían mayores. Todo ello porque la gente seguiría teniendo necesidades y buscaría alivio. Eso no podrían eliminarlo los padres de la Compañía ni con amenazas, ni con penas, ni con cierres.

El olfato que le proporcionaba su experiencia había señalado a Mateo Abrás que el deshollinador, a quien conocía de sobra porque era cliente asiduo del mesón y también, aunque de manera ocasional, requería algún servicio de sus pupilas, no era del tipo de gente que solía alardear de conocer lo que es patrimonio de pocos. Pensó que lo que había salido por su boca acerca de la existencia de una epidemia de peste en la bahía de Cádiz era fruto de haber perdido el control por causa del cazalla o que precisamente había bebido más de lo debido por olvidar lo que sabía, sin conseguirlo a tenor de lo acaecido. Aquélla era una información de un valor extraordinario, en caso de resultar cierta. Si no lo era, tampoco iba a perder nada por interrogarle. Por eso había llevado a Gaspar hasta aquel lugar alejado de miradas y oídos indiscretos.

Allí confirmó Abrás que todo lo dicho respondía a noticia cierta y verdadera, que había obtenido por su condición de deshollinador del ayuntamiento. Supo que aquella misma tarde se había celebrado una reunión urgente a la que concurrieron autoridades civiles y religiosas y que se habían tomado las primeras disposiciones. Entre ellas, la de comisionar al doctor Ruiz de Acevedo para que confirmase lo que realmente ocurría en Cádiz. Gaspar le confesó que algunos detalles de lo dicho en público eran fruto de la actitud de desplante que le había hecho Perelló. Pero que era cierta la noticia del contagio.

Recibida la información, el mesonero le golpeó en la cabeza lo justo para que de nuevo perdiese el conocimiento. Le colocó en el catre y salió rápidamente del cuartillo, dejando allí el candil para que iluminase el lugar. Eran ya más de las dos de la madrugada y en el mesón quedaban muy pocos clientes, que se hacían los remolones, tratando de retrasar la hora de la partida. Las izas se habían recogido y ya no se prestarían nuevos servicios hasta el día siguiente. Ordenó en voz baja a uno de sus mozos que dejase descansar al deshollinador, que había vuelto a desmayarse, y que una vez que hubiese dormido la mona, le diesen un caldo para reanimarle y le despidiesen. Luego palmeó con fuerza para llamar la atención de los últimos parroquianos.

—¡Señores, vayan vuestas mercedes terminando, pues ha rato que pasó la hora de cerrar!

Un murmullo de desaprobación acogió la orden del mesonero, pero todos los clientes iniciaron movimientos que indicaban su partida. Cuando el último de ellos salía por la puerta, asistido por otro de los que se marchaban, que con gran esfuerzo le sostenía para que no se diese de bruces en el suelo, Mateo Abrás cerró y atrancó la puerta. Aquélla había sido una intensa jornada. Se produjo entonces el flujo cotidiano de aquel momento: uno de los criados dispuso el fuego del fogarín de manera que, sin que hubiese peligro de incendio, a la mañana siguiente los rescoldos permitiesen encender con facilidad la lumbre, mientras los demás se afanaban en recoger los últimos utensilios que quedaban por medio y en limpiarlos, restregándolos con ceniza y enjuagándolos en un barreño de agua turbia por los numerosos lavados que ya había proporcionado. Una moza disponía la cacharrería sobre un poyo para que escurriese y quedase seca y en disposición para la siguiente jornada.

—Marcos, ven aquí. —El mesonero dio unas instrucciones al oído de aquel mozo, que parecía por la expresión de su semblante y su disposición el más despierto de todos los que prestaban allí sus servicios. Cuando el joven, espigado y moreno, abandonaba el mesón, recibió las últimas recomendaciones—: No te confundas de sitio, es la casa de las columnas, la que está cerca de la esquina de la plaza del convento de los padres franciscanos. Aguarda hasta que le veas salir.

—No se preocupe, maestro, luego regreso sin pérdida de tiempo.

Mateo Abrás no pudo contener una sonrisa mientras veía marcharse al mozalbeta. Aquel Marcos era su viva estampa cuando él tenía su edad. Si le traía la información que esperaba, el señor se la pagaría a golpe de ducado.

Continuaba la reunión en casa del duque de los Alcores. Hasta los oídos de Jerónimo llegaba nítida y clara la voz del anfitrión, que seguía dirigiéndose a los individuos allí congregados:

—Ahora, una vez que conocéis el plan, quiero exponeros sus detalles. Concentrad vuestra atención, pues el éxito dependerá de que todos y cada uno de sus extremos se cumplan a rajatabla. No puede haber ningún fallo, ni ningún equívoco. Prestad atención, pues...

Justo en aquel preciso instante sonaron en la puerta del trastero, que servía de improvisado refugio y privilegiada atalaya al imaginero, dos suaves golpes seguidos de un tercero un poco más espaciado. Tan concentrado estaba en lo que se tramaba bajo su pies que a duras penas tuvo tiempo para reaccionar y colocar rápidamente la romboidal tapa de la mirilla en su lugar y desplegar en su sitio la alfombra que cubría aquella abertura. La oscuridad del lugar fue el mejor aliado que encontró para conseguir su propósito. Agachado estaba, una vez concluida su tarea de disimulo, cuando la silueta de Isabel de Leiría, que había abierto la puerta con lentitud para no hacer ningún ruido, se recortó en el marco de la misma.

—Jerónimo, Jerónimo —su voz apenas era perceptible—, ¿estáis ahí? Por el amor de Dios, contestadme, ¿estáis ahí?

—Si, doña Isabel, aquí me encuentro, tal y como me ordenasteis. —La respuesta fue dada en voz tan baja que apenas era audible, pero fue suficiente para tranquilizar a la mujer, que le ordenó en voz también muy baja:

—Entonces, seguidme presto y sin hacer ruido. Sin hacer ruido, por lo que más queráis.

Jerónimo maldijo para sí la inoportuna llegada de la portuguesa, se le acercó con sigilo y le susurró al oído:

—¿Creéis, doña Isabel, que salir ahora es lo más acertado?

—¿Lo más acertado decís? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, si es lo más acertado que abandone mi refugio en este momento, cuando abajo, lo sé por el ruido que hasta aquí llega, aún continúa reunido el señor duque con sus visitantes.

—Precisamente por eso. Ahora que están enfrascados en el asunto que les reúne, es la ocasión para que abandonéis esta casa. No respiraré tranquila hasta que cierre la puerta de la calle una vez que hayáis salido. ¡Os lo juro por la salvación de mi alma!

Jerónimo hizo un postrer intento en una batalla que daba por perdida.

—¿Y si por un casual se acabase en este momento la reunión?

—Es muy difícil. Apenas hace unos minutos han pedido algo de comida y bebida, que ya les ha sido servida. Por eso me he aventurado a venir a por vos en este

momento. ¡Seguidme, pues, y no hagáis ruido! ¡Nos va la vida en ello!

El imaginero la siguió, como un perrillo a su dueña, por la galería y escaleras que le condujeron al patio de servicio donde se encontraba la salida que utilizaba para sus nocturnas visitas. Allí aguardaba Bastinhas, vigilando el patio.

La portuguesa, que no tenía un pelo de tonta, había hecho bien los cálculos. En efecto, como Jerónimo había podido comprobar, hacía escasos minutos que el duque había agitado una campanilla, a cuyo sonido acudió solícito un criado al que le formuló el encargo al que aludía Isabel. Aquél era un momento propicio para facilitarle la salida y sacarle del atolladero en que se encontraba. Antes de cerrar la puerta, dijo con voz queda a Jerónimo:

—Mi señora la duquesa me ha ordenado que os diga que hasta que no recibáis noticia cierta no os arriesguéis a venir. Doña Leonor teme por vuestra vida, aunque esta noche, alabado sea el Santísimo —se persignó de forma chapucera— hemos salido con bien del trance.

Una vez en la calle, Jerónimo percibió el fresco de la noche. Hasta él llegó el olor de los naranjos que poblaban los huertos y patios de muchas casas. El azahar había estallado, llenando con su penetrante aroma muchos rincones de la ciudad. En otros, el hedor de la suciedad y el estiércol acumulado largo tiempo, sin que nadie se preocupase de retirarlo, hacía que el ambiente fuese irrespirable e insoportable. La oscuridad de la noche quedaba mitigada por la luz de una luna pletórica en su redondez, que alumbraba con claridad blanquecina. Caminó despacio, tratando de serenarse, por las estrechas callejas que le llevaban hasta su casa.

Una voz le llegó en medio de la noche.

—¡Son las dos y todo está en calma!

—¡Son las dos y todo está en calma!

Distintas voces repetían la misma cantinela, que acababa por perderse entre ecos indicadores de que la tranquilidad era la nota dominante y que las rondas cumplían su cometido sin problemas de relieve.

Supo de esta manera que la noche estaba muy avanzada y que desde que fue introducido a toda prisa en aquella habitación habían transcurrido más de dos horas. Tenía el espíritu turbado y no sabía muy bien qué podía hacer después de lo que había escuchado.

Sumido en profundas reflexiones, caminaba rápido por las solitarias y plácidas callejuelas con el deseo de llegar cuanto antes a su casa, acostarse y tratar de conciliar el sueño. Sabía que sería difícil conseguir esto último en las condiciones en que se encontraba, pero aquello era lo mejor que podía hacer. Entró en su casa y prendió un fanal con la lumbre de un candil que había encendido de forma permanente en el arranque de la escalera que separaba el lugar de trabajo de sus dependencias particulares. Ganó la alcoba y, sin desvestirse, se tendió en la cama con la mirada fija

en la imagen del Crucificado salido de sus manos con quien compartía habitación. Luego apagó el fanal y cerró los ojos buscando conciliar un sueño que solo llegó cuando las primeras luces de la aurora empezaban a romper el velo de negrura que había presidido la noche más larga de su vida.

En aquellas horas de insomnio recordó que al día siguiente se estrenaba en Sevilla una obra de don Agustín Moreto, un dramaturgo que estaba de moda en la corte por sus comedias de enredo y moraleja. Decidió, por afición y sobre todo como fórmula para tratar de sosegar su espíritu, que una de las cosas que haría sería acudir al corral del Coliseo, donde se estrenaba la obra en cuestión.

A la misma hora en que Jerónimo lograba conciliar un superficial y agitado sueño poblado de miedos, el doctor Ruiz de Acevedo había dejado atrás, siguiendo los caminos que bordeaban la ribera izquierda del Guadalquivir, las poblaciones de Coria y de La Puebla, emplazadas en la otra orilla. El despuntar de la mañana llegó cuando aún le quedaba un largo recorrido para llegar a Lebrija, donde pensaba descansar y dar refresco a su cabalgadura, a la que estaba sometiendo a un esfuerzo considerable con el propósito de llegar a Cádiz en una sola jornada. Si ello no era posible, pasaría la noche en Jerez de la Frontera, donde tenía alojamiento garantizado en la cartuja de dicha ciudad, gracias a los lazos de amistad que le unían con aquella comunidad de religiosos, a los que había prestado señalados servicios con ocasión de unos tabardillos maliciosos que atacaron a los frailes y a los que puso remedio con un singular lenitivo de su propia invención, compuesto por hierbas cuyas propiedades conocía a fondo y, sobre todo, por la dieta alimenticia que había prescrito y que impuso a rajatabla, cuyos efectos salutíferos resultaron increíbles. De los ochenta y dos cartujos que contrajeron la enfermedad, de una comunidad integrada por ciento dieciocho frailes, logró salvar a setenta y tres, cuando en circunstancias normales ésa habría sido la cifra de defunciones. La enfermedad se había cebado entre los religiosos al comer pan hecho de cebada, que había fermentado y estaba en malas condiciones.

El médico había realizado las primeras horas de camino, alumbrado por la claridad de una luna generosa —sin ella no habría podido emprender la marcha hasta el amanecer—, disfrutando del silencio que le envolvía, solo roto por el rumor de las aguas del río, que bajaban poderosas y mansas buscando el Atlántico. Había combatido el fresco de la noche, acentuado por la proximidad del curso de agua que discurría paralelo a su camino, con un levitón forrado de borreguillo que tenía para aquellos menesteres que demandaba el ejercicio de su profesión. A ratos, según soplase la cambiante brisa, le llegaban aromas de primavera, olores a jara y a tomillo, plantas que ya habían florecido; también olores salinos, olores de mar que se hacían más penetrantes e intensos conforme avanzaba en su ruta.

Preocupaba al bueno del doctor el panorama con que pudiese encontrarse. Tenía treinta y ocho años, era de mediana estatura, piel cetrina y pelo negro. Era un galeno experimentado al que no le había preocupado enfrentarse a la enfermedad y a su consecuencia más habitual, la muerte. Había hecho frente a situaciones difíciles y comprometidas con honradez, profesionalidad, e incluso cierto espíritu de sacrificio y abnegación. Una actitud que echaba de menos en muchos de sus colegas de profesión, quienes estaban en el oficio por la remuneración que el mismo proporcionaba y el reconocimiento social que les reportaba. Había discutido con muchos de ellos acerca de las terapias y los procedimientos de curación, había planteado su rechazo a determinadas prácticas habituales y que, heredadas desde hacía mucho tiempo, eran aceptadas como dogmas de fe, sin tener en cuenta los efectos que dichas prácticas tenían sobre los enfermos. Era partidario de terapias sencillas que se encontraban muy alejadas de lo que habitualmente sus compañeros practicaban. Señalaba como imprescindible para hacer frente a la enfermedad el conocimiento del cuerpo humano en todos sus detalles y la importancia de las dietas alimenticias.

Había cursado estudios en la pequeña universidad de su lugar de nacimiento, la villa de Osuna, cabecera del estado ducal de la familia de dicho título, los Téllez de Girón. Después marchó a Palermo, en la isla de Sicilia, ayudado precisamente por el señor duque, quien ejercía funciones de virrey en la mencionada isla. Allí, en su famosa facultad de medicina, pudo entrar en contacto con algunos de los grandes maestros que enseñaban en sus cátedras y, sobre todo, con el saber de algunos doctores herederos del conocimiento médico de los árabes y que ejercían la profesión con prácticas heterodoxas y hasta clandestinas. Había asistido a nocturnas y angustiosas clases de anatomía en las que habían diseccionado cadáveres para estudiar el interior del cuerpo humano, prácticas que transcurrían en medio del miedo a ser descubiertos o delatados y a caer en las garras de la Inquisición, que velaba por la ortodoxia de la Santa Fe Católica, Apostólica y Romana.

Aquel aprendizaje clandestino, asimilado entre miedos y preocupaciones, le permitió establecer relaciones entre el organismo humano, enfermedades, diagnósticos y tratamientos que eran sistemáticamente despreciados por la práctica universalmente aceptada y no cuestionada en el ejercicio de la profesión, porque tal novedad suponía atacar el criterio de autoridad de los grandes maestros. Pero donde Diego Ruiz de Acevedo completó su formación hasta niveles insospechados para la época fue en los Países Bajos.

Después de su fructífera etapa siciliana y tras unos años en Sevilla, marchó a Flandes como médico de campaña, donde ocupó una plaza de galeno en el tercio de don Antonio de Leyva, que luchaba en los Países Bajos contra los rebeldes holandeses. Se fogueó como médico, ejerciendo la profesión en condiciones adversas,

en medio del frío, de la nieve y de la lluvia. Con prisas y a la carrera, suturó heridas horribles provocadas por arma blanca y de fuego; taponó, como pudo, boquetes en carne viva, sin poder hacer otra cosa, por donde la vida se escapaba a torrentes al mismo tiempo que salían los borbotones de sangre; amputó miembros y extremidades a hombres sanos y vigorosos a quienes veía llorar como a chiquillos perdidos e indefensos; utilizó el vino, licores y otras bebidas espirituosas como remedio para adormecer el dolor insoportable de una herida.

En Flandes, aprendió a sobrevivir y a llevar aliento a quienes no lo tenían. También allí presencié escenas de valor insuperables en hombres que lo daban todo a cambio de muy poco y a veces por nada. Vio morir a soldados con una dignidad que para sí quisieran muchos de los que socialmente eran considerados dignos, sin serlo, mientras pronunciaban una jaculatoria y el nombre de su rey.

Nunca olvidaría el postrer momento de aquel capitán de la tercera compañía del tercio, tras la conquista de unos baluartes hasta entonces considerados inexpugnables, y tras haber acabado con la guarnición holandesa que los defendía.

Contra toda lógica, dos de las compañías integradas exclusivamente por españoles —una de piqueros y otra de arcabuceros— asaltaron a pecho descubierto aquellos bastiones defendidos por una guarnición que triplicaba en número a los asaltantes y que, además, les esperaba parapetada y pertrechada tras sus defensas. Fueron increíbles las proezas que realizaron unos hombres que habían empeñado su honor y, lo que era más importante, el de su viejo tercio, bajo cuyas aspadas banderas luchaban en la conquista de aquella posición. La noche anterior habían apostado y empeñado su palabra con un cuerpo de valones que había sido agregado provisionalmente a la unidad de Leyva. Al romper el alba y ante la incredulidad de unos holandeses, atónitos primero, y aterrados después, tomaron al asalto aquellas posiciones. Solo sobrevivieron dieciocho del centenar y medio largo de hombres que integraban las compañías. De los holandeses no quedó ninguno vivo para contarlos. Cuando el capitán de la compañía de arcabuceros agonizaba tras la gesta, colocado sobre unas angarillas y rodeado por un sargento y varios de sus hombres, un dominico le instó a confesarse y a ponerse a bien con Dios. La respuesta de aquel oficial en la antesala de la muerte fue cortante: «Padre, a pesar de vuestras mercedes, yo siempre me he llevado bien con Dios. Esta noche cenaré con Cristo». Fueron sus últimas palabras.

Innumerables veces maldijo a quienes conducían las cosas de la política por los caminos que llevaban a aquellas situaciones, que hombres leales y valientes perdiesen la vida de forma tan estúpida como ocurría en aquellas largas y sangrientas campañas que nunca tenían fin. Allí odió la guerra y se reafirmó en su vocación de médico para llevar un poco de alivio a tanto dolor y tanto sufrimiento.

Recordó también, mientras cabalgaba, la experiencia vivida en el duro y triste

invierno de 1643, el que vino después de la derrota de Rocroi. Aquella en la que otro moribundo oficial español, preguntado tras el fragor de la lucha, en el mismo campo de batalla, por un comandante francés, acerca de los efectivos que integraban el ejército hispano, le respondió lacónicamente: «Contad a los muertos». El invierno que siguió a aquella derrota, gris y lluvioso, como todos los inviernos de Flandes — ¡cuántas veces echó en falta la luz y el cálido sol de su Andalucía natal!— fue particularmente triste porque todos sabían que, aunque el final de aquel conflicto quedase aún lejos, la suerte ya estaba echada. Faltaban los hombres y faltaban los medios —¡ni dineros había para comer!, no ya para abonar las soldadas de aquellos austeros y esforzados soldados que estaban dejando su vida a jirones por defender un puñado de tierra—. Como todos los inviernos, también en aquél quedaron interrumpidas las operaciones militares. Se puso fin a los asedios no concluidos, se paralizaron las marchas y las contramarchas, así como los movimientos tácticos. Quedaron fijadas, hasta que llegase la siguiente primavera, las posiciones de los bandos contendientes. A lo más que se llegaba a lo largo de aquellos meses era a realizar aisladas incursiones de poca importancia, que daban lugar a alguna que otra escaramuza. Los ejércitos se resguardaban en sus cuarteles de invierno a esperar la llegada de la primavera, que traería el reinicio de las hostilidades y el comienzo de una nueva campaña.

Aprovechó aquellos meses de calma chicha para solicitar una licencia temporal, que le fue concedida —aún le quedaba una campaña más en el tercio según el contrato firmado cuando se incorporó como médico militar— para pasar a Bruselas. En realidad, lo que hizo fue cruzar las líneas enemigas, cosa peligrosa pero no complicada, y encaminar sus pasos hasta Ámsterdam, en pleno corazón de aquella odiada república de mercaderes que había desafiado el poder del rey de España, para conocer y aprovechar las enseñanzas, si ello era posible, del eminente doctor Tulp, una de las celebridades de la medicina de la época y un innovador de los métodos y de la práctica de aquella ciencia. Tulp había creado un círculo de alumnos, que ya habían formado escuela, entre los que el estudio de la anatomía humana era la base de su saber. Consideraban que era imprescindible conocer el órgano para determinar la función del mismo, que su deterioro era fuente principal en el desarrollo de la enfermedad, y que su restablecimiento era el origen de la curación. Pero nada de ello era posible sin un conocimiento profundo y serio del cuerpo humano. Solo la disección de cadáveres y el estudio que esta práctica proporcionaba permitían alcanzar el conocimiento necesario para más tarde abordar la curación de enfermos.

Llegó a Ámsterdam, se presentó ante el doctor Nicolás Tulp, le expuso su deseo y su situación, sin ocultarle ningún detalle, y fue admitido entre sus alumnos. Fue un tiempo de actividad frenética y de estudio sin descanso ni pausa. Pero fueron impagables los conocimientos adquiridos en aquellas semanas. Nunca olvidaría, por

muchos años que viviese, aquel tiempo de trabajo y aplicación, tiempo de enseñanza y aprendizaje. Tan cautivado estaba con aquel tipo de vida que llegó a pensar seriamente en instalarse en aquella ciudad llena de actividad y de canales donde, gracias a su destreza y capacidad, le hubiese aguardado un prometedor futuro. Le disuadió de la tentación el sentido del deber, que le ordenaba su regreso al tercio con el que estaba ligado, la añoranza de su tierra andaluza y, sobre todo, la mujer que le esperaba en Sevilla: su esposa, Catalina de Arana. Pese al poco tiempo de que dispuso, el maestro le distinguió con su reconocimiento y hasta con ciertos detalles de amistad, como el regalo que le hizo a la hora de despedirse. Se trataba de un objeto que siempre llevaría ya consigo: un finísimo bisturí de plata para realizar pequeñas incisiones a la hora de hacer una disección, arte en el que Diego se había revelado durante aquellos meses como un verdadero experto. Su aventura holandesa, que tan provechosa resultaría para muchos de sus pacientes, habría significado, caso de haber sido descubierta, un doble proceso para su persona. Uno civil por traidor a su rey y a su patria, y otro religioso por contacto con herejes y ejecutor de prácticas condenadas por la doctrina de la Santa Madre Iglesia.

Embebido en aquellos pensamientos, no había dejado de cabalgar. El sol se aproximaba ya a su cénit, cuando el médico, que hacía algún rato había dejado la ribera del Guadalquivir para seguir el camino que conducía a Lebrija, sintió calor. Se despojó del ropón forrado de borreguillo y alivió su sed con un trago de vino, y la de su cabalgadura en una charca de agua clara rodeada de juncos que la delimitaban y protegían y en la que algunos patos se deslizaban silenciosamente.

Reemprendió la marcha y al poco rato avistó en la lejanía el blanco caserío de Lebrija. Sobre el ocre del paisaje aparecían esmaltadas manchas de verdor, que señalaban la presencia de viñedos que habían explotado con vigor de los retorcidos, secos y nudosos sarmientos que aparentemente carecían de vida. También se ofrecía ante sus ojos, más hacia el oeste, un mar de espigas, de un tono más apagado que el de las vides, que, de vez en cuando, se mecía pausadamente, empujado por la brisa que llegaba del sur, y allí se arremolinaba, cambiando de dirección continuamente. Por encima de los tejados, se levantaba esbelta y airosa la torre de su iglesia parroquial, labrada en ladrillo y con reminiscencias moriscas, recuerdo de otras épocas y otros momentos por los que había pasado la historia, preñada de acontecimientos, de aquellas tierras milenarias.

La proximidad de la población le sirvió de acicate. Espoleó su cabalgadura, la cual respondió al requerimiento de su amo iniciando un trote ligero, que en poco rato le llevó a cubrir la distancia que le separaba de las primeras casas de la población. Teniendo como referencia la torre de la iglesia, cabalgó hacia lo que entendía que era el centro, donde esperaba encontrar lugar a propósito para reparar sus menguadas fuerzas y las de su montura. Su intuición no le engañó, y tras recorrer varias calles,

tranquilas y casi silenciosas, a la vuelta de un recodo, donde terminaba una empinada cuesta, se encontró con una plaza de formas irregulares a la que se abrían edificaciones de entidad y cierto lustre. Allí la agitación y el bullicio eran extraordinarios porque era día de mercado. Gentes de variada condición y pelaje se habían dado cita, configurando un abigarrado conjunto, donde se vendía y compraba, se pregonaba y voceaba, se discutía y porfiaba por el precio de una badana de tocino, de una pieza de lienzo, de un queso, de un par de pollos, de una cántara de vino o de alguna de las baratijas que los buhoneros ofrecían a clientes y curiosos. Allí los vendedores tenían, esparcidas sin orden ni concierto, sus mercancías depositadas en ceras, esteras de esparto, lonas y lienzos extendidos en el suelo. Allí se discutía, se vendía y se compraba. Aquélla era una plaza llena de vida.

Echó pie a tierra, tomó su montura por la brida y aguzó el oído para ver si escuchaba algún comentario que sirviese a sus propósitos. Paseó por el lugar, mostró interés, sin tenerlo, por alguna de las fruslerías que los buhoneros —gente errante, muy caminada y sabedora de noticias y comentarios que circulaban con ellos de lugar en lugar— ofrecían por ver si obtenía algún indicio acerca del asunto que le interesaba. Nada escuchó que tuviese remota relación con ello. Después de dar varias vueltas por el mercado, preguntó a un individuo, que por su atuendo —abarcas, calzón corto hasta la rodilla, camisa de lienzo basto y chaleco corto sin mangas— debía de ser un campesino del lugar, por un sitio donde reponer sus gastadas energías.

—Allí, señor —señaló a uno de los ángulos de la plaza con un nervudo brazo—, tiene vuesa merced la posada de Pedro Sánchez, *el Sapo*, y en aquel lado —señaló justo en dirección opuesta— está el mesón del Duque.

—¿Podría usted, buen hombre, orientarme en una u otra dirección?

—En la posada encontrará vuesa merced buen acomodo y le ofrecerán un pasable yantar por un precio razonable. El mesón es lugar de más postín, pero no crea que le atenderán mejor. Si piensa pasar la noche, no lo dude, busque alojamiento en la posada.

Diego agradeció al aldeano la información y, aunque no pensaba pernoctar, se encaminó a la posada del Sapo, que no era el nombre del establecimiento, sino del dueño del mismo, un hombretón maduro, entrado en carnes y de una calvicie que acentuaba el afeitado que daba a su cabeza, donde no había un solo pelo. Era individuo, como todos los del gremio, de formas y ademanes autoritarios. Allí encontró un lugar donde reponerse y un sitio en el establo para su yegua. Comió olla aderezada con conejo, y un poco de queso, todo ello regado con un buen vino. Alquiló, por dos horas, una habitación para él solo donde poder descansar sin vecinos molestos.

Cuando reinició el camino hacia Jerez, tanto él como su yegua estaban en condiciones de hacer el recorrido que separaba las dos poblaciones. La duda del

médico era, a estas alturas de la jornada, si hacer noche en la cartuja de aquella ciudad o forzar la marcha hasta llegar a Cádiz. Había aprovechado el rato de la comida para preguntar discretamente y escuchar conversaciones de arrieros. Algunos de ellos venían de Cádiz, exactamente de las salinas de San Carlos y de las Alcaldas en las proximidades de Sanlúcar de Barrameda, y transportaban sal a Córdoba y Jaén. Ninguno de sus comentarios había aludido ni por una remota relación a la existencia de una epidemia. Sus noticias se referían, en cambio, al arribo a Sanlúcar de Barrameda de la flota de Indias. Cuando los arrieros abandonaron aquellos parajes costeros, las noticias que circulaban por la bahía gaditana eran que las tripulaciones de los galeones estaban afanadas en la maniobra de pasar la barra de Sanlúcar, dirigidos por prácticos para evitar que alguna de aquellas enormes naves, verdaderos castillos de madera, embarrancara en las arenas que el flujo continuo de las aguas del Guadalquivir iba depositando en su desembocadura.

—Sé de buena tinta —afirmaba rotundo uno de ellos— que el oro que trae la Capitana no podrá ser transportado ni por una docena de carretas grandes, de las que cargan cincuenta arrobas; y que la cantidad de plata que traen es cinco veces mayor que la de oro.

—Yo sé que las perlas —señalaba otro sin el menor titubeo— que vienen en el *Nuestra Señora de Atocha*, que así se llama la Capitana —añadía el dato con aires de superioridad—, son del tamaño de nueces y vienen en cantidad tal que superan las cien arrobas.

—La plata viene ya amonedada —replicaba el primero ante la aportación de su compañero, para probar el valor de su información—, pero el oro está en lingotes, en barras de a media arroba cada uno.

—Gorda debe de ser la cosa porque a mí me han dicho que eran legión los de la Casa de Contratación que revoloteaban envueltos en sus capas negras, como cuervos, por todas partes y ojo avizor —había terciado otro de los reunidos en torno a un potaje de habas que era el condumio de aquellos trajinantes.

Ése era el tenor de los comentarios de aquellas gentes que llevaban sus recuas al interior de Andalucía con la sal cargada en la isla. Al parecer, de aquello era de lo que se hablaba en las marismas del Guadalquivir, en Cádiz y en los Puertos. Pero no había ni el menor de los comentarios ni la menor de las alusiones a la supuesta epidemia que atemorizaba a las autoridades de Sevilla. El doctor Ruiz de Acevedo estaba hecho un mar de dudas. Una epidemia de peste no podía mantenerse oculta mucho tiempo por grande que fuese el interés de los responsables de una ciudad en guardar sigilo sobre el asunto. O la cosa estaba muy en ciernes y era dominio de muy pocos o se trataba de un bulo sin fundamento que había producido una alarma desmedida en el asistente sevillano. Lo único que tenía claro en aquel momento de duda era que tenía que reunirse con el representante de la ciudad, Raimundo de

Lantery, en el mesón que había junto a la Puerta de Tierra. Allí preguntaría por él al mesonero.

Era la caída de la tarde, aún quedaba más de una hora de sol y casi dos de luz cuando avistó Jerez de la Frontera, una de las más nobles ciudades del reino, famosa por sus caballos y caballeros. También el vino de sus pagos era famoso, aunque en menor medida que sus caballos.

Vaciló todavía entre detenerse en la ciudad y pernoctar en la cartuja o continuar camino hasta Cádiz donde, forzando la marcha, podía llegar al anochecer, porque era posible hacer en un par de horas las cuatro leguas que le separaban de su destino final. Corría el riesgo de llegar poco después de que las puertas de la ciudad quedasen cerradas y se viese obligado a pasar la noche en alguno de los ventorros marineros que había diseminados por la playa, cuya miseria no les convertía precisamente en lugares deseables. Esta posibilidad, unida al hecho de que, aunque llegase aquella noche a Cádiz, no ganaría gran cosa porque a esas horas Raimundo de Lantery no estaría esperándole, se sumó al deseo de reencontrarse con el prior de la cartuja jerezana, su amigo fray Tomás de la Concepción.

Espoleó a su yegua y encaminó sus pasos hacia la impresionante construcción que albergaba a la orden cartuja, un edificio que era el resultado de diferentes ampliaciones y numerosos añadidos, según podía deducirse de los diversos estilos y formas arquitectónicas que allí se concentraban. La puerta principal estaba cerrada. El médico desmontó y golpeó con el grueso y redondo aldabón de hierro sobre una placa del mismo metal embutida en la madera de la puerta. Una puerta de aspecto macizo, toda ella tachonada de clavos que se distribuían por su superficie de forma ordenada y casi simétrica. En algunos de ellos era perceptible la herrumbre dejada por el paso de los años.

Transcurrió poco tiempo desde que sonaron altos y lúgubres los golpes del llamador hasta que se abrió un ventanillo recortado en una de las hojas de la puerta, por el que asomó la nariz aquilina de un fraile anciano, cuyo blanco pelo moldeado por la calvicie y la tonsura ofrecía un aspecto tan desmelenado que señalaba a su propietario como un ser alejado de las terrenales cosas de este mundo y más preocupado por asuntos de índole mística. Un malpensado diría que era la viva estampa de un loco. A esta sensación contribuía de manera no despreciable el desencajado mirar de unos ojos desmesurados.

Le recibió con grandes y descompuestas voces, que semejaban más ladridos de can que palabras de hombre.

—¿Quién es el que osa perturbar de tan impío modo y proceder la paz y el reposo de este sagrado lugar, donde moran siervos de Dios Nuestro Señor?

A duras penas el médico pudo contener la risa que le producía la esperpéntica imagen del clérigo vocinglero. Poniendo acento grave en lo que decía y tapándose a

medias el rostro con la mano, respondió:

—Mil perdones he de pedir, si perturbo, con mi impertinente presencia, el reposo y sosiego de este monasterio, que es lugar de oración y loor para el Altísimo. Pero el reverendo hermano que ha tenido a bien acudir a mi llamada ha de saber que soy un caminante que busca acomodo para pasar la noche. He de añadir que me unen importantes lazos de amistad con el padre prior, su reverencia fray Tomás de la Concepción...

No pudo concluir, pues la voz destemplada del portero le interrumpió.

—¿Quién habéis dicho que sois?

Diego no recordaba haber dicho quién era, pero decidió responder a la pregunta que se le formulaba.

—Soy el doctor Ruiz de Acevedo, médico afincado en Sevilla, que tuvo ocasión de servir a esta honorable comunidad cuando hace poco más de un año se desató entre la congregación una epidemia de tabardillos maliciosos.

La expresión del rostro del estrambótico clérigo se modificó como por ensalmo.

—¡Oh! ¡Perdonad que no os haya reconocido! ¡Qué cabeza la mía, don Diego! ¡Esta comunidad tiene con vuesa merced una deuda de permanente gratitud! ¡Disculpadme! ¡Disculpadme!

A la par que se deshacía en expresiones de arrepentimiento, el portero descorría los pesados cerrojos con que los frailes atrancaban aquellas puertas, una de cuyas hojas giró sobre sus goznes con un estridente chirriar.

Cuando el médico cruzó el umbral, se quitó el sombrero, se santiguó e hizo una breve inclinación de cabeza a modo de saludo.

—Gracias por vuestra amabilidad y por... por vuestro recuerdo. ¿Podría ver al padre prior?

—¡Cómo no, don Diego! ¡Seguidme, por favor, seguidme, si sois tan amable!

El hermano portero era un esquelético personaje de escasa estatura. Hablaba y hablaba sin parar a la vez que no cesaba de hacer histriónicos movimientos. Condujo al médico hasta un aposento en cuyo mobiliario y adornos se percibía un cierto lujo que contrastaba con la austeridad del claustro por el que habían pasado. Allí aguardó hasta que, bastantes minutos después, llegó el prior de los cartujos jerezanos. Fray Tomás era en cierto modo el contrapunto del hermano portero. Persona de envergadura, enjuta de carnes, tenía un rostro serio pero apacible. Su mirada era penetrante y sus ojos negros y brillantes podían, en determinadas circunstancias, convertirse en una amenaza. Era persona de maneras aristocráticas y pausadas. Después de un breve saludo, Diego le explicó la razón de su presencia en Jerez. Podía, sin ocultar nada al prior, exponerle el motivo del viaje y la comisión que llevaba. Fray Tomás era, o al menos eso le parecía a él, persona de confianza. Le comentó que le había llamado la atención no haber escuchado ningún comentario

acerca de la enfermedad que, al parecer, estaba causando estragos en las poblaciones de la costa.

Aunque los frailes ya habían tomado la colación vespertina y la cocina estaba cerrada, el prior dio las órdenes precisas para que al huésped se le aposentase y se le llevase una ración a su celda, hasta donde le acompañó. La cena consistía en unas alcachofas estofadas, una loncha de jamón y una jarrilla de leche acompañada de dulce de membrillo. Mientras el médico se aposentaba y le servían el condumio, el prior se retiró, anunciándole que volvería poco después.

—Es Dios Nuestro Padre quien ha guiado vuestros pasos hasta esta morada de sus siervos.

El médico, que percibió un tono especial en las palabras del fraile, respondió con una frase hecha:

—Dios siempre guía nuestros pasos, fray Tomás.

—Es muy cierto, es muy cierto. Pero hay veces en que lo hace de una manera especial... ya lo veréis... ya lo veréis. Ahora descansad, reponed vuestras energías y aguardad mi regreso. —Abandonó la celda sin hacer ruido y con una sonrisa enigmática en los labios.

Había transcurrido menos de una hora desde que quedó instalado en su aposento, cuyo mobiliario era más confortable que el de las austeras celdas de los cartujos ya que incluso estaba dotado de cama con colchón de lana, cuando regresó el padre prior. Le acompañaba un individuo vestido de negro con ropas seglares, cuyo aspecto resultaba difícil de definir. Tenía ademanes cuidados y formas educadas, pero su rostro y sus manos estaban curtidos. Aquel hombre ejercía algún tipo de actividad que le exponía al sol, a la lluvia o al viento. Sin embargo, vestía con una elegante sencillez que denotaba gusto y elevada condición. No había más que fijarse en el corte de su traje, en la hechura de las botas que calzaba y en su manera de andar, aunque abría demasiado las piernas. Fray Tomás, que invitó al médico a seguirle, se limitó a unas escuetas frases de presentación:

—Doctor, éste es don Juan de Lastres. Don Juan, él es el doctor Ruiz de Acevedo.

Los tres hombres se encaminaron hacia la dependencia que los frailes tenían habilitada para recibir visitas en la que poco antes había estado el médico sevillano. En el trayecto no cruzaron palabra. Solo cuando se acomodaron allí, el prior inició la conversación.

—Verdaderamente, los caminos del Señor son inescrutables. Ha tenido que ser la mano del Altísimo, la providencia divina, la que ha hecho que en el día de hoy don Juan y don Diego —miró a cada uno de ellos al pronunciar su nombre— hayan cruzado sus caminos en esta casa de oración y penitencia. Nuestro buen amigo el doctor Ruiz de Acevedo, a quien esta cartuja ha de tenerle gratitud perpetua por los servicios prestados a esta comunidad de humildes siervos de Dios, tiene

encomendada una misión por parte de las autoridades de Sevilla: la de conocer si se ha declarado una epidemia pestilente en los lugares de la costa gaditana...

Al escuchar aquello, Diego notó cómo una oleada de calor le subía por el cuerpo y afloraba en su rostro. No daba crédito a lo que escuchaba. Tenía a fray Tomás por persona discreta y de confianza. No se explicaba cómo podía contar a un extraño lo que acababa de referirle casi como un secreto de confesión.

—... a lo largo de su jornada —continuaba el fraile—, y pese al interés que ha puesto en ello, no ha podido escuchar comentario, frase o alusión alguna a la existencia de la enfermedad. Ni en mercado, ni en posada, ni en ningún otro lugar. Algo que, como es lógico, le ha producido cierta extrañeza. Sin embargo, comoquiera que la mano todopoderosa de Dios Nuestro Señor que dirige los hilos de nuestras miserables vidas conduce nuestros caminos por lugares insospechados...

Diego, que trataba de reaccionar a la parálisis que la sorpresa le había producido, estaba a punto de saltar cuando el sereno fluir del comentario que realizaba el cartujo llegó a un punto inesperado.

—... también hoy ha llegado, horas antes de que lo hicieseis vos —miró al médico—, el señor de Lastres, piloto mayor de la flota de Indias que hace dos días arribó a Sanlúcar de Barrameda. En este momento mi buen amigo el doctor Ruiz de Acevedo estará pensando, y también rumiando para sus adentros, con la cólera que su desazón deja entrever, en la indiscreción que yo he cometido al revelaros a vos, un extraño para él, la misión que por designio de la providencia le ha traído hasta aquí esta tarde. —Miró por la ventana y comprobó cómo las estrellas titilaban con intensidad pese a la claridad proporcionada por la luna.

Por un instante el médico se abandonó a los pensamientos que brotaron de su mente al conocer quién era aquel individuo: «Así que Juan de Lastres era marino, piloto mayor al servicio del rey nuestro señor. Y no era cualquier piloto, sino que se trataba de la persona que ejercía ese cargo al frente de la flota de Indias. Toda una responsabilidad. Sobre sus espaldas recaía el peso de conducir a puerto, a través de la Mar Océano, aquellos galeones en los que la monarquía tenía depositadas sus esperanzas financieras y los mercaderes de media Europa invertidas gruesas sumas e importantes intereses económicos. Ahora se explicaba su rostro y sus manos curtidas: era un hombre de mar, pero no era un cualquiera». Aquella reflexión, sin embargo, no le permitía encontrar una explicación razonable a los comentarios del prior de los cartujos.

Fray Tomás continuó con sus circunloquios hasta que el médico, aprovechando un silencio en su barroca exposición, señaló:

—Ciertamente habrá de admitir vuestra paternidad que me encuentre perplejo ante la situación en que nos hallamos, porque, si bien he de manifestar mi mayor respeto y consideración hacia el señor de Lastres, no acabo de entender la relación

que mi misión, en la que la discreción es parte fundamental de su sustancia, pueda tener con su presencia en este monasterio.

—Un poco de paciencia, mi querido amigo. Tened un poco de paciencia.

—¿Un poco de paciencia decís, cuando he asistido a la divulgación, ante un desconocido para mí, de la misión que confiadamente os había contado? Sigo sin salir de mi asombro, fray Tomás.

Dirigiéndose al marino, el fraile le indicó con voz suave, casi como un susurro:

—¿Tendríais la amabilidad de explicar por qué hay una relación entre vos y la misión que ha sido encomendada a nuestro amigo el doctor Ruiz de Acevedo?

—Lo haré con sumo gusto, fray Tomás —fue la respuesta de Juan de Lastres.

La misma jornada en que, muy de madrugada, el doctor Ruiz de Acevedo había iniciado la misión que le encomendara el cabildo municipal sevillano y que a la caída de la tarde le había conducido hasta la cartuja de Jerez, en la ciudad de Sevilla la vida bullía sin cesar. Ya había noticia divulgada por calles y plazas de que la flota de aquella primavera había llegado a Sanlúcar de Barrameda, lo que significaba que estaban en vísperas de que los galeones llegasen al puerto y los sevillanos se beneficiasen del tráfigo que la arribada suponía. Había, además, rumores de que el cargamento de la flota era importante, tan importante como hacía tiempo que no se conocía. El oro iba a correr a raudales por posadas y mesones, por el Compás de la Laguna y por el Arenal. Aquello era dinero para su majestad el rey y para sus asentistas y banqueros, dinero para los mercaderes y los comerciantes. Pero aquel río de oro y de plata extendería sus afluentes por muchos otros lugares. Habría también dinero para los cargadores del puerto, los estibadores, los mozos de cuerda, los aguadores, los calafates, los carpinteros de ribera, los cordeleros, los odreros, los alfareros, los esparteros, los curtidores y los tejedores, para los fundidores, los orífices y los orfebres. Dinero para mesoneros, posaderos y tenderos, que verían llenarse sus establecimientos de clientes y compradores. Dinero para alguaciles y corchetes, a los que habría que untar la mano para evitar complicaciones. Dinero para parroquias y conventos, para cofradías y hermandades, para cereros, pintores e imagineros. Dinero para las rameras de la mancebía y las furcias que ejercían fuera de ella, cuando a los habituales clientes se sumara una legión de soldados y marineros que pondrían pie a tierra después de semanas en alta mar y obligada abstinencia carnal. Dinero para picaros, rufianes y ladrones, que harían su agosto en el río revuelto que provocaba un acontecimiento tan singular como aquél y que tenía lugar solo dos veces al año. Cada flota tenía su peculiaridad, que convertía la llegada de la misma en algo vánico. La de aquella primavera se anunciaba como prodigiosa, tanto por su volumen como por su contenido.

En la ciudad se respiraba ya la alegría de esos momentos en los que se percibe el olor de la abundancia y de la riqueza. Como todas las veces que se vivían las vísperas en que los mástiles de los galeones dejaban ver, primero las enhiestas puntas con sus cofas, después su impresionante velamen y maderaje, y por último sus proas con los mascarones protectores del mal y de los embates del mar, Sevilla se preparaba para celebrar la arribada de la flota. Hervían por todas partes los rumores y los comentarios. Se daba gracias a Dios por la feliz singladura que ahora tocaba a su fin y que rendiría viaje en aquella ciudad, pasmo del mundo.

Los pliegos de cordel y las hojas volanderas que salían de las prensas de sus imprentas apenas si daban abasto para satisfacer la demanda de noticias que un

público expectante reclamaba. Hojas y pliegos en los que se daba:

Relación verídica y cierta de los galeones que componen la flota del Rey Nuestro Señor que han atravesado (sic) el mal paso de la llamada «barra de San Lucas»:

La Capitana, el Nuestra Señora de Atocha, de ochenta cañones y tres puentes al mando de su Excia. el señor marqués de Santa Cruz, almirante de la flota por mandato del Rey Nuestro Señor.

El Santa Bárbara, de ochenta cañones y tres puentes al mando del señor don Leonardo de Figueroa.

El San Cristóbal, de setenta y dos cañones y dos puentes, mandado por don Andrés de Ovando.

El Atrevido, de setenta cañones y dos puentes, mandado por don Gaspar de la Cerda.

El Aquilón, de setenta cañones y dos puentes...

El San Roque...

Otras hojas indicaban pormenores acerca de la flota, de las noticias que traían a tierra los pataches y las barcas que habían avistado a algunas millas de la costa la impresionante formación que componían aquellos verdaderos dueños de la Mar Océano, que eran los galeones de su católica majestad. Algunas referencias hacían alusión a las riquezas que atesoraban las bodegas de los barcos: cochinilla, palo de campeche o de tinte, quinina, añil, canela, pimienta, cacao, clavo, perlas y piedras preciosas y, sobre todo, lo más esperado: el oro y la plata. Ninguna de aquellas hojas hacía referencia a cifras, si bien en todas se indicaba que noticias dignas de todo crédito coincidían en que el porte de la flota presagiaba lo mejor.

Se alimentaban de esta forma las ilusiones y las esperanzas de tantas gentes que sabían del abundante maná que se derramaría con la llegada de las embarcaciones. Los comentarios de los críticos —comentarios que solo de forma esporádica, y desde luego sin pie de impresor, aparecían recogidos en algunos papeles— incidían en el hecho de que la mayor parte del beneficio de aquellas riquezas tenían a Sevilla y a la Corona de Castilla como simple lugar de paso, pues iban a parar a manos de genoveses o flamencos; incluso, y eso era mucho más grave, a manos de franceses o de herejes ingleses u holandeses, cuyos hombres de negocios tenían factores en Sevilla a través de compañías interpuestas para romper el monopolio que Castilla ejercía sobre aquel fabuloso comercio.

Completaba aquel panorama un estreno de comedias. El acontecimiento —pues como tal había de ser considerado— tendría lugar en el Coliseo, el más espectacular de los corrales sevillanos, el único de los teatros de Europa que estaba cubierto en su totalidad. Tenía techumbre de madera sostenida por columnas de mármol. La parte delantera del patio, la anterior a la *viga*, estaba ocupada por sillones forrados de cuero, un lujo inusual, y los bancos de la parte posterior eran fijos. El programa previsto para tan singular ocasión era de postín: un entremés de Quiñones de Benavente titulado *El guardainfantés*; un auto sacramental, no visto anteriormente, de don Pedro Calderón de la Barca, y el plato fuerte de la jornada, una comedia de don Agustín Moreto, *El lindo don Diego*.

La función estaba fijada para las cuatro de la tarde, hora impuesta por el ayuntamiento, que era el propietario del Coliseo, para refrenar las críticas que importantes sectores de la clerecía local hacían a las representaciones de comedias. Pugnaban para cerrar los corrales y que se suspendiesen las funciones de teatro porque eran lugar y motivo de escándalo, pues, según ellos, allí se incitaba al pecado y se favorecía la concurrencia de los sexos, que daba lugar a todo tipo de ofensas contra Dios Nuestro Señor.

A las doce del mediodía, como estaba anunciado en los programas, se abrieron las taquillas para la venta de localidades, pero desde mucho antes se habían formado largas hileras de aficionados que, por nada del mundo, estaban dispuestos a quedarse sin su entrada. Dos eran las filas de los impacientes que aguardaban el momento de hacerse con una localidad: una para las mujeres y otra para los hombres, separadas por una prudencial distancia para evitar los males que podían derivarse de que hombres y mujeres anduviesen revueltos. Durante la larga espera se habían producido algunos altercados. Numerosos alguaciles y corchetes se habían concentrado en las inmediaciones del corral de comedias para evitar un posible tumulto, que en aquellas circunstancias podía saltar con suma facilidad. Eran numerosos los que trataban, por procedimientos irregulares, de ahorrarse la larga espera que suponía hacer cola. También eran muchos los que discutían o reñían abiertamente durante aquel rato por sostener pareceres encontrados. Colaboraba a la tensión el hecho de que menestrales y artesanos de las más variadas condiciones, dedicaciones y oficios, que desde hora temprana habían abandonado sus talleres y obradores para disfrutar del regocijo que suponía un estreno de campanillas, acudiesen al teatro portando descomunales espadas que colgaban, pretenciosas, de anchos y adornados tahalíes de cuero, que cruzaban sus inflamados pechos. Se pavoneaban luciendo los aceros de la misma forma que podía hacerlo cualquier caballero de las Órdenes.

Hacia el centro de la fila de los hombres había surgido una pendencia que iba más allá de los altercados habituales. Parecía que la cosa iba en serio.

—¡Voto a Bríos! ¡Retirad de inmediato lo que habéis dicho! ¡Disculpaos si no queréis...! —Quien esto bramaba se había llevado la mano a la empuñadura de su espada, protegida por una enorme cazoleta de grandes gavilanes.

El interpelado hizo también ademán de tirar de su tizona.

—¡Será mi acero quien os dé cumplida respuesta!

—Caballeros, caballeros... haya paz y sosiego, que no es para tanto —terció uno de los presentes, que se interpuso entre los dos contendientes, apaciguando con ampulosos gestos de manos a los dos fieros espadachines que, probablemente, por una nimiedad habían demostrado por su boca hasta dónde estaban dispuestos a llegar. El apaciguador vio coronada por el éxito su intervención. Tras unas palabras de reconciliación, los dos matachines continuaron comentando algunas incidencias del

día.

El sosiego, conseguido sin grandes esfuerzos, la verdad sea dicha, tras aquel conato de pelea, solo fue perturbado durante un buen rato por los silbidos y los gritos de algunos de los corrillos, que se impacientaban ante la larga espera a la que se veían obligados. De repente, se produjo una verdadera conmoción. La causa fue la llegada de un nutrido grupo de zapateros encabezados por el maestro Bigorra. Fueron recibidos con aplausos de acogimiento. Quienes constituían aquella comparsa eran el más numeroso, organizado y temido grupo de mosqueteros que había en Sevilla; sin embargo, las manifestaciones de bienvenida se trocaron en silbidos e insultos cuando intentaron, aduciendo inexistentes derechos, no pasar por la obligada espera de la larga fila. Tuvo que intervenir, empleándose a fondo, un grupo de corchetes que, a duras penas, logró colocar a los ofendidos zapateros en el lugar que les correspondía.

En la fila de las mujeres había mayor agitación que en la de los hombres. Por lo menos había mayor barullo, más alegría y mucho más ruido. Allí no existían las pretensiones de solemnidad y las ínfulas de apariencia que tanto atraían a los varones. Todo era mucho más natural, más real. Menos saludos ceremoniosos, menos «voto a tal y voto a cual». Si había pelea, era en serio. Cuando allí, como no podía ser de otra forma, se produjo la trifulca, fue de verdad: alguna de las presentes se había quejado de cierto mal olor, otra lo achacó al tufillo apestoso que, según ella, exudaba una mujerona de gruesas caderas y generosas ubres que se le desparramaban por la pechera, dada la aversión que la susodicha le tenía al agua. La alusión provocó la reacción de la señalada y la consiguiente disputa. En la excitación del momento, la acusadora llegó a llamarla puerca. La respuesta al insulto llegó de inmediato y con contundencia. Poniéndose en jarras, la aludida, echando fuego por los ojos, le espetó:

—¡Eso lo será tu madre! ¡Desgraciada!

—¿Puerca mi madre? —gritó la primera ofensora, cuyas trazas eran similares, golpeándose en el pecho con su propio índice—. ¿Puerca mi madre? —reiteró poniendo más énfasis en su exclamación.

—¡Sí señora, puerca y puta! ¡Para que te enteres!

—¿Puerca y puta dices, malnacida?

—¡Puerca y puta! ¡Putas de cuerpo y de lengua! —¡Eso sí que no te lo consiento!

Fue visto y no visto. Las dos mujeronas se trabaron en un frenético cuerpo a cuerpo, donde todo estaba permitido: puñadas, patadas, tirones de pelo, insultos, escupitajos y mordiscos. Las compañeras de espera que estaban próximas a la zona del altercado abrieron corro, para que las luchadoras dispusiesen del espacio adecuado, y comenzaron a jalearlas con entusiasmo desbordado.

—¡Dale, Rosario, dale! ¡Que se lo merece!

—¡Más fuerte, Lucía, más fuerte! ¡Sácale los ojos a esa roñosa! —estimulaba a la luchadora acusada de exudaciones un vejestorio vestido de negro y delgado como

el palo de una escoba.

—¡Retuércele, retuércele el cuello! —porfió otra de las presentes cuando Lucía logró sujetar por el gaznate a su oponente con un movimiento ágil y certero, más propio de un veterano de los tercios, adiestrado en el cuerpo a cuerpo, que de una rolliza verdulera del mercado de la plaza del Salvador.

Con inusitada rapidez, la Rosario logró deshacer la trampa en que la había situado su adversaria, retorciéndole el brazo y hurgándole en el pecho con la mano libre. Aquel gesto entusiasmó a otra de las que disfrutaban del espectáculo.

—¡Ahora es tuya, Rosario, ahora! ¡Dale fuerte en las tetas, que está criando!

La pasión que despertaba la pelea estaba a punto de desbordar el ámbito de las palabras entre las que configuraban el corro, donde las preferencias se habían decantado a partes iguales entre las dos contendientes y se corría riesgo cierto de que el enfrentamiento se extendiese a las animadoras, cuando llegaron los corchetes, quienes lograron separar a las dos luchadoras a costa de recibir no pocos golpes; incluso uno de los agentes dio con sus huesos en el suelo, lo que manchó de polvo e inmundicias varias sus negras vestiduras.

No sin esfuerzo los representantes de la autoridad lograron apartar a aquellas dos furias desatadas y les recriminaron su conducta. Consintieron en que ambas se reintegrasen a la fila, pero separadas por una docena de compañeras de espera. El lugar que se asignó a cada una de ellas, más adelante o más atrás, por poco conduce a un nuevo asalto, que la energía de los corchetes y la colaboración de las mujeres próximas evitó.

Por fin llegó la hora de la apertura de las taquillas, lo que produjo cierta animación y alegría porque, aunque las hileras avanzaban con lentitud desesperante, se movían. Fue entonces cuando ocurrió algo inesperado.

Por la calle de San Eloy aparecieron media docena de padres de la Compañía portando sendos crucifijos de regular tamaño, que blandían a modo de armas intimidatorias, a la par que proferían, con vozarrones propios de predicadores, llamamientos, aún ininteligibles por la distancia, a aquellos pecadores que hacían cola para consumir su ofensa a Dios Nuestro Señor. Solo la visión del ensotado grupo que, escoltado por algunas personas de alcurnia, según podía deducirse de su indumentaria, se acercaba con rapidez hacia donde estaba la concurrencia, provocó cierto movimiento de agitación y nerviosismo entre los reconvenidos. Poco a poco se fue extendiendo un silencio preocupante.

El conjunto lo integraban cinco padres más jóvenes, de edades parecidas pero en todo caso inferiores a los treinta años, y otro más maduro, que andaría por el medio siglo y que comandaba el pelotón. Estaban a pocas varas de la muchedumbre que ya aguardaba expectante su llegada, cuando se detuvieron como lo hubiese hecho una disciplinada escuadra de veteranos con su cabo al frente. La afición se arremolinó

para guardar la distancia de respeto que los sacerdotes con su parada ya habían marcado.

La voz del jesuita que encabezaba la patrulla tronó con la fuerza del predicador acostumbrado al oficio:

—¡Yo os conmino, en el nombre santo de Dios Todopoderoso, para que os detengáis ante la pecaminosa ofensa con que vais a afrentar a Jesucristo Nuestro Señor entrando en ese antro de pecado! ¡En esa diabólica mansión donde tienen acomodo el fornicio, la lujuria y la lascivia! ¡Os ordeno, en el nombre de la Trinidad Una y Santa, que no crucéis el umbral de ese infernal lugar donde se encuentran en abominable punto de reunión el mundo, el demonio y la carne! ¡Os conjuro para que depongáis vuestra actitud y no añadáis una espina más, una más cada uno de vosotros, a la corona que ensangrentó la divina frente de Nuestro Salvador en el Gólgota, poniendo en peligro la salvación de vuestras almas, que quedarán condenadas, sin remisión, por los siglos de los siglos, a los terribles tormentos a que están sometidos los que arrojados son a los infiernos! ¡Os demando, en el nombre de la Virgen Santísima, madre del Redentor, que abandonéis este lugar de pecado, de muerte espiritual y de ofensa al divino nombre de Jesucristo Nuestro Señor, porque si no lo hicieréis así...!

La exhortación del jesuita, que blandía con furia sobre su cabeza, cubierta por un bonete de cuatro picos y borla, el crucifijo que portaba, quedó interrumpida al recibir en pleno rostro un impacto que le hizo tambalearse, a la par que le bizqueaban los ojos y que la sangre procedente de la nariz y de la boca le empapaba la cara. El padre de la Compañía movió varias veces la cabeza, como si sacudiese algún mal pensamiento, y se desplomó redondo sobre el polvoriento suelo. Los demás miembros de la orden le rodearon solícitos, dispuestos a prestarle auxilio, y los caballeros que escoltaban a los jesuitas tiraron de las espadas, aunque no sabían muy bien cuál era el enemigo a combatir.

El silencio era absoluto. Se oía el zumbido de las moscas y algunos gritos en lejanía procedentes de las zonas aledañas. Todos los presentes aguardaban inquietos el siguiente movimiento. Los hombres de entre cuya fila había partido la pedrada se replegaron unos pasos de forma instintiva. Las mujeres, sin embargo, se mantuvieron quietas donde estaban, a pie firme. Los corchetes miraban alrededor, a un lado y a otro con gestos de temor, confundidos y aturcidos. Nunca había ocurrido algo parecido. Era cierto que los padres de la Compañía encabezaban la cruzada abierta contra el teatro y la mancebía, cuyos respectivos cierres demandaban. También lo era que aquella actitud beligerante, que gozaba del aplauso en determinados círculos de la ciudad, había originado un fuerte rechazo en gran parte de la población, que disfrutaba con las representaciones y la bullanga que se vivía en los corrales o se solazaba con la putas de la mancebía, en cuyos mesones y figones se

disfrutaba también de otros regocijos como el baile, el cante, la música, el vino y la conversación sazónada de historias picantes, heroicas o extraordinarias. Su presencia en ambos sitios había dado lugar a algunos altercados menores, pero nunca hasta entonces se había producido una agresión como aquélla.

El silencio se rompió cuando de entre la compacta masa salió una voz grave, airada y provocadora:

—¡Fuera los teatinos! ¡Fuera los hipócritas!

Como si se hubiese tratado de una actuación ensayada de antemano, numerosas voces clamaron a coro y a voz en grito:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Muy pronto, al coro de las voces masculinas se sumaron las mujeres:

—¡Que nos dejen en paz!

—¡Fuera!

—¡Que se vayan! ¡Que se vayan!

—¡Queremos ver el teatro!

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

El griterío y la agitación de la masa, donde hombres y mujeres se habían entremezclado, era cada vez mayor. Los corchetes, sorprendidos por aquella reacción, se colocaron junto a los caballeros, formando un círculo protector en torno a los clérigos, que atendían a su compañero herido. La exaltación era tal que podía temerse lo peor si aquella masa enfebrecida se decidía a asaltar al reducido grupo, que había formado una piña como medida de protección. El hecho de que muchos de los presentes portasen armas convertía la situación en muy peligrosa. Bastaría que alguien prendiese la mecha de aquel improvisado polvorín para que explotase la cólera acumulada por unas gentes cansadas de exhortaciones para que ganasen la vida eterna cuando tenían muchas dificultades para ganarse la vida a diario.

Los padres de la Compañía, los «teatinos», como se les motejaba popularmente de manera despectiva, estaban dispuestos a moralizar las costumbres populares, aunque estuviesen muy alejados de la realidad con la que cotidianamente se enfrentaba el pueblo. Para ello contaban con el beneplácito de la buena sociedad de la ciudad, aunque había, en ese cierre de filas en defensa de las buenas costumbres y de la moral pública, notables excepciones. Entre ellas se encontraban algunos grandes, como el duque de Osuna, un empedernido bebedor y mujeriego; el conde de Cantillana, el mejor torero y alanceador del reino, y el marqués de Santiponce, un jugador y pendenciero duelista. También numerosos *veinticuatro*s del cabildo sevillano, que tenía en los arrendamientos de algún corral de comedias y de numerosos burdeles de la mancebía, que eran de su propiedad, unos saneados ingresos. Asimismo, alguna que otra cofradía que obtenía recursos, para sus piadosos fines, de las representaciones de comedias y del arriendo de algunas casas de

lenocinio, tapándose los ojos ante los procedimientos por los que conseguía sus rentas para las actividades que determinaban su existencia.

La actitud de los jesuitas había hecho germinar una corriente de rechazo y animadversión hacia la orden por la lucha que habían desatado en aquel terreno tan sensible entre las gentes sencillas, que encontraban vías de escape a sus miserias cotidianas a través del teatro, una afición que levantaba pasiones, y de los esparcimientos que podían encontrar en el Compás de la Laguna. Sin embargo, hasta este momento, aquella corriente de opinión contra los hijos de san Ignacio no había ido más allá de comentarios en voz baja y de algunas protestas cuando irrumpían de forma enérgica en los pecaminosos lugares que pretendían clausurar.

Nadie en sus cabales hubiese esperado una agresión como la que acababa de producirse, ni entre las autoridades había conciencia de que los ánimos estuviesen tan caldeados. Con todo, lo más grave era lo que podía ocurrir si la excitación que se vivía en las puertas del Coliseo se convertía en un enfrentamiento de más envergadura y terminaba en un motín popular como los que el hambre había producido en otras ocasiones.

La muchedumbre allí congregada se había desplazado de tal manera que el grupo de sacerdotes, caballeros y corchetes (una veintena en total) había quedado rodeado por la gente, que formaba un cerco amenazador. La tensión era palpable. En aquel instante una potente voz se elevó en medio de la muchedumbre:

—¡Quietos todos! ¡Quietos todos! ¡Por el amor de Dios, esto es una locura! ¡Que nadie se mueva!

Se oyó un ruido de gentes que se desplazaban y, como por ensalmo, se abrió un pasillo por el que se acercaba al grupo amenazado un individuo correctamente vestido, sin adornos, pero con elegancia. Su presencia junto a los clérigos, caballeros y corchetes levantó un murmullo:

—¡Es el maestro Jerónimo!

—¡Es Loaysa, el imaginero!

Efectivamente, era Jerónimo de Loaysa, el imaginero, que había rechazado las llamadas que se le hacían desde la corte, afirmando que jamás se marcharía de Sevilla. Aquella actitud había granjeado al escultor no solo el respeto de los sevillanos, sino que le había convertido en una especie de héroe entre las clases populares, que consideraban al artista como uno de los suyos. Loaysa no solo era un artista genial que con sus imágenes daba forma y vida a las devociones que anidaban en el pecho de las gentes, sino que además prefería Sevilla a la villa y corte de Madrid, que era el lugar de destino de todos los ingenios de la monarquía. El maestro Jerónimo, como se le conocía también, era el artista capaz de materializar los fervores y las devociones de un pueblo, que era su pueblo. Era un artista genial y, además, era sevillano por encima de cualquier otra consideración. Loaysa era una persona

admirada, querida y respetada.

Cualquier otro en aquella situación hubiese sido abucheado y habría puesto en grave riesgo su propia integridad física. Sin embargo, cuando Jerónimo se dirigió a la encrespada muchedumbre, el silencio tenso que había presidido la escena hasta aquel momento se volvió respetuoso. Había que escuchar a aquel hombre que había llenado de fe los pechos de muchos de los presentes. Además, a multitud de ellos les había hecho llorar con el dramatismo y la fuerza de sus Crucificados y Nazarenos o con el dolor y la amargura de sus Vírgenes.

Sus palabras brotaron con energía, pero con serenidad. Eran palabras para calmar los ánimos, para tranquilizar y serenar.

—Haya cordura. Haya paz. No hagamos algo de lo que luego todos tengamos que arrepentimos. Si se derramase sangre, las cosas tendrían difícil remedio y las consecuencias de unos actos producidos al calor del momento serían luego inexplicables cuando cada cual reflexione sobre lo ocurrido. Si es que aún estamos en condiciones de reflexionar... Permitamos a los padres de la Compañía —continuó con voz sosegada el imaginero— que se retiren y puedan proporcionar alivio y consuelo para el herido y que los caballeros que les acompañan les escolten hasta su casa. Así pues, os pido que les abráis paso franco y que queden las cosas como están.

No hubo ninguna protesta. El silencio reinante significaba asentimiento a la propuesta que había sido formulada en alta voz. Los corchetes aprovecharon el momento para controlar una situación que se les había escapado de las manos.

—Vamos, vamos a ver, ¡rehaced las filas! ¡Con orden y compostura! ¡Las mujeres por aquí, por aquí! —señalaba uno de los corchetes con el bastón, que era atributo de su autoridad, mientras sostenía su espada, aún desenvainada, en la otra mano.

—¡De uno en uno, con tranquilidad!

La muchedumbre deshizo el corro y con rapidez se formaron las dos filas ante las taquillas. Curiosamente, nadie disputó, ni discutió el lugar que ahora había conseguido en la cola, algo que en otras circunstancias habría originado un conflicto y hasta desencadenado alguna reyerta de cierta gravedad. Poco a poco la gente, que no perdía de vista los movimientos del grupo, comenzó a hablar de nuevo. Eran comentarios en voz baja, y todos se referían al momento que acababan de vivir. Las opiniones eran muy diferentes. Mientras que muchos lamentaban lo que había ocurrido y culpaban a alguno de los entrometidos mosqueteros de la pedrada que había herido al sacerdote, otros se hacían lenguas de la actuación del maestro Jerónimo, cuyo temple había salvado una situación que nadie sabía cómo habría acabado.

Conforme la gente adquiría las localidades —a dos ducados los palcos con ocho asientos, a real y medio los sillones de las primeras filas del patio, a veinte maravedís los bancos y la *cazuela*, donde se daba cita el mujerío, y a doce

maravedíes las localidades de a pie situadas detrás de la *viga*, que era el sitio preferido por los mosqueteros y donde se amontonaban aprendices y todos aquellos cuyo peculio no les permitía posibles para un mejor acomodo— iba entrando al corral, sin mucha detención, aunque faltaban aún tres horas para el comienzo de la función, pero allí el ambiente empezaría a caldearse a medida que aumentase el número de espectadores. El teatro era así. Tenía su largo prolegómeno, que para muchos era parte fundamental de la fiesta. Luego, la función propiamente dicha, que podía responder a la expectación despertada o convertirse en un fiasco; en ese caso la atracción dejaba de estar en la escena y se trasladaba al patio, donde los comentarios y las ocurrencias del público convertían en un suplicio el trabajo de los actores. Y, finalmente, un epílogo en forma de corrillos a la salida del local y que concluía inexorablemente en los tablados de baile y en los mesones, donde tenían lugar comentarios razonados y discusiones vehementes acerca de los detalles de la representación.

La parte que daba a la bocacalle de San Eloy, el mismo lugar por donde irrumpieron con fiereza los jesuitas y su cohorte, había quedado despejada y franca para permitir la retirada de los eclesiásticos y los caballeros que les acompañaban. Aunque la gente aparentaba no hacerles mucho caso, la mayoría miraba disimuladamente con el rabillo del ojo, tratando de no perder detalle. Al jesuita herido le habían lavado la cara aplicándole varios pañuelos mojados con el agua que ofreció un aguador que hacía su negocio entre las filas de los que habían acudido a sacar su localidad. Al contacto con el líquido había recobrado el conocimiento, aunque no parecía percatarse claramente de cuál era la situación. Limpiadas las heridas, que eran más escandalosas que graves, aplicaron al descalabrado un pañuelo a modo de compresa y se incorporó con ayuda de sus compañeros, que le retiraron al resguardo de un portal vecino, perteneciente a casa noble por su aspecto y los blasones que lucía la fachada.

Allí fueron acogidos con respeto y gran consideración por el dueño del inmueble, don Juan de Zarate, secretario de la Casa de la Moneda, quien salió raudo al ser informado por uno de sus criados del movimiento que había en el zaguán. Se hizo pasar al herido a una sala baja y se llamó a un barbero de la vecindad para que le atendiese de forma adecuada. Mientras éste curaba al descalabrado, se sirvió a los integrantes del grupo un refresco de leche fresca azucarada y aromatizada con canela. Don Juan indicó a una de las sirvientas que limpiase la sotana del padre Boniches, que era el nombre del sacerdote agredido, para que la misma ganase el mínimo lustre debido a la decencia y el decoro imprescindibles a su categoría y condición de ministro del Señor.

El señor de Zarate fue convenientemente informado por los presentes, que se entorpecían unos a otros en su deseo de contarle lo ocurrido, dándole detalles del

suceso acaecido y quejándose de la situación a la que habían conducido tiempos como aquéllos, donde ya no se respetaban los hábitos ni la calidad de las personas.

—Por mucho que le digamos no puede vuesa merced —señalaba uno de los caballeros acompañantes con contenida indignación— hacerse una idea de lo que ha pasado. ¡Qué tiempos nos ha tocado vivir, señor de Zarate! ¡Qué tiempos!

—¡No sé adonde vamos a llegar! ¡Ni adonde nos conducirá la mudanza de estos tiempos! —apostillaba otro de los presentes que se contenía menos que el anterior—. ¡La dignidad de la Santa Madre Iglesia por los suelos! ¡Santo Dios, qué tendremos aún que ver!

—¡Y todo porque el venerable padre Boniches les exhortaba con piedad y mansedumbre cristianas a que no entrasen a ese antro de Satanás que son los corrales de comedias y salvarsen sus almas de la condenación a la que irremisiblemente están abocados tan públicos e impúdicos pecadores! —La vehemencia con que se expresaba el jesuita que así hablaba fue estimulada por otro de los caballeros presentes:

—¡Lo que yo digo, padre, lo que yo digo, mano dura! ¡Mano dura es lo que hay que emplear con gentes de esta ralea, porque si no, acabarán subiéndose nos a las mismísimas barbas! ¡Lo he dicho en diversas ocasiones, la Santa Inquisición lleva tiempo reblandecida!

—¡Estoy de acuerdo con vos, don Andrés, una buena candela es lo que está haciendo falta para poner las cosas en su sitio!

Éste era el tenor de los comentarios vertidos en aquella sala baja durante el refrigerio, que duró lo que la curación que el barbero efectuó en la cabeza del padre Boniches. Cuando hubo concluido, señaló el precio de su trabajo:

—Son veinte maravedíes por la limpieza, la sutura, el bálsamo y el vendaje.

Aunque lo dijo con voz clara y sonora, ninguno de los presentes pareció escuchar la demanda del barbero, que se vio obligado a insistir:

—Don Juan, mis servicios y los aditamentos son veinte maravedíes.

Al ser aludido directamente, el señor de Zarate pasó la mirada por todos aquellos que había acogido en su casa: unos miraron para otro lado, otros agacharon la cabeza, y otros disimularon. El anfitrión esbozó una sonrisa burlona y agitó una campanilla a cuyo sonido acudió solícito uno de los criados de la casa.

—Isidoro, paga veinte maravedíes al maestro barbero por sus servicios, a quien, además, hemos de agradecer la rapidez con que ha atendido nuestra demanda.

—El agradecido soy yo, don Juan. Ya tengo para pagar mi entrada al teatro. —Diciendo esto, el barbero se caló el sombrero y, tomando la bacinilla con los trebejos de su oficio, siguió al fámulo que había de pagarle.

Retirado el barbero, don Juan de Zarate se interesó por el estado del jesuita que ahora, aunque descalabrado y vendado, ofrecía un aspecto presentable.

—¿Se siente vuestra reverencia con ánimos para regresar a su convento? ¿O requerimos el servicio de una silla de manos para su traslado? —El padre Boniches agradeció las deferencias que el dueño de la casa había tenido para con su persona, y por consiguiente con la santa compañía a la que pertenecía, y le manifestó encontrarse en condiciones de hacer el camino a pie hasta su residencia—. En ese caso me permitirán ustedes retirarme, pues he de componerme para acompañar a mi esposa al teatro. Es devota de don Pedro Calderón y admira las obras de Moreto, dos de los ingenios de nuestra escena que, como vuestas mercedes no desconocen — esbozó otra sonrisa burlona—, pertenecen al mismo clerical estado que vuestras reverencias, a las que deseo un buen día.

A pesar de ser un apasionado del teatro, Jerónimo no disfrutó como podía haberlo hecho en otras circunstancias con la función de aquella tarde, que quedaría registrada como un éxito notable en los anales de la escena sevillana. La cazuela había seguido con atención poco corriente el desarrollo del auto de Calderón y se había entregado, al igual que habían hecho los exigentes y reventadores mosqueteros, a la puesta en escena de la obra de Moreto. En los mesones y tabernas de los alrededores del Coliseo no se hablaba de otra cosa que no estuviese relacionada con la representación, que había desplazado los comentarios sobre la llegada de la flota. Con un éxito como aquél, se mantendría en cartel ¡por lo menos seis días! Se ponderaba la variedad de los decorados, se elogiaba la riqueza del vestuario y la fuerza de las escenas, diseñadas por Moreto con la maestría de los grandes ingenios. Había llamado la atención la estupidez de don Diego, el protagonista de la obra, que había sido enredado por otro de los pretendientes a la mano de la mujer que amaba, haciéndole creer que una sirvienta suya, que se había prestado al engaño, era una gran señora de alta alcurnia. También atrajo la belleza de las comediantas, que embobaron a los espectadores masculinos con sus bailes, contoneos y picardía, así como por lo que dejaban a la vista sus generosos escotes, que en algunos momentos, como consecuencia de estudiados movimientos, ponían al descubierto los pezones de las mozas —algo nunca visto hasta entonces en la escena sevillana— y que a punto estuvo de producir un altercado, el único en toda la función, cuando un grupo de exaltados intentó introducirse en los camerinos aprovechando uno de los intermedios.

En el transcurso de la velada el imaginero, que había sido jaleado por el respetable como reconocimiento a su actuación en los difíciles momentos vividos en el incidente de la puerta, había recibido un billete de manos de uno de los oficiales del Coliseo. Era una nota de Leonor. En ella le señalaba que acudiese sin falta aquella misma noche al mesón del Tres de Oros por asunto grave y que no admitía espera.

Jerónimo sintió una punzada de inquietud al recibir aquel papel por un conducto tan extraordinario. Había acudido al Coliseo no solo porque era amante del teatro sino como medio de mitigar la angustia que le atenazaba y sosegar su ánimo. Deseaba, aunque fuese solo por unas horas, apartar de su mente las turbulencias de la terrible experiencia vivida la noche anterior y de haber tenido conocimiento de lo que se tramaba en la casa del duque de los Alcores. Cuando abandonó la mencionada casa, la fámula de la duquesa le había indicado que se mantuviese alejado hasta recibir noticias. Le pareció, después de lo ocurrido, que aquel billete llegaba demasiado pronto. Solo algo muy grave podía provocar aquella cita.

El turbador recado le fue entregado cuando la obra estaba a punto de concluir. Pero el escaso tiempo que quedaba de función se le hizo interminable. Ya no atendía

a la escena; su cabeza y su corazón estaban en otra parte. Nada más finalizar la representación, abandonó con premura el Coliseo. Acababan de dar las siete —la función había durado cerca de tres horas— cuando ganó la calle y se dirigió hacia el Tres de Oros. Cruzaría por las calles Sucia y de la Malparida para ganar la Cruz del Negro y desde allí iría a la plaza de San Francisco para tomar luego la calle Genova y las gradas de la catedral, que le conducirían hasta el punto de encuentro, cerca del famoso patio de los Canónigos. Tenía un camino más corto bajando por Ancha de San Pablo y cruzando luego el Compás, pero siendo más corto, con las prisas que llevaba, corría el riesgo de tener un encuentro no deseado al pasar por delante de alguno de los tugurios que jalonaban aquel itinerario.

Cuando Jerónimo llegó al mesón, la concurrencia en el local era numerosa. Las mesas grandes estaban todas ocupadas y dispuestas en círculo. En los bancos de alrededor se apretujaban los parroquianos sin dejar ningún espacio libre. Allí se cantaba y se bebía sin tino. Había mucha animación a la que colaboraban, con gestos provocativos y expresiones soeces, las sirvientas que atendían a los joviales parroquianos en sus continuas demandas de vino o cerveza.

En el centro del círculo, donde estaba congregada la práctica totalidad de la concurrencia, se desarrollaba un verdadero espectáculo, hasta el punto de que detrás de los bancos, convertidos en localidades de primera fila, se habían formado hasta tres hileras de curiosos. La atracción era una joven, de no más de dieciocho años, que bailaba, descalza sobre una mesa, una zarabanda. Era un baile excitante —la autoridad eclesiástica lo había prohibido por pecaminoso— el que ejecutaba la moza con un arte primoroso, llenando de lascivia sus contoneos y de sensualidad sus mohines. De vez en cuando, con estudiada picardía, levantaba poco a poco, como quien desvela con calma un misterio, el borde de su falda hasta enseñar una generosa porción de sus blancos muslos; de repente, cuando más extasiados estaban los mirones, soltaba la prenda y ocultaba sus encantos a los encandilados ojos de los presentes. La parroquia soltaba un bufido de decepción, pero berreaba excitada. Sin pensárselo, uno de los espectadores de la privilegiada primera fila ofertó un ducado de oro a la moza si desabotonaba el ajustado corpiño que le oprimía el talle, dejando solo ver la parte superior de las redondeces de sus senos. La bailarina no lo dudó: extendió la mano, recibió el óbolo y, con sinuosos y lentos movimientos, con gestos y ademanes cargados de malicia, desabrochó la prenda, dejando al descubierto unas espléndidas y voluminosas tetas, cuyos oscuros pezones resaltaban con incitante poderío. Los gritos de los presentes se transformaron en aullidos de placer a la par que las expresiones subieron tanto de tono que habrían hecho enrojecer a muchas de las ramerías que ejercían su oficio en los innumerables burdeles de la ciudad.

Había un fuerte olor e humo producido por los fuegos que ardían en las dos chimeneas situadas en los extremos de la dependencia principal del mesón, cuyo tiro

debía de estar tan sucio y atascado que la mayor parte del humo no encontraba salida por el sitio adecuado.

El mesonero identificó de inmediato a Jerónimo y acudió solícito a atenderle en persona. Para el conjunto de la concurrencia su entrada pasó desapercibida, concentrada como estaba en los encantos de la sensual bailaora, que hacía las delicias de los presentes.

—Dios guarde a vuesa merced, maestro Loaysa. ¿Qué deseáis de mi humilde persona o de esta casa, que también es la vuestra?

—También Dios guarde a vos. Lo primero que deseo es saber si ha venido alguien preguntando por mí.

—¿Preguntando por vos?

—Esta misma tarde.

El mesonero puso cara compungida al responder negativamente a la pregunta de Jerónimo.

—Lo siento mucho, señor, pero nadie ha preguntado por vos.

—En ese caso, deseo acomodo en vuestro mesón para esperar a quien aguardo, pero en lugar más reposado y discreto que este... este salón tan... tan concurrido.

—Me siento feliz de poder atender vuestra solicitud, maestro Jerónimo, ya que dispongo de la estancia que vuesa merced necesita. —Miró con ojos maliciosos hacia donde la bailarina hacía las delicias de la parroquia y con una media sonrisa burlona hizo una oferta al escultor—: Aunque, si queréis entretener vuestro ocio hasta que llegue quien esperáis, puedo proporcionaros lugar de privilegio para ver a la sin par Elisenda, de cuya belleza se hace lenguas toda Sevilla.

—Agradezco vuestra gentileza, pero prefiero aguardar en el reposo de esa estancia que me habéis prometido con la compañía de un buen vino. Supongo que tenéis algo mejor que ese maloliente vinagre que perturba mi olfato desde larga distancia. —Ahora fue Jerónimo quien esbozó una media sonrisa burlona, que no gustó al mesonero.

—Esta es casa acreditada, como bien conoce vuesa merced, y este humilde servidor sabe atender en razón de la calidad de los huéspedes de consideración que nos honran con su presencia, como es su caso, maestro Jerónimo.

Tras cruzar el salón y ganar un rellano al que se abrían varias puertas desiguales en forma y tamaño, pero labradas todas ellas en cuarterones, al más puro estilo castellano, el mesonero giró la aldabilla que cerraba malamente una de ellas e introdujo a su huésped en una especie de alcoba pequeña, pobremente alumbrada por un candil de pico, en la que destacaban los numerosos cuadros y estampas grabadas, todo de mala factura, que colgaban de la pared.

—Tomad asiento y acomodaos, estáis en vuestra casa. Yo mismo os traeré un buen jarrillo de vino. ¡Montilla puro! ¡De los mejores pagos del señor marqués de

Priego! ¿Deseáis algo de comer?

Jerónimo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y preguntó:

—¿Qué podéis servirme?

El mesonero le espetó una larga retahíla de platos, dichos con tanta velocidad que apenas se enteró.

—¿Podéis repetir vuestra oferta un poco más despacio? El mesonero desgranó, ahora lentamente, con cierto regodeo, la oferta culinaria de su establecimiento, permitiéndose varias explicaciones.

—Puedo ofreceros, con toda garantía, un guiso de espárragos adobados con jamón. Pastel de carne aromatizado con tomillo. Guiso de conejo a la cazadora con salsa de cebolla. Perdices en escabeche. Huevas de esturión de nuestro padre Guadalquivir cocidas con vino de Jerez. Criadillas y riñones de puerco muy limpios y bien aderezados. También los guisos de la casa: nabos con garbanzos, judías con chorizo o cocido de verduras, pero esos platos no son dignos, a buen seguro, de vuestro exquisito paladar.

El imaginero se inclinó por las perdices en escabeche, ya que las del Tres de Oros tenían bien ganada y merecida fama.

Por la expresión que se había dibujado en el rostro del mesonero, la explicación recibida colmaba con mucho las aspiraciones que tenía al preguntar.

—Enseguida traigo vuestro vino y vuestra perdiz. —Salió dejando la puerta entreabierta y desplazando su corpulenta humanidad sin hacer ruido.

El mesonero tardó algo más de lo que había prometido en volver. Cuando lo hizo, venía acompañado de una mujer que vestía algo parecido a unas tocas monjiles y que ocultaba su rostro con el rebozo de un manto que, a modo de capa, tenía echado sobre los hombros, y con un vuelo tal que le permitía embozarse sin dificultad.

—Esta dama ha preguntado por el maestro y comoquiera que...

Jerónimo no le dejó terminar.

—Habéis hecho bien. ¡Dejadnos solos!

Con la socarronería propia de los de su gremio, el mesonero preguntó:

—¿Dejo el vino y la perdiz o me los llevo para que vuestras mercedes estén a solas?

La mirada del imaginero fue tan atravesada que el mesonero se arrepintió de haber soltado aquella impertinencia, lo depositó todo sobre la mesa y abandonó la estancia, tan sigilosamente como la vez anterior, pero cerrando la puerta tras de sí.

La embozada dama tomó asiento sin esperar a ser invitada y descubrió su identidad. Era Isabel de Leiría. Tenía el rostro sofocado por el calor que le producían los mantos que llevaba encima y la dificultad que para respirar le había causado el embozo. De su pecho escaparon varios suspiros a la vez que agitaba la mano en un intento inútil de abanicarse la cara. Aquella actitud estaba sacando de quicio a

Jerónimo, carcomido por la intriga desde que recibiese el billete en el corral de comedias.

—Por el amor de Dios, doña Isabel, ¿queréis dejar de hacer aspavientos y decirme de una maldita vez qué es eso que tanto urge? Estoy desde hace rato sobre ascuas. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué esta cita y en este lugar?

—¡Por san Antonio bendito, maestro Jerónimo, que no tenéis ninguna consideración con el sofoco del camino y el que, por añadidura, me ha producido este atavío con el que parezco un adefesio, para evitar miradas indiscretas! Aunque yo creo —serenó el tono de voz— que con esta facha he debido de atraer sobre mí las miradas y el interés de todos aquellos con quienes me he cruzado. ¡Desde luego he sido el hazmerreír de esa caterva de desvergonzados —alzó la voz irritada— que están solazándose con las provocaciones de esa putona que se exhibe sin pudor encima de una mesa!

—¡Por los clavos de Cristo, doña Isabel! ¿Querréis darme de una vez el recado que traéis? ¿Deseáis un poco de vino para refrescar vuestros ardores?

—Vino no he de tomar, pero un poco de esa perdiz no me vendría mal siendo la hora que es y con el estómago vacío porque la señora duquesa está como perdida. Parece que se le hubiese ido el santo al cielo desde que se levantó esta mañana. Ni tiempo de comer he tenido, ¡válgame mi san Antonio bendito!

La dueña buscó entre los refajos que por todas partes la ceñían y sacó un pliego lacrado que extendió a Jerónimo. Entregado el mensaje, cuyo contenido debía de ignorar, Isabel alcanzó la cazuela de barro donde la perdiz escabechada presentaba un perfil atractivo. Tomó una de las rebanadas de pan que el mesonero había traído en un cestillo de mimbre y se dispuso a devorar con fruición el ave que se ofrecía a su hambriento estómago.

Tan enfrascada estaba con la tarea que se traía entre manos de trinchar con los dedos con pasmosa habilidad y mojar con fruición grandes sopas en la salsa, que no se percató de cómo cambiaba el color del rostro del imaginero hasta quedar blancuzco y ceniciento, como el de los Cristos exangües y faltos de vida que salían de sus gubias y buriles. Después de la lectura de aquella carta, quedó un buen rato con el ánimo en suspenso y la mirada perdida en algún punto indeterminado de la habitación. Miró a Isabel que, ajena a todo, continuaba, con perseverancia encomiable, la tarea de dar cuenta de la perdiz y decidió romper el silencio:

—Excusadme un momento, mientras consigo recado de escribir. Habréis de llevar respuesta a doña Leonor. Aprovechad este tiempo para concluir vuestra colación.

Loaysa regresó al cabo de un rato con medio pliego de papel basto, un viejo cálamo y un tinterillo de loza. La dueña daba cuenta de las últimas sopas con las que rebañaba la cazuela donde había estado, hacía poco, la perdiz. Tomó asiento y escribió con rapidez unas líneas. En la pequeña estancia solo se escuchaba el rasgueo

de la pluma sobre el papel. Cuando hubo concluido, Jerónimo sopló sobre el texto y también agitó el papel varias veces para que la tinta se secase con mayor rapidez. Miró fijamente a la mujer que tenía ante él y le comentó en voz muy baja:

—He de deciros algo sumamente importante, relacionado con el mensaje que me habéis traído y que contiene noticias muy graves.

Cuando la portuguesa escuchó aquello, no pudo contener un comentario:

—Ya decía yo que la señora estaba muy alterada, aunque su educación le permite contenerse y no exteriorizar sus sentimientos. Pero está claro que la agobia algo muy grave. Tan grave como para que haya parecido trastornada todo el día. Si ya lo decía yo... —Poco a poco había ido elevando el tono de su voz hasta el punto de que el imaginero le impuso silencio.

—No volváis a interrumpirme y prestad mucha atención a lo que voy a deciros. Nadie más debe escucharlo. No quiero gritos, ni exclamaciones, ¿está claro?

Ante aquellas advertencias dichas de manera suave, pero de una forma que no admitía discusión, Isabel de Leiría apretó los labios. Jerónimo se levantó sin hacer ruido, abrió la puerta, miró al distribuidor y comprobó que allí no había nadie.

—¿Conocéis el contenido de este billete?

—No, pero creo que se refiere a que corren rumores de peste. Aunque nada me ha dicho la señora.

—¿Tenéis noticia de que estamos amenazados por una posible epidemia y permanecéis tan tranquila?

—Algo he oído... y si es verdad... ¿de qué sirve agitarse?

El imaginero miraba con incredulidad a aquella mujer que había devorado con fruición su comida.

—Está bien, escuchadme: la señora duquesa ha tenido conocimiento de la posible existencia de una epidemia de peste que ha causado ya las primeras víctimas en Cádiz y en otras poblaciones de aquella costa. La enfermedad puede afectar a Sevilla en los próximos días o en las próximas semanas. Incluso es probable que el mortal contagio se encuentre ya introducido entre nosotros, aunque todavía no ha dado la cara. Pero todo indica que el riesgo es grave y la situación muy delicada. Esta noticia no tardará mucho en difundirse y, cuando así sea, el pánico se apoderará de todos. Me avisa porque desea, eso es lo que me dice en su carta, que me marche cuanto más lejos mejor, ahora que estoy a tiempo de poner tierra de por medio. Me indica que me sería de suma facilidad trasladarme a la corte, donde requieren con insistencia mi presencia y donde me resultaría fácil y cómodo instalarme por un tiempo. Asimismo, me informa de que ella no abandonará la ciudad porque su marido, sabedor de la amenaza que se cierne sobre nosotros, tiene planes que le obligarán a permanecer en Sevilla. No me indica cómo ha llegado a tener conocimiento de la noticia, pero afirma que es buena y abonada.

Jerónimo tomó la jarrilla y dio un trago a su vino, que hasta aquel momento apenas si había probado. Chasqueó la lengua apreciando la calidad del caldo y prosiguió.

—Entregad a doña Leonor este papel. En él le indico mi voluntad, tan firme como la suya, de permanecer en Sevilla pase lo que pase. Decidle también que advertiré a mis amigos, a mis oficiales y a mis aprendices. También le propongo un encuentro en San Laureano.

Mientras la portuguesa guardaba el papel entre sus ropas, Jerónimo se asomó a la puerta y llamó al mesonero. Pese a la potencia de su voz, dudó que con la algarabía reinante en el salón alguien pudiese escucharle. Sin embargo, para su sorpresa, instantes después apareció el dueño del local en actitud solícita.

—¿Ha llamado vuesa merced?

—Así es. Decidme cuánto os debo.

El tripudo dueño del Tres de Oros hizo como que ajustaba la cuenta, miró la jarra y se percató de que estaba casi entera.

—¿No os ha gustado el vino, maestro? Os aseguro que no encontraréis nada igual en toda Sevilla.

—Cierto que es un caldo excelente. No debéis preocuparos. Decidme qué he de pagaros —insistió Jerónimo.

Otra vez, elevando los ojos al techo, pareció ajustar el precio.

—Son catorce maravedíes, señor.

Era un precio razonable, habida cuenta de la calidad del vino, que había quedado casi entero, y las excelencias de la perdiz. Jerónimo le entregó medio real, dejándole para su beneficio los tres maravedíes que había de exceso. Ante la propina, el posadero recogió la jarra y la cazuela y se retiró haciendo reverencias.

Jerónimo se levantó para apartar, galante, la silla en la que se sentaba Isabel, quien parecía asumir como la cosa más natural del mundo la terrible amenaza que suponía una epidemia de peste. Antes de levantarse, la mujer comenzó a hablar con una voz que parecía pertenecer a otra persona:

—Habéis de saber que, siendo jovencita, conocí lo que es una epidemia de peste, que atacó Lisboa. A pesar de los años transcurridos, conservo frescas en mi memoria las imágenes terribles de aquellos días de horror. Casas cerradas con sus puertas y ventanas claveteadas con tablones para evitar la salida de sus moradores porque en ellas se había producido alguna muerte. Gritos y lastimeras peticiones de socorro de quienes quedaban encerrados y abandonados a su propia suerte. Los cadáveres de los apestados tirados en las calles, pasto de perros y de cerdos que deambulaban enloquecidos por ellas, hasta que asalariados del ayuntamiento acudían a retirar, armados de unos garfios, los despojos que quedaban. Nunca olvidaré el aspecto de aquellos hombres, vestidos con unas negras túnicas, enguantados y protegidos por

una especie de mascarillas que, a la altura de la nariz, tomaban forma de pico de ave en el que había plantas olorosas y una esponja empapada en vinagre, que continuamente humedecían con una cantimplora que a tal efecto portaban. Su aspecto y sus ademanes ponían los vellos de punta. Eran como espectros salidos del averno. Recuerdo las largas filas de carretas cargadas de cadáveres, que transportaban a los muertos hasta unas zanjas y fosos —los ojos extraviados de la portuguesa reflejaban el horror que el recuerdo de todo aquello le producía—, carneros los llamaban, excavados para arrojarles allí junto a grandes cantidades de cal viva. Aquellos cuerpos iban tirados de cualquier forma. La piel había tomado unos tintes azulados y estaban llenos de bubas y ulceraciones purulentas y sangrantes...

»Se hicieron —continuó con tono monocorde— grandes hogueras donde ardían enseres, muebles, ropas y ajuares que era necesario quemar porque habían pertenecido a algún apestado. No he olvidado el olor que inundó la ciudad durante los meses de la epidemia y que luego persistió mucho tiempo más. No sé si porque realmente era así o porque no podíamos sacudirnoslo de nuestras fosas nasales, día tras día y noche tras noche había un olor a podredumbre y a muerte que producía náuseas y hacía vomitar. Ni siquiera la brisa de poniente, procedente del Atlántico, que siempre traía aires marinos y aromas de sal, se notaba, ni tampoco lograba refrescar el ambiente seco y caluroso producido por las candelas que ardían en las plazas.

»Conservo en mi mente, como si hubiese ocurrido ayer, la imagen de gentes que, en largas hileras, formando una especie de procesión, se disciplinaban, azotándose unos a otros en sus espaldas desnudas, ofreciendo aquel sacrificio para aplacar la cólera divina, que nos mandaba tal castigo por nuestras maldades y muchos pecados. Yo tenía catorce años, ya era una mujer, y acompañé a mi padre, que luego murió a los pocos días, como también mi madre, que fue una de las últimas víctimas de aquel azote pestilente, cuando ya se había iniciado la cuarentena de salud, a una de aquellas procesiones, portando un farolillo para alumbrar las tinieblas de la noche. Aún resuenan en mis oídos los golpes secos de los flagelos. Servía cualquier cosa que permitiese azotar la espalda encorvada del que iba delante bajo el peso de una cruz que llevaba sobre uno de sus hombros. Mi padre tuvo suerte porque el azotador que le había correspondido utilizaba para el castigo unas correas de cuero sin más aditamentos. Otros eran golpeados con cadenillas o con látigos de fustigar. Lo peor era que algunos, deseosos de ensañarse, habían colocado en los extremos de su azote pequeñas púas de hierro que rasgaban rápidamente la carne del azotado. En el transcurso de aquella procesión fueron incontables los que, no soportando el castigo, caían de bruces y eran retirados por los padres Jerónimos, que habían sido los organizadores de tamaña locura. Los azotes se entremezclaban, en aquella noche de horror y pasiones, con los gritos lastimeros que proferían desde las casas clausuradas

los que estaban materialmente enterrados en vida, y con el ronco sonar de unos tambores, cubiertos con unos paños negros para amortiguar su sonido, que marcaban de forma cadenciosa el ritmo que habían de llevar las largas hileras de penitentes, que recorrieron la distancia que iba desde el monasterio de los Jerónimos hasta la torre de Belem y su regreso por la ribera donde las aguas del Tajo se confunden con las del océano. Fue una noche de pesadilla —Isabel de Leiría seguía hablando, como si estuviese en otro lugar— que todavía hoy se me representa en sueños que agitan y perturban mis noches.

»Tampoco olvidaré, mientras viva, la cólera de un fraile del convento de Santo Domingo que acusaba a las mujeres desde el púlpito de su iglesia, adonde muchas gentes habían ido en busca de consuelo, de ser origen del pecado en el mundo, fuente de maldades y principales culpables del castigo que la justa cólera de Dios había enviado a su pueblo como escarmiento por sus pecados. Yo que, como os he dicho, me consideraba ya una mujer, pero que no me sentía culpable de la minuciosa retahíla de terribles pecados y delitos de que nos acusaba con vehemencia, fijé los ojos en la imagen de un Crucificado, lacerado y agonizante, que había cerca de donde yo me encontraba, y pensé en la infinita misericordia que Jesucristo había tenido para consentir que le hiciesen todo aquello por nuestros pecados. También por los de las mujeres. Luego giré la vista y me topé con una Dolorosa angustiada por la muerte de su Hijo y reparé en que era una mujer la que lo había parido. Pensé que al amenazador fraile, que tronaba sobre nuestras cabezas denuestos y más denuestos hacia nuestro sexo, también lo habría parido su madre... ¿o tal vez no? Por un momento me asaltó una duda, que rápidamente deseché. A pesar de lo que estaba diciendo, aquel energúmeno era hijo de mujer y había sido amamantado por pechos de hembra. Su Dios era un Dios vengativo, colérico, y que había de tener hasta un punto de maldad por la manera en que nos castigaba, que era desproporcionada a cualquier pecado cometido. Aquel Dios no era el Dios que había muerto por los hombres y también por las mujeres. No entendía aquello, al igual que no entendía el rencor que se estimulaba hacia los judíos, siendo judíos el propio Jesús, su Madre y los doce apóstoles.

»En fin —exclamó con aire resignado Isabel—, la señora, que sabe de mis temores y de mis angustias, ha querido, ocultándome esta mala noticia, ahorrarme algunas horas de sufrimiento, pero el rumor circula ya entre la servidumbre de la casa y ha llegado a mis oídos. En todo caso, habrá de saber que si ella se queda, yo también, y que Dios Nuestro Señor nos proteja del mal. Y vos —miró a Jerónimo con una liviana sonrisa en los labios—, que cierta influencia habréis de tener allá arriba por esos Cristos y esas Vírgenes que salen de vuestras manos, implorad la gracia de Nuestro Señor, que buena falta nos va a hacer, si no le pone remedio.

Isabel de Leiría se santiguó y con alguna dificultad, producida por aquellos

ropajes, se puso de pie. El imaginero le ayudó a componer sus tocas y mantos. Otra vez se embozó para ocultar su identidad a miradas indiscretas y abandonó el lugar junto a Jerónimo, que la acompañó hasta la puerta del mesón. Cuando cruzaron por la pieza principal, donde continuaba el sarao, algunos de los ebrios parroquianos le dirigieron expresiones burlescas y un punto soeces, aludiendo a sus atavíos. La mujer murmuró muy bajo:

—Aviados estáis como la peste sacuda la ciudad.

Era ya noche cerrada cuando Jerónimo de Loaysa se encaminaba hacia su casa en la calle de la Muela. Aunque era tarde, decidió pasar por casa de su amigo, el doctor Ruiz de Acevedo; a aquellas horas encontraría allí a Catalina con toda seguridad. Un mar de encontradas sensaciones embargaba su espíritu agitado por unos acontecimientos que lo desbordaban y se habían acumulado en el corto espacio de veinticuatro horas. Había estado a punto de ser descubierto en una situación complicada y de difícil explicación en casa de su amada, lo que habría acarreado graves y terribles consecuencias para él y para la mujer por la que estaba dispuesto a entregar hasta su propia vida, si necesario fuere. Había conocido la trama de un terrible plan urdido por el duque de los Alcores y un puñado de secuaces. Por último, había tenido noticia, por mano de Leonor, de la amenaza de una epidemia de peste, cuyo solo nombre erizaba el pelo y producía una angustia aterradora en todos aquellos que habían superado la dramática experiencia de un contagio. Él no había conocido tan traumática vivencia, si bien había escuchado historias a personas mayores de los sufrimientos padecidos. Eran relatos espeluznantes. Sin embargo, nunca había oído un testimonio como el que acababa de salir de los labios de Isabel de Leiría.

Recordando los detalles de aquella calamidad que la dejó huérfana de padre y de madre, Jerónimo no podía borrar de su mente la confesión que le había hecho acerca de su idea de Dios. El famoso escultor, el hombre que con sus manos, sus gubias y sus buriles daba vida a la madera y era capaz de conmover y de enfervorizar a las masas ante sus figuras de pasión, había escuchado la misma reflexión que él se había hecho innumerables veces. La que vivía en la soledad de su taller, en los momentos en que algo en su interior le decía que la inspiración llegaba y en que sentía la irrefrenable necesidad de alejar de su lado a sus aprendices, con los más variados encargos y pretextos, para disfrutar en soledad de unos momentos que resultaban imposibles de compartir. El Dios que a él le inspiraba en los momentos en que de sus manos salían aquellas imágenes que movían a fervor y a devoción, que entusiasmaban a las gentes, era un Dios bondadoso que cuidaba de sus criaturas como cosa suya que eran. Se decía que Dios no era el juez terrible que definían desde las cátedras y pulpitos las dignidades eclesiásticas. ¡Había alejado de su mente tantas

veces el pensamiento, cargado de soberbia, de que el amor de Dios por sus criaturas había de ser el mismo que él sentía por las suyas, por sus imágenes...! ¡Por los Crucificados y Dolorosas salidas de sus manos!

Él creía en un Dios de bondad y de misericordia, que entregó su vida por la humanidad. Ese y no otro era el Dios que a él le inspiraba sus creaciones. No podía creer en un Dios severo que amenazaba y castigaba, con males como las pestes, a una humanidad doliente, víctima de sus propios pecados. Siempre le reconfortaba saber que había otras personas que tenían una idea parecida a la suya de lo que era la divinidad. Personas como Leonor de Mascarenhas, su amigo Diego Ruiz de Acevedo y la esposa de éste... Eran muchas más de las que ni siquiera pudiese sospechar. ¡Cuántas gentes habría en aquella Sevilla de sus amores que compartiesen la misma opinión! Jamás tendría una respuesta para ello porque la ortodoxia y los mandatos de la Santa Madre Iglesia caminaban por otros derroteros y resultaba peligroso manifestar opiniones contrarias a las establecidas como verdades intocables.

¡Qué reacción se produciría entre las dignidades eclesiásticas de la ciudad, en las hermandades y cofradías, si se tuviese conocimiento de que él, el maestro Jerónimo de Loaysa, era alguien que se apartaba del camino trazado por los padres del Concilio de Trento, cuyos cánones habían establecido de manera incontrovertible la verdad predicada por Jesucristo y contenida en los santos evangelios! Nadie, fuera de los cauces establecidos por dichas dignidades, podía interpretar la palabra de Dios, y mucho menos sus intenciones respecto de la humanidad. Cualquier manifestación en aquel sentido habría sido objeto de pesquisa por el Santo Oficio y con toda seguridad habría lanzado, como mínimo, una sombra sobre la reputación de quien llegase a tal atrevimiento. Algo así hubiese tenido un peligroso tufillo a erasmismo, a luteranismo, a molinismo o a cualquier otra de las numerosas sectas protestantes que habían difundido la confusión por Europa, o se hubiese vinculado con algún tipo de práctica herética. Sin embargo, no era menos cierto que, en relación al magisterio de la Iglesia y a la autoridad de los religiosos, las aguas debían de andar algo revueltas cuando en algunos ambientes alejados del fervoroso mundo de las hermandades y cofradías que, desde luego era mayoritario, se había producido algo como lo acaecido aquella tarde a la entrada del teatro.

Aún más escandalosas resultarían las reflexiones que Loaysa se hacía acerca del elevado gasto que requería una liturgia, rodeada de lujo y suntuosidad, para la puesta en escena de las devociones y los fervores populares. Unos comportamientos que, entre otras cosas, a él le habían proporcionado numerosos encargos e incluso obligado a elevar la minuta de sus trabajos al solicitársele el más abigarrado de los exornos para las imágenes. Le quedaba la tranquilidad de que solo había aceptado aquellos encargos en sus comienzos, cuando la realización de una obra suponía el sustento para varios meses. Cuando gracias a su renombre y fama tuvo la posibilidad,

se negó a enjorar y enriquecer con adornos las imágenes, o al menos había contribuido a reducir semejante moda. Sabía que aquélla era una lucha contra corriente en un momento en que el gusto por lo recargado y complicado dominaba en todos los planos de la vida. Sabía que solo podía permitírsele porque sus obras resultaban inigualables a la hora de expresar dolor, sufrimiento, angustia o soledad y que aquellas recomendaciones eran consideradas por muchos como excentricidades derivadas de la propia genialidad del maestro. Una genialidad ensalzada por todos, pero que nunca le había llevado al engreimiento, ni a la soberbia. Se alegraba, y daba gracias a Dios por ello, de seguir siendo, a pesar de la fama, un hombre sencillo y honesto. Al menos con sus convicciones artísticas, que eran parte importante de su credo y devoción.

Cuando llegó a casa de su amigo, su ánimo estaba abatido. Tenía necesidad, después de las angustias que le habían asaltado a lo largo de todo aquel día, de compartir con el médico y su esposa el terrible secreto al que el destino le había permitido acceder. A ello se añadía ahora la noticia que acababa de recibir sobre la epidemia de peste que amenazaba a la ciudad. En casa de su amigo se encontró con la noticia de que Diego estaba fuera de Sevilla llevando a cabo un encargo del cabildo municipal relacionado con la existencia de un posible contagio que, al parecer, afectaba a la zona de Cádiz. Y también se encontró con que la esposa de su amigo, conocedora del riesgo que aquella misión suponía, estaba angustiada con la suerte que pudiese correr su marido. Ante aquella situación Jerónimo decidió guardar silencio sobre los dos asuntos que le habían llevado hasta allí. Por nada del mundo la abrumaría con nuevos pesares y preocupaciones.

Sin detenerse más allá de lo imprescindible, el imaginero se dirigió a su casa con el ánimo turbado. Era consciente de que en los próximos días en Sevilla iban a vivirse acontecimientos extraordinarios y que, por un azar del destino, iba a encontrarse en el centro de los mismos.

Cuando el doctor Ruiz de Acevedo cruzó la gaditana Puerta de Tierra, como llamaban los naturales al principal acceso de la ciudad por la lengua terrestre que la unía a tierra firme, le llamó la atención el hecho de que la vida discurría con plena normalidad. Allí nada indicaba que hubiese una epidemia; pensó que las autoridades municipales todavía tenían la situación bajo control. Pero desde la tarde anterior poseía nuevos datos fidedignos acerca de aquel contagio cuyos síntomas, por lo que había sabido de boca de don Juan de Lastres, eran los de la temible peste negra, la llamada también peste bubónica por las inflamaciones o bubas purulentas que aparecían en las articulaciones de los enfermos.

La certeza que ahora tenía era la consecuencia de la conversación mantenida la tarde anterior en presencia de fray Tomás de la Concepción, prior de la cartuja de Jerez, con Juan de Lastres, el piloto del *Nuestra Señora de Atocha*, la nave capitana de aquella espectacular flota de Indias que acababa de cruzar la barra del Guadalquivir, en la embocadura de Sanlúcar. El señor de Lastres, que se había revelado como un excelente conversador, además de un hombre curtido en la larga experiencia que sus viajes le habían proporcionado, le informó de casi todo lo que él quería saber. Aquella noche había meditado largamente, en medio de la duda, si debería dar por finalizado su viaje y retornar desde allí a Sevilla o si, por el contrario, debería llegar hasta su destino y mantener el encuentro acordado con el factor que representaba los intereses del cabildo hispalense en Cádiz. Al final se decidió por esta última opción, sabiendo lo puntillosos que eran los capitulares sevillanos y las largas explicaciones que habría tenido que dar en caso de efectuar la entrevista. Además, y ello fue decisivo, conocería también la versión de los hechos que le daría personalmente quien había alertado sobre la situación sanitaria existente en la bahía gaditana.

El sol estaba ya muy alto, aunque todavía no había alcanzado su cénit, cuando llegó al mesón que había a la derecha de la puerta que le había franqueado el acceso a la ciudad. Aquél era el punto de encuentro fijado y allí era donde le estaría aguardando o donde habría de preguntar por el señor Raimundo de Lantery, un hombre de negocios, de origen saboyano, que llevaba largos años afincado en la ciudad, donde gozaba de gran predicamento y se había granjeado no solo el respeto de sus conciudadanos sino también sus simpatías. Era un individuo que tenía conexión directa con la Villa y la Corte. Manejaba magníficas fuentes de información procedentes de las principales plazas comerciales de Europa. Mantenía excelentes relaciones con las más importantes casas de banca instaladas en Cádiz, muchas de ellas regidas por compatriotas suyos. Desarrollaba una intensa y fecunda actividad con las firmas mercantiles de mayor relieve. Y gozaba de extraordinarios contactos

con el Nuevo Mundo. Era, pues, la persona más adecuada para representar los intereses de la ciudad de Sevilla en un sitio como Cádiz, con un emplazamiento y una actividad financiera y mercantil que se desarrollaba de un tiempo a esta parte con intensidad tal que empezaba a considerarse en muchos círculos como una peligrosa rival para los intereses sevillanos.

Llamó su atención la extraordinaria limpieza del mesón, cosa verdaderamente singular en establecimientos de aquel tipo, donde la suciedad y la porquería tenían lugar de privilegio y hasta podría decirse que eran timbre del que se enorgullecían algunos de sus propietarios o arrendatarios. Tomó asiento en una mesa apartada, aunque, a decir verdad, a aquellas horas había escasa concurrencia y se respiraba un cierto aire de tranquilidad. Apenas se hubo acomodado, una de las mozas que atendían el lugar se acercó solícita. Aunque era hora temprana para el almuerzo, el médico se había levantado con el alba, tomado el refrigerio que los cartujos jerezanos, muy severos en punto de comidas, le habían ofrecido, y cabalgado las cuatro leguas que separaban Jerez de Cádiz. El camino y el esfuerzo habían estimulado su apetito y sentía punzadas de hambre en el estómago. Le pareció excelente la propuesta que le hizo la moza de servirle un estofado de conejo y una buena jarra de cerveza, a la que se había aficionado, sin excesos, en su época de Flandes. Preguntó por el factor, pero aún no había llegado.

Esperaba con cierta impaciencia tanto la comida como la llegada del señor de Lantery cuando se le acercó un mozalbete pobremente vestido, pero limpio y aseado, ofreciéndole un voluminoso manojo de espárragos de un color verde pálido y del grosor de sus pulgares.

—Se los vendo a buen precio, señor. Si se los adoban con jamón pueden prepararle una comida excelente.

—Lo siento mucho, pero ya he pedido mi yantar. Lo siento, de veras que lo siento mucho —se excusó el médico.

—Señor, son excelentes para la cena y muy buenos para la vejiga. Si tiene problemas ahí, ya verá qué buen remedio son —insistió el chaval.

El galeno no pudo evitar una sonrisa a la par que le atrajo la viveza e inteligencia que adivinaba detrás de la mirada limpia del mozuelo.

—¿Para qué quieres el dinero de tu venta? —le preguntó Diego.

El muchacho se vio sorprendido por una pregunta que debió de resultarle extraña, a tenor de la expresión que se dibujó en su rostro. Soltó la respuesta, sin pensar:

—Son para ayudar a mi madre, señor; es viuda y tiene siete bocas que alimentar. Son frescos, señor, los he cogido esta mañana, me levanté antes de que despuntara el sol y he terminado hace poco. Solo me he entretenido el tiempo necesario para lavarme.

La sinceridad del chico le había conmovido.

—Dime tu nombre y el precio de tus espárragos.

—Me llamo Santiago, señor, y os los ofrezco por lo que vuesa merced quiera darme.

—¿Qué edad tienes, Santiago?

—Doce años, señor, soy el mayor de mis hermanos —lo dijo con orgullo.

El doctor Ruiz de Acevedo buscó en su faltriquera y sacó un reluciente ducado de oro. No era corriente ver monedas de aquel noble metal en una época en que las monedas de cobre, el maldito vellón, lo habían inundado todo.

—¿Te parece bien por tus espárragos?

Santiago, a quien se le había cortado la respiración, hizo un gesto de encogimiento con los hombros, y sus grandes y hermosos ojos negros se clavaron en el reluciente ducado. Estaba tan sorprendido que no acertaba a dar ninguna respuesta. El médico le tomó la mano y depositó con ternura la rutilante moneda en su palma. Él mismo se la cerró y apretó.

—¿Te parece bien?

Santiago afirmó con la cabeza porque se había quedado sin habla. Diego cogió el manojo de espárragos y se lo entregó de nuevo.

—Esto es un regalo para ti, para tu madre y para tus hermanos, comedlos hoy a mi salud, adobados con jamón.

El muchacho apenas atinó a despedirse, presa del desconcierto. Salió corriendo hacia la puerta, pero antes de llegar a ella, se volvió y se acercó de nuevo para comentar en voz baja, como si fuese un secreto que habrían de guardar entre los dos:

—Señor, vos sois un caballero.

Y se marchó definitivamente.

Apenas había comenzado a dar cuenta de su almuerzo cuando se acercó hasta él un individuo que por su aspecto e indumentaria era un criado. Tras quitarse el sombrero de alas anchas y gachas y hacer una ruda reverencia a modo de saludo, le preguntó si por un casual había llegado al mesón con la intención de reunirse con el señor Raimundo de Lantery. Diego miró al individuo que tan directamente le preguntaba y recordó que el factor había señalado en su misiva que enviaría recado diariamente, mañana y tarde, al mesón de la Puerta de Tierra.

—En efecto, soy el doctor Ruiz de Acevedo y estoy aquí, por encargo del asistente de la ciudad de Sevilla, para reunirme con el señor de Lantery. Ahora, ¿podéis decirme quién sois vos?

—Soy criado de don Raimundo y he venido para deciros que mi señor se reunirá con vos cuando vuesa merced lo disponga.

—¿Dónde será la reunión?

—Será donde vos señaléis, aunque tengo el encargo de mi señor de indicaros que, si para vuesa merced no es obstáculo, os ofrece su casa como lugar a propósito. Por si

os interesa, añadiré que se encuentra muy cerca de este mesón. Sin forzar el paso tardaremos pocos minutos en llegar, si es que así lo decidís. —Miró el condumio del médico y añadió—: Os aguardaré allí, en la mesa que hay junto a aquellos barriles, a que termine vuesa merced la colación.

El lacayo no había exagerado en sus indicaciones. En apenas cinco minutos habían llegado a la casa del señor de Lantery. La vivienda del factor, que casi podía calificarse de mansión, era de grandes dimensiones según señalaba su fachada, que se extendía a lo largo de no menos de medio centenar de varas castellanas. El paramento de la primera planta era de bloques de piedra almohadillados.

Lantery ofrecía una apariencia honorable. Vestía ropas negras y sencillas. Tenía el pelo corto, pero abundante, y completamente blanco. Recibió al médico en un despacho de mediano tamaño donde el mobiliario era el preciso y denotaba el buen gusto de su propietario. Como fue introducido directamente, sin antesalas ni esperas, lo encontró atareado, mirando unos libros de contabilidad, sentado tras un bufete en el que se apilaban en sus extremos unos voluminosos rimeros de papeles. Nada más percatarse de la entrada del médico, se levantó y acudió solícito a recibirle.

—Supongo que sois la persona a quien el cabildo ha encomendado la misión de recibir la información que complete el anuncio que hice llegar hasta Sevilla. Permitidme que me presente, soy Raimundo de Lantery. —Sin dar tiempo a nada más, preguntó, mientras extendía su mano—: ¿A quién tengo el honor de recibir?

Con una amplia sonrisa, para corresponder al afable recibimiento, el médico hizo una leve inclinación de cabeza.

—Soy el doctor Diego Ruiz de Acevedo y, en efecto, he sido enviado por el cabildo municipal de mi ciudad para conocer los detalles que podáis facilitarme acerca de esa epidemia a la que os referíais en vuestro escrito. Puedo aseguraros, señor de Lantery, que vuestros informes han causado honda inquietud y no poca preocupación entre quienes me han comisionado para este encuentro.

—Es lógico, es lógico, mi querido amigo, que así sea. Pero puedo aseguraros que la información facilitada responde a la más verídica realidad y que en ningún caso mi deseo es alarmar ni preocupar, sino informar de un asunto que entiendo es de sumo interés para la ciudad, cuya representación aquí me está encomendada. Pero tomad, tomad asiento, por favor, mi querido amigo. —Señaló un par de sillones tapizados en terciopelo rojo y de aspecto confortable, que había en uno de los lados del despacho—. Veréis, ha poco más de una semana que llegó el rumor a esta ciudad de que la flota de Indias había sido avistada a pocas leguas de la costa onubense. Poco después dicho rumor quedó confirmado, aunque la flota, como consecuencia de la calma reinante, tardó aún varios días en aparecer ante la barra de Sanlúcar. Las noticias difundidas por todas partes se refieren a que esta flota trae un cargamento excepcional, de especias y de diversos ultramarinos, así como de oro, plata, perlas y

pedras preciosas. Aunque nadie ha visto ese cargamento, se da por seguro que se trata de una de las flotas que mayores riquezas ha traído de las Indias Occidentales en muchos años. En esta ocasión ha sido muy complicada para los prácticos la operación de dirigir la entrada de los galeones en el Guadalquivir, porque hace demasiado tiempo que no se ha drenado la barra y el río, con la sequía de los dos últimos inviernos, ha perdido caudal y la profundidad de las aguas es más escasa de lo habitual. Varios de los barcos han estado a punto de embarrancar y los sustos han sido numerosos. Pero, gracias a Dios, toda la flota ha cruzado ya los temibles bajíos de arena sin novedad digna de mención. Ahora bien, la operación se ha dilatado mucho más de lo previsto y ha durado hasta ayer. A lo largo de esos días a la marinería y a la tropa se les ha prohibido bajar a tierra, y a toda la gente de la flota se la ha obligado a permanecer a bordo. Solo algunos oficiales de su majestad han desembarcado para resolver cuestiones puntuales y realizar trabajos muy concretos que les han sido encomendados por el almirante de la flota, don Luis de Bazán, marqués de Santa Cruz. La única persona que ha obtenido licencia para abandonarla, porque su misión había concluido al arribar los galeones a Sanlúcar, así estaba estipulado en su contrato, ha sido el piloto mayor de la misma, quien navegaba a bordo del *Nuestra Señora de Atocha*, que es el buque que viene al mando de la flota.

—Ese piloto se llama Juan de Lastres —le comentó Diego—, un cántabro que, por lo que sé, goza de merecida fama y prestigio entre las gentes de la mar, por sus habilidades y probada capacidad.

—En efecto, Juan de Las... —Lantery estaba tan abstraído con su narración que tardó en reaccionar a la interrupción del médico—. ¿Cómo, cómo es que vos sabéis el nombre del piloto mayor de la flota?

La mirada de Ruiz de Acevedo se había tornado burlona, ante la expresión del rostro del factor.

—Porque anoche compartí hospedaje con él, acogido por los padres cartujos, en Jerez.

—¿Estuvisteis anoche con Lastres? —preguntó amoscado el factor.

—Así es, y me informó detalladamente de la situación de la flota.

Raimundo de Lantery no salía de su asombro.

—Así pues, vos ya sabéis los detalles de todo este asunto...

—En efecto, mi querido amigo.

El comerciante saboyano se pasó una mano por el mentón mientras reflexionaba en silencio. Transcurrió un buen rato hasta que preguntó:

—En ese caso, señor de Acevedo, habréis de satisfacer una pregunta, una curiosidad. ¿Cuál es la razón por la que habéis continuado vuestro viaje hasta esta ciudad, si el encargo que os habían hecho quienes os han comisionado estaba cumplido?

—Esa pregunta, formulada por vos, me llena de perplejidad, señor de Lantery.

—¿Que os llena de perplejidad, decís?

—En efecto. En vuestro mensaje al conde de Paredes le indicabais que, si bien el asunto no era aún del dominio público, teníais noticia certificada de que la peste había brotado no solo en Cádiz sino en otros lugares próximos a ella.

Al escuchar aquellas palabras, el saboyano se puso de pie con una energía impropia de su edad. Su rostro se había enrojecido y parecía un tanto congestionado. Miró fijamente al médico sevillano y, a voz en grito, le espetó:

—¡¡Yo no he comunicado tal cosa!!

—¿Cómo que no? —Ruiz de Acevedo también se puso de pie—. ¿Qué creéis entonces que estoy yo haciendo aquí, si no es requerir información precisa de la epidemia que ataca esta zona, que no ha sido desmentida por el señor de Lastres, aunque, por lo que he podido ver, nada en sus gentes ni en su ambiente parece indicarlo?

—¡Santo cielo! ¿Cómo es posible que digáis tal cosa? —Lantery no salía de su asombro; al contrario, cada vez parecía más confundido—. ¿Cómo es posible que me digáis que don Juan de Lastres no os ha desmentido tamaño bulo?

También la perplejidad hacía mella en el galeno.

—¿Acaso vos no habéis enviado por correo extraordinario y en clave un mensaje al señor asistente señalando que la epidemia había tocado por estos parajes?

Por toda respuesta, Lantery se dirigió a un bargueño que había arrimado a una de las paredes, lo abrió con una llavecilla dorada que llevaba colgada del cuello, y de uno de sus numerosos cajones sacó un fajo de papeles plegados atados con una ancha cinta de seda roja. Se acercó hasta el bufete, desató el balduque y buscó el papel que le interesaba, lo desplegó y lo colocó sobre la mesa. Luego, de la peana de una pequeña imagen de la Virgen sacó otro papel que allí ocultaba y lo puso junto al otro.

—¡Prestad atención! Este que veis es el mensaje que envié al señor conde de Paredes. Ésta es la clave para su lectura. Voy a descifrároslo y, si lo deseáis, vos mismo podéis hacerlo. —Miró a Diego, quien con un gesto le indicó que procediese.

Se sentó y, con la facilidad de quien está acostumbrado a aquella tarea, escribió sobre un papel la traducción al castellano del mensaje cifrado. El médico asistía en silencio a la operación, a la par que veía construirse un texto inteligible a partir del galimatías que era objeto de la descodificación. Cuando hubo concluido —la tarea no llevó a Lantery más de un cuarto de hora, porque el texto tampoco era extenso—, soltó la pluma y aspiró profundamente, llenando de aire sus pulmones, como si el esfuerzo realizado le hubiese dejado sin resuello.

—Éste es el texto que yo envié. ¡Prestad atención!

Cádiz, a 14 días del mes de abril del presente año de Nuestro Señor de 1646

Ha llegado a mi conocimiento por vía estrictamente confidencial, pero de toda fe y garantía, que hay un brote de achaque pestilente en la flota de Indias que acaba de arribar a estas costas. No hay noticia de que el mismo haya contagiado ni a esta ciudad ni a ninguna otra de las que circundan su bahía. El asunto, por ser de tanta gravedad como V. E. puede imaginar, se mantiene en el más apretado de los secretos. Puedo asegurar a V. E. que no corre por estos parajes ni el menor rumor, ni se dice la menor palabra acerca de ello. No obstante, puedo certificar a V. E. que la noticia es buena y abonada, digna de todo crédito.

Dos apestados han sido arrojados al mar, en aguas próximas a la bahía, lastrados con grandes piedras para que caigan a plomo hasta las profundidades. Dicha operación se ha hecho de noche y con gran sigilo.

Comoquiera que el asunto requiere de la mayor discreción y urgencia por lo interesada que está esa ciudad en tan grave asunto como lo es éste del contagio, es por lo que no remito a V. E. este mensaje por la posta ordinaria, sino con correo especial, urgente y cifrado.

Si V. E. desea información más pormenorizada y por extenso, atenderé con sumo gusto al propio que me enviare. Podrá acudir al mesón que dicen de la Puerta de Tierra, lugar concurrido, famoso y que no tiene pérdida. Allí mandaré a pedir recado varios días, tanto a la mañana como a la tarde, por si V. E. decidiese requerir mayores datos.

Reciba V. E., como siempre, mis consideraciones más respetuosas y mi total disposición hacia su persona.

B. L. M. de V. E.

Raimundo de Lantery

Conforme Lantery leía el texto, la cara de Diego se contraía. Al saboyano no le pasó inadvertido el trance y preguntó, solícito:

—¿Os ocurre algo? ¿Os sentís mal?

—Si no es mucha molestia, os agradecería un poco de agua.

Lantery agitó una pequeña campanilla de plata y al punto acudió una sirvienta a quien ordenó que trajese agua sin pérdida de tiempo. Instantes después, la criada llevó al despacho una jarra de fino cristal tallado y dos copas a juego, sobre una bandeja cubierta con un mantelillo de fino hilo de holanda, ricamente bordado. El mensaje denotaba en todo los posibles de su propietario.

El anfitrión llenó las dos copas justo a la distancia del borde que las buenas formas y maneras tenían establecido y alargó una de ellas al desconcertado don Diego, que vació su contenido a base de pequeños y continuados sorbos. El factor aguardó a que su visitante se repusiese de la impresión que había recibido y esperó pacientemente a que fuera el médico quien rompiese el silencio.

—Habréis de saber, mi buen señor de Lantery, que ese texto no coincide con las noticias que a mí se me dieron respecto a vuestra advertencia. El conde de Paredes informó, a varios miembros del cabildo y a alguna dignidad eclesiástica, de que la noticia recibida por vuestra mano señalaba la existencia de una epidemia tanto en esta ciudad como en otras próximas a ella. La idea que se tiene en Sevilla es que la peste ha causado ya numerosas muertes y que solo la actitud de las autoridades de los lugares infectados, tratando por razones económicas de no desvelar esa realidad,

había permitido ocultar la grave situación que se vive.

Lantery, cuya atónita mirada reflejaba su sorpresa, negaba con ligeros movimientos de cabeza.

—Es cierto que llamó la atención de los presentes en la reunión a la que he aludido el hecho de que, aparte de vuestra misiva, no hubiese llegado ni corrido el más mínimo de los rumores acerca de algo, como es un contagio pestilente, cuya noticia se divulga con la rapidez del relámpago. Así me lo comunicó el capitular que acudió hace dos días a mi domicilio, donde me puso al tanto de la situación y solicitó de mi persona que me pusiese en camino para mantener esta reunión con vos. Se deseaba, ante la importancia del asunto, tener información contrastada de la situación que se vive en estos lugares, así como un mayor número de datos acerca del contagio en todas estas poblaciones, cuya certeza se da por segura. ¿Comprendéis ahora mi turbación cuando me habéis dicho que ni en Cádiz ni en los lugares de su contorno hay conocimiento de casos de contagio? En este momento ignoro cómo ha podido producirse este gravísimo error que... que...

El factor respiró profundamente.

—No sé, mi querido amigo, cómo se ha podido llegar a esta situación, pero puedo juraros por la salvación de mi alma que en modo alguno he sido yo quien ha transmitido esa noticia de la que me estáis dando cuenta. Acabo de leeros una copia del texto que envié a su excelencia el señor conde de Paredes. Soy hombre metódico en mis asuntos y precavido en mis actuaciones, guardo copia de todos aquellos documentos de cierto interés que salen de mi mano, como habéis tenido ocasión de comprobar por vos mismo. —Mientras Lantery daba esta explicación, acompañando sus afirmaciones con gestos de sus manos, Ruiz de Acevedo asentía con pequeños movimientos de cabeza.

—También yo ignoro, señor mío, cómo ha podido llegarse a esta situación y, desde luego, no dudo de lo que acabáis de revelarme. Como vos bien decís, he visto ese texto en clave. ¿Tendría vuesa merced algún inconveniente en facilitarme una copia del mismo, para llevarla a Sevilla y poner en claro todo este enredo, que no alcanzo a comprender cómo ha podido acontecer?

—No solo no tengo inconveniente sino que lo haré con sumo gusto. Es el testimonio más fehaciente de cuál ha sido la verdadera noticia que yo he enviado a su excelencia y que también a mí, como a vos, no deja de sorprenderme. Es algo inexplicable... inexplicable... ¡no alcanzo a comprender cómo ha podido llegarse a esto!

Lantery, que era hombre de experiencia, se percató de los males que podían derivarse del grave malentendido producido por una errónea interpretación de la misiva que él había enviado. Si, por alguna circunstancia, en Sevilla se difundía la noticia de haberse desencadenado una epidemia en Cádiz y las poblaciones que

circundaban su bahía, las consecuencias podrían ser incalculables. ¡Menos mal que tenía aquella copia que había descifrado en presencia del galeno sevillano! Si aquel asunto se desbordaba y su nombre salía a relucir en relación con el mismo, la reputación de su casa, labrada durante años de trabajo, esfuerzo y sacrificio, rodaría por los suelos en un santiamén. Sabía cuan finas eran las sensibilidades en aquel mundo de los negocios y las finanzas. Allí era más importante el crédito y el buen nombre, la confianza y la fe, que los propios recursos materiales.

Cogió pluma y papel, y copió literalmente el mensaje que había sobre su mesa, el mismo que había remitido días atrás al asistente sevillano. Ejecutó aquella tarea con minuciosidad y lentitud, pues no quería cometer ningún error. Algo relativamente fácil con aquel galimatías que era el texto en cifra. Cuando hubo concluido, pidió al médico que comparase el texto del documento que había sacado del bargueño con la copia que acababa de realizar.

—Tómese vuesa merced todo el tiempo que necesite, hasta que haya comprobado a plena satisfacción que las dos copias son exactas, idénticas una y otra. —Se levantó del sillón del bufete e indicó al galeno que se sentase en él para realizar su labor con la mayor comodidad—. ¿Desea vuesa merced más luz para realizar el cotejo de los documentos?

Ruiz de Acevedo, quien aún estaba bajo los efectos del desconcierto que le había producido la situación creada, se tomó el trabajo con tranquilidad. No quería que hubiese ningún error. También él había pensado en las graves consecuencias que podían derivarse de todo aquello si se difundía en Sevilla la noticia de una epidemia que, según creía el asistente, estaba extendida por un amplio territorio, en lugar de ser un brote circunscrito hasta aquel momento a algunas tripulaciones de los barcos de la flota de Indias. No se podía siquiera afirmar que todos los galeones estuviesen contagiados. Mientras cotejaba los dos textos iba pasando su mirada de un documento a otro, a la vez que con los dedos índices de ambas manos señalaba el lugar por donde iba comprobando. La tarea fue lenta y detallada. Cuando hubo concluido, indicó a Lantery su total conformidad respecto de la exactitud de los dos papeles:

—¡Idénticos, amigo mío! —exclamó—. ¡Como dos gotas de agua!

—Creo que en este momento lo más importante de todo es ganar las horas. El tiempo es el factor más importante en este asunto. En mi opinión, señor Ruiz de Acevedo, es fundamental que en Sevilla no se difunda una falsedad de este calado. Ya sabe vuesa merced qué suele ocurrir en estos casos... Comienza un rumor porque alguno de los que están en el ajo se va de la lengua, y ese rumor, si se refiere a una maldad o a alguna desgracia, se extiende con la mayor rapidez, corre como reguero de pólvora. Además, como la experiencia nos tiene demostrado, el rumor inicial se agiganta y engrandece a cada paso que da. También en ese proceso de difusión se suele deformar, a veces maliciosamente por el interés de algunos, a veces por la

estulticia de otros que, por aparentar que saben más de lo que les han dicho, añaden de su propia cosecha nuevos elementos y aditamentos. En mi opinión vuesa merced no debería perder tiempo alguno en iniciar su retorno a Sevilla, donde su presencia es fundamental para deshacer este entuerto. No tome a mal ni a descortesía hacia su persona esta recomendación; mi casa y yo estamos a su entero servicio y disposición y, si algo necesita, no tiene más que abrir la boca y pedirlo, pero creo que en las presentes circunstancias es la mejor recomendación que puedo darle. ¡Quiera Dios y su Santa Madre que no sea demasiado tarde cuando vuesa merced llegue a su destino! Dicho esto, también creo que debería, con la hora que ya es —miró un reloj de mesa, labrado en bronce cincelado con adornos de esmalte bellamente trabajados, y comprobó que eran cerca de las tres de la tarde—, tomar algún bocado antes de ponerse en camino. ¡Tened la bondad de acompañarme al comedor!

—Os lo agradezco, pero ya he tomado un almuerzo; mejor me pondré en camino, sin pérdida.

—Como prefiera su merced.

Mientras se despedían, el factor gaditano le comentó cuan extraña le resultaba la conducta de don Juan de Lastres:

—No acabo de explicarme... no encuentro la razón por la cuál el piloto mayor no os dijo que en esta ciudad la epidemia no había prendido y que estaba circunscrita a la flota.

—Tampoco yo encuentro una explicación a una conducta tan extraña. No sé por qué, cuando supo que en Sevilla existe la creencia de que diferentes lugares de esta bahía están contagiados, no lo desmintió.

—Sí que es raro todo ello —insistió Lantery.

Era noche cerrada, al día siguiente de su partida de Cádiz, cuando el doctor Ruiz de Acevedo se acercaba a Sevilla. Llegó frente a la muralla que circundaba la ciudad y tuvo que dar un rodeo hasta alcanzar la puerta de Carmona, muy alejada de la puerta de Jerez, que era la entrada natural a la ciudad por el camino que traía. Aquella puerta, la de Carmona, era la única que mantenía abierto, bajo estricto control, uno de sus postigos durante la noche para que pudiese ser utilizado en caso de emergencia. Le llamó la atención la vigilancia, mucho mayor de lo habitual, que percibió en los adarves de la muralla. Lo dedujo porque era recorrida por puntos de luz que se desplazaban sin cesar: eran guardias alumbrados por antorchas. Cuando comprobó que los postigos, que se abrían por muchos puntos del perímetro amurallado de la ciudad para facilitar la salida hacia la campiña, habían sido tapiados, y olía a tablazón de carpintería y a obra fresca, le asaltaron los peores presentimientos. Aquello solo podía significar una cosa: Sevilla se había cerrado contra la peste. Sus autoridades habían tomado ya las primeras medidas que aislasen la ciudad del posible acceso de personas contagiadas. ¡La noticia de que Cádiz y otras poblaciones de su entorno estaban infectadas se había difundido! Un escalofrío le recorrió el cuerpo y, de repente, se percató de que corría un serio peligro. Allí, en medio de la oscuridad, podía ser confundido con un intruso, con alguien que trataba de penetrar de forma clandestina en la ciudad. Al escalofrío le sucedió una desagradable sensación de calor. Apartó su cabalgadura de la muralla, manteniendo una distancia de respeto. Estaba a poco más de cien pasos de la puerta por donde pretendía entrar cuando le llegó, rompiendo el silencio de la noche, una voz de alerta:

—¡Alto! ¿Quién va? ¡Santo y seña!

Aquel grito le dejó perplejo. Pasaron unos segundos en medio de un intenso silencio, hasta que la misma voz sonó de forma estridente y con un tono amenazador:

—¡Santo y seña!

No sabía qué hacer. No conocía la contraseña que había quedado establecida para que los guardias le identificasen. Eso significaba que había alguna ronda de vigilancia por el perímetro exterior de la muralla, aunque él no se había percatado a lo largo del recorrido que había realizado. Otra vez llegó a sus oídos el grito del centinela:

—¡Santo y seña o abro fuego!

Solo acertó a decir su nombre.

—¡Soy el doctor Ruiz de Acevedo! ¡Diego Ruiz de Acevedo!

—¡Santo y seña! ¡O disparo!

—¡¡Soy el doctor Diego Ruiz de Aceve...!!

En la oscuridad de la noche se vio un fogonazo y sonó un disparo. La yegua del médico se encabritó, relinchó y derribó al jinete, que dio de bruces en el suelo. La

noble montura huyó al galope; en medio de la noche se perdía el golpear de los cascos conforme el animal se alejaba. Era algo que, sin embargo, no le importaba. ¡Ya tendría tiempo de recuperarla! Lo que verdaderamente le preocupaba era la situación en que se encontraba, aunque la oscuridad era su aliada, porque quien había disparado lo había hecho a tientas. Oyó ruido y sintió voces en el adarve, pero no entendió lo que decían, solo veía moverse dos puntos de luz. No sabía muy bien qué hacer, si gritar, si levantarse, o si hacer las dos cosas. La única forma que tenían de conocer, aunque fuese por aproximación, la posición en que se encontraba era a partir de su voz o del ruido que pudiese hacer. Afrontar aquella situación, después de tres agotadoras jornadas de viaje y del fiasco de su misión, era lo último a lo que esperaba tener que enfrentarse.

Pasaron varios minutos que le parecieron una eternidad. Continuó viendo el movimiento de las antorchas en el adarve y escuchó, sin entender nada, el rumor de los comentarios. Solo eran inteligibles algunas de las palabras sueltas que llegaban hasta sus oídos: «regidor», «médico», «seña», «huido»... Después de muchas dudas, tomó la decisión de identificarse de nuevo. Pensó que si le dejaban explicarse, tal vez... De pronto, una luz se hizo en su mente. ¡Tenía un documento que podía serle de utilidad! ¡Tenía la cedulilla que le habían entregado para identificarse en Cádiz, como enviado del cabildo municipal sevillano! ¡Aquello podía serle útil! Recordó el escueto texto: «El portador de la presente cédula, don Diego Ruiz de Acevedo, médico del cabildo municipal de Sevilla, queda autorizado para recibir cuanta información entendáis es de interés acerca del asunto que nos ocupa». Estaba firmada por el conde de Paredes y tenía un sello seco con el escudo de la ciudad.

Aquel texto, además, no aludía para nada a su presencia en Cádiz, ni a la epidemia, lo que, sin duda, le hubiese acarreado problemas en aquellas circunstancias. ¡Menos mal! Acreditaba que era médico y que tenía autorización municipal. Rogó mentalmente que fuera suficiente para sacarle del atolladero en que se encontraba. Rebuscó entre sus ropas y halló el papel.

—¡¡Soy el doctor Ruiz de Acevedo y estoy comisionado en misión oficial por su excelencia el asistente!!

No obtuvo ninguna contestación, aunque vio que las luces no se movían y que, al menos, no le habían soltado otro arcabuzazo como respuesta. Pasado un tiempo que consideró prudencial volvió a identificarse:

—¡Soy Diego Ruiz de Acevedo, médico del cabildo!

Nada. Silencio.

Iba nuevamente a gritar su nombre por tercera vez, cuando le llamaron desde la muralla:

—¿Quién habéis dicho que sois?

Instintivamente, se puso de pie. Tenía el cuerpo dolorido.

—¡Soy el doctor Diego Ruiz de Acevedo, médico del cabildo! —gritó con todas sus fuerzas.

—¿Podéis demostrar lo que decís?

—¡Sí, puedo! ¡Tengo una cédula de su excelencia el señor conde de Paredes que certifica quién soy! ¡Además, es posible que alguno de los que estáis ahí pueda reconocerme! ¡Soy persona conocida! —Pensó que aquél era un buen argumento para despejar dudas acerca de su identidad.

Otra vez llegó hasta sus oídos el rumor de comentarios.

—¿Estáis solo? —le preguntaron.

—¡Estoy solo y he perdido a mi yegua!

Tras un breve silencio, en el que creyó percibir el tono de una discusión, le invitaron a acercarse.

—¡Venid hasta la puerta y deteneos cuando se os ordene!

Escuchó cómo se amartillaban varias armas de fuego. No podría precisar si eran arcabuces, escopetas o pistolas. Avanzó treinta pasos y en un instante se encontró a poca distancia de la muralla, en una zona donde la luz de las antorchas proporcionaba un tenue resplandor. Habían traído también varios fanales para mejorar la iluminación.

—¡No os mováis! —le gritaron desde arriba con voz autoritaria.

Quedó paralizado, inmóvil. Le cruzó por la mente si todo habría sido un ardid para atraerle a una trampa. Ahora era un blanco perfecto. Desechó la idea porque era una tontería matarle.

—¡Acercaos hasta el postigo de la puerta! ¡Hacedlo despacio!

Se aproximó hasta la puerta, donde abrieron un ventanillo por el que apareció un rostro iluminado por un farol y a su misma altura la amenazante boca de una pistola.

—¡A ver! ¡Venga esa carta de identificación a que os referíais! ¡Ponedla sobre esta paleta! —Sacaron por el ventanuco una pequeña pala de madera sobre la que Diego depositó cuidadosamente la cédula, que parecía ser, más que nunca, su salvoconducto.

Sin mediar palabra, cerraron la ventanilla con un golpe seco. Se dispuso a esperar con paciencia. Tuvo tiempo para considerar que la situación en la ciudad sería muy complicada porque solo así podría explicarse el rigor de las medidas adoptadas. Transcurrió un buen rato. Hasta él llegaba el rumor de la conversación que tenía lugar al otro lado de la puerta. Parecía que discutían, pero no lograba enterarse de nada. Cada vez se sentía más agobiado. Por fin percibió el ruido que hacían al descorrerse las aldabas que atrancaban la puerta, seguidas por el chirriar de los goznes del postigo al abrirse.

Nada más cruzar aquel umbral, el panorama con el que se encontró había cambiado como por ensalmo.

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso franco al doctor!

—¡Abrid, abrid paso!

Había no menos de una docena de hombres, varios de ellos armados, a los que habría que añadir otros más que se encontraban arriba, en el adarve, y en las torrecillas que flanqueaban la puerta. El que parecía ser el jefe de aquella cuadrilla se acercó hasta él, llevando en la mano su cédula.

—¡Sea vuesa merced bienvenido! ¡Disculpad por las molestias que os hemos causado, pero las instrucciones que tenemos son muy estrictas! —Le estrechó la mano y le entregó el papel—. ¡Menos mal que no os habéis topado con ninguna de las patrullas que recorren las zonas aledañas a la ciudad.!

—¿Deseáis que se os escolte hasta vuestro domicilio? Aunque, pensándolo bien, mejor será, no sea que vuesa merced tenga un mal encuentro. ¡Los ánimos están muy exaltados!

—Agradezco vuestra deferencia y atenciones hacia mi persona, pero os agradecería mucho más que...

—No os preocupéis por vuestro caballo —le interrumpió tratando de adelantarse a sus pensamientos—, con las primeras luces del alba, daré instrucciones para que se busque y se lleve a vuestra casa. El animal no debe de andar muy lejos. Vivís frente a Santa María la Blanca, ¿no es así?

—En efecto, y os agradezco también vuestro interés por mi cabalgadura. Pero lo que me gustaría saber es la razón que explica todo esto.

—¿De dónde venís, doctor? —preguntó distraídamente aquel individuo.

Diego pensó que si le decía la verdad, allí mismo tendría problemas. No podía descubrir que venía de Cádiz porque, en ese caso, podría traer la peste consigo. Improvisó sobre la marcha.

—Vengo de Llerena, en el reino de Extremadura. Allí he recogido cierta información reservada por cuenta del cabildo.

La respuesta debió de satisfacer la curiosidad del que le preguntaba porque, acto seguido, comenzó una larga explicación:

—Disculpe vuesa merced, pero es que todos estamos tan alterados que no he reparado en ello. Veréis, desde esta mañana a primeras horas comenzó a circular un rumor por algunos lugares, que en poco rato se extendió por calles y plazas. Se comentó a la salida de misa primera en iglesias y conventos. Llegó hasta los mercados de la ciudad donde los regatones venden sus verduras, sus hortalizas y sus frutas. Hacia las nueve ya no se hablaba de otra cosa en las carnicerías y en las pescaderías. El rumor inicial señalaba que se había desatado una epidemia de contagio pestilente en todos los lugares de la costa gaditana, donde los estragos de la enfermedad son, al parecer, terribles. Poco a poco se fueron conociendo más detalles. Unos arrieros vizcaínos, que subían con cargas de sal procedente de la isla de León,

fueron apedreados por una muchedumbre exaltada y enfebrecida, y tuvieron que ser escoltados por los alguaciles hasta que se alejaron de la ciudad. Se sabe que en el casco urbano de Cádiz los muertos son tantos que no hay tiempo para enterrarles. Los arrojan al mar lastrados por los pies con grandes pesos. La enfermedad es tan fulminante que produce la muerte de forma instantánea a personas que aparecen como sanas y saludables. Cuentan que en El Puerto de Santa María un cochino que deambulaba por la calle hozó en unos andrajos que había tirados y cayó fulminado como si le hubiese alcanzado un rayo, en medio de terribles convulsiones y chillidos. Todos los que vieron la escena quedaron horrorizados. El efecto de estos tabardillos pestilentes es tan fulminante —continuaba el excitado jefe de la patrulla— que ésa es la causa que explica por qué se ha abatido tan rápidamente sobre numerosas poblaciones, sin que haya habido tiempo de tomar las prevenciones más básicas con las que hacer frente al mal. Aunque ya se sabe que, en estas condiciones, solo la providencia de Dios Nuestro Padre —hizo la señal de la cruz— puede proporcionar la salud y el consuelo necesarios. De Jerez se cuentan horrores. Hace cuatro días gozaba de perfecta salud, no más de cinco entierros diarios, la mayor parte de ellos de párvulos de corta edad. Antes de ayer la peste asoló la ciudad, y ahora los muertos son varios miles. Comenzó el contagio por el popular barrio de Santiago, pero ni una sola de las collaciones se ha librado de los estragos. Está confirmado que ha fallecido la mayor parte de los frailes de aquella cartuja, cuya comunidad supera con creces el centenar de hermanos entre legos y profesos. Se afirma que la muerte es horrible por lo dolorosísima de la misma. A los infectados les salen una bubas, como es común en el contagio pestilente, en las ingles y axilas, de un feo color negro. En poco rato revientan, expeliendo un pus asqueroso y tan maloliente que su hedor es insoportable.

El médico escuchaba atónito la explicación. Al principio, estuvo tentado varias veces de interrumpir a su informador, pero se contuvo a tiempo.

—Terribles son las noticias —continuó el jefe de la patrulla de vigilancia— que llegan de Sanlúcar de Barrameda, donde la mortandad ha causado tal pánico que las gentes huyen despavoridas y alocadas buscando refugio en las iglesias, los conventos y las ermitas. Las aglomeraciones en lugar sagrado han sido tan grandes que ahora las iglesias se encuentran atestadas de muertos y no hay quien limpie los templos llenos de cadáveres e inundados de la porquería que éstos supuran por las bubas reventadas e infectas. Se conocen casos de copulación pública de individuos que, sabiéndose condenados a una muerte segura, han fornicado como bestias, asegurándose de forma tan horripilante la condenación de sus ánimas. Incluso se ha comentado de individuos que, aquejados del mal, han mancillado los cuerpos de jóvenes muertas al estar sus cadáveres abandonados en la vía pública. En Lebrija las calles están desiertas porque los vecinos, atemorizados, se han refugiado en sus hogares. Por ello los datos que se han difundido acerca de la mortandad que sufre dicho lugar señalan lo cuantioso de la

pérdida de vidas, pero se teme que la cifra sea mucho más elevada cuando se sepa de los muertos que hay ocultos, porque se ha convertido en práctica común que los familiares de los apestados escondan a los enfermos y oculten los cadáveres para evitar, por este terrible procedimiento, que sean quemados sus enseres y ajuares familiares.

Ruiz de Acevedo no podía dar crédito a lo que escuchaba. Aquel hombre señalaba como verdades contrastadas y certificadas una sarta de mentiras que estaban adornadas de un prodigioso número de minuciosos detalles. Aquella jornada, que para él había resultado agotadora, se había iniciado muy de mañana. Al alba había salido de la cartuja jerezana donde, al igual que a la ida, había gozado de la hospitalidad de los frailes, y mucho antes del mediodía pasaba por Lebrija, donde se había detenido el tiempo justo para aliviarse de sus necesidades, tomar un refrigerio y dar un imprescindible descanso a su montura. La cartuja gozaba de perfecta salud y la vida de la comunidad se desarrollaba en medio de la paz, el sosiego y la armonía que caracterizaba la existencia de aquellos hombres entregados al rezo y a la oración. Y en Lebrija la normalidad presidía la vida de la población.

No se explicaba cómo la mente humana podía llegar a tales extremos de retorcimiento. No podía entender cómo era posible que aquella sarta de patrañas se hubiese convertido en una verdad incontestable, cuyas primeras consecuencias estaban ya a la vista. «Verdaderamente —pensó— las pasiones humanas pueden conducir a las mayores aberraciones cuando la sinrazón se apodera de una colectividad». Aquello era precisamente lo que había ocurrido en Sevilla. Una ciudad que, cuando él se marchó, hablaba de la riqueza que traía en sus bodegas la flota de Indias y que, en tres jornadas, de lo único que sabía era de peste, contagio y muerte que solo existían en la mente calenturienta de unas gentes que habían convulsionado a una de las mayores ciudades del orbe.

El médico, anonadado por la turbación que le habían producido todos aquellos bulos y patrañas que acababa de escuchar, pero que eran la verdad más incuestionable que vivían los sevillanos en aquellos momentos, preguntó, no sin sorna:

—¿Cómo ha afectado a nuestra ciudad el contagio?

Los ojos del hombre que tan detalladas explicaciones le había dado acerca de los horrores de la epidemia se iluminaron y engrandecieron.

—¡La ciudad, hasta estos momentos, goza de perfecta salud! ¡No tenemos con qué dar gracias a Dios Nuestro Señor, que en medio de tanta tribulación nos mantiene libres del contagio! ¡No se tiene conocimiento de que se haya producido ni un solo caso! ¡Alabado sea Dios todopoderoso!

—¿Así que es probable que dentro de los muros de la ciudad no haya penetrado la enfermedad?

—Es muy probable que así sea porque, siendo los efectos tan perniciosos y

fulminantes, de haber apestados entre nosotros, ya se habrían manifestado.

—Es muy cierto eso que me decís —señaló el médico con intención no percibida por su interlocutor.

—Me alegra y llena de tranquilidad escuchar de una boca como la vuestra tal aseveración, que confirma la impresión que tenemos acerca del buen estado de salud en que nos encontramos.

«Si escuchase de mi boca lo que tendría que decir a este zopenco —pensó Diego —, creo que daría con mis huesos, al menos por esta noche, en alguna de las dependencias de la cárcel de las Sierpes».

Animado por el comentario de tan reputada autoridad médica, el encargado de la patrulla explicó al galeno cómo se había vivido la jornada en Sevilla:

—Sobre las diez de la mañana era tal el tumulto de gente que se había concentrado en la plaza de San Francisco, pidiendo con grandes voces remedio para la situación, que su excelencia el conde de Paredes convocó con urgencia un cabildo. En el mismo se debatió la situación reinante y se concluyó que los rumores, muchos de los cuales contenían noticias procedentes de los lugares que antes he mencionado a vuesa merced, eran verídicos y ciertos. Se acordó tomar fondos de los dineros procedentes de los arrendamientos de los propios para que con toda urgencia se tapiasen todos los portillos y entradas del perímetro de la muralla y se ordenó, bajo severas admoniciones, a todos los maestros del gremio de albañilería, que abandonasen sus tajos y se pusiesen a las órdenes del alarife mayor del cabildo para ejecutar dichas obras. Hubo alguna discusión por cuestiones de puntillo de honra entre los diferentes maestros del oficio, que no pasaron a mayores. Se acordó asimismo que una diputación, formada por dos regidores y dos jurados, reuniese a los veedores de todos los gremios de la ciudad para que se estableciesen cuadrillas de vigilancia, a cargo de dichos gremios, que recorriesen día y noche, hasta nueva orden, el perímetro de la muralla, tanto por dentro como por fuera, y que en las puertas de acceso se estableciesen patrullas de control para evitar la entrada de forasteros y la salida del vecindario, exceptuadas aquellas personas a las que se extendiese salvoconducto sellado con las armas de la ciudad. También se tomaron severas disposiciones para aislar Triana, que, como lugar abierto, presenta mayores dificultades para ejercer el control de la situación. Allí el número de patrullas de vigilancia es tan numeroso que ha quedado establecido un verdadero cordón sanitario. Hubo numerosas voces discrepantes en esta reunión, por entender los gremios que los costos de dicha vigilancia deberían ser sufragados con fondos del cabildo, porque el cerramiento de la ciudad suponía ya una pérdida considerable para sus actividades, que se verían interrumpidas y seriamente perjudicadas. Al final se acordó que de los fondos capitulares se pagaría una indemnización de dos reales diarios a todos los que habían de participar en las tareas de vigilancia, con tal de que

estuviesen doce horas continuadas en el ejercicio de la dicha tarea. Otra diputación del ayuntamiento se reunió con los doctores, médicos y cirujanos que tienen autorización para el ejercicio de la profesión con el fin de tomar aquellas medidas que fuesen más convenientes. Por mayoría de pareceres, los galenos presentes dictaminaron que las señales y los síntomas descritos acerca del referido contagio indicaban que la enfermedad en cuestión era peste de la que se llama negra o bubónica, la más temible y mortífera de todas. Se aprobó quitar los diversos muladares que infectan la ciudad y retirar de inmediato todos los montones de basuras, excrementos y otras porquerías que se acumulan en diversas plazas, principalmente la de la Alameda de Hércules. Asimismo, se acordó encargar a los boticarios que fabricasen lenitivos, pelotillas y pomos de ungüentos perfumados, en las mayores cantidades que les fuese posible. También se ha recomendado al vecindario la limpieza de sus casas, el lavado en calderas de agua caliente de las ropas, y la desinfección con sahumeros de romero y mediante friegas en suelos y paredes con vinagre diluido en agua a proporción de un tercio de ácido y dos de agua. Dicen que en algunos mesones y tabernas han agotado las existencias de vinagre. Se ha establecido como hospital de apestados, por si fuese necesario su uso, Dios no lo permita, el de las Cinco Llagas, frente a la puerta del barrio de la Macarena, dada su amplitud. Se ha calculado que se podrán aparejar en el mismo hasta dos mil camas. Para su mantenimiento, que se estima en tres reales diarios por cada una, se hacen gestiones que permitan proveer la elevada suma que se necesitaría si el mal contagioso, Dios no lo quiera, tocara a la ciudad.

—Esa es una buena disposición —comentó Diego.

—Su excelencia el señor conde de Paredes —prosiguió con su relato—, asistido de dos caballeros regidores, ha acudido a la sacristía mayor de la catedral, donde se reunió a eso del mediodía con una diputación del cabildo de canónigos para tratar del asunto. Al parecer, el señor vicario general de la diócesis que, en ausencia de su ilustrísima el señor arzobispo, tiene asumidas sus funciones, tenía ya conocimiento de que el contagio había prendido en tierras gaditanas. El motivo de esa visita ha sido tratar con las dignidades eclesiásticas la organización de una procesión de penitencia para implorar la protección divina y aplacar la justa cólera con que Dios castiga nuestras maldades y pecados. Se ha decidido que sea mañana por la tarde cuando se haga la referida estación de penitencia, con la obligación de que la misma haya concluido antes de la puesta de sol. Todas las cofradías y religiones de la ciudad han comprometido su asistencia con nutridas representaciones, así como el clero secular de las diferentes parroquias. He oído decir, aunque no lo tengo confirmado, que la procesión saldrá de dos lugares diferentes. Uno de ellos, en el que se sacará a Nuestra Señora de los Reyes, saldrá de la catedral. Mientras que el otro saldrá de la iglesia del Salvador y procesionará al nuevo Cristo que el maestro Loaysa ha realizado para la

cofradía de la Santa Caridad. Cada una seguirá su itinerario hasta confluir en la plaza de San Francisco, donde tendrán lugar el encuentro de ambas representaciones y la confluencia de los penitentes que acompañen a cada una de las sagradas imágenes. Allí se celebrará un acto litúrgico para pedir perdón por nuestras culpas, expiar nuestros pecados y solicitar que se aplaque la justa cólera divina.

—Así pues, ¿habrá mañana procesión de rogativas? —interrumpió el médico.

—En efecto, y sepa vuesa merced que ésa ha sido, de todas las medidas que se han puesto en marcha, la que mayor aplauso ha cosechado, junto con las numerosas novenas, septenarios, quinaros y triduos que en todas las collaciones se han iniciado a partir de hoy mismo a las sagradas imágenes que gozan de mayores fervores y devociones en cada parroquia. La asistencia a estas liturgias ha sido extraordinaria no solo por su número sino por las actitudes y comportamientos ejemplares que por todas partes se han visto. Se espera que en la procesión de mañana haya una concurrencia extraordinaria.

Se marchaba el médico cuando recibió la última de aquella larga serie de noticias.

—Sabed también que su excelencia el señor conde de Paredes ha dado dos decretos que ordenan el cierre de la mancebía del Compás de la Laguna y los corrales de comedias de la ciudad, como lugares donde se cometen infinitos pecados y se ofende a los mandatos de Nuestra Santa Madre Iglesia. Esos lugares de adulterio, fornicio y concurrencia de sexos son, desde luego, sitios tan pecaminosos que por sí solos bastan para desatar la ira divina. Sé de buena tinta —el documentado informador bajó el tono de su voz para que solo el médico escuchase lo que iba a decir— que el cierre de los lupanares y los corrales ha sido fruto de un acuerdo entre los dos cabildos, el municipal y el eclesiástico. Las dignidades de la catedral han autorizado la celebración de la procesión a cambio de la clausura de los susodichos lugares. En un principio el asistente se negaba a ordenar las clausuras, pero en este punto los canónigos se mostraron tan inflexibles que hubo de plegarse a sus exigencias.

—Habrá de convenir conmigo —el médico interrumpió a su informador— en que, pese a la actividad de la mancebía, que nos salvaguarda de otros problemas, y de las representaciones de comedias, la ciudad, según vuestras propias palabras, goza de salud y que hasta la presente no ha sido tocada por la peste.

—Vuesa merced lleva toda la razón en lo tocante a ese punto —bajó aún más la voz, como si temiese a sus propias palabras—. Por lo que yo sé, al parecer ha sido determinante el hecho acaecido de que un padre de la Compañía recibió una pedrada mientras recriminaba en la puerta del Coliseo a los que esperaban allí para sacar sus localidades. Todavía no ha podido esclarecerse el hecho de forma conveniente, aunque continúan las pesquisas. Menos mal que la herida del padre Boniches fue más aparatosa que mortal. Las autoridades eclesiásticas han considerado este hecho como

una cuestión de punto de honra a su dignidad y han exigido una actuación ejemplarizante. Algo se veía venir, aunque no se hubiese desatado la epidemia.

—¿Por qué lo decís?

—Porque desde los púlpitos de todas las iglesias de la ciudad se ha clamado, ¡y de qué forma!, para que la autoridad diese un escarmiento ante tanta irreverencia.

—Y... ¿cuál ha sido la reacción de la gente ante el cierre? —preguntó el médico.

—Si vuesa merced se interesa por saber si ha habido descontento o protestas por la medida, ha de saber que no. El terror que se ha apoderado de la ciudad es tal que cualquier medida que se entienda adecuada, y ésta sin duda lo es, para librarnos del terrible contagio que asola otros lugares, es bien recibida. Creo que cuando los alguaciles fueron a clausurar los burdeles del Compás, la escasa concurrencia que había en los mismos abandonó el lugar con el rabo entre las piernas.

—¿No protestaron?

—El padre elevó una protesta por lo que calificó de atropello, pero fue algo más protocolario que otra cosa. A las rameras se les ha ofrecido alojamiento en el beaterío de la Magdalena. Solo una mínima parte ha aceptado; la mayoría ha preferido buscar acomodo con sus rufianes.

—¿Y el cierre de los corrales?

—Tampoco ha producido el menor altercado. Como digo a vuesa merced, la gente está ahora más por la oración, la liturgia y la procesión, y por aquietar a la Divina Providencia.

Diego Ruiz de Acevedo se encaminó hacia su casa acompañado de dos de los guardias y auxiliado por la luz de un farolillo que rompía tenuemente los velos de la noche. Eran las tres de la madrugada. Todo parecía tranquilo y sereno, pero Sevilla era un polvorín.

Tenía los huesos molidos, le dolía todo el cuerpo, su espíritu estaba turbado ante aquella cascada de irracionalidad. No había llegado a tiempo de deshacer aquel grave error, que daba lugar a una locura de la que eran presa más de ciento cincuenta mil almas.

Estaba agotado físicamente y tenía el ánimo abatido. Solo deseaba llegar a su hogar y abrazar a su mujer.

A la mañana siguiente, tras unas horas de reposo poco aprovechado, ya que la noche había transcurrido en un insufrible duermevela, el doctor Ruiz de Acevedo charló largamente con su esposa. Las noticias que ésta le proporcionó coincidían con parte de lo ya escuchado. Ciertamente, los datos que su mujer poseía acerca de lo acontecido, como era lógico, nada tenían que ver con el caudal de detalles que le habían dado la noche anterior. El médico, por su parte, le reveló que no había ningún tipo de epidemia y que todo se debía a un lamentable error.

Serían poco más de las nueve cuando Diego, que había enviado a su criado, Simón Carnerero, a las casas del ayuntamiento para comunicar su regreso y solicitar al asistente una audiencia urgente, supo que en cuanto su excelencia pudiese recibirle, se le mandaría recado al efecto, pero que, en aquel momento, no era posible. Ante aquella perspectiva decidió ejercitar algo de esgrima. Era una actividad que relajaba su espíritu cuando, por alguna circunstancia, la turbación le atenazaba.

También ardía en deseos de conversar con su mejor amigo, la persona con quien, junto a su esposa, compartía largas horas de conversación relajada y de tertulia sosegada. Catalina le había comentado que estaba preocupada por Jerónimo. Aquellos días de su ausencia lo había visto preocupado.

—No ha querido decirme nada. Creo que prefería esperar a que estuvieses tú. Algo le ocurre, pero no sé qué es.

Diego dio instrucciones precisas a su criado:

—Simón, ve a casa del maestro Loaysa. Dile que he regresado a Sevilla y que estaré en la academia de esgrima, que allí podemos vernos. Si no puede ir, que te deje razón de dónde puedo encontrarle.

Cuando el criado se hubo marchado para cumplir el nuevo encargo, el médico preguntó a su mujer:

—¿Piensas que Jerónimo puede tener algún problema por... por el asunto de sus amores? ¡Esa historia no puede acabar bien!

Catalina se encogió de hombros.

—No lo sé, pero le encuentro raro. Debe de ser algo grave. El mismo día de tu partida, ya entrada la noche, vino a verme; necesitaba desahogarse, pero no lo hizo, tal vez porque me vio preocupada por el riesgo que tú corrías. Le dije lo del viaje a Cádiz, y que no podía precisar cuándo regresarías, pero que tu ausencia no pasaría de tres o cuatro días.

En casa de Piero della Riva, un famoso espadachín genovés que oficiaba de maestro de esgrima en Sevilla, donde tenía abierta academia, el doctor Ruiz de Acevedo se encontró con el imaginero Jerónimo de Loaysa, quien llegó poco después que él. El encuentro entre los dos amigos tuvo mucho de emotivo, aunque solo

llevaban cinco días sin verse. Aquella efusión llamó la atención del espadachín italiano, que ni estaba habituado a tales demostraciones entre los adustos españoles, ni le parecía normal por cuanto los dos hombres, de quienes conocía su amistad, coincidían allí con frecuencia pero no se mostraban afecto de la manera que lo habían hecho aquella mañana. Pensó que sería cosa de la tensión que la ciudad estaba viviendo.

El médico y el imaginero, amigos desde hacía años, antes de la estancia de Diego en Flandes, habían iniciado aquella relación precisamente en casa del maestro Della Riva, donde coincidieron como alumnos de esgrima, un arte en el que Jerónimo había demostrado ser un consumado practicante. Allí descubrieron que tenían aficiones comunes como la adicción al ajedrez, y su afición al teatro. Aquellos gustos comunes habían llevado al médico a visitar asiduamente el estudio del escultor, donde contemplaba láminas y grabados que le llegaban de los Países Bajos y de Italia, donde surgían nuevos modelos y formas que marcaban la moda hasta en los rincones más apartados. Pasaba también largas horas viendo a su amigo manejar la gubia y los buriles con la destreza y habilidad que le habían convertido en la figura indiscutible de la imaginería andaluza. En correspondencia, Jerónimo acudía a casa del galeno a departir serenamente, comentar lecturas —ambos también eran aficionados a la novela de costumbres, donde los picaros y otras gentes de malvivir eran los principales protagonistas— y cenar con el matrimonio.

En ocasiones, Jerónimo acompañaba a Diego y a Catalina a la huerta que poseían en medio del Aljarafe, a menos de una legua de la ciudad, donde abundaban los naranjos. Allí solían pasar la parte más dura del estío, que en Sevilla se medía entre las festividades de la Virgen del Carmen y la de los Reyes, o como decían los sevillanos, de Virgen a Virgen, es decir, de mediados de julio a mediados de agosto. En aquella casita de campo primorosamente cuidada, habían disputado largas y enconadas partidas de ajedrez, que no solían tener un vencedor declarado. Allí había confesado Jerónimo a Diego y a Catalina —las únicas personas a quienes lo había hecho— sus amores con doña Leonor de Mascarenhas. El médico siempre se mostró preocupado por aquella relación, no tanto por su existencia sino por las consecuencias que podía acarrear si el violento y pendenciero duque de los Alcores llegaba a tener conocimiento de ella. Una y otra vez, recomendaba a su amigo prudencia y cuidado. Allí también era donde ambos amigos habían departido sobre sus ideas acerca de la divinidad y de la práctica de la religión, coincidiendo en la bondad del Dios creador del universo y en el carácter más íntimo en que debía cimentarse la práctica de las creencias, muy alejadas de la parafernalia y el ritualismo impuesto por Roma. Si un oído indiscreto hubiese escuchado alguno de aquellos comentarios, dichos en la paz y la libertad que les proporcionaban aquellos naranjales, los dos hombres habrían tenido que dar algo más que explicaciones ante el Santo Oficio.

Su amistad se cimentaba no solo en el tiempo, sino en la coincidencia de opiniones, en la compatibilidad de caracteres, en la confianza y en el respeto a las diferencias que entre uno y otro había. Disentían, por ejemplo, en lo referente a la configuración del cosmos; habían discutido largamente sobre las opiniones de un físico italiano llamado Galileo Galilei, que sostenía, aunque había abjurado de ello conminado por la Santa Madre Iglesia, que la Tierra se movía. Mientras que el médico aceptaba las opiniones del italiano, de quien había leído su *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo, tolemaico e copernicano*, el imaginero no las compartía, aduciendo el sentido común de que él no sentía ese movimiento, como le ocurría cuando cabalgaba a lomos de un caballo o viajaba en un carro. Le resultaba inexplicable no sentir un movimiento que necesariamente había de ser mucho mayor, tratándose de la Tierra. Coincidían ambos en que la autoridad eclesiástica no podía amenazar con penas a quienes sustentasen tesis, posiciones, planteamientos o doctrinas que no estuviesen de acuerdo con las suyas y declararlos herejes.

En el ambiente que se respiraba en la Sevilla de la época no podían hacer públicas estas posiciones, ya que hubiesen dado con sus huesos en las mazmorras del castillo de San Jorge, donde tenía sus reales la Inquisición. Eran, pues, amigos de secretos comunes y de peligrosas opiniones compartidas.

Aquel día la sala de esgrima no era un buen lugar para conversar porque maese Piero, tal vez atraído por la efusión del encuentro, no dejó un momento de prestar atención a las evoluciones y movimientos de sus alumnos, cosa que no ocurría con frecuencia. Mientras realizaban diferentes ejercicios de destreza, la conversación giró en torno a la situación que se daba en aquellos momentos. El italiano también participaba aportando algunos detalles, a la par que daba instrucciones profesionales o corregía, siempre al médico, alguna posición que entendía defectuosa o poco ortodoxa.

—No sé cómo ha podido difundirse con tanta rapidez una noticia como ésta que, por su gravedad, necesita de mayores comprobaciones de las que, al parecer, ha habido en este caso —decía Ruiz de Acevedo, mientras acometía con ardor a Jerónimo, quien, con elegancia y sobrado de facultades, se sacudía los ímpetus de su amigo.

—Muy bien, don Jerónimo, muy bien, don Jerónimo. —Della Riva aplaudía las hábiles fintas del escultor.

—Yo no tengo experiencia de haber vivido ninguna situación como ésta. Pero ayer escuché decir a personas mayores que, en otras epidemias, durante muchos días solo hubo rumores, noticias confusas y desmentidos que al parecer resultaron luego fatales, porque en ese tiempo la epidemia entró en Sevilla —respondió el imaginero.

—Es cierto lo que acabas de decir —señaló el médico tirándose a fondo con su acero—, pero no lo es menos que tampoco es muy normal lo que ha pasado aquí.

—No está mal que se tomen precauciones, mis queridos amigos —terció Della Riva—, Genova vivió momentos horribles por no estar preparada cuando la gran peste de tabardillos. Aplaudo las decisiones de las autoridades. ¡Más arriba esa cara, don Diego, más arriba!

El sudor de los dos contendientes empapaba ya sus vestiduras y corría generoso por el rostro, que ambos tenían protegido por ligeras caretas de malla. En un momento en que los dos amigos se habían aproximado hasta juntar sus caras, Jerónimo susurró al oído de Diego:

—¡He de hablar urgentemente contigo! ¡Estoy abrumado!

Se separaron y continuaron sus ejercicios bajo la mirada de Della Riva. Cuando hubo transcurrido el tiempo que el maestro consideró conveniente, les indicó con voz grave que rindiesen las armas. Les corrigió algún defecto, tomando él mismo uno de los aceros para efectuar la explicación, y les recomendó determinados ejercicios. Luego, de una forma que no admitía negativa, les invitó a una jícara de chocolate, alimento que, llegado hacía algunos años de América, se había convertido en una de las bebidas más populares de Europa. No se preparaba igual en todas partes. Así, en Francia se tomaba muy diluido con leche, liviano y ligero, mientras que en España se hacía espeso y con mucho cuerpo. La base del mismo era el cacao, unas semillas procedentes de los trópicos que los españoles habían traído por primera vez al Viejo Mundo. Della Riva ponderó las virtudes de aquella bebida y alabó la calidad de la última remesa de semillas que había recibido y cuya provisión, para su desgracia, estaba a punto de agotársele.

Mientras degustaban el amargo y espeso líquido, los comentarios versaron nuevamente sobre la epidemia y la convulsión producida. Otra vez el médico escuchó las mismas noticias, con ligeras variaciones en detalles menores, acerca de la jornada vivida durante la víspera. En un momento determinado, el maestro de esgrima aportó un nuevo dato:

—... como digo a vuestras mercedes, estaba yo tomando mi cotidiana colación de primera hora de la mañana en el mesón la Media Luna cuando escuché, sin querer, una conversación acerca del contagio que sostenía un grupo de individuos, ninguno conocido. Fue la primera noticia que yo alcancé sobre este delicado asunto. Dijeron una cosa a la que entonces no presté mayor atención, sorprendido como estaba con el conocimiento de la existencia del contagio pestilente, pero que en las largas horas de esta noche, durante las cuales supongo que, como mucha otra gente, he tenido dificultades para conciliar el sueño, he pensado con reiteración.

—¿Y qué es ello, maese Piero, si no es indiscreción? —preguntó Diego.

—Uno de ellos decía que era muy conveniente que la noticia de la existencia de la epidemia se difundiese con rapidez por las ventajas que ello reportaría. Entonces imaginé que se trataba del hecho de hacer frente, con medidas adecuadas, a la

amenaza para poder combatirla con la mayor eficacia posible, aunque ya se sabe que en estas ocasiones quedamos a expensas de la Divina Providencia.

—¿Ahora pensáis otra cosa?

—En mis cavilaciones nocturnas, aquellas palabras resonaban, una y otra vez, en mi cabeza. No era normal la forma en que hablaban de algo tan grave y, sobre todo, lo que dijo el que parecía ser el jefe, quien afirmó en un momento determinado: «Lo importante es difundir la noticia, de lo de la flota nos encargaremos más tarde». —En aquel momento el rostro del imaginero cambió de expresión—. Y me digo yo —continuó el italiano—: ¡qué tendrá que ver la epidemia con la flota!, que supongo será la de Indias, que se espera de un día para otro...

—¿Recordáis el aspecto del individuo que tal cosa dijo, *signore*? —preguntó intrigado Jerónimo.

—Sí, sí lo recuerdo. Era un tipo enjuto de carnes y rostro, la piel cetrina y muy curtida, si bien sus modales denotaban distinción. Aunque solo le vi sentado, era de elevada estatura, no menos de seis pies y medio. Gastaba bigote atusado y perilla a la moda. Sus ojos eran negros, de mirada profunda y penetrante. Vestía ropas negras de paño de calidad y corte excelente. En algún momento le llamaron por su nombre, don Juan. Que se pronunciase no gustó a aquel sujeto.

Al escuchar aquel nombre, Ruiz de Acevedo pensó en Juan de Lastres. Podía ser perfectamente el sujeto a quien se estaba refiriendo el maestro de esgrima.

—Es posible que ese individuo sea uno de los pilotos de la Casa de Contratación. Incluso podría ser el piloto mayor de la flota que en estos momentos surca las aguas del río —afirmó el imaginero, mientras el médico lo miraba sorprendido.

—Eso explicaría la alusión a lo de la flota —señaló el maestro de esgrima.

La conversación se vio cortada por la presencia de uno de los sirvientes del gimnasio, que entró acompañando a Simón, el criado de Ruiz de Acevedo.

—Perdone el *signore* que interrumpa, pero el criado del doctor dice que trae recado urgente para su amo.

—¿Qué ocurre, Simón?

—Me envía vuestra esposa, mi señora doña Catalina, para deciros que un portero del cabildo ha anunciado que el asistente os recibirá de inmediato.

El médico se dirigió al maestro de esgrima:

—Lamento, maese Piero, abandonar esta reunión, pero no debo hacer esperar a su excelencia. Muchas gracias por vuestro chocolate. En efecto, hace honor a las alabanzas que le habéis dedicado. Es de una excelente calidad. Jerónimo, ¿tú te quedas?

—No, no, yo también me marchó. He de resolver algunos asuntos que no permiten mucha demora y menos en las actuales circunstancias.

Los dos amigos abandonaron el lugar con gran sentimiento por parte del italiano,

que esperaba haber satisfecho su curiosidad, al menos en parte, según el derrotero que estaba tomando la conversación. Maldijo la inoportuna llegada de los criados, pero pronto se olvidó del asunto.

—¡Francisco! ¡Francisco! ¿Dónde se habrá metido ese holgazán? —llamaba a voces a su criado para que limpiase las armas y retirase el servicio de chocolate—. ¡Francisco! ¿Tendré que darte algunos azotes? ¡Francisco!

Nada más poner los pies en la calle, Diego preguntó inquieto a Jerónimo:

—¡Por vida de Dios, Jerónimo! ¿Conoces tú de algo a ese Juan de Lastres?

—Primero has de saber que ayer, a eso del mediodía, fui a tu casa porque sabía que tu viaje era hacia los lugares que están infectados, cosa que me preocupó grandemente, y también para tranquilizar en algo a Catalina, porque la había visto preocupada y desconsolada. Todos hemos temido por tu vida. Cuando le pregunté por ti, solo pudo referirme que la víspera de tu partida te había visitado en tu casa un jurado quien te confió la misión que desde el ayuntamiento se te encomendaba.

—Todo eso está muy bien. Pero contéstame, ¡por el amor de Dios! ¿Conoces a Juan de Lastres?

Como si no hubiese escuchado el requerimiento, Jerónimo le preguntó con tono de incredulidad:

—¿Has llegado hasta Cádiz?

El médico miró en todas direcciones para cerciorarse de que nadie podía oírles y, bajando aún más la voz, espetó a su amigo:

—¡Sí, he llegado hasta Cádiz, y has de saber que allí no hay ninguna clase de peste, ni ningún tipo de epidemia! ¡La vida transcurre con absoluta normalidad! Eso es lo que ocurre no solo allí; también he podido comprobarlo en Jerez y en Lebrija, por donde he pasado en mi camino de retorno hasta Sevilla.

Jerónimo se detuvo en seco.

—¿Bromeas?

—¡No, no bromeo! ¡Has oído perfectamente, sigue caminando! Ni en Cádiz, ni en ningún otro lugar de aquella tierra, hay la más mínima evidencia de que haya un contagio pestilente.

—Entonces... entonces ¿cómo explicas todo lo que, desde ayer, viene aconteciendo en esta ciudad?

—Todo se debe a un lamentable error, pero tal vez tengamos que enfrentarnos a mucho más que a un error. Pero eso no es cuestión que nosotros podamos plantearnos en estos momentos. Ya te contaré más tarde, porque ahora tengo que acudir, sin pérdida de tiempo, a la llamada del asistente, pero podemos vernos en mi casa a la una y comer juntos. Así podrás contarme tranquilamente esa historia que te quita el sueño. ¡Y a fe mía que se te nota! ¡Estás muy desmejorado! Pero ahora, dime de una

maldita vez: ¿conoces a ese Juan de Lastres?

—Forma parte de esa historia que quiero contarte y que me tiene turbado desde que tengo conocimiento de ella. También yo te contaré todo esto cuando nos veamos en tu casa.

El doctor Ruiz de Acevedo se dio por vencido. Habían llegado a la plaza de San Francisco y los dos amigos se despidieron. El médico avivó el paso para ganar rápidamente las casas del cabildo y mandó a Simón, que los había seguido a una distancia de respeto, con el recado para su esposa de que Jerónimo compartiría el almuerzo con ellos.

Sin pérdida de tiempo ni antesalas, Diego fue conducido a presencia del conde de Paredes. En la puerta del despacho del regidor fue anunciado con cierta ceremonia:

—El doctor Ruiz de Acevedo —enfaticó el portero elevando la voz, al tiempo que se echaba a un lado para dejar paso al anunciado.

Acompañaba al asistente un fraile de mediana edad, rechoncho y con la cabeza lisa por obra de la tonsura y de la calvicie. Vestía el hábito de los dominicos. Diego lo conocía, pero no frecuentaba su trato.

—Excelencia —el médico, que se había quitado el sombrero al entrar en el ayuntamiento, hizo una cortés inclinación de cabeza a modo de saludo—, aquí me tenéis a vuestra entera disposición.

—¡Mi querido doctor —el conde, que estaba sentado en un sillón departiendo con el fraile, acudió a su encuentro—, no podéis imaginaros, ni por un asomo, la alegría que me produce vuestra presencia! ¡Contadme, contadme! ¡Porque aquí, como ya sin duda sabréis, los acontecimientos se han desbordado! Después de que me deis noticias os informaré cumplidamente. Pero primero hablad vos.

El médico miró al fraile y el asistente entendió sus dudas.

—Os pido disculpas, el padre fray Juan de Loja es persona que goza de mi absoluta confianza. Es mi confesor. Podéis hablar sin temor.

Diego se acercó con el propósito de saludar al fraile, que no se movió de su asiento. Al comprobar la displicente actitud del dominico, se limitó a hacer un gesto con la cabeza. El asistente ofreció un asiento al doctor quien, tras acomodarse, fue directo al grano:

—Hace pocas horas que he regresado a la ciudad y aún no he salido de mi asombro ante la situación que me he encontrado. Esta noche pasada, cuando me disponía a entrar por la puerta de Carmona, tuve una experiencia poco agradable, que ahorraré a su excelencia...

—Ya tengo conocimiento de lo ocurrido y de veras que lo lamento, podéis creerme, mi querido amigo. Pero las instrucciones dadas eran tan severas que el celo puesto en su cumplimiento... —El asistente hizo un elocuente gesto con los hombros.

—Sin embargo, tuvo su parte positiva, ya que la persona encargada de la custodia

de dicha puerta me informó de forma muy detallada de todo lo que a lo largo de la jornada de ayer se vivió. He de confesaros, excelencia, que estoy turbado ante todo lo que está ocurriendo.

El regidor interrumpió nuevamente la explicación:

—Sin que sepamos muy bien cómo ha sucedido, la noticia de la epidemia se ha difundido por toda la ciudad. Los asistentes a la reunión que días atrás mantuvimos en este mismo lugar sostienen, y he de señalar que todos están bajo juramento, que de su boca no salió comentario alguno acerca de este asunto. ¡No sabemos cómo ha podido ocurrir!

—Creo, excelencia, que más adelante podré aportaros algún dato esclarecedor, pero ahora es mucho más importante que conozcáis el resultado de la gestión que me fue encomendada. —Diego Ruiz de Acevedo miró fijamente al asistente, a sabiendas de que lo que iba a decir tendría el mismo efecto que la explosión de una bomba.

—Os escucho.

—Excelencia, habéis de saber que en Cádiz ni en lugar alguno se ha desatado ningún tipo de epidemia.

Tal y como el médico había previsto, el efecto de sus palabras fue fulminante. El fraile, que reposaba cómodamente repantigado con las manos entrelazadas sobre su voluminosa barriga, se puso en tensión y, abandonando la placidez de su postura, se agarró firmemente a los brazos del sillón, como si temiera caerse. El conde de Paredes se puso de pie con tanto nerviosismo que su asiento rodó por el suelo.

—¿¡Que no hay peste en Cádiz, ni en ningún otro lugar!?! —Aquella expresión fue dicha en un tono de irritación, a medio camino entre la exclamación y la pregunta incrédula—. ¡Eso es imposible, doctor! ¡Tenemos datos fehacientes que indican lo contrario! —El asistente iba de un lado para otro haciendo aspavientos—. ¡Eso que decís es una locura! ¡La peste está causando estragos por todas partes, por todas partes! ¡Se cuentan cosas acaecidas en Cádiz, en Rota, en Sanlúcar, en los Puertos, en Jerez, que solo escucharlas ponen los pelos de punta! ¡La situación, para que lo sepáis, es de tanta gravedad que los responsables de la flota de Indias han prohibido que nadie de la tripulación, ni de las dotaciones de soldados de los galeones, ponga pie a tierra! ¡Estáis en un grave error, mi señor Ruiz de Acevedo! ¡Un error gravísimo!

El asistente estaba fuera de sí. Aunque Diego había esperado una reacción fuerte, no creyó que se desatase de aquella manera. Pensó que se conduciría más por la senda de la incredulidad que de la furia. Decidió aguardar pacientemente —era lo mejor— a que su excelencia se tranquilizase poco a poco. El fraile asistía atónito, sin intervenir. Diego pensó que era una mala forma de dirigir espiritualmente una conciencia. Pasado un tiempo, el conde de Paredes dejó de soltar exclamaciones, y preguntó al médico:

—¿Podéis explicarme por qué decís que no hay epidemia?

Diego era consciente de que había de ser sumamente cuidadoso para avanzar por aquel camino.

—¿Tendría su excelencia la bondad de que repasásemos el escrito que le envió el señor de Lantery para comunicarle la existencia del contagio?

—¿El mensaje del señor de Lantery?

—Así es, excelencia. El que os envió en clave cifrada.

El conde no contestó; hizo sonar una campanilla a cuyo reclamo acudió un portero.

—¡Que vengan inmediatamente los claveros, rápido!

El portero salió apresuradamente y al poco regresó acompañado de dos personajes de aspecto atildado y circunspecto. Eran el fiel depositario y el oficial mayor del cabildo municipal sevillano, quienes guardaban sendas llaves —otra la tenía el propio asistente— que permitían la apertura del arca de tres cerraduras, como la ley tenía establecido, para guardar los fondos y aquellos documentos que por su interés requiriesen de una custodia especial. En aquella arca estaba depositado el mensaje remitido por el factor gaditano. Una vez abierta y sacado el documento en cuestión, se cerró de nuevo y los dos claveros fueron despedidos.

—Aquí tenéis —el asistente agitó los pliegos— la carta del señor de Lantery, la clave para su cifra y el texto descodificado.

El médico sacó de su jubón otros papeles que produjeron una mirada de desconcierto en el conde. El fraile seguía asido a los brazos del sillón.

—Veréis, excelencia, el señor de Lantery me indicó que en su mensaje no informaba de la existencia de una epidemia en Cádiz, ni en ningún otro de los lugares de su tierra...

—¡Miente el factor! ¡Aquí está la prueba de lo que digo! ¡Aquí está la carta que me envió por correo extraordinario! —El conde de Paredes había explotado.

—Sosegaos, excelencia, sosegaos. Veréis como todo tiene una explicación. —El médico trataba de apaciguar a aquella furia que no solo bramaba por la boca, sino por los ojos. Sus negras pupilas echaban fuego.

—¡Venga esa explicación! ¡Os juro por la salvación de mi alma..., perdone vuestra paternidad! —Miró al dominico—. ¡Pero es que me llevan los demonios!

—Tengo aquí una copia fidedigna del mensaje cifrado que se envió a su excelencia desde Cádiz. Si vuestra excelencia lo tiene a bien, podríamos cotejar dichos mensajes.

El asistente asintió y realizaron la comprobación con minuciosidad. A petición de Diego se hizo por dos veces. Por primera vez, el fraile abandonó su asiento y participó en la comprobación de los documentos. Concluida la tarea, los tres coincidieron en afirmar que los mensajes eran exactamente iguales, sin que hubiese

un ápice de diferencia entre uno y otro.

—¿Y bien, mi querido amigo, adonde nos lleva esta comprobación, queréis explicármelo? —preguntó con cierta sorna el conde de Paredes.

—Con sumo gusto, excelencia. Tengo en mi poder la transcripción del contenido del mensaje. La misma fue realizada por el señor de Lantery. Dicha transcripción... —Diego sabía que otra vez iba a estallar la cólera del conde— dicha transcripción, excelencia, no dice que haya epidemia en Cádiz, ni en ninguno de los lugares de su contorno.

—¡Eso es imposible! ¡Ese mensaje, precisamente, nos alertaba acerca de la existencia del contagio! ¡Por eso, señor mío, se os encomendó a vos acudir a Cádiz a fin de que requirieseis mayor y más abundante información con vistas a las medidas que en nuestra ciudad habrían de adoptarse ante tan grave amenaza! ¡Voy a leéroslo! ¡Vamos a aclarar de una vez por todas este maldito enredo!

El asistente tomó unas gafas de redondas lentes, embutidas en una negra montura de hierro, que colgaban de su pecho. Se las acomodó en la nariz, carraspeó para aclarar su voz, un tanto irritada del continuo gritar, y leyó, tratando de poner calma a su VOZ:

Cádiz, a 14 días del mes de abril del presente año de Nuestro Señor de 1646

Ha llegado a mi conocimiento por vía estrictamente confidencial, pero de toda fe y garantía, que hay un brote de achaque pestilente en la flota de Indias que acaba de arribar a estas costas. Hay noticia de que el mismo ha contagiado a esta ciudad y a alguna otra de las que circundan su bahía. El asunto, por ser de tanta gravedad como V. E. puede imaginar, se mantiene en el más apretado de los secretos. Puedo asegurar a V. E. que no corre por estos parajes el menor rumor, no se dice la menor palabra acerca de ello. No obstante, puedo certificar a V. E. que la noticia es buena y abonada, digna de todo crédito.

Los apestados son arrojados al mar, en aguas próximas a la bahía, lastrados con grandes piedras para que caigan a plomo en las profundidades. Dicha operación se ha hecho de noche y con gran sigilo.

Comoquiera que el asunto requiere de la mayor discreción y urgencia por lo interesada que está esa ciudad en tan grave asunto como lo es éste del contagio, es por lo que no remito a V. E. este mensaje por la posta ordinaria, sino con correo especial, urgente y cifrado.

Si V. E. desea información más pormenorizada y por extenso, atenderé con sumo gusto al propio que enviare. Podrá acudir al mesón que dicen de la Puerta de Tierra, lugar concurrido, famoso y que no tiene pérdida. Allí mandaré a pedir recado varios días, tanto a la mañana como a la tarde, por si V. E. decidiese requerir mayores datos.

Reciba V. E., como siempre, mis consideraciones más respetuosas y mi total disposición hacia su persona.

B. L. M. de V. E.

Raimundo de Lantery

Terminada la lectura, el asistente se quitó las lentes y miró de forma retadora al médico.

—Está claro que el factor de esta ciudad en la de Cádiz me comunicó la

existencia de la peste, que ahora vuesa merced niega. —El conde de Paredes alargó al galeno el texto que acababa de leer—. Tomad y comprobadlo por vos mismo, y pongamos fin, de una vez por todas, a esta pérdida de tiempo.

Diego era consciente de que había llegado el momento de decirle al asistente que en la descodificación del texto se habían deslizado unos pequeños errores de transcripción, pero que cambiaban de forma sustancial el contenido del mensaje.

—¿Desea vuestra excelencia que realicemos una nueva descodificación del mensaje?

El conde de Paredes miró fijamente a Diego, quien aguantó la mirada sin pestañear. En el rostro del asistente, que pese a los años no había perdido vigor, había una expresión dura. Pero en el fondo de la mirada, podía vislumbrarse un punto de inquietud, una sombra de duda.

—¿Por qué habremos de descodificar nuevamente el mensaje?

Antes de contestar a la pregunta, el médico aspiró suavemente todo el aire que era capaz de almacenar en sus pulmones, como forma de prepararse para el aluvión de imprecaciones que iba a producirse.

—Excelencia, yo tengo otra transcripción del mensaje enviado por el señor de Lantery y no coincide exactamente con el que vuestra excelencia acaba de leer.

La mirada del asistente se volvió torva.

—¿Insinuáis acaso que existen errores en el texto que acabo de leeros?

Diego se tiró a fondo:

—Excelencia, no lo insinúo, lo afirmo. La persona que desentrañó la cifra cometió varios errores.

El dominico, que, como confesor de su excelencia, debía de conocer los pliegues del alma del conde, se agarró otra vez a los brazos del sillón donde había vuelto a sentarse. Sus manos quedaron crispadas. En aquel momento estalló la tormenta. Una sarta de juramentos y de improperios surgieron de la boca del asistente como la letanía de un rosario.

—¡Por la Santísima Virgen de los Reyes! ¿Que hay varios errores, decís? ¡Habréis de demostrarlo! ¿Sabéis acaso quién realizó la descodificación? ¡Os lo voy a decir! ¡Fui yo! ¡Yo en persona! ¡Si no hubiésemos tomado las medidas adoptadas, hoy la ciudad estaría como nuestros contornos! ¡¡Apestada!! ¡Con los muertos a centenares! ¡Qué digo a centenares! ¡A millares! ¡Demostradme los errores, señor Ruiz de Acevedo!

Diego no perdió la compostura. Sabía de sobra que todo aquello era palabrería. Conocía demasiado bien a aquel viejo gruñón, a quien trataba de templar sus dolencias. Era consciente, al igual que el confesor, de que sus terribles accesos de cólera quedaban en nada. Ya los había vivido en numerosas ocasiones. Temía más al desmoronamiento que sufriría cuando comprobase que se había equivocado. En ese

momento tendría que usar, y esperaba que aquel fraile pasmarote que allí había le echase una mano, todo su tacto para evitarle un sofoco que a su edad podía resultar peligroso. Ahora, lo mejor era dejarle que se desahogase. Ya se templaría.

Así fue. Al cabo de unos minutos más de votos, juramentos y amenazas, el propio conde le solicitaba la demostración del error:

—¿Tenéis vos, por ventura, la descodificación correcta?

—En efecto, excelencia —afirmó Diego, entregándole el pliego.

El anciano regidor de Sevilla se colocó las antiparras y leyó, bisbiseando con los labios, el contenido del texto. Conforme avanzaba en su lectura crecía el temblor de sus manos, según denotaban los movimientos del papel. Cuando concluyó la lectura, miró de soslayo al médico. El rostro estaba congestionado y una vena, muy pronunciada, que tenía en la sien latía peligrosamente.

—¡Vamos a comprobar la clave!

Acometieron la tarea entre los tres: otra vez el fraile se interesó por el asunto. Fue lenta y ardua. Conforme las líneas de aquel embrollo fueron cobrando forma, surgía un texto que era muy similar a la transcripción realizada días atrás por el regidor sevillano. Pero el mismo tenía diferencias que habían supuesto un grave error de interpretación. No había epidemia en Cádiz, como se deducía de la descodificación que realizó por su propia cuenta. ¡El conde de Paredes había cometido pequeños errores que resultaron fatales! Cuando hubieron concluido, el asistente, desmadejado, se dejó caer sobre un sillón. Era la viva imagen del abatimiento y su rostro reflejaba una profunda tristeza. Nadie que no le conociera podría decir que era la misma persona que hacía poco rato iba a comerse el mundo.

El fraile alegó urgencias y solicitó la venia de su excelencia para retirarse. Aún le quedó un resto de energía al regidor para decirle que todo lo que había escuchado lo tomase como secreto de confesión.

—No ha de preocuparse su excelencia. Mi boca permanecerá sellada. —Tenía una voz meliflua, aflautada.

Cuando se quedaron solos, Diego se mostró solícito con el viejo gruñón.

—Su excelencia no debe tomarse las cosas de ese modo, a su edad no es conveniente.

El conde de Paredes levantó la mirada.

—Después de esto, lo mejor será pedir a su majestad el relevo del cargo. Ésta es ya una carga demasiado pesada para mis gastadas fuerzas y mis viejos hombros. —La mirada se le quedó perdida en el vacío.

—¿Quiere vuestra excelencia un sorbo de agua para refrescarse y unas gotas de jarabe tonificante, para recuperar esos ánimos tan decaídos?

Asintió con un movimiento de cabeza. Diego le preparó la bebida con agua de una jarra que había sobre una mesa y unas gotas amarillentas de un líquido espeso de

un frasco que sacó de la bolsa de cuero que siempre llevaba consigo y donde portaba algunas de las medicinas que solía utilizar en caso de urgencia. Cuando el asistente se tonificó algo, el médico consideró que tenía la obligación de contarle el encuentro que había tenido con Juan de Lastres.

—Veréis, excelencia, cuanto salí de la ciudad camino de Cádiz para dar cumplimiento a las instrucciones recibidas, llegué en mi primera jornada hasta Jerez, donde hice noche en su cartuja, acogiéndome a la hospitalidad de los frailes, con quienes tengo una excelente relación. Allí coincidí con otro huésped. Se trataba de un tal don Juan de Lastres, piloto mayor de su majestad, que era quien había ejercido dichas funciones en la flota que hace unos días ha arribado a Cádiz y ya sube por el Guadalquivir. Como sabe vuesa excelencia, los pilotos mayores, una vez que los galeones llegan a la barra de Sanlúcar, dejan en manos de prácticos que conocen los bajíos y las corrientes la conducción de los buques por el Guadalquivir hasta llegar a Sevilla. Aunque a veces suelen continuar hasta que recalán en esta ciudad, en este caso el piloto desembarcó al llegar a Sanlúcar. Ésa es la razón por la cual yo coincidí con él en la cartuja jerezana. Tal vez su excelencia se esté preguntando por qué le cuento todo esto. La razón se encuentra en que albergo sospechas sobre un asunto que a primera vista parece increíble.

—¿Qué queréis decir? —preguntó interesado el asistente.

—Excelencia, creo que, más allá de la confusión que haya podido originar el escrito del señor De Lantery, hay gente interesada en que se difunda el rumor de la existencia de una epidemia.

—¡Eso es una locura! ¿Quién puede tener interés en un desatino como ése?

—Aunque no puedo aportar pruebas a su excelencia, algunos indicios, que estoy seguro confirmarán el paso de los días, apuntan en esa dirección.

—¡Paparruchas, Ruiz, paparruchas! —gruñó el asistente.

Diego no quiso insistir sobre el asunto por no contradecir al regidor.

—¡Lo que al fin y al cabo es una buena noticia es que la amenaza de peste no es tal! ¡Es el único consuelo que me queda!

—¿Qué piensa hacer su excelencia con la procesión de rogativas que hay prevista para esta tarde? —preguntó el médico.

—¡Mantenerla a toda costa, hijo mío! ¡Por nada del mundo se podría suprimir tal evento! Además, es una buena ocasión para anunciar la verdadera situación en que nos encontramos.

—¿Qué piensa hacer su excelencia?

—Algo se me ocurrirá y, desde luego, quiero que sea sonado.

Catalina de Arana los había obsequiado con una magnífica comida: unos entrantes de embutidos de la sierra de Huelva, ricos productos de matanza que le enviaba cada año su hermana Luisa, que vivía en Aracena con su marido, quien ejercía allí el oficio de escribano público; un soberbio caldo de sustancia de gallina vieja; atún de Tarifa, del que capturaban los almadraberos del duque de Medinasidonia, cocinado con salsa de cebolla, de plato principal capón relleno de pasas y otros frutos, todo ello regado con un excelente vino de Montilla. El postre unas natillas adornadas con un exquisito merengue hecho a base de azúcar y clara de huevo montada, de una consistencia que solo ella era capaz de darle. Aquel cúmulo de exquisiteces no fue, sin embargo, convenientemente valorado por los comensales, dado que tanto su marido como Jerónimo estaban demasiado concentrados en la conversación. No se sintió ofendida porque también ella estaba más que pendiente de lo que allí se decía que del yantar. Catalina solía compartir con ellos muchas de sus inquietudes y participaba en la mayoría de sus conversaciones y disputas, aunque aquello habría sido considerado una extravagancia si alguien hubiese tenido conocimiento de tan extraña práctica: ¡una mujer participando en asuntos de hombres!

Fue Jerónimo quien había comenzado la conversación con una pregunta.

—A pesar de que llevo unos días en que ardo en deseos de desahogarme con vosotros contándoos un terrible misterio que, por una casualidad del destino, ha llegado hasta mi conocimiento, quiero que primero me aclares lo que esta mañana has dicho con brevedad, dada las circunstancias: ¿qué es eso de que no hay peste ni en Cádiz ni en los lugares de su tierra?

Diego, que conocía la tozudez del imaginero, dio satisfacción al deseo de su amigo. Comenzó por referir su encuentro con Juan de Lastres, en la cartuja de Jerez:

—Me molestó que el padre prior hablase ante él del motivo que me llevaba hasta Cádiz y que yo le había comunicado. La razón fue que el tal Juan de Lastres le había confesado que en la flota de Indias, efectivamente, se habían dado algunos casos, que había habido dos muertos, pero que no podía precisar cuánta era la gente que había contagiada a bordo, ni el número de naves que podían tener enfermos. En opinión del piloto, debería de estar infectada una buena parte de la flota porque el contagio hubo de producirse en la isla de Tenerife, del archipiélago de las Canarias, adonde los galeones habían llegado después de una terrible tormenta que le hizo torcer su rumbo y buscar resguardo en una abrigada cala de aquella isla que llaman el Puerto de la Santa Cruz. «Aquella maldita escala —decía Lastres— fue el origen del mal que nos aqueja». Comentó que se quería mantener en secreto la situación sanitaria de la flota porque, de saberse, surgirían dificultades a la hora de arribar a Sevilla y proceder a la descarga de los tesoros que los galeones traen en sus bodegas.

—Si en la flota deseaban mantener el secreto sobre la falta de sanidad de los barcos, ¿cómo es que iba pregonándolo, incluso ante un desconocido para él, como eras tú? —preguntó Catalina, vivamente interesada en el asunto.

—Mucho peor que eso: yo era un desconocido, pero él ya sabía que era médico con ejercicio en Sevilla y que iba camino de Cádiz para indagar, precisamente, acerca de la existencia de ese brote de peste porque se lo habría dicho el padre prior. Mi sorpresa fue aún mayor cuando me entrevisté con el factor que la ciudad tiene en Cádiz, llamado Raimundo de Lantery, y supe por su boca que la vía de información que le había permitido alertar a su excelencia el asistente sobre el brote de contagio en los barcos había sido también el piloto mayor de la flota.

—Ese Juan de Lastres tiene una conducta extraña —apostilló Jerónimo.

—Esta mañana, en la academia de maese Della Riva hemos sabido —continuó Diego— que este individuo, casi con toda seguridad, estaba en una especie de conciliábulo que se celebraba en un mesón, donde se trataba acerca de la conveniencia de difundir la noticia de la epidemia. Algo que llama la atención cuando el señor De Lastres sabe, al igual que yo, que no hay en Cádiz y su tierra tal epidemia. Pero, en fin, dejemos eso para más adelante. Tal vez cuando Jerónimo —miró al imaginero— nos cuente esa misteriosa historia que le abrumba podamos explicarnos algo más de ese extraño piloto y de su no menos extraña actuación. En la cartuja se me informó de que Jerez gozaba de buena salud y de que allí no se tenía noticia de que en Cádiz se hubiese declarado la peste; ni siquiera había corrido el más mínimo rumor al respecto. Al día siguiente llegué a dicha ciudad y fue mi encuentro con el señor De Lantery el que me desveló la causa del error que se tenía en Sevilla acerca de la enfermedad. Me lo demostró fehacientemente, pues conservaba copia del escrito cifrado que remitió al conde de Paredes. Esta mañana, en la reunión que hemos mantenido en el ayuntamiento, ha quedado probado que todo esto ha sido la consecuencia de un grave y lamentable error. Ignoro cómo se ha difundido la noticia de la existencia de peste, aunque empiezo a imaginármelo y, desde luego, si alguien estaba interesado en ello, a fe mía que lo ha conseguido. Sospecho, además, que con el ambiente creado algunos tratan de sacar provecho.

Una vez que Diego hubo terminado su explicación, se sirvió una taza de café, una bebida exótica procedente de Turquía. Se preparaba con unas semillas tostadas, que se molían, y el polvo obtenido se filtraba con agua caliente. Era de un fuerte sabor amargo, que Catalina endulzaba con unas cucharadas de miel. Era muy estimulante y servía para combatir el cansancio y el sueño.

Miró a Jerónimo y le ofreció una taza de aquella infusión.

—Ahora, espero que por fin me cuentes —las palabras de Diego sonaban con un tonillo de sorna— cuál es el conocimiento que tienes de ese Lastres de los demonios, en cuya actitud parece encontrarse una de las claves para comprender el embrollo en

que nos encontramos.

Antes de responder, Jerónimo dio un sorbo a su café.

—He sabido de ese Juan de Lastres a través de Leonor. Sé que ha mantenido una reunión con el duque de los Alcores. Una reunión que está relacionada con ese tenebroso asunto que me tiene sin sueño y sumido en una zozobra permanente desde que llegó a mi conocimiento. Prestad atención.

Con gran lujo de detalles, Jerónimo puso a sus amigos al tanto de aquel asunto que le tenía tan agobiado. Les contó cómo varias noches atrás había acudido a casa de Leonor y cómo por una casualidad alcanzó a escuchar lo que se decía en una reunión que mantenía el duque de los Alcores con varios hombres.

—No podéis ni siquiera imaginar cuál era la causa que había juntado allí a aquel desalmado y a los secuaces que le acompañaban —señaló Jerónimo.

Catalina, que aguardaba expectante con la jarra del café en la mano para servirle otra taza, le pidió con cierto nerviosismo:

—¡Por la Santa Madre de Dios, dinos de una vez el motivo de esa reunión!

—Estaban reunidos para urdir un plan que les permita apoderarse del oro que trae la nave capitana de la flota de Indias.

A Catalina se le derramó el café, mientras de su boca salía una jaculatoria:

—¡Jesús! ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!

La sorpresa inicial de Diego se convirtió en preocupación, dibujada en su rostro en forma de numerosas arrugas en su frente y en su entrecejo.

—Jerónimo, ¿estás seguro de eso que acabas de decirnos?

—Completamente, tan seguro como que estamos aquí reunidos los tres.

—¿Sabe alguien más esto que acabas de contarnos? —preguntó Diego, presa de una creciente inquietud.

—Solo se lo he contado a Leonor, a quien pude ver ayer en la sacristía de la iglesia de San Laureano, merced a una treta que habíamos urdido previamente. Yo quedé con el párroco bajo pretexto de ajustar algunos detalles para la realización de una imagen del santo titular, que será obra de taller. Allí se presentó Leonor, so capa de entregar una limosna como acción de gracias por un favor recibido. A la misma hora acudió Isabel de Leiría, convenientemente vestida, reclamando la presencia del sacerdote para un asunto de suma importancia que había de contarle fuera del recinto sagrado. Aquella estratagema nos permitió unos minutos a solas, que aproveché para ponerla al tanto de la situación y del peligro que corre. Algo sabía ya, porque no le sorprendió la noticia, cosa que me extrañó, tratándose de lo que acabo de decir. Luego comprendí el porqué. Parece ser que la epidemia declarada en la flota es también pura invención, y ahí es donde desempeña su papel ese Juan de Lastres, quien se reunió con el duque de los Alcores en su casa nada más llegar a Sevilla.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó Leonor.

—Debió de tener una dura jornada.

—Sé que salió de la cartuja de Jerez con las primeras luces del alba. Todos los indicios apuntan —señaló el médico— a que la llegada de este personaje a Sevilla ha sido la pieza clave para difundir la noticia de la inexistente epidemia y provocar una situación extraordinaria, con el inconfesable propósito de aprovecharse de ella para sus propios fines. —Guardó silencio durante un largo rato en el que parecía estar sumido en profundas reflexiones. También Jerónimo y Catalina permanecieron callados.

»Eso explicaría —Diego parecía hablar consigo mismo en voz alta— las razones por las que, sabiendo que yo era el médico enviado por el cabildo para recabar información acerca del contagio, me diese detallada y cumplida información de esa supuesta epidemia que se padece en la flota. Además, si la información que el señor De Lantery tiene sobre este asunto procede de la misma fuente, ya conocemos todas las vías por las que Sevilla vive conmocionada en estos momentos y por qué todo el mundo está pendiente de una epidemia que no existe.

—Verdaderamente se trata de un plan diabólico. Estamos ante una terrible maquinación urdida por un grupo de desalmados. —Catalina hablaba conteniendo a duras penas la indignación que le invadía—. No les ha importado reparar en medios, ni poner a una ciudad como ésta en estado de sitio. Eso significa miedo, pena, dolor y ruina. No les importa aterrorizar a las gentes, ni alterar de forma grave la vida de miles de personas y de familias. ¡Su maldad es inaudita!

La larga sobremesa les permitió analizar todos los detalles de la increíble información que poseían. Ataron todos los cabos sueltos que les fue posible y repasaron, una y otra vez, lo que sabían de aquel oscuro asunto. Lo hicieron muchas veces, sin importarles la reiteración. Cada vez que abordaban uno de los hilos de aquella trama, aparecían nuevos elementos en los que no habían reparado anteriormente, surgían otras perspectivas y se planteaban más interrogantes.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando Catalina recordó que la procesión salía a las seis, tanto de la catedral como de la iglesia del Salvador. Aquella procesión iba a congregarse a toda Sevilla en sus calles para implorar el beneficio de la salud a la Divina Providencia ante la terrible epidemia que asolaba lugares próximos. Habría mucha gente en las calles, se dirían muchas cosas, y tal vez... tal vez...

Acordaron que Catalina y Diego acudirían a la catedral. La salida de la Virgen de los Reyes, que era la imagen que desde allí iba a procesionarse, se produciría por la puerta de los Palos, daría una vuelta completa al templo metropolitano, y seguiría por la calle de Genova, camino de la plaza de San Francisco. Jerónimo iría a la plaza del Salvador desde donde saldría su *Cristo de la Buena Muerte*, que recorrería las calles de los Polaineros y Chicarreros. Había sido invitado especialmente por el hermano

mayor de la cofradía de la Santa Caridad.

Comoquiera que tras el acto religioso previsto en la plaza de San Francisco, ante las casas del ayuntamiento, cada una de las procesiones regresaría a su templo sin muchas detenciones, para recogerse con luz del día por expresa imposición de la autoridad eclesiástica, que bregaba contra la concurrencia de sexos en todo momento, pero mucho más en horas de nocturnidad, Catalina, Diego y Jerónimo quedaron en verse de nuevo en casa del matrimonio cuando todo hubiese concluido.

La plaza quedaba limitada por la impresionante cabecera gótica de la catedral, donde se asienta la torre que llaman de la Giralda por una figura alada que la corona y simboliza la fe; por el palacio donde tienen su sede los prelados de la archidiócesis hispalense, y por el llamado corral de los Olmos, que daba entrada al barrio de Santa Cruz. Allí se congregaban gentes de variadas condiciones y pelajes, que mucho antes de las seis de la tarde constituían ya una muchedumbre que llenaba por completo el amplio espacio delimitado por los referidos edificios. Poco a poco llegaban las diferentes juntas de gobierno de las diecisiete cofradías que desde allí iban a realizar su procesión penitencial. Las restantes lo harían desde la iglesia del Salvador. Llegaban del mismo modo que cuando acudían a sus desfiles procesionales: precedidas de sus pendones y estandartes, con sus cruces de guía, y al sonido de un tambor cubierto por un paño de luto que amortiguaba el son de los palillos al golpear la superficie de su tensada piel.

A su llegada se les abría paso hasta el interior del templo por uno de los postigos de la puerta de los Palos, la misma por la que habría de salir la venerada imagen de la Virgen de los Reyes.

También recalaban las representaciones de las religiones asentadas en la ciudad, vistiendo los hábitos de su orden. Al igual que las cofradías, aparecían precedidos de los estandartes y cruces que los identificaban, pero cuando se les franqueaba el paso al interior de la catedral, no se abría uno de los postigos sino los dos, para dar mayor solemnidad al recibimiento. Los primeros en llegar fueron los dominicos del convento de San Pablo; su representación la formaban dos largas hileras de frailes ataviados con sus hábitos blancos y negros. Llamaba la atención, frente a la uniformidad de los hábitos, la variada gama de tipos humanos. También podía percibirse una notable variedad de andares y movimientos corporales. Eran lo más opuesto a la marcialidad de un desfile. Luego llegaron los franciscanos, procedentes de su colegio de San Buenaventura, con su hábito pardo. Eran como medio centenar; en general, aparecían menos adustos que sus predecesores, con quienes no mantenían buenas relaciones por causa de disputas en asuntos tales como la devoción al Santo Rosario. Los capuchinos llegaron desde su convento, frontero a la ermita de San Hermenegildo. Altivos, con sus negras sotanas, aparecieron los padres de la

Compañía, entre los que se contaba el descalabrado padre Boniches. Unos minutos antes del comienzo de la procesión habían entrado los agustinos, los trinitarios, descalzos y calzados, los mínimos de San Francisco, los hermanos de la orden tercera, los de San Juan de Dios y los mercedarios.

El clero regular había hecho su entrada por la puerta de San Miguel. Por ella pasaron los representantes de las diferentes parroquias y collaciones de la ciudad a las que se había indicado que partiesen de la catedral, representadas por sus párrocos y curas, así como otras dignidades parroquiales, amén de numerosos clérigos de menores y gran cantidad de capellanes.

Espectacular fue la entrada en la plaza de la representación del cabildo municipal con el asistente a la cabeza. Los capitulares de la ciudad venían precedidos por dos hileras de arcabuceros que se abrían paso entre el gentío, sin muchas contemplaciones. Les seguían varias filas de tamborileros, a cuyos sones, más propios de un llamamiento a batalla que de la concurrencia a un acto de penitencia, retumbaba todo lo que había alrededor, porque era mucho el ardor que ponían en su cometido; llenaban la calle de extremo a extremo. A continuación venía un cuerpo de dos docenas de alguaciles, con sus uniformes negros, cubiertos con sombrero de plumas también negras. Dos maceros, vestidos con dalmáticas en las que estaban bordadas las armas de la ciudad, tocados con vistosas pelucas y grandes sombreros, daban paso a las autoridades municipales, revestidas con los atributos de su autoridad. Cerraban el cortejo otra pareja de maceros y una sección de arcabuceros. No era normal aquel despliegue de autoridad, verdadero alarde, en circunstancias como las que allí concurrían, por lo que el hecho llamó mucho la atención y fue muy comentado. Como también lo fue el aspecto que ofrecía el asistente, quien, por las trazas, más parecía concurrir a un festejo que a implorar la protección divina en tan comprometida situación. Sus ojos negros parecían haberse empequeñecido para dar a su mirada un aire pícaro, y bajo sus grandes y grises mostachos se adivinaba una desconcertante sonrisa, que tenía mucho de burlona. Contrastaba su aspecto con el de los capitulares. Todos ellos ofrecían un aire afligido y sus semblantes estaban serios. Se habían visto tan sorprendidos por la parafernalia preparada por su excelencia que hubo cierto revuelo en las casas del cabildo a la hora de organizarse la comitiva. Algún regidor manifestó su desacuerdo e incluso señaló que no formaría parte de ella, en aquellas condiciones, dadas las circunstancias que concurrían. Sin embargo, ninguno de ellos cumplió su amenaza. En el fondo, a todos les gustaba tan ceremoniosa solemnidad.

La desafiante imagen del asistente nada tenía que ver con la del atribulado anciano a quien parecía habersele caído el mundo encima pocas horas antes. Con toda seguridad, la exhibición de que hacía gala, en circunstancias tan especiales, estaba relacionada con lo que quiera que fuese que había ideado después de hablar con el

doctor Ruiz de Acevedo.

Diego y Catalina, que habían encontrado acomodo en la esquina de la catedral próxima a la puerta del Sagrario, tal vez eran los únicos de los presentes que tenían una explicación para aquel desfile con que el asistente estaba confundiendo a los sevillanos.

—Su excelencia es una caja de sorpresas —murmuró el médico a su esposa—. Esta mañana, una vez que se hubo convencido de cuál era la situación real, me dijo que guardase en el más riguroso de los secretos lo que solo él y yo sabíamos, y que ahora también conocéis Jerónimo y tú, además del confesor del asistente. Pero a éste le hizo prometer que su conocimiento lo era a título de secreto de confesión. ¡El viejo bribón! Me dijo que iba dar una sorpresa y esto es una campanada. ¡Si supiera el problema que tenemos encima...!

La gente se apretujaba, como podía llenaba las gradas de la catedral y las calles de Placentines y de los Abades. Tampoco se cabía en la Alcaicería. En la puerta del corral de los Olmos, uno de los teatros más populares de la ciudad, emplazado junto a la catedral, se podía leer un pasquín rotulado a mano que anunciaba que aquel establecimiento estaba cerrado por orden de la autoridad. El gentío era inmenso. Nadie recordaba una concentración como aquélla en la ciudad, ni siquiera cuando su majestad don Felipe IV la visitó, hacía ya casi un cuarto de siglo.

Por todas partes la conversación era la misma: la terrible epidemia que asolaba el reino. Solo Sevilla, convenientemente aislada del exterior y protegida por su muralla, se mantenía a salvo de aquella hecatombe con que Dios castigaba las maldades y los pecados de la humanidad. En los numerosos y apretados corrillos que se habían formado, como era habitual en las situaciones de espera, cada cual realizaba su aportación.

A pesar de que con las medidas de vigilancia establecidas era prácticamente imposible que nadie hubiese entrado en Sevilla, ni siquiera aproximarse a ella, desde que la ciudad fue puesta en estado de alerta y, por lo tanto, imposible también que hubiesen llegado datos o noticias referidas a nuevos casos, por todas partes se multiplicaban las referencias a novedades y a situaciones hasta entonces no conocidas. Nadie, sin embargo, planteaba dudas. Un bulo dicho por la mañana en la Alameda de Hércules acerca de una muerte habida en un convento de Jerez, antes de mediodía era una mortandad que había hecho desaparecer a la comunidad.

En la plaza del Salvador también se había dado cita una numerosa concurrencia, pero era inferior a la que abarrotaba los alrededores del templo metropolitano. La razón había que buscarla en la rivalidad existente entre las propias cofradías. Todas consideraban que la imagen de sus amores y la que centraba sus devociones y cultos era la más merecedora de que se le rindiese, en ocasión tan especial, el tributo de toda una

ciudad rendida a sus pies. Hubo fuertes discusiones a la hora de efectuar la elección. Aquel debate no se había producido en torno a la Virgen de los Reyes porque, honrada como patrona de la ciudad, fue señalada por la autoridad eclesiástica y aceptada por las hermandades y cofradías. Otra cosa fue a la hora de determinar al Cristo. En la propuesta de que fuese el De la Buena Muerte pesó la gran influencia de don Juan de Manara y su arraigada amistad con el deán de la catedral, convertido en ausencia del obispo en la primera autoridad religiosa de la ciudad. Sin embargo, la protesta de los hermanos mayores presentes en la reunión fue general.

Particular resistencia ofrecieron las cofradías de San Roque y de San Sebastián, cuyos santos titulares eran considerados y reconocidos por la propia autoridad eclesiástica como los mejores y más poderosos abogados contra la peste. Otros arguyeron que era San Laureano, un santo cuya advocación tenía gran predicamento en la ciudad, la imagen que debería recibir el tributo popular en aquellas adversas condiciones. En fin, se señaló, y ésta fue una opinión muy compartida, que el *Cristo de la Buena Muerte* era imagen nueva y no acreditada, cuya veneración entre el pueblo de Sevilla no estaba probada, aunque, eso sí, era obra de extraordinaria belleza y vigor la que el maestro Loaysa había labrado para la Santa Caridad. Se sostuvo también que procesionar una imagen carente de tradición suponía una peligrosa novedad, que era contraria a los usos y costumbres establecidos en la ciudad.

Al final, el debate quedó saldado por la imposición de la jerarquía eclesiástica, cuya condescendencia había llegado a extremos poco recomendables en la reunión celebrada, al admitir proposiciones contrarias a sus planteamientos, aunque hubiesen sido formuladas con las expresiones más respetuosas. La decisión de que sería el *Cristo de la Buena Muerte* la imagen que recorrería las calles de Sevilla fue acatada con piadosa mansedumbre por los cofrades, como convenía al buen gobierno de las cosas de Dios y a la salvación de las almas de los mortales.

Hasta el Salvador habían llegado las cofradías que, según el plan establecido, habrían de acompañar a la imagen. Lo habían hecho sin entusiasmo, solo por la obligación que tenían de asumir las decisiones de la autoridad religiosa. También se dieron cita en esta iglesia algunos frailes de las órdenes más importantes, aquellas que tenían abiertos en Sevilla varios establecimientos religiosos, como era el caso de los dominicos y los franciscanos. Cuando Jerónimo llegó, ya estaban allí los miembros de la junta de gobierno de la cofradía de la Santa Caridad, con don Juan de Manara a la cabeza, vestido con un sayal de tosco paño, descalzo, y con ceniza en su cabeza en señal de sumisión y arrepentimiento. Muchos otros cofrades de la Santa Caridad vestían de la misma guisa y también se habían humillado con la ceniza.

El escultor, no sin esfuerzo, pudo llegar hasta el cancel del templo donde estaba decidiéndose el orden de la procesión. Manara, que acababa de solventar una agria

disputa entre los dominicos y franciscanos por cuestiones de preeminencia en el acto mediante una decisión salomónica —unos irían en una de las hileras y los otros en la otra, sorteándose, con una moneda al aire, cuáles lo harían a la derecha y cuáles a la izquierda—, le saludó.

—Bienvenido, maestro Jerónimo. Si no tenéis inconveniente, podéis situaros junto a la imagen, en uno de sus ángulos delanteros.

El lugar asignado como una amable invitación era en realidad una orden que no admitía discusión.

—Para mí es un honor.

También allí las conversaciones giraban en torno al mismo asunto e igualmente podían escucharse los mayores disparates. Sevilla vivía la peste con excitación. Muchos de los comentarios versaban sobre la singularidad de que Sevilla, por un don especial de la Divina Providencia, estaba a salvo del mal. Para algunos, la procesión de aquella tarde no era un acto de penitencia, sino de alabanza a Dios y a su Santísima Madre por el favor que recibía la ciudad al gozar de buena salud. La ciudad era como un oasis de bienestar en medio del mal que asolaba al mundo. Los sevillanos vivían entre exultantes y temerosos aquella situación tan singular. La exaltación venía del orgullo que los vecinos siempre manifestaban a la hora de referirse a los asuntos de su ciudad. Sevilla era la más populosa de la monarquía, después de la corte, pero aventajaba a ésta en actividad y comercio. Era más universal porque allí se daban cita gentes de todas las naciones al olor del dinero que entraba por el Guadalquivir —ésta era otra diferencia entre Sevilla y Madrid, los ríos de que cada una de ellas gozaba—, cargado en los galeones de las flotas.

En otros corrillos se comentaba que la ciudad había sido tocada en diversas ocasiones. Algunos de los más ancianos recordaban con pavor las epidemias sufridas y las terribles calamidades padecidas por causa de las mismas, la muerte y el dolor que habían traído.

El clero sevillano se había encargado de recordarlo a lo largo del día anterior y de aquella misma mañana desde los presbiterios y pulpitos de los templos. Allí, fogosos oradores habían invitado o más bien exigido humillación y penitencia, habían ordenado arrepentimiento de los pecados y solicitado actos públicos de contrición para que la justa cólera de Dios no se derramase sobre Sevilla como merecido castigo a las maldades y pecados de las gentes. Por eso, el cierre de los lupanares del Compás de la Laguna y de los corrales de comedias no habían sido contestados, sino entendidos como una saludable medida, tanto para la salvación de los cuerpos como de las almas. Aquellos cierres no habrían sido posibles sin las especiales circunstancias en que se habían producido. Solo unos días antes habrían provocado un estallido de protesta e incluso desencadenado un motín.

Muy fresca estaba la agresión al padre Boniches. Aquel episodio fue señalado en

algunas de las alocuciones, pero no se hizo por extenso. Tal vez, la mayoría de los oradores pensó que, con hechos como aquél, el castigo divino se tendría que haber producido en primer lugar sobre unas gentes tan malvadas como las que, por el hecho de ser reprendidas por su afición al pecado, agredían a uno de sus ministros. Mejor era no remover mucho un asunto que se prestaba a contradicciones poco convenientes. No obstante, algunos de los predicadores lo incluyeron en sus guiones como fuente de arrepentimiento y advertencia para tiempos venideros.

A la hora establecida se escuchó el rotundo sonar de las campanas de la catedral. Se había acordado que el toque de todos los cuerpos de campanas, que jalonaban la Giralda, sería la señal de aviso para que las dos procesiones iniciasen su marcha hacia el punto de confluencia.

Poco a poco, y con las dificultades propias de toda aglomeración, las dos imágenes, la Virgen de los Reyes y el *Cristo de la Buena Muerte*, se pusieron en marcha. Iban colocadas sobre una especie de parihuelas de regular tamaño de las que colgaban unos faldones negros. Sobre dichas parihuelas se habían colocado unas peanas para elevar las imágenes. Un grupo de ministriles —más numeroso en el caso de la Virgen— las acompañaban haciendo sonar una especie de largas y estridentes trompetas.

Se acomodaron en sus respectivos lugares el clero regular y secular, las autoridades civiles, las representaciones y las cofradías. Hubo empujones y codazos, malos modos, así como miradas atravesadas y hasta un punto retadoras, por hacerse con un lugar de mayor privilegio. Los encargados del protocolo tuvieron muchas dificultades para poner algún orden en el desbarajuste que produjo el comienzo de las procesiones. Mucho peor aún fue el movimiento de las masas congregadas para procurarse el mejor lugar, que era lo más cerca posible de las veneradas imágenes. Hubo alguna pelea, que los más próximos lograron apaciguar, aunque también se dejó oír algún grito de ánimo, pero todo se solventó favorablemente con el concurso de unos alguaciles.

El ritmo era marcado por unos tambores, diestramente manejados, cuyos redobles ayudaban a acompasar el paso; como iban distribuidos a lo largo del recorrido, creaban una unidad de acción que resultaba imprescindible para la buena marcha de la gente. También ayudaba a ello el trabajo que hacían unos sacristanes, vestidos con sotanas negras y roquetes blancos, muy adornados en sus extremos con encajes, puntillas y bordados, que animaban a la gente a no detenerse y a realizar con compostura la estación de penitencia. Los chiquillos y pillastres que se metían entre las filas, unos llevados por sus mayores y otros que lo habían hecho por su cuenta, ponían una nota discordante, correteando por entre las formaciones, y hasta gritando y riendo por causa de su poca edad y seso. De cuando en cuando, se escuchaban los sonidos de las largas trompetas. También se iniciaron en las filas de penitentes

cánticos laudatorios y de arrepentimiento, que no cuajaron porque no había coincidencia en sus entonaciones. Fue complicado dar unidad a los rezos de las estaciones de penitencia, que se marcaban al son de un instrumento de viento de formas retorcidas y complicadas, que tocaba un individuo ensotinado cuyos mofletes se abombaban tanto que parecía que iban a estallar cuando soplaban con fiereza por la punta de aquel pito.

Había entrado la imagen del Cristo en la calle de Chicarreros cuando, muy cerca de las andas donde la portaban, cayó al suelo una mujer de avanzada edad, en medio de grandes convulsiones. Rápidamente se formó un corro alrededor de la pobre desgraciada, que se debatía entre espasmos a la par que por su boca salían sonidos inidentificables. En los rostros de los presentes se dibujó un rictus de miedo. Se miraban unos a otros, paralizados y enmudecidos.

Nadie se atrevía a acercarse a prestarle auxilio, a pesar de que continuaba debatiéndose, agitando piernas y manos, a la par que escapaban de su boca gran cantidad de babas, pese a tener los dientes apretados. Tuvo una sacudida brutal, que la levantó casi un palmo del suelo. En medio de los contritos y atónitos espectadores surgió un grito estentóreo:

—¡¡La peste!! ¡La peste! ¡Es la peste!

Aquella terrible palabra se difundió como las ondas en la superficie del agua.

—¡Hay contagiados en la ciudad!

—¡Hay apestados entre nosotros!

—¡Tenemos la epidemia!

Entonces todo fueron carreras, gritos, nervios, llantos.

Los empujones del comienzo fueron un juego de niños en comparación con la violencia que se desató. La gente huía despavorida, horrorizada. Un médico que intentó acercarse a la enferma no pudo conseguirlo porque no logró abrirse paso frente a la desbandada que se alejaba del punto donde estaba el supuesto foco pestilente. No valían las súplicas de los que, caídos, eran pisoteados y pateados por quienes pasaban por encima de ellos en una huida alocada. Había gente aplastada contra las paredes, e inmovilizada, presa entre el muro y la marejada humana que se había desatado en todas direcciones. El terror había convertido la multitud en un amasijo que tropezaba, caía o trataba de levantarse, para volver a caer de nuevo. En medio de la confusión se mezclaban los ayes lastimeros y los gritos de dolor con las imprecaciones y las maldiciones.

Ni los miembros de la Santa Caridad que lo intentaron ni don Juan de Manara con toda su autoridad lograron, pese a sus esfuerzos, poner un poco de orden en aquella babel en que se había convertido la procesión. Los franciscanos y los dominicos habían huido en medio de la confusión de los primeros momentos, mientras que los clérigos seculares habían encontrado una vía de escape por la calle de las Escobas.

Primero trataron de retirarse con ciertos modos y formas, adoptando una postura de dignidad acorde con sus obligaciones, pero muy pronto aquello se convirtió también en un «sálvese quien pueda» adonde llegaron los empujones, las caídas y los atropellos.

En muy poco tiempo la noticia había llegado hasta la calle Genova, por donde ya transitaba la imagen de la Virgen de los Reyes. Rápidamente, la confusión se apoderó de las filas de penitentes. Para nada sirvieron las exhortaciones a la tranquilidad de algunos eclesiásticos, ni los gritos del asistente, que repetía a voz en cuello:

—¡No hay epidemia! ¡No hay epidemia! ¡En Sevilla no hay peste!

Todo fue inútil.

—¡Hay varios muertos en la Alcaicería! —decían en la calle Genova.

—¡Tres mujeres han caído fulminadas en Chicarreros!

—¡Acaban de decirme que un niño está agonizando en la puerta del corral de los Olmos! —comentaba sin detenerse, mientras se alejaba a toda prisa, una mujerona desgredada y con vestiduras poco aseadas a un grupo que marchaba en dirección contraria.

La conmoción se había producido en poco más de un cuarto de hora. En todo el recorrido por donde habían de transcurrir los desfiles de las imágenes y zonas aledañas quedaban los restos del alboroto y las consecuencias de tan grande y descomunal desbandada. Se podían ver prendas de vestir en muy mal estado y tiradas por los suelos. Algunas abarcas, sandalias y zapatos aparecían por diferentes sitios. Enfermeros del hospital de Agudos habían acudido para trasladar a los heridos de mayor consideración, a requerimiento del doctor Ruiz de Acevedo y de otros dos médicos quienes, tras la desbandada, acudieron a atender a los heridos. Eran más de cuatro docenas los que el tropel había producido. Algunos solo tenían contusiones o heridas menores y, tras una cura, una friega o un emplasto, fueron mandados a recogerse en sus casas. Seis de ellos sufrían heridas de consideración, por lo que su evacuación hubo de hacerse en unas angarillas, y otros ocho tenían roturas de huesos. Allí mismo procedieron a su entablillamiento, valiéndose de lo que encontraron más a mano.

Lo peor de todo había sido la muerte por aplastamiento de dos pequeños, de unos cinco o seis años —un niño y una niña—; los dos tenían hundido el tórax y rotos los huesos de las costillas. También había perecido por asfixia una joven que resultó atrapada por la muchedumbre contra la pared de una casa. Asimismo, atendieron a una anciana que se encontraba en muy mal estado, atacada de espasmos y convulsiones. Pero no se halló ningún enfermo aquejado de peste, ni aparecían por parte alguna los cadáveres, de los que la multitud se había hecho lenguas.

A la caída de la noche Sevilla era una ciudad aterrada; la inmensa mayoría de las gentes estaba encerrada en sus casas. Eran muy pocos los transeúntes que circulaban

por las calles. Los pocos que se atrevían lo hacían de manera subrepticia. Se deslizaban como ocultándose, tratando de que su presencia pasase lo más desapercibida posible. Resultó complicado, pero se logró, gracias al esfuerzo de los alguaciles, recomponer las patrullas de vigilancia y restablecer el control en las puertas de la muralla.

Cerca de la medianoche, en casa del duque de los Alcores tenía lugar una reunión a la que concurrían gentes de mala catadura y peor jaez. En total ocho personas. Entre los reunidos se encontraba el piloto mayor, don Juan de Lastres, y el propio duque. Los rostros de los presentes ofrecían claros signos de satisfacción. Cualquiera diría que habían disfrutado con el desgraciado episodio que la ciudad acababa de vivir.

—El ataque sufrido por esa vieja loca nos ha venido como anillo al dedo —señaló el duque—. ¡Propongo un brindis por eso! ¡Y porque la operación no ha podido ir mejor!

Todos los presentes asintieron, entre sonrisas, burlas y comentarios jocosos, mientras se llenaban unas copas de finísimo cristal del vino espeso y oscuro que el anfitrión ofrecía.

También en las casas del cabildo había una reunión de capitulares, donde se repasaba lo acontecido. Llamó mucho la atención el informe presentado por los tres médicos que habían atendido a los heridos. No había ningún muerto de peste y las tres muertes habidas eran el resultado del pánico desatado.

Los capitulares sevillanos estaban desconcertados. Se hacían largas peroratas acerca de la situación. Se realizaban tediosas disquisiciones sobre el asunto que les ocupaba, pero nadie aportaba datos sobre lo realmente acaecido, ni salidas al problema con que en aquellos momentos se enfrentaban. El asistente estaba como ausente de la reunión. Parecía ido.

Cuando Diego Ruiz de Acevedo llegó a su casa era ya pasada la medianoche. Allí le aguardaban, ansiosos, Catalina y Jerónimo, quienes habían matado el tiempo de angustiosa espera comentando lo ocurrido aquella agitada tarde. Las preguntas de ambos se amontonaron sobre el recién llegado, sin darle respiro:

—Diego, ¿qué ha pasado realmente? ¿Qué noticias tienes? ¿Cuántos muertos ha habido? ¿Hay algún caso de contagio pestilente?

El médico soltó con gesto cansado la ajada bolsa de cuero, deteriorada por largos años de ejercicio de la profesión. Tenía reflejadas en el rostro las huellas de la tensión y del esfuerzo. Tomó asiento, se sirvió una generosa copa de vino de una jarra que había sobre la mesa y, después de tomar un largo trago, miró a su esposa y a su amigo.

—No sé cómo ha podido ocurrir una cosa así. Aunque es poco lo que hemos sacado en claro hasta este momento, los alguaciles que están realizando las pesquisas correspondientes creen que todo ha sido un accidente fortuito y que el pánico se debe a la tensión que vive la ciudad.

—¡Por el amor de Dios, Diego, dinos de una vez lo que ha ocurrido! —inquirió Catalina.

—La opinión de los alguaciles es que en la calle de Chicarreros una mujer sufrió un ataque y cayó al suelo presa de fuertes espasmos y convulsiones. Eso, al menos, es lo que han dicho algunos testigos presenciales.

—Eso es cierto —señaló Jerónimo—; yo estaba muy cerca de donde se encontraba la mujer que cayó fulminada, debatiéndose en medio de convulsiones. No tuve posibilidad de acercarme ante el desorden que se produjo. La muchedumbre me obligó a replegarme hacia la plaza del Salvador. Por poco me aplastan contra las andas donde era procesionado mi Cristo. Menos mal que Manara pudo asirme por un brazo y tirar de mí. Varios cofrades protegieron la imagen y nos salvaron de la avalancha, que todavía no tenía el impulso que ganó poco después.

—¿Qué ocurrió entonces, Jerónimo? —preguntó Diego, interesado.

—¿Cómo que qué ocurrió? ¡Ya te lo he dicho!

—No... no. Me refiero a qué pasó para que la gente corriese despavorida. Supongo que ocurrió algo más. —Diego pareció meditar un momento—. La reacción instintiva en esos casos es acercarse a quien necesita ayuda.

—Bueno —Jerónimo lo dijo como si fuese algo sabido de antemano—, alguien gritó con fuerza: «¡Es la peste!». Esos gritos fueron los que provocaron la desbandada. Porque antes... —ahora sus ojos miraban como si acabase de hacer un descubrimiento singular— la reacción de los presentes había sido de sorpresa, de estupor. Todo el mundo estaba como paralizado. En un primer momento casi nadie se

movió, salvo los que estaban más próximos a aquella mujer, que abrieron un amplio círculo a su alrededor. —Miró a su amigo fijamente a los ojos—. ¿Piensas que acaso...? ¿Piensas que aquellos gritos sobre la peste podrían...?

Catalina y Diego intercambiaron una mirada de complicidad. Era la mirada de dos personas compenetradas, a las que basta un gesto, un destello de sus ojos para entenderse.

—¿Crees que todo esto responde a un plan trazado de antemano por alguien que se beneficiará de sus consecuencias? —Catalina estaba expresando los pensamientos que pasaban por la cabeza de su marido.

Diego asintió con varios movimientos de cabeza.

—Sin embargo, hay algo que no encaja en todo esto —dudó Diego.

—¿Qué es lo que no encaja? —preguntó Jerónimo.

—El hecho de que esa mujer sufriera un ataque de espasmos y de convulsiones. Si hubiese sido una farsa, habría huido una vez que se desató el tumulto. He atendido a esa desgraciada, a la que además le han partido las dos piernas y tiene numerosas contusiones fruto de las patadas y pisotones recibidos. Estaba casi asfixiada porque la lengua, donde tiene un gran corte, le había cerrado la garganta y no podía respirar. Estaba llena de babas y espumarajos que echó por la boca como consecuencia del ataque, y dos horas después aún tenía los pulsos gravemente alterados. Eso no ha sido una simulación. ¡No sé cómo esa desgraciada está aún con vida!

—¿No hay ninguna relación entre esos espasmos y la peste? —preguntó Jerónimo.

—No, no hay relación alguna. Los espasmos y las convulsiones se asocian, aunque no es opinión aceptada en todas las cátedras de las facultades de medicina ni asumida por un buen número de colegas, a un mal funcionamiento de algún órgano. Sobre cuál es ese órgano tampoco hay acuerdo. Los que así opinamos, yo estoy entre ellos, rechazamos que se trate de casos de posesión diabólica, aunque desgraciadamente ésa sigue siendo la tesis más extendida.

—Si el ataque ha sido real —señaló Catalina—, resulta difícil sostener la existencia de un plan trazado de antemano.

—Sin embargo, no podréis negar —Diego miró alternativamente a su mujer y a su amigo— que un hecho como ése no es suficiente para desencadenar todo lo...

Jerónimo le interrumpió:

—No podemos perder de vista que vivimos unas circunstancias muy especiales. Es normal que las gentes, atemorizadas por lo extraordinario de la situación, hayan reaccionado de esa manera.

—Quería decir —Diego se mostraba sosegado, tal vez por causa del cansancio— que la difusión de la noticia de que había muertos por causa de la peste ha sido muy rápida. Tengo la sensación de que gentes interesadas han gritado una especie de

consigna. Intuyo que alguien ha dado instrucciones para provocar una alteración como la que se ha vivido en la ciudad, a la par que ha dejado sentado que la enfermedad nos tiene cogidos sin remedio. Ahora los rumores harán que los casos se multipliquen por todas partes. En estos momentos, en Sevilla nadie que se precie de estar en su sano juicio puede negar que la epidemia ya nos ha tocado.

—Una enfermedad que no existe —señaló Catalina con énfasis.

—En efecto —en los ojos de su esposo se reflejaba la contrariedad—, no solo no existe sino que ha sido creada artificialmente para responder a los planes de un puñado de malnacidos, coincidiendo con la llegada de los barcos de la que, según se dice, es la más fabulosa de las flotas de Indias que ha arribado a Sevilla.

Se hizo un breve silencio. Los dos hombres y la mujer trataban de ver un poco de luz en toda aquella locura. Así transcurrió un tiempo hasta que Catalina, en cuyos ojos negros brillaba la inteligencia que atesoraba su cabeza, rompió el silencio.

—No sé si todo lo acaecido esta tarde forma parte de un plan o ha sido fruto de la casualidad, pero de lo que estoy segura es de que no podemos permanecer inactivos.

—¿Cuál es tu propuesta?

La pregunta de Jerónimo se quedó sin respuesta porque en aquel momento el sosiego y la paz que reinaban en la estancia se vio roto por el sonido, fuerte y seco, de unos golpes de aldabón en la puerta de la casa.

—¿Quién puede ser a estas horas? —preguntó Jerónimo.

Los tres se miraron. Apenas habían transcurrido unos segundos cuando otra vez sonaron los golpes, con mayor fuerza si cabe. Escucharon entonces el rumor de palabras y el chirriar de los goznes de la puerta al abrirse. Diego se levantó con una sombra de inquietud reflejada en el semblante.

—Quienquiera que sea tiene mucha prisa —comentó.

Iba a salir al encuentro de quien con tanta furia había llamado cuando Simón entró atropelladamente.

—¡Don Diego, don Diego! ¡Rápido! ¡Hay aquí un *veinticuatro* acompañado de un par de alguaciles que preguntan por vos!

En aquel momento la negra sombra de los tres individuos a los que se refería el criado se recortó en la puerta de la habitación.

Catalina tuvo un sobresalto y Jerónimo también se puso de pie.

—Perdonad esta intromisión poco decorosa, pero el caso requiere de la mayor urgencia —quien hablaba estaba visiblemente alterado—. Os presento mis excusas y permitid que me presente: soy Gonzalo de Rojas para serviros, señora —miró a Catalina—, caballero regidor de nuestro cabildo municipal, y vengo a requerir vuestros servicios —miró a Diego— porque su excelencia el asistente ha sufrido un ataque. Está inconsciente en las casas del ayuntamiento, de donde he venido ganando los minutos. Os ruego, doctor, que tengáis la bondad de acompañarme.

Quien así hablaba era un joven apuesto. No tendría más de veinticinco años y había algo de insolente en su porte que no resultaba agradable. Era pública y notoria la desmedida pasión que tenía por el juego. Pese a su juventud, ya había protagonizado sonoros enfrentamientos con algún que otro marido burlado y con tahúres aficionados a los garitos con quienes tenía pendientes ajustes de cuentas. A pesar de todo ello, el asistente le tenía devoción y formaba parte del reducido círculo de aquellos miembros del cabildo con quienes el conde de Paredes departía los asuntos más espinosos del gobierno de la ciudad.

Diego miró al capitular. Lo conocía, aunque nunca había cruzado una palabra con él. Era miembro de una de las más linajudas familias de la ciudad que tenían una regiduría perpetua comprada por un antepasado suyo a golpe de ducado. Y en efecto, era extendida la fama de mujeriego y jugador que el vástago de la familia De Rojas se había ganado a pulso. Algunos de sus escándalos se habían silenciado gracias a influencias familiares y al dinero que tapó bocas para evitar que la justicia interviniese.

Los dos alguaciles que le acompañaban permanecían discretamente retirados en la penumbra, pero eran como dos bultos amenazantes. Catalina sintió un escalofrío y se acercó a su marido.

—¿Decís que su excelencia ha sufrido un ataque? —preguntó el médico mirándole fijamente a los ojos.

—En efecto, tuvo como un vahído y se desplomó inconsciente. Creo que el asunto es grave y no debemos perder un instante.

—¿Algún otro síntoma? —A la par que preguntaba, escrutaba la cara del regidor.

—Ningún otro, el patatús ha sido fulminante.

—¿Está rígido o su cuerpo ha quedado flácido? —insistió el doctor.

—Creo que lo segundo. Su cuerpo quedó desmadejado —respondió con desgana.

—¿Tuvo espasmos o contracciones?

—¡Señor Ruiz de Acevedo, estamos perdiendo un tiempo precioso con preguntas estúpidas, cuando corre grave peligro la vida de su excelencia! ¡Vámonos de una maldita vez! —Rojas estaba gritando. Había perdido las maneras que hasta aquel momento, a duras penas, había mostrado.

—Está bien, nos marchamos enseguida. Pero ha de saber vuesa merced que esas preguntas no son estúpidas. Cuantos más datos tenga, mejor será para el paciente...

—¡A todo eso puedo contestaros por el camino!

—Pero en ese caso —lo miró con una chispa de burla en los ojos— tal vez habríamos perdido un tiempo precioso al volver a por algún instrumental o medicina.

La mirada del regidor se cargó de ira. Le había dejado en ridículo. Solo encontró una salida.

—¡En ese caso, llevad todo vuestro maldito instrumental!

—Ello es complicado, dado su volumen y cantidad. Pero tenéis razón cuando dice vuesa merced que hemos de ganar tiempo. ¡Simón, la bolsa! ¡Rápido, me marcho con estos señores!

Salieron a toda prisa. Jerónimo y Catalina acudieron a la puerta para despedirles. Uno de los alguaciles se embozó con su larga capa, tapándose el rostro. Jerónimo clavó su mirada en él pero no pudo verle la cara. Había algo en aquel individuo que le resultaba familiar. Sintió un escalofrío y miró a Catalina, que también estaba compungida.

—Jerónimo, esto no me da buena espina, aquí hay algo que no me gusta.

El escultor la miró a los ojos y, olvidándose de sus propias sensaciones, trató de quitarle importancia:

—No te preocupes, simplemente la presencia de ese desagradable regidor nos ha alterado un poco.

—¿También a ti te ha producido mala impresión?

—¿Y a quién no se la produce en Sevilla? Es un tahúr a quien solo las influencias de su poderosa familia le han evitado problemas mayores de los que hasta ahora ha tenido. Pero eso es algo que no tiene por qué afectarnos a nosotros.

—¿Y la actitud de los alguaciles? —preguntó inquieta.

—Respetuosa, Catalina, respetuosa. Se han mantenido en un segundo plano, como correspondía a su situación.

—¿Respetuosa, dices? Más bien siniestra. Además, ¡para qué hacían falta dos alguaciles y un *veinticuatro* para venir a por mi marido!

Una sombra cruzó la mente de Jerónimo. Catalina tenía razón. ¿Para qué se necesitaban un *veinticuatro* y dos alguaciles para ir en busca de un médico?

—Como estás un poco alterada —señaló Jerónimo poniendo en su voz toda la serenidad de que era capaz—, no me marcharé hasta que Diego haya regresado. La presencia del regidor y de los alguaciles está explicada por las circunstancias que vivimos. Ya sabes que se exige a rajatabla la prohibición de circular por las calles después de la oración, y hace mucho que pasó la medianoche.

Apenas habían transcurrido diez minutos desde que Diego se había marchado cuando escucharon otra vez el aldabón en la puerta. Sus miradas se cruzaron marcadas por la duda ante el poco tiempo transcurrido. Catalina se levantó rápidamente y corrió presurosa a la puerta. Allí coincidió con Simón, que también había acudido a abrir.

—¡Quieto! ¡No abras! ¡Aguarda un momento! —ordenó la señora.

El criado se detuvo y esperó.

—¿Quién llama tan a deshoras? —preguntó con energía.

Desde el otro lado de la gruesa puerta de madera tachonada sonó una voz llena de congoja. Era una voz de mujer.

—¡Os pido disculpas! ¡Pero es urgente, muy urgente!

—Lamento deciros que el doctor no se encuentra en casa. —Catalina soltó aquellas palabras como quien se desprende de una pesada carga. No había pensado, obsesionada como estaba, que alguien, a aquellas horas, viniese a requerir los servicios de su marido.

—¡Disculpádmeme, señora! ¡Pero no es al doctor a quien busco! ¡Quisiera saber si se encuentra ahí Jerónimo de Loaysa, el maestro Loaysa, el imaginero!

Jerónimo sintió una punzada en el estómago. Acababa de identificar la voz llena de angustia. Aquello solo podía ser una mala señal. Antes de que reaccionara, Catalina preguntaba:

—¿Quién lo requiere?

—Soy Isabel de Leiría.

—¡Rápido, Catalina, rápido! ¡Abre esa puerta! ¡Es Isabel, la dueña de Leonor! ¡Conozco su voz! ¡Algo muy grave ha debido de ocurrir para que acuda en mi busca a estas horas!

El criado abrió el postigo de la puerta y una mujer, con el rostro cubierto por un pesado y oscuro manto, cruzó el umbral. Una vez dentro, la embozada dejó caer el manto que la tapaba.

—¡Gracias a Dios que os he encontrado! —Tenía los ojos hinchados por el llanto y jadeaba, en parte por el sofoco y en parte por el esfuerzo realizado— ¡No ha sido fácil dar con vos! ¡He pasado un verdadero calvario hasta conseguirlo! ¡Y en una noche como ésta! ¡He tenido que burlar no menos de cuatro patrullas de las muchas que recorren la ciudad por todas partes!

Pidió un vaso de agua. Bastó una mirada de Catalina para que Simón acudiera presuroso para satisfacer el deseo de la recién llegada, que se sentó en una incómoda silla de caderas que había en el portal. Allí bebió a pequeños sorbos el agua que le trajeron, lo que pareció calmar algo sus nervios. Jerónimo aguantó lo mejor que pudo el tiempo que la dueña necesitó para tranquilizarse.

—Ahora, decidme, por lo que más queráis, ¿qué os ha traído aquí de forma tan intempestiva?

—¡Algo horrible! ¡Algo horrible!

—¿Qué es ello, doña Isabel? ¡Por los clavos de Cristo!

—¡Doña Leonor ha sido encerrada en sus aposentos! ¡El duque le ha puesto guardias en la puerta de su alcoba, de la que no puede salir! ¡Gente de su plena confianza! ¡Ni siquiera yo puedo entrar!

Jerónimo le preguntó con ansiedad:

—¿Qué ha ocurrido? ¡Contadme, doña Isabel, contadme! ¿La ha maltratado?

La mujer comenzó de nuevo a sollozar con tanta intensidad que le resultó imposible hablar. Catalina y dos criadas que habían acudido trataron de consolarla y

tranquilizarla. Después de un buen rato, lograron su propósito con la ayuda de un pomo de sales. Catalina despidió a las criadas.

—No sé si la ha maltratado. Cuando se produjo el revuelo ya no me permitieron siquiera acercarme a sus aposentos.

—¡Pero decidme! ¿Cuál es la causa de todo esto? —Jerónimo estaba visiblemente afectado.

—Con seguridad no puedo decíroslo. ¡Todo ha sido tan rápido!

—¡Contadme lo que sepáis, por el amor de Dios!

—Veréis, hoy, después de mediodía, antes de almorzar, el duque ordenó que doña Leonor fuese confinada en sus aposentos. Poco después me encerraron a mí en una pequeña cámara de la planta baja, en el patio de atrás. Pero he logrado fugarme a eso de las seis porque, confiados en la cerradura, no pusieron guardas y a esa hora la mayor parte de la gente de la casa se había marchado para asistir a la procesión. He probado, cuando el silencio en el patio me hizo pensar que por allí no había nadie, con el manajo de llaves que tengo y que se les olvidó quitarme. La Providencia ha querido que una de ellas abriese la cerradura, que es de las simples, por la poca importancia de la dependencia que cierra. He huido por una puerta que vos conocéis muy bien y desde entonces no he parado hasta encontraros. ¡Puedo juraros que no ha sido tarea fácil! Vuestro taller estaba cerrado. Allí no había nadie; tanto los oficiales como los aprendices habían acudido a la procesión. A eso de las ocho, después del desconcierto de esta tarde, volví con la esperanza de que, tal vez, hubieseis regresado. Pero solo encontré a uno de vuestros aprendices, que me dijo que no os habían visto en todo el día. Me atendió y me dio de comer. Menos mal, porque no había probado bocado desde la noche anterior. Me ofreció aguardar allí vuestro regreso. Así he pasado dos horas de angustia y sin vivir, esperándoos y acordándome de mi pobre señora. Después de pensármelo mucho, he tomado la decisión de venir hasta aquí.

Jerónimo comprendió que aquél era un desahogo necesario para la mujer y escuchó, impaciente pero sin interrumpirla, su relato, sabiendo que al final le diría lo que le interesaba.

—Aunque no puedo asegurároslo, creo que, por algún conducto, el duque ha tenido conocimiento de vuestros amores con la duquesa, mi señora.

Jerónimo contuvo la respiración. Si aquello era cierto, la suerte de Leonor sería terrible. Desde que iniciaron su relación, ambos sabían que si llegaba a saberse algo de sus amores, las consecuencias serían funestas. Se había preparado mentalmente para afrontar la situación, si es que se producía alguna vez, pero ahora, llegado el momento, comprobaba que no había servido para nada. Estaba abrumado, anonadado. La angustia llenaba su corazón y una serie de preguntas golpeaban su mente, como si fuesen martillazos: ¿Cómo estaría Leonor? ¿Qué le habría ocurrido en aquellas horas? ¿Qué pasaría por su mente? ¿Cómo habría afrontado la situación? ¿La habría

maltratado su marido? Solo pensar en ello le producía un dolor insoportable. Sabía que a ello se sumaría la tortura que iba a significar la falta de noticias.

El cuadro era patético. Isabel de Leiría sollozaba de nuevo, gimiendo por la suerte de su señora. El rostro de Jerónimo reflejaba la angustia y el sufrimiento. En el ánimo de Catalina pesaban como una losa los negros presentimientos que le habían provocado la marcha de su marido y también lo que acababa de oír. En el silencio de la noche no se escuchaba otra cosa que los apagados gemidos de la dueña, quien no lograba contener su llanto.

En un momento determinado el rostro del imaginero se contrajo en una mueca y una luz brilló en sus ojos.

—Doña Isabel, ¿dónde está Bastinhas?

La dueña le miró con ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Preguntáis por Sebastián?

—Sí.

—No lo sé. Pero si pensáis en su ayuda, podéis descartarlo.

—¿Por qué decís eso?

—Porque de un tiempo a esta parte está muy raro. No es el mismo Bastián de siempre. Callado, meditabundo, cabizbajo y... y... con una mirada... con una mirada que no me gusta. Pasa mucho rato con los rufianes que acompañan al duque a cualquier parte adonde va y... —De repente la mujer guardó silencio y miró a Jerónimo, quien le preguntó inquieto:

—¿Acaso pensáis...? ¿Acaso pensáis que Bastián...? ¡Maldito traidor! ¡Si ha traicionado a la señora os juro —besó una cruz que había hecho con los dedos— que lo mato con mis propias manos!

»¿Cuánto tiempo hace que notáis extraño a Bastinhas? ¿Desde cuándo habéis notado ese cambio? —preguntó Jerónimo.

El rostro de Isabel reflejaba ahora más indignación que pesar.

—Hará cosa de un par de semanas. No podría precisaros más, pero un par de semanas.

Jerónimo preguntó de nuevo:

—¿Habéis notado algún otro detalle en su conducta que os llamase la atención?

—Sí, como os digo, está raro. Siempre con la cabeza gacha, poco dispuesto a prestar su servicio y huidizo. ¡Eso es, huidizo! Días ha habido en que no le hemos visto. Acordaos que yo misma tuve que acudir al mesón del Tres de Oros para daros recado de doña Isabel, porque no hubo forma de hallarle. Nos esquivo. Es como si estuviese ocultando algo y se avergonzase de mirarnos a la cara. ¡Ahora entiendo muchas de sus actitudes de los últimos días! ¡Hijo de mala madre! ¡Con lo que tiene que agradecerle a la señora, que ha sido como una madre para él!

—¿Te traía recados de Leonor ese Sebastián? —Quien preguntó era Catalina.

—Sí, me los traía y también los llevaba. Era persona de su plena confianza. Era un niño que vino de Portugal como paje con Leonor; ahora es un joven de unos veinte años.

—¿Estaba, pues, al tanto... al tanto de todo el asunto?

—Sí, sí lo estaba. —Jerónimo se sentía abrumado.

—Bastían ha cambiado tanto en estos últimos días —señaló la dueña— que hasta ha participado en alguna de las calaveradas del señor duque. Ya sabéis... pendencias, borracheras y rufianerías. En una de ellas, hace pocos días, recibió un tajo justo aquí —señaló debajo del ojo izquierdo— que bien pudo dejarlo tuerto.

—¿Horizontal, desde la nariz hasta la patilla? —preguntó intrigado Jerónimo.

—Exactamente. ¿Lo habéis visto?

—¡Lo hemos visto hace muy poco rato! —Jerónimo miró a la mujer de su amigo—. ¡Catalina, tus impresiones no eran falsas! ¡Diego corre un gran peligro! ¡Quienes acompañaban a ese regidor, a ese Gonzalo de Rojas, no eran alguaciles! ¡Son esbirros del duque de los Alcores! ¡Uno de ellos era Bastinhas, la persona de quien hablamos! ¡Ya no hay duda, es él quien ha traicionado a Leonor!

Catalina de Arana se llevó una mano a la boca, tratando de ahogar un gemido.

—Entonces... entonces... ¿todo lo referente a la enfermedad del asistente es una añagaza para llevarse a Diego con sabe Dios qué propósitos?

—La respuesta a esa pregunta es muy fácil, Catalina. Se han llevado a Diego por todo lo que sabe. ¡Porque sabe que no hay epidemia de peste! ¡Porque sabe cosas que son una amenaza para los planes que ha preparado esa banda de desalmados!

—¿Que no hay epidemia de peste? —preguntó incrédula Isabel.

—¡En efecto, doña Isabel, no hay epidemia de peste! ¡Tenedlo por seguro! Pero ésa es una larga historia y en este momento no disponemos de tiempo para contárosla.

—Creo que voy a volverme loca. —La portuguesa se llevó las manos a la cabeza—. Pero aún tengo entendederas para deciros algo, por si os sirve. Sabed que ese... ese regidor al que os habéis referido, don Gonzalo de Rojas, tiene juntas con el señor duque. Esta misma mañana han estado reunidos en la casa.

Después de un breve silencio, Catalina señaló:

—La única persona que en este momento puede ayudarnos es el asistente.

Sonaron, por tercera vez, unos golpes de aldabón en la puerta. El estridente sonido en medio del silencio de la noche cortó la conversación. Una sirvienta acudió a la puerta y preguntó, con tono desabrido:

—¿Quién va tan a deshoras?

—¡En nombre de la justicia, abrid!

Al escuchar aquello todos se sobresaltaron.

—Deja que sea yo quien abra. —Jerónimo se adelantó y tiró del postiguillo enrejado que tenía la puerta—. ¿Quién habla en nombre de la justicia?

Dos sujetos vestidos de negro, con la indumentaria de los alguaciles, aparecieron ante sus ojos. Al menos uno de ellos debió de reconocerle porque se dirigió a Jerónimo por su nombre.

—Disculpad los modos y la hora, maestro Loaysa, pero el caso apremia. Es urgente que el doctor Acevedo —suprimió el Ruiz— acuda para asistir a su excelencia el conde de Paredes. Ha sufrido un ataque y se teme por su vida; el asunto es verdaderamente grave.

Jerónimo descorrió el cerrojo, no sin reticencias, y franqueó el paso a aquellos dos individuos. No se embozaban el rostro, ni había nada extraño en su comportamiento. Catalina les miraban con actitud huraña.

—Habrán de saber vuestas mercedes que ha poco más de media hora que otros alguaciles han acudido solicitando el concurso de mi marido para asistir a su excelencia. —La voz de la mujer del médico cortaba como un cuchillo.

—¿Hace media hora decís?

—Exacto, media hora.

—¿Unos alguaciles? —La pregunta iba acompañada de una expresión de duda dibujada en el rostro.

—Sí, unos alguaciles.

—Eso es imposible, señora mía. Los únicos alguaciles que prestamos servicio en estos momentos en las casas del cabildo somos nosotros.

—En ese caso habréis de saber que unos sujetos, que se han hecho pasar por tales, han reclamado los servicios de mi marido por la misma razón a que han aludido vuestas mercedes.

Los alguaciles se miraron y se encogieron de hombros.

—Señora, nosotros cumplimos las órdenes que se nos han dado y que son las de requerir los servicios del doctor.

—En ese caso —el tono de la voz de Jerónimo sonó enérgico— habrán vuestas mercedes de saber que el doctor Ruiz de Acevedo ha sido secuestrado. Los dos supuestos alguaciles acompañaban al *veinticuatro* don Gonzalo de Rojas.

—¿A don Gonzalo de Rojas? —preguntó uno de los alguaciles.

—En efecto.

—Don Gonzalo estaba presente en las casas del cabildo cuando a su excelencia le ha dado el ataque. Recuerdo que abandonó rápidamente el ayuntamiento. Tal vez... tal vez dirigiera sus pasos hasta aquí y en el camino encontrase a unos alguaciles, con los que se hizo acompañar.

—Tenemos razones fundadas para afirmar que las cosas han sucedido de otra manera y que don Gonzalo ha secuestrado al doctor Ruiz de Acevedo —señaló Jerónimo.

—Maestro Loaysa, sabed que es muy grave la acusación que estáis formulando

contra un caballero *veinticuatro* del concejo de la ciudad.

—No ignoro la gravedad de mi acusación que, además, deseo formalizar de forma adecuada.

—En ese caso habréis de acompañarnos.

—Lo haré con sumo gusto.

—Te acompañaré al ayuntamiento. —Catalina lo dijo con decisión.

Jerónimo le negó esa posibilidad:

—Tú debes permanecer aquí. Si no te importa, proporciona cobijo a Isabel, al menos por esta noche. Yo trataré de dar con el paradero de Diego.

A Catalina no le gustó la negativa, pero aceptó con una condición: que si por la mañana no tenía noticias, actuaría por su propia cuenta.

El imaginero y los alguaciles abandonaron la casa y se dirigieron al ayuntamiento, donde reinaba la mayor de las confusiones porque el conde de Paredes acababa de fallecer. El diagnóstico de su muerte causó consternación entre los numerosos capitulares que allí se encontraban cuando, muy avanzada la noche, los médicos certificaron que su óbito era la consecuencia de un envenenamiento.

La muerte de su excelencia la había producido la ingestión de una dosis letal de veneno que le había sido suministrada con alguna bebida, posiblemente agua. Solo sufrió unas contracciones dolorosas que anunciaban la agonía del envenenado y su inevitable deceso.

En el hogar del doctor Ruiz de Acevedo la noche había sido larga y tensa. Jerónimo volvía abatido a casa de su amigo, sin ningún dato que ofrecer sobre su paradero. En el ayuntamiento, tras la muerte del asistente, todo era confusión. Ante la inutilidad de permanecer allí más tiempo, tras dos horas infructuosas, Jerónimo decidió regresar al lado de la mujer de su amigo. Jamás en toda su vida se había sentido tan agobiado y apesadumbrado como aquella noche. Tenía la sensación de que el mundo se hundía a su alrededor. Leonor era una mujer casada, perteneciente, precisamente por su matrimonio, a la inaccesible aristocracia sevillana, y había cometido el peor de los pecados: adulterio. Había deshonrado a su marido y mancillado su honor, algo que resultaba imperdonable para una mujer. Si, además, los amores habían sido con un plebeyo, por mucha que fuese su fama como escultor y por muy alabadas que fuesen sus obras, las consecuencias serían aún peores. Los más negros pensamientos se agolpaban en su atormentada cabeza, mientras caminaba, en medio de la noche, por las callejas que le llevaban hasta la casa de sus amigos. La tristeza que le embargaba ante la convicción de que iba a perder para siempre a la mujer que amaba solo era superada por el miedo que le atenazaba ante el destino que temía le aguardase.

Por si todo aquello no era suficiente, su mejor amigo había sido raptado y estaba en paradero desconocido. Ni siquiera sabía si a aquellas horas aún continuaba con vida. Y detrás de todos sus males se encontraba la misma persona: el duque de los Alcores.

Cuando llegó Catalina lo recibió con una batería de preguntas:

—¿Qué has averiguado? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué sabes del paradero de Diego?
¿Él está bien?

A pesar de su estado de ánimo, Jerónimo procuró tranquilizarla, aunque no podía dar respuesta a una sola de sus preguntas. Sacando fuerzas de flaqueza trató de consolarla:

—Habremos de aguardar hasta mañana, Catalina. El asistente ha muerto y nadie duda de que le han envenenado.

—¿¡Como has dicho!?

—Al conde de Paredes lo han asesinado.

—¡Dios mío!

—En el ayuntamiento reina un desorden absoluto. Se comenta en las casas del cabildo que será don Manuel Girón quien se haga cargo de la situación, hasta que el rey disponga lo más conveniente en lo tocante al gobierno de la ciudad. Mañana trataré de hablar con él. Ahora creo que lo mejor es que aprovechemos las horas que quedan hasta el amanecer para descansar. El próximo día nos traerá una jornada dura... muy dura. —Sus ojos denotaban la profunda desazón y amargura que

embargaban su ánimo.

—Yo no puedo acostarme en estas condiciones. —Catalina de Arana dijo aquello en un tono que no admitía discusión—. Pasaré la noche en vela. ¡Vosotras —se dirigió a las criadas— a la cama! ¡A dormir! ¡Acompañad a doña Isabel al aposento de los huéspedes!

Las fámulas obedecieron en silencio e invitaron a la portuguesa a seguir las. En aquellas circunstancias, Jerónimo dio por buenas las instrucciones de la dueña de la casa y se ofreció a acompañar a Catalina en la larga vigilia que le aguardaba. Trataría de reconfortar su atormentado espíritu, aunque fuese él quien estaba para recibir auxilios espirituales. Si era posible, trazarían un plan de acción para el día siguiente.

Sevilla despertó sobresaltada y llena de rumores. La gente estaba desconcertada. Muy de mañana se había extendido el rumor de que la ciudad conservaba la salud, de que el gran alboroto vivido la tarde anterior había sido el fruto de una grave confusión, a la que colaboró el ambiente que se respiraba. Sevilla, gracias a la protección divina, continuaba libre del contagio.

La mujer que en la calle de Chicarreros había sufrido un desvanecimiento con convulsiones era una enferma que padecía desde hacía varios años aquellos espasmos, lo habían certificado varios de los vecinos de la casa donde la anciana tenía una habitación alquilada, con derecho a cocina, en la calle del Vidrio. También se comentaba en los corrillos de curiosos el elevado número de muertos habidos y la gran cantidad de heridos.

—¡Más de cincuenta! —señalaba un hombretón de anchos hombros y nervudos brazos, con aspecto de oso, que vendía salazones de arenques y bacalao de unas barricas hechas con malas tablillas de madera, junto al convento de San Pablo. La media docena de mujeres que discutían con él acerca del precio del pescado difundieron a los cuatro vientos, con algún añadido, aquella cifra de muertos. Eso sí, los fallecidos, cuyo número variaba tras cada conversación, lo habían sido por causa de malos golpes, por asfixia o por aplastamiento. No había ningún apestado.

Mucha gente, que durante las primeras horas de la mañana había permanecido prudentemente en sus casas aguardando acontecimientos, se asomó a las puertas de sus domicilios y salió a la calle. Se celebraban por todos los barrios de la ciudad, en las casas de vecinos donde habitaban en algunos casos hasta un centenar de familias, verdaderas asambleas en las que se «acordaba» que no había casos de peste y que la ciudad continuaba limpia. Hubo sitios donde se improvisó un festejo en el que cada cual aportó lo que podía, de bebida o de comida.

Verdadero estupor causó el fallecimiento del asistente. Mayor aún fue la conmoción que se produjo cuando se supo que el conde de Paredes había muerto envenenado. Así lo habían diagnosticado varios miembros del protomedicato que

acudieron a las casas del cabildo, donde nada pudieron hacer por la vida de su excelencia, a quien suministraron un vomitivo para que expulsase el tósigo que le estaba matando. Tampoco dieron resultado las cosquillas realizadas en la garganta con una pluma de ave, buscando el mismo remedio. Sobre la medianoche había entregado su ánima al Altísimo, asistido por su confesor y rodeado de la mayor parte de los miembros del cabildo municipal en la sala capitular del ayuntamiento.

La muerte del regidor sevillano ofrecía, sin embargo, versiones muy diferentes en cuanto al modo de producirse. Alguien llegó a asegurar que la pócima le había sido suministrada por cuestiones relacionadas con la política, enredos del gobierno de la ciudad. Era del dominio público que el asistente sostenía un duro enfrentamiento con un poderoso grupo de regidores desde los comienzos de su mandato. En algunos corrillos se afirmaba que la causa de la muerte estaba relacionada con la dureza de las estrictas medidas tomadas para hacer frente a la peste. La ciudad se encontraba cerrada a cal y canto, lo que había supuesto la interrupción del comercio y de todas aquellas actividades para las que era imprescindible la relación con el mundo exterior. Las pérdidas de algunos mercaderes y comerciantes alcanzarían sumas muy elevadas. Se decía que varios de los más poderosos gremios de la ciudad habían trasladado al fallecido un memorial en el que señalaban sus quejas y manifestaban su disconformidad con las medidas adoptadas.

Había por todas partes tantos curiosos y desocupados que los habituales mentideros de la ciudad se vieron más concurridos que nunca, lo que ayudó a que circulase un mayor número de bulos y chismes. La ciudad entera se había convertido en un hervidero donde bullían las más variadas versiones de los acontecimientos y se contaban las más disparatadas historias. Por defender como verdadera la versión propia, hubo discusiones y disputas, llegándose hasta el enfrentamiento y la pelea.

Hacia mediodía un rumor surgido en el Arenal se extendió por la ciudad como una mancha de aceite:

—¡Están llegando los galeones de Indias!

—¡La flota está llegando al Arenal!

Los corrillos de gentes se disolvían al recibir la noticia. Los tenderos cerraban sus establecimientos y los artesanos sus obradores y talleres. Se cerraban oficinas y se desmontaban puestos callejeros y tenderetes. Un río de gente circulaba por las calles que desembocaban en el lienzo de murallas que cerraba la ciudad por la parte del Arenal. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, y una abundante chiquillería encaminaban sus pasos hacia el río. Era un gentío el que avanzaba hacia el Guadalquivir.

Hubo un momento en que la marea humana se detuvo. Las puertas y postigos de la muralla que circundaban la ciudad por aquella parte estaban cerradas y custodiadas

por fuertes contingentes de hombres armados que impedían la salida del perímetro amurallado. Había también, a modo de refuerzo, algunas patrullas de soldados veteranos pertenecientes al Tercio Viejo de la Armada. Las instrucciones que tenían eran muy estrictas: nadie saldría sin la correspondiente autorización y para cumplir esa orden se valdrían de todos los medios disponibles. Los oficiales que tenían a su cargo aquella misión fueron muy claros a la hora de dar a la tropa las órdenes que habían recibido:

—¡Ninguna persona cruzará las puertas sin orden expresa de la superioridad!

Las ocho salidas que la ciudad ofrecía por aquel costado —las puertas de Jerez, del Arenal, Real, de San Juan, de Triana y de la Barqueta, así como los postigos del Aceite y del Carbón— fueron testigos de forcejeos verbales entre la gente que quería salir para contemplar el inigualable espectáculo de la llegada de los impresionantes galeones a las riberas del río y los guardianes de las puertas. Entre la muchedumbre circulaba ya la noticia de que era imposible salir de la ciudad.

Los soldados estaban incluso preparados para hacer frente a un motín. Pero la cosa no pasó a mayores. Solo hubo algunos gritos aislados de protesta y, transcurridos unos minutos, la masa, resignada por el cúmulo de vicisitudes vividas, se retiró cabizbaja y desilusionada. Solo en la puerta de San Juan y en los dos postigos las protestas estuvieron a punto de provocar un enfrentamiento. En San Juan lo evitó el buen criterio del oficial que mandaba las tropas y en los dos postigos porque el aspecto amenazante de los soldados, cuando todo parecía que iba a pasar de las palabras a los hechos, disuadió a los que protestaban de no ir más allá. Nadie quería perderse aquel acontecimiento, pero a la postre se impuso la cordura.

Verdaderamente, constituía todo un acontecimiento contemplar desde la ribera el bosque de mástiles y arboladuras en que se convertía el largo trecho del Guadalquivir donde quedaban anclados aquellos gigantes del océano. Su alto bordo los convertía en inaccesibles y en sus costados podían verse alineadas hasta tres hileras de escotillas por las que asomaban, en caso de combate, las bocas de los cañones que constituían sus defensas. Los sevillanos se retiraron entristecidos al no poder ver de cerca unas embarcaciones cuyo nombre sonaba a leyenda, a historias contadas alrededor del fuego durante las largas noches de invierno, en las que se hablaba de horrores, de piratas, de heroísmo y de valor sin límites en medio de las aguas de un mar tan terrible como era el Atlántico. Solo algunos pudieron verlas desde las murallas.

Los barcos llegaron con el velamen desplegado porque soplaba viento de poniente y era toda una atracción contemplar las maniobras de los marineros recogiendo aquellos enormes lienzos. Se desplazaban por las jarcias y los cordajes con la misma facilidad con que la gente común caminaba por tierra.

Llamaba mucho la atención de los curiosos los mascarones de las proas,

adornados con figuras talladas en madera y hasta policromadas en algunos casos, donde se representaba una variada gama de imágenes que iban desde los santos bajo cuya protección se ponía el barco, hasta libidinosas sirenas que ofrecían generosas sus senos, pasando por algunas representaciones de animales fantásticos. Con todo, el momento culminante de la arribada era cuando comenzaba el desembarco de su esperado cargamento. El mismo no se iniciaba hasta que los funcionarios de la Casa de Contratación no habían realizado las comprobaciones pertinentes, dado cumplimiento a los preceptos legales establecidos y autorizado la descarga de aquellos tesoros inigualables. Solo entonces comenzaba a sacarse de los vientres de aquellos monstruos un sinnúmero de cajas, fardos y barriles donde se guardaban especias como la canela, el clavo o la pimienta; cochinilla, añil, cacao, quinina, palo de tintura, vellones de vicuña o tabaco. Y sobre todo el desembarco de las arcas y cofres de seguridad, forrados de hierro y reforzados con gruesas pletinas y varias cerraduras de mecanismo complicado, a las que se añadían barras aseguradas por candados. Estaban llenos de perlas, de piedras preciosas, de oro o de plata. Aquella operación se realizaba en medio de grandes medidas de seguridad y con las naves fuertemente custodiadas. Su bajada a tierra y su traslado a las dependencias de la Casa de Contratación, donde era tasado su valor, se realizaba en medio de un verdadero despliegue de fuerza. El transporte se hacía por el camino más corto desde el pie de la Torre del Oro —algunos decían que su nombre venía precisamente de este asunto— hasta la mencionada Casa en unas carretas rodeadas de soldados, que también custodiaban el recorrido, a la par que se tapaban las bocacalles y cruces del camino que había de seguirse.

En esta ocasión la llegada de los barcos se producía en unas circunstancias extraordinarias como lo era el hecho de estar la ciudad aislada del exterior por causa de la peste. Esta situación se complicó aún más porque muy pronto se difundió entre el gentío la noticia, conocida desde hacía varios días por las autoridades, de que había un brote de peste en la flota que había causado numerosos muertos entre la tripulación. Aquella misma mañana a los responsables del gobierno de la ciudad se les planteó un terrible dilema: si los barcos, sus tripulaciones y su preciado cargamento habrían de ser o no sometidos a cuarentena para evitar cualquier tipo de problema sanitario.

La obligación de establecer la cuarentena dio lugar a un enconado debate porque había sectores, de mucho poder e influencia en la ciudad, que eran partidarios de que se descargasen las mercancías, así como el oro, la plata y las piedras preciosas. La poderosa corporación de mercaderes hizo público un manifiesto donde señalaban las graves pérdidas y los grandes perjuicios económicos que se derivarían del sometimiento de la flota a una cuarentena. También los funcionarios de la Casa de Contratación hicieron saber los riesgos que suponía la permanencia de los metales

preciosos y la pedrería durante tantos días en los barcos. Todas las miradas se dirigían hacia el ayuntamiento que, dadas las condiciones sanitarias, era el que tenía la última palabra, salvo que desde el Consejo de Estado se diesen instrucciones concretas acerca de cómo afrontar aquella insólita situación. Pero una instrucción de aquel alto organismo gubernativo tardaría varios días en llegar.

Por si no eran pocos los problemas que aquel cúmulo de coincidencias deparaba, el cabildo municipal hispalense había perdido su cabeza visible en unas condiciones harto extrañas. El teniente de asistente, don Manuel de Girón, emparentado con la poderosa familia de los duques de Osuna, que acababa de asumir las riendas del gobierno de la ciudad en nombre de su católica majestad, hasta que no llegase un nuevo nombramiento, estaba indeciso. No sabía qué hacer en tan difíciles circunstancias. Además de la confusión originada por todo lo relacionado con la epidemia, el de la cuarentena era, desde luego, el mayor de los problemas al que debía enfrentarse aquella autoridad vicaria, pero no era el único. Sobre su mesa tenía muchos otros, como tratar de esclarecer la muerte del conde de Paredes.

Eran las cuatro de la tarde cuando, por causa de la petición que le había hecho llegar el influyente don Juan de Manara, iba a recibir al maestro Jerónimo de Loaysa, quien había de poner en su conocimiento un asunto de la mayor urgencia. Girón había aceptado a regañadientes conceder aquella audiencia, dada la coyuntura en que se encontraba. Solo lo había hecho ante la insistencia del poderoso Manara, al que debía varios favores y, sobre todo, con quien estaba endeudado por la bonita suma de seis mil quinientos ducados que el hermano mayor de la Santa Caridad le había prestado para hacer frente a los gastos de la dote de una de sus hijas, la cual, gracias a la susodicha suma, había contraído un ventajoso matrimonio con el señor de Baños de la Encina.

La casa del duque de los Alcores también era una olla en ebullición. No solo por el revuelo que entre la servidumbre de la casa había producido el encierro en sus aposentos de la señora duquesa, lo que había significado toda una conmoción, sino por la concurrencia de gente que había acudido para celebrar una reunión. Además de las guardas puestas en los aposentos de la duquesa, había una estricta vigilancia en el zaguán de la casa, que controlaba todas las entradas y salidas. También había órdenes muy severas del señor duque para que nadie bajase, bajo ningún concepto, a la bodega. Las habladurías a que había dado lugar entre los criados esta tajante orden eran del más variado tenor. Unos afirmaban que había un cadáver y otros que un preso. Una tercera versión señalaba que allí había un verdadero arsenal de armas tanto blancas como de fuego. Y aun se decía que el individuo que allí estaba detenido tenía relación con el encierro de la duquesa.

A la reunión asistían nueve individuos, incluido el duque. Alrededor de una

alargada mesa de formas ovaladas tomaban asiento, además de don Rodrigo Ponce de León, el piloto mayor, don Juan de Lastres, el *veinticuatro* don Gonzalo de Rojas, Sebastián Bastinhas y cinco individuos más. Tres de ellos con aspecto de facinerosos. Los otros dos vestían hábitos de fraile.

—Bien —señalaba el duque—, creo que, eliminado el asistente y controlado el doctor Ruiz de Acevedo, solo hemos de afrontar un problema que, tal y como están marchando las cosas, no creo que sea grave... —miró desafiante a los presentes—, aunque no podemos descuidarnos... —Fijó ahora su mirada en el *veinticuatro*, quien se consideró interrogado.

—Lamento no haber podido detener al imaginero Loaysa —señaló don Gonzalo, incómodo— cuando anoche abandonó las casas del cabildo. Sé que desea una entrevista con Girón y que la ha conseguido para esta misma tarde por mediación de Manara. Pone de manifiesto que debe de tener mucha información relacionada con el asunto de la epidemia. Le tenemos sometido a vigilancia y aguardamos a que abandone el ayuntamiento, tras la reunión, para detenerlo.

—Si transmitiese a Girón la verdadera realidad sobre la peste, se habrá convertido en un grave problema —indicó uno de los frailes.

—Lo sería en otras circunstancias —terció Rojas—, pero no ahora. Hay tantos rumores sobre el contagio que Girón lo considerará uno más. No le prestará mayor atención, agobiado como está con otros asuntos que lo tienen desbordado. No olvidemos que acaba de caérsele el cargo encima. Yo lo conozco bien y, cuando he tenido noticia de la petición del imaginero, le he preparado el terreno. Le escuchará y lo tomará por un exagerado. Además, el nuevo asistente está en nuestras manos. Tal y como acordamos en la reunión de ayer, esta misma mañana le he ofrecido diez mil ducados por mantener en cuarentena a los galeones de la flota y... ¡Ha aceptado! —exclamó triunfal—. ¡Siempre está falto de numerario por culpa de la manirrota de su esposa!

Hubo suspiros de alivio. Sabían que la posibilidad de llevar a cabo con éxito el plan trazado pasaba inexcusablemente por el establecimiento de la cuarentena para los galeones, lo que les obligaría a permanecer, con sus cargas a bordo, fondeados en la ribera del río varias semanas. Y aunque para sus planes sobraba casi todo aquel tiempo, les era imprescindible que la descarga del oro y de la plata no se efectuase después de la arribada y fuese trasladada a la Casa de Contratación. Una vez que los tesoros estuviesen allí, el plan trazado sería inviable.

—Sin embargo —insistió el duque— no debemos bajar la guardia.

—Por supuesto, por supuesto —asintió el regidor.

—Hay algo que no debéis olvidar —el duque miraba al *veinticuatro* y en sus ojos brillaba el rencor—, cuanto antes se capture a ese «descortezatroncos», mejor.

—No se preocupe su excelencia, que eso corre de mi cuenta. ¡En cuanto salga del

ayuntamiento es nuestro! —Rojas se atusaba con aire de suficiencia una de las guías de su bigote.

—Vayamos, pues, a lo que ahora nos interesa. —El duque miró al piloto mayor—. Es vuestro turno, señor de Lastres.

El aludido sacó de un alargado y estrecho cilindro de cuero unos pergaminos que extendió encima de la mesa sin decir palabra. Todos los presentes concentraron su atención en ellos. Se trataba de cuatro planos de un barco. Uno de ellos ofrecía el perfil del buque y los otros tres contenían las plantas. Estaban dibujados con precisión y primor. Podían percibirse hasta los menores detalles. En el ángulo inferior derecho de todos los planos aparecía rotulado el nombre de *Nuestra Señora de Atocha*, con letra de trazo grueso y armonioso. Debajo, con letra más pequeña, se leía «Galeón de setenta y dos cañones».

Lastres dejó transcurrir cierto tiempo para que todos los presentes calmasen su curiosidad ante los planos, y luego señaló con voz rotunda:

—Como habrán comprobado vuestras mercedes, éstos son los planos del *Nuestra Señora de Atocha*, la nave capitana de la flota de Indias que desde esta mañana está fondeada junto al Arenal de esta ciudad. Se trata de uno de los grandes galeones de la flota, el más representativo de todos los que la integran y, sobre todo, lo más importante, es el que trae la mayor parte del oro y la plata.

—¿Es tanta la cantidad como señalan los rumores que corren? —La avaricia estaba en cada una de las palabras del mal encarado individuo que acababa de abrir la boca.

Lastres lo miró fijamente.

—No sé qué dicen los rumores, pero puedo aseguraros que esta flota es, de entre las que yo he pilotado, y a fe que no han sido pocas —dijo esto con orgullo—, la que mayores tesoros trae.

La codicia brilló en los ojos de los presentes.

—Vienen veintisiete arcas grandes, de entre cuatro y seis arrobas cada una, llenas a rebosar. Seis de ellas de oro y las restantes de plata. El metal viene labrado en joyas, amonedado en la ceca de Lima y también en barras y lingotes. Hay, además, cinco cofres de menor tamaño, de entre arroba y media y dos, cargados de perlas y piedras preciosas, principalmente esmeraldas, topacios y zafiros. Su valor se aproxima a los veintiocho millones de ducados.

El silencio que reinaba en la habitación era total; impresionaba escuchar aquellas cifras. Más de uno de los presentes dejaba ya volar su imaginación y se veía hundiendo las manos en montañas de oro, cuyo tintineo suponía el más agradable de los sonos que jamás llegaría a sus oídos.

—La mayor parte de este tesoro —prosiguió el piloto— está depositado en una cámara que el *Nuestra Señora de Atocha* tiene construida para su transporte. Está

situada junto al camarote del capitán y el único acceso a ella es a través de dicho camarote. Está en la segunda de las plantas del galeón, la primera bajo cubierta. — Colocó en el centro de la mesa el plano de la segunda planta y señaló con el índice el lugar exacto donde se guardaba el tesoro—. Como verán vuesas mercedes, su posición es la más protegida. La cámara está recubierta por planchas de hierro de media pulgada que la forran por dentro.

Uno de los individuos soltó un fuerte silbido a la par que sacudía una mano, en un expresivo gesto de exageración. El duque le miró de forma tan aviesa que aquél fue incapaz de sostener la mirada.

—La cámara, como he dicho —continuó imperturbable Lastres—, solo tiene una puerta de acceso y está permanentemente guardada por un centinela, que es relevado cada cuatro horas durante el día y cada seis por la noche. Entra un relevo a las doce y otro a las seis de la mañana.

Don Gonzalo de Rojas negó varias veces con la cabeza.

—Es imposible acceder a ese tesoro. Además, no veo cómo podremos, con una tripulación a bordo y su correspondiente dotación militar, descargar tal cantidad de arcas y cofres, cuyo peso es, por sí solo, un grave problema. ¡Es imposible!

—¡No es imposible, señor mío! —por primera vez Lastres había elevado el tono de su voz monocorde—. ¡Si tenéis la bondad de dejarme llegar al final...!

El *veinticuatro*, que no esperaba esta reacción, levantó las manos con las palmas extendidas en señal de disculpa. El piloto mayor, cuyo rostro era inescrutable, continuó:

—Hasta este momento me he limitado a informar de la situación en que se encuentra nuestro objetivo de una forma realista. Lo he hecho sin fantasías, que solo repercutirían en perjuicio nuestro. Hemos de saber con total exactitud cuál es la situación a la que vamos a enfrentarnos y para ello tenemos un plan que, con el permiso de su excelencia, pasaré a exponer a continuación. —Miró al duque, solicitando su venia. Don Rodrigo asintió con un leve gesto—. La alta seguridad que tiene la cámara que guarda el tesoro —continuó impertérrito el piloto— es uno de los factores que juega a nuestro favor. Dicha seguridad hace que no se mantenga una vigilancia adecuada.

Tanta es la confianza que se relajan los turnos y por la noche muchos centinelas duermen. A ello habrá que añadir que, establecida la cuarentena, todo el mundo pensará que nadie en su sano juicio tratará de subir a bordo.

—¡Pero ellos saben que no hay peste en los galeones! —interrumpió uno de los matachines.

—Cierto, pero si les ponen en cuarentena es porque en tierra se cree que el contagio está a bordo —respondió con serenidad De Lastres.

—Es verdad lo que decís, pero la ficción de la epidemia, que hemos mantenido

durante tres días, no podrá sostenerse mucho tiempo. Hemos podido controlar el aislamiento de la ciudad. Pero... pero ¿hasta cuándo? —Era otra vez Rojas quien planteaba las dudas.

—Por eso no podemos perder un instante más. —El piloto esbozó una mueca que equivalía a una sonrisa—. Hoy quedará decretada la cuarentena. Desde la flota se rechazará una imposición que carece de sentido para ellos y tratarán de forzar la situación. En estas circunstancias disponemos de muy pocas horas por mucha colaboración que nos preste el asistente accidental, con cuyo apoyo contamos, ¿no es cierto? —De Lastres miró con malicia a don Gonzalo.

—Yo respondo de ese apoyo. —Le devolvió una mirada retadora.

—Bien, en ese caso pasaré a exponer el plan de acción —indicó el piloto—. Antes de comenzar, he de pedir a todos los presentes que no me interrumpen hasta que haya concluido. Los puntos oscuros, las dudas o las necesarias aclaraciones a cualquiera de sus aspectos, las responderé al final. ¿Está claro? —Todos asintieron, sin abrir la boca—. Habremos de actuar de noche. Comenzaremos después de que sean dadas las doce, momento en que se han relevado los centinelas, y hemos de tener concluido nuestro trabajo para las seis de la mañana, antes de que se produzca un nuevo cambio de guardia. Además, esas horas coinciden con la noche cerrada, que será importante aliada nuestra. Para estar a bordo del galeón a esa hora, habremos tenido que salir de Sevilla al menos dos horas antes. Abandonaremos la ciudad por una de las casas de la mancebía de las que hay pegadas a la muralla. El hueco para salir ya está preparado. Han sido removidos los sillares necesarios para permitir el paso de un hombre. Cuando regresemos, serán colocados de nuevo en su sitio. Para llegar hasta el galeón lo haremos en una barcaza que también está dispuesta. Es de las que se utilizan para la carga y descarga de los barcos y tiene capacidad para transportar hasta doscientas arrobas, aunque no es recomendable llegar hasta el límite. En total transportaremos unas ciento setenta y cinco arrobas. Eso significa que podemos hacernos con la totalidad de las arcas que contienen el oro y la plata y los cofres que contienen las perlas y las piedras preciosas...

De Lastres desgranó con tono monocorde los detalles del plan hasta en sus más mínimos detalles. Cuando hubo concluido, el duque miró fijamente a todos los presentes, uno por uno. Cuando hubo concluido la ronda de miradas, preguntó:

—¿Hay alguna duda?

Al no obtener respuesta, volvió a insistir:

—¿Hay alguna duda?

Tampoco en esta ocasión su requerimiento tuvo contestación. Parecía que la explicación dada por Lastres había dejado claro, en todos sus extremos, el plan de acción.

—Bien —señaló el duque—, en ese caso, habéis de saber que la operación se

llevará a cabo esta misma noche.

La sorpresa se dibujó en los rostros de los presentes, salvo en el del piloto mayor, que conocía la noticia con antelación. El *veinticuatro* preguntó con voz entrecortada:

—¿Esta noche?

—Así es, don Gonzalo, esta misma noche. Que cada cual se ponga manos a la tarea que tiene asignada. —Diciendo esto, el duque se levantó, dando a entender que la reunión había concluido y no había más que decir.

Jerónimo de Loaysa abandonó el despacho del personaje que había asumido, por una casualidad del destino, las riendas del gobierno de Sevilla en unas condiciones verdaderamente dramáticas. La audiencia, concedida de mala gana, y solo ante la insistencia de Manara, había durado pocos minutos.

La persona que ejercía interinamente la funciones de asistente era un abúlico individuo, quien apenas se inmutó ante la grave confidencia que el imaginero le hacía. Una noticia como aquélla habría bastado para que cualquiera saltase del sillón y pusiera inmediatamente en marcha acciones encaminadas a comprobar dicha información y, en su caso, hacer frente a la situación que acababan de revelarles. ¡No había peste y existía un plan para robar el tesoro que traía la flota de Indias!

Jerónimo no salía de su asombro ante la actitud del asistente. Bajó los peldaños de la escalera que daba entrada al ayuntamiento desde la plaza de San Francisco abatido por la amargura. No podía comprender la falta de reacción de la persona que, en tan delicadas circunstancias, tenía en sus manos la toma de decisiones en una ciudad como Sevilla. Cruzó la plaza y, sin darse cuenta, sus pasos se encaminaron, más por rutina que por otra cosa, hacia su taller. Tan abstraído marchaba que no se percató de que tres individuos seguían sus pasos. Los rostros quedaban ocultos por las amplias alas de unos enormes sombreros. Nada más salir de la concurrida plaza e internarse por la tortuosa calle de los Papeleros, se aproximaron a él y aprovecharon uno de los recodos de la calleja para rodearle. Cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde. Con disimulo le habían arrinconado contra una de las paredes.

—Continuad sin hacer aspavientos. —La voz del individuo que le intimidó sonaba baja, pero cortante. Jerónimo no tuvo la menor duda de que aquella amenaza iba en serio; se lo confirmó sentir a la altura de los riñones la punta de una daga.

—Caminad despacio, como si paseáramos tranquilamente —le susurró otra vez el que lo había amenazado—. Estoy deseando ensartaros y solo espero que me deis motivo para ello.

Jerónimo acompasó su andar al de aquellos individuos y calculó si tenía alguna posibilidad de escapar. Tal y como caminaba, el grupo no podía levantar ninguna sospecha entre los escasos viandantes que por la calleja circulaban. Tampoco podían percatarse los aprendices que, en las puertas de las papelerías, removían un pastoso engrudo blanco en unas tinajas de amplia boca y escasa altura, a la vez que se gastaban bromas y chanzas entre ellos. Pensó que si había alguna oportunidad de zafarse sería en la plaza del Salvador, donde habían de desembocar a la fuerza porque la calle, en aquella dirección, no tenía otra salida. Barajaba sus posibilidades de actuar cuando ganasen aquella zona más amplia y concurrida, pero, justo a la salida de la calle, se topó con un negro, viejo y desvencijado carruaje que materialmente les cerraba el

paso. Recibió un fuerte empujón y se encontró dentro del vehículo, donde había un individuo que lo amenazaba con una pistola. Con rapidez extraordinaria, los tres sujetos que lo habían raptado se introdujeron en el carruaje, que partió velozmente. Las ventanillas tenían echadas unas cortinillas que les aislaban del exterior. Hubo un breve intercambio de comentarios entre el que allí esperaba y los otros tres; después se hizo un silencio espeso y agobiante; hasta ellos llegaban nítidos los gritos del postillón arreando los caballos, el crujir de las maderas y el sonido metálico de las ruedas al girar sobre el empedrado de la plaza.

Jerónimo ni sabía quiénes eran ni hacia dónde se dirigían, aunque no albergaba muchas dudas acerca de la causa por la que se encontraba allí. Trató de obtener alguna información, pero sus intentos resultaron inútiles. El silencio fue la respuesta que obtuvo a sus dos primeras preguntas. A la tercera intentona, el sujeto de la pistola, que estaba sentado frente a él y no había dejado de encañonarle un solo instante, le espetó:

—¡Si vuelves a importunarnos con tanta pregunta te vuelo la cabeza!

El viaje en aquel armatoste con ruedas duró largos minutos, pero Jerónimo nada pudo saber acerca de su recorrido. Cuando se percató de que el camino tocaba a su fin y que iban a descender, se preparó para apercebir cualquier detalle que le permitiese obtener alguna pista, algún dato acerca del lugar donde se encontraba. Estaba en ello cuando recibió un fuerte golpe en la cabeza que lo dejó aturdido, pero no perdió totalmente el conocimiento.

Lo bajaron del carruaje, sin muchos miramientos. Dos de ellos lo cogieron por los brazos y arrastraron su cuerpo desplomado. Jerónimo contuvo como pudo la impresión al percatarse de que lo estaban introduciendo en casa del duque de los Alcores, por la misma puerta que había utilizado para sus citas amorosas con Leonor. Solo la familiaridad del lugar le permitió, en las condiciones en que se hallaba, darse cuenta de ello. Lo llevaron a rastras por el patio y lo bajaron por unas escaleras oscuras, malamente iluminadas por la oscilante luz de una antorcha portada por alguien, y lo arrojaron en una habitación que tenía mucho de cueva. Lo último que escuchó fue el correr de dos cerrojos.

Esperó a que transcurriera un buen rato antes de moverse, en medio del silencio y de una sensación de soledad agobiante. Poco a poco, sus ojos comenzaron a escrutar en la negrura y a percibir tenues formas y sombras, se puso de pie y, sin saber muy bien por qué, se sacudió las vestiduras. Avanzó con cautela hasta que se topó con una superficie redonda y granulada, palpó con cuidado, utilizando las dos manos. Los recorridos de sus dedos eran cada vez más largos y por fin percibió el final de aquella superficie que iba desde el suelo hasta la altura de su pecho y se dio cuenta de que era un saco de grano: lo que había palpado era el lienzo de un costal para guardar cereales. Comprobó que no había solo un costal de grano sino muchos más; no podía

saber cuántos, pero palpaba sus panzudas formas alineadas una a continuación de otra. Aquello era el granero de la casa.

La línea de sacos estaba formada por diecisiete unidades que iban de pared a pared. Unas paredes de rugosidad pétreo, desbastada lo preciso para darle una forma vagamente vertical. El espacio que quedaba libre desde la hilera de sacos hasta la pared de la puerta tenía una longitud de seis pasos. La puerta estaba firmemente anclada en sus goznes y solo dejaba una rendija en la parte inferior de un dedo de grosor. No podría decir el tiempo que había empleado en aquellas operaciones, pero la oscuridad le parecía menos densa, las sombras y bultos tomaban formas. Se sentía cansado y dolorido por el golpe.

Se sentó en el suelo y pegó la espalda a uno de los sacos de grano, en un intento de relajarse y de descansar. En medio del silencio reinante se sobresaltó al escuchar un pequeño ruido procedente de la puerta. Era como si algo o alguien se arrastrase. Se puso de pie, tenso y en guardia, esperando lo peor. Sin embargo, el tiempo pasaba sin que nada ocurriese. Por su mente pasaron infinitos pensamientos. Le obsesionó en pocos instantes la idea de que hubiesen introducido una pequeña víbora para que acabase con su vida en medio de la oscuridad y sin poder defenderse. Trató de serenarse y de recuperar el control. Avanzó lenta y cuidadosamente hasta la puerta, donde se agachó y palpó en el suelo hasta que sus dedos tropezaron con un papel.

¡Así que era aquello lo que había producido el ruido que tanto le había alterado!
¡Alguien le había hecho llegar un mensaje introduciéndolo por debajo de la puerta!

Tomó el papel entre sus manos, pero no podía leerlo. A pesar de que la paulatina adaptación de sus pupilas a la oscuridad le permitía reconocer bultos y contornos, la lectura de un texto resultaba imposible. Acercó el papel desdoblado a sus ojos, en un intento inútil. Aquel mensaje debía de ser importante. Tenía que encontrar la forma de conocer su contenido. Volvió a sentarse, apoyado en los sacos de trigo, y fijó su mirada en una mancha, un bulto que resaltaba por su oscuridad y que había en una de las paredes. Se levantó y palpó con cuidado; se trataba de un candil metálico de los que se alimentaban con aceite y se prendían con una torcida. Sus dedos se mojaron con el oleaginoso líquido que llenaba, casi hasta el mismo borde, la cazoleta. Siguió palpando y, colgada del mismo clavo en el que estaba suspendido el candil, encontró una bolsa de tejido lanoso; allí había pedernal y yesca.

Tenía la posibilidad de hacer fuego y prender el candil. Colocó en el suelo la bolsa con los adminículos para hacer lumbre y quitó el cordel que ataba uno de los sacos. Pacientemente lo destrenzó y formó una esponjosa bola de esparto. Tomó la yesca, la piedra y el pedernal, y con la facilidad de quien está acostumbrado a aquella tarea hizo saltar la chispa que prendió en el esparto. Una llama pequeña, pero que no paraba de crecer, iluminó la estancia. Sabía que no podía perder un instante porque el esparto se quemaba a gran velocidad. Cogió el candil con una mano y con la otra

acercó la torcida empapada en aceite a la bola incandescente, pero su intento fue inútil: había perdido un tiempo precioso mientras iba a por el candil. Lo dejó en el suelo y repitió la operación. Ahora logró prender la torcida con una llama pequeña y vacilante, que a punto estuvo de apagarse, pero, tras unos titubeos, se consolidó, se agrandó y rompió los velos de la negrura. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se hizo la luz. Había actuado con tanta precipitación, obsesionado como estaba por leer el contenido del mensaje, que se le había olvidado tomar unas mínimas precauciones. El resplandor de aquella bujía podía salir al exterior por la rendija de la puerta. Estaba seguro de haber escuchado un ruido y que algo o alguien se había movido cuando la luz había prendido.

Sin pensarlo se quitó el jubón y, estirando las mangas, lo colocó en el suelo a lo largo de la anchura de la puerta. Luego tomó el candil y lo puso en el rincón más apartado de la puerta. Se colocó delante de tal forma que amortiguó en lo posible el resplandor que daba la llama. Pensaba que de un momento a otro la puerta se abriría bruscamente e irrumpirían violentamente. Pasaron algunos segundos, que se le hicieron eternos, sin que nada ocurriese.

Superada la primera angustia, trató de serenarse y decidió que lo más importante era leer el papel cuanto antes. Rompió un lacre verde que garantizaba la confidencialidad de su contenido, desdobló los pliegues y leyó aquellas líneas con la respiración contenida y el pulso acelerado. Cuando la letra del texto apareció ante sus ojos, identificó inmediatamente aquella caligrafía elegante y picuda. Su autora era Leonor.

Estás en los sótanos de palacio, preso en uno de los graneros. En la pared de la derecha, según se entra, hay una abertura disimulada que comunica con otra dependencia subterránea. Se trata de la bodega, donde se encuentra encerrado el doctor Ruiz de Acevedo. La cuba que está marcada con el anagrama JHS no es tal. En realidad, disimula una entrada secreta que conduce por un pasadizo hasta las caballerizas. Desde allí se puede ganar fácilmente la puerta de carros y la calle. Huye, cuanto antes mejor, y ponte a salvo. Estoy bien, no te preocupes por mí. Destruye este papel que te llega por conducto de mano amiga.

Jerónimo temblaba de emoción, se pasó el dorso de la mano por la frente y se limpió el sudor. En medio del silencio, escuchó otra vez el mismo ruido de la vez anterior. Acercó el pliego a la llama del candil y el papel, que era de buena calidad, tardó en prenderse; cuando lo hizo, una llamarada blanquecina iluminó el lugar. El imaginero sostuvo el pliego en la mano, viendo cómo se transformaba en ceniza y se reducía de tamaño hasta que solo quedó un pequeño extremo que dejó caer mansamente viendo cómo se consumía en el aire. Concluida la tarea, pisó las cenizas hasta hacerlas desaparecer confundidas con la tierra apisonada del suelo de la estancia.

Tampoco el ruido, que otra vez había oído, tuvo ninguna consecuencia.

Jerónimo tomó el candil y se acercó hasta la pared indicada en el mensaje. Le resultó muy fácil, con la ayuda de la luz, encontrar la abertura que debía comunicar con la bodega. Arrancaba desde el suelo y estaba disimulada de forma burda por una tablazón recubierta con argamasa que el paso del tiempo había oscurecido. Con más facilidad de la que esperaba consiguió arrancar las tablas que cerraban aquella oquedad, pues pudo meter la mano y tirar de ellas con fuerza. Ante sus ojos apareció un hueco de forma rectangular, más alto que ancho, que se elevaba del suelo algo menos de una vara. Alumbró con el candil y con voz queda llamó:

—¡Diego, Diego! ¿Estás ahí?

Aguardó unos segundos hasta que le llegó la respuesta:

—Sí, sí... aquí estoy. ¿Eres... eres Jerónimo? —preguntó con voz titubeante.

Recuperó su jubón, avanzó a gatas y llegó hasta la bodega donde estaba su amigo. Al verse, los dos hombres se fundieron en un fuerte abrazo.

Diego no acababa de salir de su asombro. Se había puesto en guardia al oír los ruidos que se producían al otro lado de la pared, sin saber qué estaba ocurriendo. Lo último que esperaba encontrarse era con Jerónimo, saliendo por aquel hueco.

—¿Cómo... cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó el médico, sin haberse repuesto de la sorpresa.

—Eso te lo contaré más tarde. Ahora no debemos perder un instante, si queremos escapar. —Jerónimo alzó el candil todo lo que le permitía su brazo para alumbrar la mayor extensión posible y pudo ver que las botas formaban una pirámide perfecta.

Se acercó hasta la pared donde aparecían las redondas y negras circunferencias —habría como medio centenar— y se puso a examinarlas con detenimiento. Diego le miraba extrañado y en silencio. Hubo un momento en que Jerónimo se detuvo, acercó aún más la luz que portaba y pudo ver cómo sobre la negrura de las viejas duelas de madera resaltaba el anagrama que buscaba: JHS.

—¡Ven, Diego, deprisa! ¡No tenemos un minuto que perder!

Dejó el candil en el suelo y empezó a palpar las maderas de aquella barrica.

—¡Por el amor de Dios, Jerónimo! ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Aunque no lo creas, estoy buscado la salida de este encierro.

Trataba de desprender la arandela de hierro que cerraba la boca del tonel. Con mayor esfuerzo del que parecía requerir aquella operación, logró arrancar la tapa, mientras Diego le miraba atónito. El imaginero volvió a coger el candil y alumbró la oscuridad del túnel que apareció ante sus ojos. La débil bujía que portaba no le permitía ver mucho; lo único que pudo comprobar era que el diámetro de aquella oquedad solo permitía avanzar por ella con las rodillas y manos en el suelo.

—¡Sígueme! —le ordenó a su amigo y, sin pensarlo, penetró en el barril, donde avanzaba con la dificultad añadida de portar el candil. Diego optó por seguirle y no hacer preguntas.

El túnel por el que avanzaron no varió su sección en todo el recorrido, que sería como de unas veinte varas, y tenía una pendiente en ascenso que se acentuaba cada vez más. Al final se toparon con un montón de heno que la llama del candil estuvo a punto de prender. Jerónimo reaccionó a tiempo, apagándolo antes de provocar un incendio cuyas consecuencias habrían sido fatales para los dos fugitivos. Diego observó cómo su amigo apartaba con cuidado brazadas de heno para avanzar. Ahora se desplazaban con más dificultad y lentitud, pero muy pronto una tenue claridad les anunció que el heno tocaba a su fin. Enterrados en la paja, permanecieron inmóviles un buen rato. Ignoraban qué podían encontrarse a continuación, sobre todo Diego, porque Jerónimo sabía que eran las caballerizas, aunque desconocía si había alguien.

Con mucho cuidado se puso a apartar pequeños manojos de heno, consciente del riesgo que aquello comportaba, pero no tenía otra opción. A su favor solo había un dato: no oía ningún ruido. Conteniendo la respiración asomó la cabeza, miró en todas direcciones y comprobó que no había nadie. Lo que allí había eran tres vehículos; uno de ellos era el que habían utilizado para secuestrarle. Salieron rápidamente y se sacudieron las vestiduras; sin abrir la boca se dirigieron hacia el portalón por el que entraban y salían los vehículos a la calle. Aquella era la puerta de carros —no había otra— que le señalaba Leonor en su mensaje y que los conduciría a la libertad. En pocas palabras Jerónimo puso a Diego al tanto de la situación. La muerte por envenenamiento del asistente, la prisión de Leonor y su propio rapto. También le contó cómo había sabido la manera de llegar hasta él.

Jerónimo tenía ya puesta la mano para descorrer el cerrojo que atrancaba aquella puerta, cuando se detuvo. Su mirada quedó suspendida un momento, como si recordase algo que hubiese olvidado.

—¡Márchate rápido y ponte a salvo! Yo tengo que resolver una cuenta pendiente antes de irme.

—Supongo que esa cuenta está relacionada con Leonor, ¿me equivoco?

—No, no, te equivocas.

—En ese caso, no me marchó. Puedo serte útil.

—No, es imprescindible que lleves noticia de lo que está ocurriendo. Aquí, un hombre solo puede moverse mejor que dos.

—En caso de dificultades, sin embargo, dos hombres tenemos mayores posibilidades de salir adelante —insistió Diego.

—No podemos correr el riesgo de que los dos volvamos a quedar apresados si las cosas no marcharan bien. ¡No debemos perder un minuto más! ¡Márchate! Yo me reuniré contigo más tarde. Nos veremos en tu casa.

Al ver que la sombra de la duda continuaba reflejada en los ojos de su amigo, aprovechó la posición en que se encontraban para, sorprendiéndole, empujarle hacia la calle y cerrar rápidamente la puerta. Sin pérdida de tiempo entreabrió la otra puerta

y, a través de una rendija, observó que daba al patio interior, el mismo que tantas veces había cruzado para ganar la galería donde se encontraban los aposentos de Leonor. Aguardó unos segundos para comprobar si el patio estaba desierto. Al atardecer le quedaba todavía un resto de luz que implicaba el riesgo de ser visto por alguien. Sin embargo, también era arriesgado permanecer allí. Se decidió por cruzar el patio.

Abrió la puerta y salió aparentando serenidad, pero con tan mala fortuna que, en el mismo instante en que abandonaba la cochera, una mujer de las muchas que prestaban sus servicios en la casa apareció por otra de las puertas que daban al patio. Portaba un enorme cesto lleno de ropa blanca. En la posición en que se encontraba Jerónimo no podía dudar ni dar un paso atrás, porque tal actitud resultaría sospechosa. Avanzó como si fuese una más de las personas que deambulaban por una casa tan principal como aquélla. La actitud le dio resultado porque la mujer, con la que se cruzó en el centro del patio, ni se molestó en mirarlo.

Subió por la escalerilla y llegó a la galería en la que se encontraba la alcoba de Leonor. Apenas había dado unos pasos cuando hubo de retroceder al darse cuenta de que había una persona que guardaba la puerta. Estaba sentado en una silla. Por suerte, no se había percatado de su presencia porque permaneció sentado, inmóvil. El imaginero se ocultó tras unos grandes cortinones que cerraban uno de los balcones que daban al patio principal de la casa. Tenía la ventaja de que aquel escondite suponía un refugio medianamente seguro para permanecer en él algún tiempo. Pero tiempo era precisamente de lo que no disponía. Allí, escondido, observó cómo transcurrían los minutos sin que nadie deambulase por la galería, cosa que no le extrañaba, pues sabía que aquella zona del palacio era un lugar apartado y poco concurrido.

En aquella situación, su mayor problema era enfrentarse al vigilante de la puerta. Su inmovilidad le hizo pensar que estaba dormido. Vio que sobre una barroca columna, profusamente decorada, descansaba un busto de mármol que reproducía la cabeza de una mujer a tamaño natural. Jerónimo no lo pensó demasiado: aquel trozo de mármol se podía convertir en un arma formidable para eliminar el obstáculo que se interponía entre Leonor y él. Salió rápida y sigilosamente de detrás de las cortinas, cogió el busto marmóreo y golpeó con él la cabeza del individuo que, efectivamente, dormitaba sobre la silla. El golpe hizo que el durmiente se desplomase sin conocimiento. De su cintura colgaban unas llaves recogidas en un aro metálico; eran las de la alcoba de Leonor. Jerónimo se hizo con ellas y abrió las dos cerraduras que aseguraban la puerta.

El imaginero cruzó el umbral y encontró a Leonor sentada en un rincón alumbrado por un hermoso velón en el que resplandecían una docena de picos que, con su luz, creaban una atmósfera cálida en aquella zona del dormitorio. Al verlo, en

sus ojos se dibujó la sorpresa primero y la alegría después. Corrió hacia sus brazos, mientras que Jerónimo cerraba tras él la puerta.

—¡Jerónimo! ¿Cómo es posible? ¿Qué haces tú aquí?

—¡Leonor, mi amor! —La acogió entre sus brazos a la par que sus bocas se unían en un beso apasionado—. ¡No tenemos tiempo para explicaciones! ¡No hay un momento que perder, tenemos que huir!

—¿Que nos marchemos, dices?

—¡En efecto! ¡En la situación en que te encuentras no puedes permanecer un minuto más! ¡He venido a sacarte de aquí!

La sorpresa apareció en el rostro de Leonor.

—No... no te comprendo. La... situación...

—¡Una vez que tu marido conoce nuestra relación, no puedes permanecer un minuto más aquí! ¡Tu vida no vale un ardite y temo que su maldad...!

Jerónimo no pudo concluir. Los ojos de Leonor se habían abierto desmesuradamente. Ahora no mostraban sorpresa, sino incredulidad.

—¿Quién te ha dicho que mi esposo conoce nuestras relaciones? ¿Quién te ha dicho tal cosa? ¡Dímelo!

Jerónimo la miró fijamente.

—¿Acaso la causa de tu reclusión no está relacionada con el hecho de que haya descubierto nuestro amor?

Un suspiro escapó del pecho de la duquesa.

—¡Ésa no es la razón de mi encierro! —Leonor tomó las manos de Jerónimo—. Estoy aquí porque ha descubierto que yo sabía el plan que ha trazado para hacerse con el oro de la flota de Indias. ¡Ésa y no otra es la razón por la que estoy encerrada! Mi marido ni sospecha nuestra relación. Si eso hubiese sido así creo... creo que...

—Isabel me ha dicho...

—¿Dónde está Isabel? —preguntó con ansiedad la duquesa—. ¿Sabes algo de ella? Ahora me encuentro más sola que nunca. Apenas puedo confiar en un par de doncellas. Una de ellas es la que te ha llevado mi mensaje.

—Quédate tranquila. Isabel, que también fue encerrada, logró escapar y se encuentra a salvo. Está en buenas manos. Ella ha sido quien me ha puesto al corriente de tu encierro. Ella... ella piensa que está relacionado con el descubrimiento de nuestras relaciones. Piensa... que ha sido Bastinhas quien nos ha delatado a tu marido.

—Isabel está equivocada. Es cierto que Bastián anda desconcertado y que actúa de forma extraña. —Leonor hablaba con una serenidad admirable—. Creo que lo han cegado la codicia y el afán desordenado de alcanzar bienes y cosas que no están a su alcance. Está perturbado y no sabe lo que hace. Ha entrado en un círculo de relaciones que solo le traerá males, pero de ahí a que haya faltado a la guarda de un

secreto en el que está en juego mi honra y mi vida hay un salto que no daría jamás. O al menos... —una sombra de duda pasó por sus hermosos ojos— o al menos eso es lo que creo.

Jerónimo aspiró profundamente y miró con una infinita ternura a aquella mujer a la que amaba y que, por amor a él, había puesto en peligro su vida y su posición. Una mujer dispuesta a renunciar a todo por el amor que podía recibir de un artesano. Porque, al fin y al cabo, Jerónimo de Loaysa, la primera gubia de Sevilla, era un artesano, un menestral que tenía abierto obrador y se ganaba la vida con el trabajo de sus manos.

—Creo que en las actuales circunstancias lo mejor que podemos hacer — Jerónimo había vuelto a tomar entre sus brazos a Leonor— es poner tierra de por medio. Tu situación se hace insostenible.

—No, Jerónimo, no puedo marcharme. Mi corazón y mi vida están contigo, pero he de asumir las obligaciones que me impone mi condición. Si me marchase, quedaríamos condenados de por vida a una situación que se convertiría en insostenible... Además está mi hijo.

Jerónimo asintió resignado. Leonor lo besó apasionadamente, mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla.

—Quédate tranquilo, mi situación no es más complicada de lo que lo era hace unos días. Es más, se abre una puerta a la esperanza porque la locura en la que se ha embarcado mi marido no sé cómo concluirá, pero en todo caso clarificará muchos aspectos de mi relación con él. Ahora quien debe marcharse eres tú; es tu vida la que no vale un maravedí si te descubren aquí. Incluso mi situación empeoraría de forma grave. Has de marcharte.

La duquesa se acercó a la ventana y contempló cómo las sombras de la noche ya habían caído sobre Sevilla. La huida de Jerónimo quedaría amparada por la oscuridad. Se acercó a una cómoda que había adosada a la pared y, abriendo uno de los cajones, sacó unas sábanas de blanco lienzo, que perfumaron la estancia con un penetrante olor a flores silvestres. Con una habilidad impropia en una persona de su alcurnia, la duquesa abrió las sábanas y las extendió para anudarlas. Lo hizo con tal presteza y energía que, en un momento, quedó hecha una escala de no menos de ocho varas de longitud, lo que permitía descender hasta el patio sin ningún riesgo.

Tras una tierna despedida, Jerónimo se descolgó y cruzó el patio envuelto en las sombras de la noche. Ganó la puerta excusada que tan bien conocía, la abrió sin hacer ruido, pero tuvo que cerrarla inmediatamente. Justo a tiempo, porque en la esquina del caserón, junto a la puerta de carros por la que su amigo el médico se había marchado hacía ya rato, había varios individuos que charlaban con voz queda. Estaba lo suficientemente cerca para que le llegase el murmullo de los comentarios, pero no podía entender qué decían. Decidió aguardar, agazapado junto a la puerta y protegido

por la oscuridad, a que se marchasen.

Los minutos pasaban con una lentitud desesperante y el murmullo que llegaba hasta sus oídos no cesaba. Con sumo cuidado entreabrió la puertecilla. Fue solo una rendija muy pequeña, pero lo suficiente para que los murmullos cobrasen vida. Ahora podía escuchar algo de lo que hablaban los hombres allí congregados, pero solo percibía frases entrecortadas; sin embargo, por lo que podía deducir, estaban hablando del robo del oro de la flota de Indias. Pese a la dificultad en que se encontraba, consideró que tenía que asumir el riesgo de acercarse. Se acordó de su *Cristo de la Clemencia* y mentalmente le dirigió una plegaria, que era una petición de ayuda. Aquello era algo íntimo entre su Cristo y él, muy alejado de las rogativas públicas impulsadas por la autoridad eclesiástica y rodeadas de una liturgia cargada de ritualismo y parafernalia.

Abrió la puerta justo lo necesario para ganar la calle. Se pegó a la pared y avanzó hasta uno de los contrafuertes que flanqueaban la puerta de carros. El hueco que formaba el saliente con la pared era un magnífico escondite para escuchar y ver sin ser visto. Estaba a unos cuantos pasos de aquellos individuos que parecían aguardar la llegada de alguien para ponerse en marcha. Pudo ver que eran cinco los que formaban el grupo.

Aguzó el oído y lo que escuchó lo dejó de piedra. ¡La operación para hacerse con aquellos tesoros estaba ya en marcha! ¡Eso exactamente era lo que había oído! ¡Las cosas habían ido mucho más deprisa de lo que Diego y él habían previsto!

La conversación que escuchaba se vio interrumpida bruscamente por la llegada de un individuo al que los cinco saludaron con respeto. Su presencia puso fin a los comentarios.

—¿Todo bien? —preguntó el recién llegado.

—Todo bien, excelencia. —Quien contestó era Bastinhas. A Jerónimo le resultaba familiar el metal de su voz y cierto acento portugués de sus palabras.

—En ese caso pongámonos en marcha. No hay que perder un instante.

Echaron a andar y, contra lo que había pensado, encaminaron sus pasos hacia donde él se encontraba. Instintivamente contuvo la respiración y trató de encogerse. Las sombras de la noche, más intensas aún en el rincón que le había servido de escondite y observatorio, lo protegían, pero aquellos individuos iban a pasar casi rozándole. La mente se le quedó en blanco, aguardando a que la suerte estuviese de su parte. Sintió cómo el grupo pasaba delante de él, percibió el roce de sus vestiduras, la respiración de alguno de ellos y hasta el olor que despedían sus cuerpos. ¡El olor! ¡Cualquiera de ellos también podía olfatear su presencia! ¡Angustiado, recordó que alguien le había dicho que el olor del miedo era fuerte y acre! ¡Él debía de despedir en aquellos momentos una vaharada acida!

Nunca en su vida un rato tan corto como el que emplearon aquellos sujetos en

pasar delante de él se le había hecho tan largo. Solo fueron unos segundos, pero le resultaron eternos.

Aliviado, como si le hubiesen quitado de encima una carga insoportable, vio cómo se alejaban y escuchó cómo el ruido de sus pasos se perdía en la noche.

Las aguas del Guadalquivir eran a aquellas horas, cuando faltaban dos cuartos para que llegase la medianoche, un remanso de paz. Su superficie ofrecía un leve movimiento impulsado por una ligera y agradable brisa que también desplazaba las oscuras nubes que cruzaban el cielo de Sevilla. Era una noche cerrada que solo, muy de vez en cuando, se iluminaba al quedar algún espacio de cielo despejado que permitía ver el resplandor de una luna que, en cuarto menguante, proyectaba una luz blanquecina y fría. El silencio absoluto solo era roto por el suave rumor de las aguas. De vez en cuando la brisa ganaba en intensidad y entonces se mecían los juncos y cañaverales que en algunos sitios flanqueaban las riberas del amplio cauce que en aquella zona configuraban las aguas del río. También se mecían los gigantescos galeones allí anclados que, en medio de la oscuridad, apenas si proyectaban sus negras sombras sobre la superficie de las aguas. El movimiento hacía crujir sus cuadernas y agitaba el cordaje, las jarcias y el recogido velamen, produciendo un ruido poco tranquilizador. Acá y allá, en medio de la negrura de la noche, se perfilaban algunos puntos de luz, los que señalaban los fanales que había encendidos en las proas y popas de los buques.

En la nave capitana, el almirante de aquella flota aguardaba tenso, después de las vicisitudes que había soportado a lo largo de la jornada, la visita anunciada.

Desde las primeras horas del día había vivido una extraña situación que percibió nada más fondear su buque junto a la Torre del Oro. El Arenal se encontraba solitario. Aquello no era habitual, si bien las amplias dunas de arena que daban nombre a la zona, extramuros de la ciudad, no estaban del todo vacías, pues a lo largo de la ribera se veían algunas patrullas de jinetes y contingentes de arcabuceros a pie. Lo habitual era que, cuando arribaban los galeones de la flota de Indias, una muchedumbre expectante, excitada y curiosa aguardase a los barcos, a las tripulaciones y, sobre todo, a su precioso cargamento. La arribada se convertía en un verdadero festejo con que se agasajaba la llegada de toda flota procedente de las colonias.

A tan extraña situación se añadió, de manera inmediata, la orden que le llegó a voz en grito. Quedó atónito cuando un individuo, que no paraba de gesticular, le gritaba que los barcos quedaban sometidos a inspección médica y a cuarentena al tenerse «noticia cierta y certificada de estar la flota contagiada».

No se le autorizaba a desembarcar «ni un solo hombre, ni un solo fardo, ni un solo objeto de los que se transportaban en aquella flota». Don Luis de Bazán no podía creer lo que estaba escuchando. Con voz potente e incrédula exigió a aquel sujeto que le repitiese la orden.

Sus protestas por aquella locura —así la había calificado— y sus afirmaciones en el sentido de negar la existencia de una epidemia en sus barcos no sirvieron para

nada. El individuo en cuestión, que se presentó como *veinticuatro* del cabildo de la ciudad, le repitió una y otra vez la misma cantinela y le señaló, como si quisiera sacudirse la responsabilidad de la gravedad de aquellas instrucciones, que él solo cumplía órdenes. Añadió, incluso, que tenía licencia para utilizar todas las armas a su alcance con tal de que las mismas se cumpliesen a rajatabla. Al decir aquello miró de forma elocuente a los hombres armados que lo acompañaban.

Había tratado, sin éxito, de hacer entrar en razón al capitular hispalense. Para nada sirvieron sus reiteradas afirmaciones acerca de la inexistencia del contagio y la falsedad de cualquier noticia relacionada con dicho asunto. Por mucho que juró que la flota y sus hombres gozaban de perfecta salud, aparte de las enfermedades propias de una travesía como lo era la de la Mar Océano, todas sus razones encontraron la misma respuesta: la flota habría de pasar la inspección sanitaria que se efectuaría al día siguiente a las once horas y, solo tras el examen y la certificación correspondiente, se «adoptarían las medidas que resultasen más convenientes a la salud de Sevilla y de sus vecinos».

No habían concluido ahí sus sorpresas. A la caída de la tarde, aprovechando las primeras sombras de la noche y, desde luego, el exceso de confianza de quienes vigilaban desde la ribera, por la zona de Triana, donde las guardas eran más numerosas pero la vigilancia más complicada al ser un lugar abierto, un bote había logrado llegar hasta el costado de su galeón. Al parecer, habían salido de un punto oculto entre unos tupidos matorrales. Sus tripulantes no subieron a bordo y, desde la barquichuela, le habían hecho llegar un mensaje verdaderamente singular.

Don Luis de Bazán, marqués de Santa Cruz, almirante de aquella flota, miró una vez más, con desgana, el papel que había sobre la mesa de su camarote, el mismo que los dos individuos que iban en el bote habían lanzado a la cubierta en una funda de cuero impermeabilizado. Lo había leído no menos de una docena de veces, tratando de escudriñar algún detalle entre líneas, buscando un dato que le proporcionase un indicio adicional. El mensaje era anónimo.

Una vez más, tomó en sus manos aquel pliego escrito con buena letra en papel de calidad y lo leyó de nuevo. Había párrafos que podía ya recitar de memoria, sin temor a errar una sola palabra. Pero por más lecturas que hiciera no alcanzaba a atisbar más allá de lo que sabía al respecto y que era justo lo que allí estaba escrito.

Excmo. Sr. Don Luis de Bazán, marqués de Santa Cruz Almirante de la flota del Rey Nuestro Señor

Excmo. Sr.:

El propósito de estas líneas es advertir a V. E. de que la situación en la ciudad es complicada. La misma está, en buena medida, producida por la repentina muerte de su excelencia el conde de Paredes, asistente de ella por mandato del Rey Nuestro Señor. Dicen afiladas lenguas que la muerte se ha debido a envenenamiento. Tan extraordinarias circunstancias, unidas al rumor esparcido de que hay epidemia de contagio pestilente en los puertos de la bahía gaditana y en esa flota, han hecho que los sucesos últimos discurran por derroteros tales que la flota, bajo el mando de V. E., se vea en las

extraordinarias circunstancias que concurren. La extrañeza de V. E. ha de ser notable porque, como bien sabe, solo son bulos los rumores que circulan acerca de la existencia de peste en los galeones a vuestro cargo.

No desespere V. E., pues los acontecimientos se precipitarán en las próximas horas. Esta noche al filo de las doce acudiremos a vuestro galeón, llegaremos por el costado de la izquierda, el más alejado de la ribera del casco de vuestro barco. Solicitamos de V. E. que nos tenga previstas las escalas necesarias para subir a bordo y mantener una reunión con V. E. en la que le pondremos al corriente de la situación.

Dada la excepcionalidad de las circunstancias, a las que se suma la prohibición de subir o bajar a bordo de cualquier galeón, así como de cualquier otra de las embarcaciones menores que integran la flota a vuestras órdenes, bajo penas severísimas, os pedimos la mayor discreción para subir al Nuestra Señora de Atocha. Las escalas de subida en la borda serán la señal para conocer que somos bien recibidos. La iluminación de la nave debe estar reducida a los fanales de proa y popa, como es lo habitual en las naves ancladas en puerto. Es deseable que entre la marinería y demás miembros de la tripulación sea el menor número posible el que tenga conocimiento de nuestra presencia, por razones de seguridad.

Asumimos gustosos el riesgo que esta acción supone para nuestras vidas y haciendas, pero todo ello lo damos por bien empleado, en servicio del Rey Nuestro Señor.

La comisión que os rendirá visita está encabezada por persona de vuestra absoluta confianza, como tendréis ocasión de comprobar, ya que será la primera que subirá a bordo.

Si no encontrásemos las escalas de subida a la hora convenida, entenderemos que V. E. no desea mantener este encuentro que solo pretende ponerle al corriente de la extraordinaria situación que la ciudad vive en estos momentos y que tanto os afecta a vos mismo y a la flota que el Rey Nuestro Señor ha puesto bajo vuestro mando, gobierno y responsabilidad.

En cualquier caso, solicitamos de V. E. la destrucción inmediata de este pliego, una vez conocido su contenido, sea cual sea la decisión que al respecto tome V. E.

El almirante había dudado mucho sobre la respuesta que debía dar a la petición formulada en aquel extraño mensaje. Al final optó por recibir a los visitantes. Sentía curiosidad por lo que pudiesen contarle y en ello no había ningún riesgo. Se levantó con aire cansino del sillón tapizado de cuero donde descabezaba sueños, meditaba planes y dejaba correr su imaginación en las largas jornadas que suponía una travesía transoceánica o en las noches de insomnio cuando Morfeo no se mostraba propicio. Las formas del sillón se habían adaptado a su cuerpo, que encajaba en él como si se tratase de una pieza hecha a su medida. Miró un hermoso reloj de bronce en el que destacaba una esfera esmaltada. Eran las doce menos cuarto.

Subió la escalera que le conducía hasta la cubierta y una ráfaga de suave brisa le golpeó en la cara. Aspiró aquel aire fresco hasta llenar sus pulmones y notó su efecto tonificante, tras varias horas encerrado en su camarote, donde el olor a resina y a brea, aunque mucho menor que en otras partes del buque, mantenía un tufillo poco agradable. Junto a la puerta había dos marineros de aspecto fornido y un tercer individuo que mostraba una figura más endeble. Se dirigió a este último:

—¿Alguna novedad, Anselmo? —La voz del almirante sonó suave, amigable, al dirigirse al contramaestre Anselmo Couto, un veterano que hacía tiempo que había perdido la cuenta de las veces que había cruzado la Mar Océano.

—Ninguna, excelencia. —En el tono de su voz se adivinaba, inconfundible, el

acento gallego de su tierra natal—. Las nubes hacen que la noche sea oscura y cerrada, pero hasta la presente todo está en calma y tranquilo.

—Muy bien, muy bien. Ordena a los hombres que echen las escalas, dos escalas, por babor. —Anselmo, el único miembro de la tripulación a quien el almirante había informado del mensaje, se disponía a cumplir las órdenes recibidas cuando el almirante le indicó en voz muy baja, de forma que solo él pudiera escucharle—: Supongo que estáis convenientemente armados y que esos dos —levantó la barbilla hacia los marineros en un claro gesto indicativo— son de absoluta confianza.

—Quedaos tranquilo, señor. Respondo de ellos. Sabed que estamos bien armados. —Al decir esto levantó los pliegues de un capotillo que tenía echado sobre los hombros para preservarse de la humedad y asomaron las culatas de dos pistolas y las empuñaduras de dos dagas ajustadas a sus costados.

El almirante hizo un gesto afirmativo y elocuente.

—Está bien, echad las escalas y mantened los ojos muy abiertos.

A la hora convenida, un ligero chapoteo, que apenas se diferenciaba del rumor de las aguas movidas por la brisa, anunció la llegada de los esperados visitantes. Un suave movimiento indicó que alguien trepaba por las escalas. Los marineros y el contramaestre concentraron su atención en el hombre que saltaba sobre cubierta, procurando hacer el menor ruido posible. La silueta del marqués de Santa Cruz apenas se vislumbraba, pegada al castillo de proa, junto a la entrada de su camarote.

En un santiamén eran cinco los individuos que aparecieron en cubierta. La oscuridad de la noche no permitía ver sus facciones. A ello colaboraba, sin duda, el embozo de las capas con que se protegían de la brisa nocturna.

—Sean vuestras mercedes bienvenidos al *Nuestra Señora de Atocha*. Soy Luis de Bazán, marqués de Santa Cruz y almirante de esta flota.

Solo entonces, cuando escucharon su voz, los cinco hombres que acababan de llegar repararon en su presencia.

—Soy Rodrigo Ponce de León. —Mientras daba su nombre estrechó la mano del almirante. Alargar el brazo fue el primer movimiento que hizo don Luis de Bazán.

—¡Rodrigo, viejo amigo! —La expresión era de incredulidad—. ¿Cómo tú aquí?

—¡Ya ves! —fue la respuesta del duque.

Los dos hombres se abrazaron con fuerza. En su infancia habían sido compañeros de juegos en la corte, donde sus respectivas familias les habían enviado para su educación y aprendizaje. Luego Ponce de León fue presentándole a sus acompañantes:

—Licenciado Matías de Hinojosa... del protomedicato de la ciudad.

—Miguel de Linares... miembro del cabildo de jurados de la ciudad de Sevilla.

—Agustín de Villavicencio, corredor de lonja.

—Andrés Fernández de Finestrosa, ensayador en la Casa de la Moneda.

El almirante asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—Creo que habrás de explicarme la razón que te ha llevado a contar con tu... — titubeó un momento buscando la palabra adecuada— presencia a bordo de este galeón.

—En primer lugar, quiero agradecerte la deferencia que supone hacia nosotros el hecho de que hayas aceptado nuestra petición de reunirnos. También he de pedirte excusas por el procedimiento utilizado, harto extraño, para solicitar la reunión. Solo las especiales circunstancias que se viven en Sevilla explican método tan inusual. ¿Tienes algún inconveniente para que pasemos a lugar más reservado y exponerte la razón de nuestra visita?

El almirante depositó una mano amiga en el hombro del duque.

—Mi camarote es el lugar más adecuado y lo mejor que puedo ofrecerte en las presentes circunstancias.

Los seis hombres bajaron por las escalerillas que conducían al camarote con el mayor sigilo.

En la cubierta, el contraamaestre y los dos marineros se percataron del ligero chapoteo que produjo la parada de una gabarra de las utilizadas para el transporte de mercancías por el río que, empujada por la corriente, llegó hasta el costado del *Nuestra Señora de Atocha*. Fue determinante el hecho de que el contraamaestre, que había invitado a tomar tabaco de mascar a los dos marineros, iniciase el relato de una historia que se contaba en su Galicia natal acerca de las meigas y los búhos, y que había contribuido a que los marineros se olvidasen de lo que les rodeaba. Aquella situación facilitó en gran medida la subida de los ocupantes de la gabarra a bordo del galeón sin ningún problema. Para ello utilizaron las mismas escalas por las que habían subido los anteriores individuos.

Cuando los hombres se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, era demasiado tarde para reaccionar. Estaban rodeados y amenazados por las pistolas de los asaltantes.

—¡No os mováis! ¡Os va en ello la vida! —Era la voz de alguien que, llegado el caso, no vacilaría en cumplir la amenaza que estaba profiriendo.

Hubo un momento en que uno de los marineros intentó hacer frente a la situación, pero fue el propio contraamaestre quien le disuadió de ello:

—¡No seas insensato, Nicolás! ¡No tenemos ninguna posibilidad! —El marinero depuso su actitud.

Quien parecía mandar el contingente daba instrucciones precisas y concretas.

—¡Rápido! ¡No hay tiempo que perder! ¡Amarradles y amordazadles! ¡Para más seguridad, ponedles por separado! —Los hombres que cumplían las órdenes se movían con agilidad y sin hacer ruido—. ¡Los dos marineros a la popa!

El individuo que daba las órdenes vestía de negro, se cubría con una amplia capa

y se tapaba la cabeza con un bonete de piel. Era el único de los asaltantes que hasta aquel momento había permanecido inmóvil, mientras que los demás ataban y amordazaban a sus presas. Entregó a uno de los hombres un pequeño frasco. Éste vertió una generosa cantidad del líquido que contenía en un pañuelo y apretó con él la nariz de uno de los marineros, que se desvaneció de forma instantánea, sin conocimiento. Quienes le habían amarrado le sujetaron para evitar el golpe en cubierta de aquel cuerpo desmayado. Después le tocó el turno al segundo de los marineros. Los efectos del narcótico fueron tan fulminantes como en el primer caso.

El individuo que suministraba el sedante iba a realizar la misma operación con el contraataca cuando el hombre de negro le puso una mano sobre el hombro y le susurró al oído:

—¡A ése no! ¡Ahora lastrad a los otros dos!

El que daba las órdenes asistió atento a la operación de lastrado de los dos marineros narcotizados. Cuando hubo concluido, con una voz glacial ordenó:

—Arrojadles por la borda, pero sin ruido. Utilizad alguna de las maromas para descolgarlos hasta el río.

Luego se volvió hacia el contraataca.

—¿Todo va bien, Anselmo?

El viejo lobo de mar asintió con la cabeza.

—Abajo están ya con el almirante. De la tripulación no debéis preocuparos, dormirán todos hasta el amanecer. Hoy les he dado doble ración de ron y la pócima de adormideras, la misma que ahora husmeo —alzó la cabeza como forma de mejorar el olfato y aspiró el aire con dos o tres inhalaciones rápidas y cortas— en el ambiente. El almirante está completamente solo. El galeón es nuestro, don Juan.

Don Juan de Lastres, piloto mayor de aquella armada, posó la mano sobre el hombro de Anselmo con gesto amistoso.

—Tendréis la recompensa prometida por vuestro trabajo. Un trabajo bien hecho, amigo mío. —Mientras pronunciaba estas palabras le clavó una daga en el corazón. El golpe fue tan certero que el contraataca apenas se enteró de que acababan de matarlo.

—¿También lastramos a éste? —preguntó uno de los hombres que acompañaban al piloto mayor.

—¡También!

Juan de Lastres abrió la puertecilla y bajó la escalera que conducía al camarote del almirante. La puerta estaba abierta y a través de ella salía el resplandor de las numerosas luces que alumbraban la primera de las estancias, que el almirante utilizaba como sala de reuniones.

Allí solo había dos hombres. Uno de ellos era don Luis de Bazán, marqués de Santa Cruz, grande de España y almirante de la flota de Indias por expreso deseo de

su católica majestad el rey de las Españas, que se encontraba de rodillas, mirando a la pared y con las manos atadas a la espalda. Tras él, de pie, uno de los hombres que acompañaban al duque le apuntaba a la cabeza con una pistola de cañón largo. Aquel individuo, al sentir la presencia de alguien, giró la cabeza y apuntó el arma que tenía en las manos con gesto amenazador, aunque no abrió la boca. La satisfacción sustituyó en su rostro a la expresión de ansiedad que se había dibujado al reconocer al piloto.

Juan de Lastres cruzó aquella estancia pisando de puntillas. Sin embargo, su peso hizo crujir el entarimado del suelo y don Luis de Bazán, instintivamente, giró la cabeza. Apenas tuvo tiempo de iniciar el movimiento porque el que le encañonaba le apretó en la mejilla con la punta de la pistola y le obligó a volver el rostro hacia la pared. El piloto ganó la segunda de las estancias que configuraban el camarote del almirante, donde le aguardaban los cuatro hombres restantes.

Aquella dependencia constituía el dormitorio del almirante. Las paredes estaban acolchadas y tapizadas de seda. Numerosos elementos del mobiliario y de los detalles que con profusión decoraban la cámara indicaban la riqueza del mismo y la categoría de su propietario. El piloto mayor entró y cerró tras de sí la puerta.

—¡Nunca tan pocos minutos me han parecido un tiempo tan largo! —exclamó el duque de los Alcores—. No perdamos un instante. El tiempo de que disponemos es limitado.

Juan de Lastres sacó de una bolsa que colgaba de su hombro una pequeña caja de madera. Sin decir palabra, la puso sobre una mesa y la abrió. Sobre un fondo de gamuza roja había tres llaves alineadas de un color negro reluciente. Eran similares en tamaño, pero las muescas de sus remates eran completamente diferentes. Las tomó con cuidado y se dirigió a donde estaba el armario ropero. Junto al mueble había un aplique de pared, que por su reluciente pavonado parecía no haber sido utilizado nunca. El piloto giró el aplique un cuarto de vuelta. Todos le miraban expectantes y con la respiración contenida. Instantes después, con un leve chirrido, el armario giró sobre uno de sus lados.

Ante los ojos de los presentes, apareció un panel de madera liso en cuyo centro estaban señaladas dos puertas con sus argollas y las bocas de tres cerraduras empotradas en la madera. Juan de Lastres introdujo las llaves en las cerraduras, luego se hizo a un lado y, con un gesto significativo, ofreció al duque el honor de abrir aquellas puertas que daban acceso a los cofres y arcas donde se guardaba la mayor parte de los metales preciosos, así como la pedrería que aquella flota transportaba.

Don Rodrigo abrió las tres cerraduras, que respondieron con suavidad a los giros de las llaves.

—Os felicito —comentó volviéndose hacia el piloto mayor—, el herrero ha hecho un excelente trabajo.

—También los vaciados en cera que yo mismo realicé de los originales eran buenos, excelencia —apostilló Lastres con una sonrisa malévola en sus labios.

—Si los moldes de cera hubiesen tenido algún fallo ningún herrero podría haberlo corregido. Os doy también mi enhorabuena. —Diciendo esto, el duque agarró una de las argollas e invitó al piloto mayor a que tirase de la otra. Hubieron de esforzarse para que las dos pesadas hojas girasen sobre sus goznes. El peso lo proporcionaban unas gruesas planchas de hierro, formadas por bandas tachonadas, que las forraban por dentro. Aquello era una verdadera caja de seguridad.

Ante sus ojos aparecieron, apiladas, las arcas, baúles y cofres. Todos estaban recubiertos de placas metálicas claveteadas y casi todos estaban reforzados con pletinas de hierro que los fajaban. La visión hizo que todos guardaran un devoto silencio. Solo se escuchaba el ligero crujir de las cuadernas del galeón como respuesta a los suaves movimientos que la brisa y el agua producían.

Cuando Jerónimo estaba a una manzana de la casa de su amigo Diego, se sentía al borde del agotamiento. Aquél había sido el día más largo, azaroso e intenso de su vida y... aún no había concluido.

Para llegar hasta allí había recorrido un camino que no era el más corto pero que, dadas las circunstancias, era el más seguro. Había esquivado las patrullas de ronda que vigilaban por todas partes, lo que le produjo una fuerte tensión que se sumó al cúmulo de circunstancias vividas durante la jornada. No paraba de dar vueltas a su cabeza buscando la manera de hacer frente a una situación tan delicada y enrevesada, que resultaba poco menos que increíble.

Quien había ideado aquel diabólico plan era poseedor de una mente privilegiada. Había sido capaz de mover a su antojo y poner en guardia a toda una ciudad del tamaño de Sevilla, difundiendo la noticia de los estragos que causaba una epidemia de peste que no existía. Para los fines que perseguía, el origen de ese contagio lo había situado en los galeones de la flota de Indias, cuya llegada a Sevilla se esperaba en la ciudad de un día para otro. Luego, la suerte se había aliado con él y un error del asistente de la ciudad había difundido que la más espantosa de las epidemias asolaba las poblaciones de la bahía gaditana y que ese contagio subía Guadalquivir arriba contaminándolo todo. Así había conseguido aislar a la ciudad de su entorno y paralizarla, alterando el ritmo de vida de unas gentes que, temerosas, habían acudido, como era habitual, a la búsqueda de los remedios que consideraban más eficaces en situaciones de catástrofe. Había logrado que se sacasen a la calle, para procesionarias, aquellas imágenes que gozaban de la veneración de los fieles y concentrar la atención del vecindario y de las autoridades en tales eventos, alejándolos de cualquier otra cosa que no estuviese relacionada con la peste, sus horrores y sus remedios. Y, sobre todo, había conseguido que la flota de Indias, cuyos tesoros eran su objetivo, quedase sometida a cuarentena como medida de profilaxis. En aquella situación, apoderarse del oro y de la plata, una locura en circunstancias normales, se convertía en algo difícil, pero posible.

Con la ciudad y sus autoridades pendientes del contagio y con sus habitantes horrorizados por el pánico que toda epidemia desencadenaba, quien había tramado y puesto en marcha aquella operación podía moverse a sus anchas. En la flota, la noticia de quedar sometidos a cuarentena produciría tal estupor y desconcierto que facilitaría la actuación de quienes buscaban el oro y la plata que se guardaba en la misma.

El duque de los Alcores tenía, además, la capacidad suficiente y los recursos necesarios para hacer frente a las eventualidades que el desarrollo de su plan pudiese plantearle. Había contado con los medios adecuados para asesinar al asistente cuando

éste había descubierto la patraña que había detrás de la noticia del contagio. Lo había hecho de modo y manera que aquel anciano entrometido no entorpeciese sus planes. Tenía, pues, los apoyos necesarios para perpetrar un asesinato como aquél y cubrirlo con un manto que alejase las sospechas sobre su inductor. Incluso tenía la influencia suficiente para que su sustituto en el gobierno de la ciudad, al menos durante el tiempo que necesitaba para llevar a cabo su plan, fuese alguien a quien pudiese manejar fácilmente. También podía raptar y aprisionar a las únicas personas que habían descubierto algún aspecto de su maniobra: el doctor Ruiz de Acevedo, el imaginero Jerónimo de Loaysa y su propia esposa.

En aquellos precisos momentos solo un punto escapaba al control de quien manejaba los hilos de toda aquella tramoya: el hecho de que Jerónimo de Loaysa conociera también el plan trazado para robar la flota de Indias, con la ventaja, en medio de su indefensión, de que el duque ignoraba que lo sabía.

Dio unos toques en la puerta golpeando el aldabón con suavidad, como si no quisiese llamar la atención. Intentaba que lo oyese solo quien él deseaba y nadie más. Sintió con alivio cómo Diego, con solo escuchar su voz cuando respondió a su pregunta de «¿Quién va?», descorría el cerrojo.

—¡Gracias a Dios que has llegado, Jerónimo, ya empezábamos a temer por tu vida! —Diego lo abrazó y por encima del hombro vio cómo a corta distancia se movía, de forma sospechosa, una sombra.

Cuando hubo asegurado la puerta, preguntó a Jerónimo:

—¿Sabes si te han seguido?

El imaginero le miró inquieto.

—Creo que no. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es que me ha parecido ver entre las sombras que...

—¿Has visto a alguien moverse en la oscuridad? —inquirió Jerónimo con desasosiego.

—Así es. Cuando he cerrado la puerta creo que alguien nos vigilaba.

—Tal vez he respondido con ligereza a tu pregunta porque, a decir verdad, en algunos momentos he venido tan absorto que bien podía alguien haber seguido mis pasos sin que me percatase de ello. Quizá, quizá... —Parecía que le costaba trabajo decir lo que estaba pensando.

—¿Quizá qué...? —le ayudó su amigo.

—Cuando he llegado a la puerta de tu casa he tenido la sensación de que me observaban. Tenía miedo a llamar de nuevo a la puerta. Pensaba que... no sé...

—¿Piensas que te han seguido?

—Creo que no, pero tengo una extraña sensación.

Los dos hombres subieron la escalera, saltando los peldaños de dos en dos. Cruzaron una antesala y entraron en la alcoba de Diego y su esposa, que era una de

las habitaciones de la casa que daba a la calle. Una cancela enrejada y protegida de miradas indiscretas por una celosía de rejilla muy tupida permitía ver sin ser visto. Trataron de escudriñar entre las sombras, pero no vieron ni oyeron nada. El silencio y la quietud eran absolutos. Allí fuera no había nadie.

Cuando bajaron y se reunieron con Catalina e Isabel, Jerónimo, a quien reconfortaron con un tazón de caldo, les contó de forma pormenorizada sus peripecias: desde la negativa de Leonor a marcharse con él y su salida de palacio por la puertecilla de servicio hasta la conversación que había escuchado a los secuaces del duque de los Alcores. Isabel no podía ocultar su alegría al saber que el encierro de su señora no estaba relacionado con los amores de doña Leonor y Jerónimo.

—Así pues —señaló el médico cuando su amigo hubo concluido—, ¿crees que en estos momentos se está llevando a cabo el robo del oro de la flota?

Jerónimo asintió con un gesto de cabeza, mientras sorbía un trago de caldo.

Diego se levantó y recorrió varias veces la habitación. Todos guardaban un silencio que por sí solo definía el estado de perplejidad en que se encontraban ante la rapidez con que se había producido todo. Los acontecimientos les habían desbordado.

—En las presentes circunstancias —señaló Diego—, es muy poco lo que podemos hacer. Resulta imposible salir de la ciudad, ya que todas las puertas y postigos están barreados y vigilados. Sin embargo, sin embargo...

—¡Por los clavos de Cristo, Diego! ¿Sin embargo qué? —exclamó Catalina.

—Sin embargo —el médico sonrió con ternura a su mujer—, no les será fácil introducir el oro en la ciudad, porque tienen las mismas dificultades que nosotros para salir. Sus problemas son incluso mayores que los nuestros. El producto de un robo como ése no se puede camuflar fácilmente y habrán previsto un lugar seguro donde depositarlo porque, cuando mañana amanezca, la noticia del robo provocará una conmoción y serán legión los que se lanzarán a la búsqueda de un rastro, de una señal que les ponga sobre la pista. Son muchos los intereses que hay en juego.

—¡Ese sitio habrá de encontrarse extramuros! —señaló Catalina.

—En efecto, no puede ser de otra forma —asintió Diego.

—¿Dónde podrían ocultarlo?

—Creo que las posibilidades son infinitas —indicó Jerónimo con un gesto de desánimo.

—No comparto esa opinión, Jerónimo —afirmó Catalina—. No creas que hay tantos lugares en los que depositar con seguridad una carga tan grande y tan valiosa como ésa. No pueden permitirse fallar en eso, una vez que ese cúmulo de riquezas se encuentre en su poder. Conociendo, además, cómo han planificado toda la operación, han de tener previsto un lugar que les ofrezca todas las garantías.

—Pienso que no perderíamos el tiempo barajando posibles lugares —comentó Diego.

—Estamos dando como seguro que el robo de los galeones tendrá éxito —dijo Catalina.

—Es cierto lo que dices, querida. En caso de que los planes de esos malvados fallasen, todo quedaría resuelto por sí solo: o morirían en el intento o serían apresados. Pero si alcanzan su propósito, además de que nuestro deber es que no se salgan con la suya, no ya solo por la burla y el escarnio que supone a toda una nación y el grave perjuicio que se ocasiona a su rey y a su patria, nos va la vida en ello. Si nosotros no acabamos con ellos, serán ellos quienes acaben con nosotros.

Las últimas palabras del galeno fueron seguidas de un silencio cortante. Su vida no valía nada si aquellos desalmados lograban hacerse con el oro, porque intentarían eliminarles por todos los medios antes de que pudiesen abrir la boca.

—Sé que en este momento estáis pensando —señaló Diego— que, frente al poderío que pueden desplegar nuestros enemigos, nosotros apenas contamos con nada para hacerles frente. Sin embargo, tenemos un arma poderosa, que es la que puede permitirnos desenmascararles y a la vez salvar el pellejo.

—¿Cuál es esa arma de la que depende nuestra vida? —preguntó Isabel de Leiría con una voz que apenas le salía del cuerpo.

—Se trata de una idea que se me ha ocurrido. Escuchadme atentamente. He estado pensando en ello desde que abandoné la casa del duque. Esta misma noche hemos de...

A eso de las seis de la mañana, antes de que los resplandores del día anunciaran la llegada del alba y los primeros rayos del sol apuntasen sobre la ciudad, se produjo entre los somnolientos grupos de arcabuceros que guardaban las riberas del río y vigilaban los barcos cierta agitación. Hasta ellos llegaban voces descompuestas y gritos procedentes del galeón principal de la flota. Los cabos pusieron a sus hombres en estado de alerta. Todos miraban hacia las bordas del impresionante bajel anclado a no más de treinta pasos del lugar donde los soldados montaban guardia. El sargento que mandaba el contingente de hombres más próximo al *Nuestra Señora de Atocha* decidió poner en conocimiento de sus jefes que algo anormal ocurría en el barco, pero que no podía dar razón de ello. Solicitaba instrucciones concretas.

Amanecía ya cuando un marinero, presa de una nerviosa agitación, asomó por el costado gritando:

—¡Han robado los cofres! ¡Han asesinado al almirante!

Repitió aquello una y otra vez. Sus gritos estaban cargados de sorpresa y de angustia.

Los soldados, que habían quedado inmóviles en un primer momento, comenzaron a hablar en voz baja. El murmullo se convirtió en silencio cuando, junto al marinero que había dado la increíble noticia, apareció la figura de un personaje de fuste, según denotaba su indumentaria.

—Soy el conde de Fernán Núñez. ¿Quién manda esa tropa? —preguntó a los hombres que había frente a él, separados por unas cuantas brazadas de agua.

Una voz enérgica le dio respuesta:

—¡Yo, señor! ¡Pedro López, sargento de la primera compañía del Tercio Viejo de la Armada! ¡A las órdenes de su majestad y a las de vuestra excelencia! ¡En misión de vigilancia de estos galeones, por órdenes expresas del maestre de campo, don Iñigo de Parias!

—¡Bien, sargento! ¡Tengo necesidad de hablar con vuestro maestre y os requiero para que le aviséis con urgencia! ¡Soy Álvaro de Medina, conde de Fernán Núñez y responsable máximo de esta flota por muerte accidentada de su excelencia, don Luis de Bazán, almirante de la misma, por mandato del rey nuestro señor, así como por otros asuntos de suma gravedad acaecidos en este galeón!

—¿Es cierto, señor, que han robado el oro? —preguntó el sargento con desparpajo.

—¡Es cierto, pero no podemos perder tiempo en explicaciones! ¡Cumplid con vuestra obligación!

El sargento torció el gesto, escupió en el suelo. Saludó, giró en redondo, y dio, con voz queda, algunas instrucciones.

El silencio expectante que había producido la presencia del conde se rompió por todas partes, como un cristal que se hace añicos al caerse.

—¡Es cierto! ¡Es cierto que han robado el oro y han matado al almirante! ¡Han robado el oro de las Indias! ¡Han robado los tesoros de la flota!

La muerte del almirante pasaba a un segundo plano. El rumor que corrió de boca en boca se refería al robo del oro.

Don Iñigo de Parias salió de Sevilla por la puerta de Jerez montando una briosa yegua alazana, junto a varios de los oficiales que integraban la plana mayor de su tercio. Llevaban gran acompañamiento de tambores, que dejaban oír sus rancos sonos sumando un punto de tensión a la mañana sevillana. El maestre debía de tener bien cumplidos los cuarenta, pero se mantenía en una forma espléndida. Era bajo de cuerpo y de complexión recia. Tenía la piel cetrina y su rostro, marcado por las señales de una viruela infantil, emanaba energía y seguridad. Su pelo, corto y negro, empezaba a blanquear por las sienes. Tenía una poblada barba donde las canas ganaban claramente la partida. Sus hombres, que le admiraban por su honradez, su energía y su valor —cualquiera de ellos se hubiese dejado matar por su jefe— decían que era capaz de fulminar con la mirada.

Por muchos lugares de la ciudad ya era del dominio público el asunto del robo. Aquella comitiva había despertado a su paso el interés de muchos curiosos que, al no tener mejor cosa que hacer, la siguieron hasta la misma puerta de Jerez. Una vez allí, al impedirseles el paso, subieron a los adarves de las murallas desde las que se tenía una magnífica perspectiva de gran parte de la flota y del encuentro que iba a producirse entre el militar y el marino. Eran unos espectadores de excepción aunque, a la distancia que se encontraban, poco podrían oír de aquella conferencia, pero estaban seguros de que era algo relacionado con el rumor que ya se difundía por la ciudad. Cuando el maestre llegó a la zona donde estaba anclado el *Nuestra Señora de Atocha*, le aguardaba el conde de Fernán Núñez.

—¿Quiere vucencia subir a bordo o soy yo quien desembarca? —gritó Fernán Núñez.

Don Iñigo miró al conde y le devolvió el grito:

—¿No sabéis que la flota está sometida a cuarentena, por causa de la peste?

—¡Puedo aseguraros que no hay peste a bordo de esta nave! ¡No sé cómo ha podido difundirse semejante estupidez!

—¿Por qué entonces se ha establecido la cuarentena? —preguntó don Iñigo encogiéndose de hombros.

—¡Pardiez, que no lo sé! ¡Pero puedo juraros por mi honor que no hay peste en el galeón!

—¿Lo juráis por vuestro honor?

—¡Ya lo creo que lo juro! ¡Si queréis, mando a por unos evangelios!

—¡No es necesario! ¡Me basta con vuestra palabra y vuestro honor de caballero!

Aquella respuesta fue como un bálsamo para los alterados nervios de Fernán Núñez, quien señaló:

—Se nota, don Iñigo, que sois hombre de honor, por lo que valoráis la palabra de un caballero. ¿Deseáis subir o bajo yo?

El maestro no se lo pensó.

—Seré yo quien suba a bordo. ¡Facilitadme medios!

Con unos cabestrantes y sus correspondientes poleas se bajó del galeón una chalupa con dos remeros. Sin apenas esfuerzo, dada la distancia, ganaron la ribera y ayudaron al maestro a subir al bote, quien al poco ganaba la cubierta del *Nuestra Señora de Atocha* acompañado de uno de sus capitanes.

Tras estrecharse las manos a modo de breve saludo, los dos hombres siguieron al marino hasta el camarote del difunto almirante en medio de las expectantes miradas de la tripulación, que guardaba un silencio impresionante. Allí, tendido en el suelo, estaba el cadáver de don Luis de Bazán. Tenía hundida la nuca. La sangre, ya coagulada por el tiempo transcurrido, era de color negruzco y formaba una especie de pasta que apelmazaba sus cabellos. El cuerpo estaba de bruces y junto a él, en medio de un charco de sangre coagulada, había un candelabro de bronce.

Los dos militares se quitaron el sombrero, en señal de respeto al muerto. Iñigo de Parias dijo con voz apenas audible:

—Que Dios Nuestro Señor tenga piedad de su alma. —Y a continuación preguntó —: ¿Sabéis cuándo ocurrió?

—No os lo puedo señalar con precisión, pero, desde luego, tuvo que ser después de la medianoche, aunque no mucho más tarde. Lo digo por las trazas del cadáver, que hemos descubierto a eso de las seis de la mañana.

El maestro de campo se acercó a las puertas que daban acceso a la cámara acorazada donde habían estado depositados el oro, la plata y las piedras preciosas:

—¡Se lo han llevado todo! ¡Por la Santa Madre de Dios!

—En efecto —fue la lacónica respuesta de Fernán Núñez.

—¡Esos canallas han hecho un buen trabajo! Contadme cuanto sepáis de todo esto.

El responsable de la flota carraspeó como si deseara aclararse la voz.

—Veréis, don Iñigo, es muy poco lo que puedo contaros porque es muy poco lo que sé. Anoche los hombres cenaron, como de costumbre, y se hizo el relevo de la guardia para que entrase el turno correspondiente. Los relevos se hacen a las doce. Los dos hombres que entraron de guardia han desaparecido...

—¿Desaparecido, decís?

—Así es. No sabemos dónde están.

—¿Sabéis si están vivos o muertos?

—También ignoramos eso.

—Lo único que en estos momentos podemos decir es que han desaparecido. Desconocemos su paradero. Han podido ser asesinados, al igual que el almirante... Tampoco sabemos qué ha ocurrido con el contraмаestre. Lo único que podemos afirmar es que no están en el galeón. La búsqueda, os lo puedo garantizar, ha sido concienzuda.

—Bien, me decíais que se produjo el relevo del turno de noche...

—En efecto, y después de eso ya no sabemos más.

El militar fijó sus ojos en el marino con una mirada llena de incredulidad.

—¿No pretenderéis hacerme creer que han asesinado al almirante, han robado un tesoro compuesto por un montón de cofres, baúles y arcas cargadas de oro, plata y joyas que han tenido que descargar del galeón, han desaparecido dos marineros y el contraмаestre y nadie se ha enterado de nada?

—¿Acaso, señor, estáis dudando de mi palabra? —El malestar del conde era manifiesto.

—Nada más lejos de mi intención, pero convendréis conmigo que resulta increíble que nadie se haya enterado de nada.

—Habéis de saber que toda la tripulación fue narcotizada.

—¿Drogaron a todo el mundo? —el maestre abrió desmesuradamente los ojos.

—En la cena, o mejor dicho, en el ron que anoche se distribuyó, en ración doble para todo el mundo como celebración por el final del viaje y porque la tensión acumulada ante la negativa impuesta a desembarcar por las autoridades de la ciudad aconsejaba que los hombres se relajasen. Solo se prohibió la bebida a los hombres que tenían encomendada la guardia. Yo mismo bebí un cubilete. Eso fue lo único que todos compartimos anoche, por lo que deduzco que ahí se encontraba el bebedizo que nos dieron. Todo el mundo se sintió somnoliento poco después de beber. Creo que su excelencia el difunto marqués de Santa Cruz tampoco bebió.

Don Iñigo se pasó varias veces la mano por el mentón.

—En ese caso quienes han llevado a cabo esta fechoría contaban con algún cómplice entre los que estaban en el barco.

—Eso podéis darlo por seguro —apostilló Fernán Núñez.

Tras un breve silencio, el maestre preguntó con curiosidad:

—¿Es cierto que no hay peste en los galeones?

—Tan cierto como que don Luis está muerto y que vos y yo estamos aquí.

—Sin embargo, el cabildo municipal tiene noticia certificada de que la flota está contagiada. Se afirma, sin ningún resquicio para la duda, que ha habido numerosas defunciones entre las tripulaciones.

—Todo eso es falso. Una patraña que no alcanzo a explicarme.

—En Sevilla también se tiene noticia de que está infectada toda la costa gaditana y numerosas poblaciones del interior.

—¿Cádiz y las poblaciones de su bahía? —preguntó el marino.

—Sí, Cádiz y numerosas localidades de su contorno. Se cuentan historias terribles de lo que sucede en estos lugares, donde las víctimas se cuentan por millares.

—¿Habéis estado vos en esa zona? —preguntó el conde.

—No, mi tercio lleva en Sevilla tres semanas, esperando la llegada de esta flota para colaborar en el complicado proceso de descarga de los galeones. Ya sabéis, son muchas las moscas que acuden al olor de la miel...

—En ese caso habréis de saber que hace cuatro días dejamos atrás Sanlúcar de Barrameda y que la población gozaba de salud; ella y las comarcas. No había ni el menor indicio, ni la más remota noticia, de la existencia de ese contagio que en Sevilla se da por cierto y certificado. Aquí están ocurriendo, mi querido amigo, cosas muy extrañas.

—Tenéis toda la razón —apostilló el militar.

La reunión que se estaba celebrando en la sede de la Casa de Contratación había congregado a las más altas representaciones de la ciudad. Allí se habían dado cita, convocados por el presidente del influyente órgano del gobierno colonial, el oficial mayor de la Casa de la Moneda, el presidente de la Audiencia sevillana, el maestre de campo del Tercio Viejo de la Armada, el asistente en funciones, el deán de la Santa Iglesia Catedral, en representación de su ilustrísima el arzobispo de la diócesis, el inquisidor mayor del tribunal del Santo Oficio en Sevilla, el presidente del poderoso Consulado de mercaderes, así como un representante de los llamados cuatro gremios mayores de la ciudad. Concurría también un teólogo, según la norma de obligado cumplimiento en toda reunión de cierta relevancia que se celebrase en los dominios de su católica majestad, como medida que garantizase la ortodoxia de las decisiones que se adoptasen en ella. Se trataba de un enjuto miembro de la orden de predicadores, conocido por su rigorismo dogmático y famoso por el ascetismo de que hacía gala en su vida cotidiana.

La causa de aquella junta, verdaderamente extraordinaria, era el asalto y el robo sufrido por el *Nuestra Señora de Atocha*. Estaban reunidas las testas que representaban el poder, en sus diferentes manifestaciones, en la capital hispalense. Unas instituciones cuyos enfrentamientos, y divergencias, por asuntos en los que sus respectivas competencias entraban en fricción, eran notorios y del dominio público.

A veces aquellas diferencias habían surgido por cuestiones de preeminencia o protocolo en actos públicos a los que concurrían, tales como autos de fe, procesiones solemnes, como la del Corpus Christi.

Había en torno a aquella mesa otros muchos enfrentamientos que dificultaban la solución de problemas que padecían los sevillanos o complicaban de forma desmesurada asuntos de interés general para la ciudad y su amplia jurisdicción. Don Pascual de Bustamante y Solís, que era como se llamaba el presidente de la Casa de Contratación, había dispuesto una mesa redonda para evitar de este modo los graves problemas que, sin duda, habrían surgido a la hora de tomar asiento los concurrentes a la reunión que había convocado.

Abierta la sesión por don Pascual, que explicó el motivo de tan extraordinaria convocatoria, don Iñigo de Parias informó de su visita al *Nuestra Señora de Atocha*. Nada más concluir, tomó la palabra el asistente en funciones de la ciudad.

—¿Dice el señor maestre que ha estado a bordo de la nave capitana de la flota?

—En efecto, he visto con mis propios ojos el cadáver del marqués de Santa Cruz y el expolio de los tesoros guardados en la cámara acorazada que para tal menester hay dispuesta en el galeón.

—Mi pregunta no lo es tanto para tener noticia certificada de esos latrocinios,

cuanto para señalar que habéis incumplido las disposiciones acerca de la cuarentena a que la flota está sometida. —La voz del asistente en funciones sonaba meliflua y en su boca se dibujaba una sonrisa malévol.

La furia brilló en los ojos del militar, que a duras penas daba crédito a lo que escuchaba. Se puso de pie y, aunque su actitud no era amenazadora, puso en tensión a los presentes.

—¡Habéis de saber que si ahora tenemos noticia cierta y verídica del robo y del asesinato es porque, asumiendo el riesgo que conllevaba, he subido a bordo de ese galeón, donde no hay el menor indicio de que la peste haya afectado a su tripulación! Es más, todo apunta a que la epidemia de peste que se dice asola media Andalucía es una patraña. Según el conde de Fernán Núñez, actual responsable de la flota, Cádiz y sus lugares gozaban de perfecta salud cuatro días atrás, que es cuando la flota iniciaba la remontada del Guadalquivir.

La última afirmación del militar levantó un coro de murmullos entre los presentes.

—Sentaos y sosegaos, don Iñigo, todos estamos un poco alterados por la situación en que nos encontramos. —El anfitrión trataba de que la reunión no se le fuese de las manos, cosa que podía ocurrir en cualquier momento, dadas las enconadas rivalidades de los presentes y el espinoso asunto que había sobre la mesa.

Fue el deán quien logró imponer su vozarrón por encima de los comentarios.

—¿He oído mal o habéis dicho que Cádiz y su tierra gozan de buena salud?

—¡Eso es exactamente lo que he dicho! ¡Eso es exactamente lo que me ha dicho el responsable de la flota y, pardiez, que creo que es la verdad! ¡Todo lo demás es una patraña! ¡Una patraña que tiene amarrada e incomunicada a la flota! ¡Una situación que ha permitido el robo del oro! ¡Si esa flota se hubiese descargado ayer, no estaríamos ahora reunidos aquí!

Los murmullos ganaron en intensidad y alguno de los presentes se removió inquieto en su asiento.

—Es como... como si una mano diabólica hubiese trazado un terrible plan para que todo esto haya ocurrido. —Farfulló Pedro de Cardeñosa, representante de los mercaderes del Consulado.

Aquellas palabras tuvieron un efecto inmediato: todos los murmullos se apagaron y se hizo un silencio cortante. Fray Juan de Salizanes fue el primero en reaccionar.

—Con todos mis respetos al señor De Cardeñosa, he decir que eso es una majadería. ¡Nadie puede inventarse la existencia de una epidemia de peste para robar el oro de las Indias! ¡Es, sencillamente, imposible! ¡Además, os recomiendo que no metáis al maligno en este asunto! ¡Ni es decente, ni es de buen cristiano!

Al escuchar aquellas últimas palabras, el mercader se encogió en su sillón, aunque le quedó un resto de voz temblorosa para responder sumisamente:

—Vuestra paternidad conoce de sobra mi acendrado catolicismo y mi fe ciega en los mandatos de Nuestra Santa Madre Iglesia.

Fue entonces cuando tomó la palabra el presidente de la Casa de Contratación.

—Lo que acaba de decir Pedro de Cardeñosa no es ninguna tontería. —A diferencia del mercader, el tono que empleó era rotundo y enérgico.

Algunos de los presentes fruncieron el ceño y todos quedaron expectantes, esperando a que Bustamante continuase. Éste, por toda respuesta, sacó de su pecho un pliego doblado, que tenía guardado en su jubón.

—La pasada noche a eso de las cuatro me ha sido enviado este papel. Unos criados lo recibieron por el postiguillo de la puerta principal de las casas de mi morada, cuando acudieron al alboroto de unos recios aldabonazos. Su contenido arrojará luz sobre este complicado asunto. Quienes lo llevaron indicaron a los criados que se trataba de un asunto de extrema gravedad y urgencia, tanta que, a pesar de lo descompuesto de la hora, rogaban que se pusiese en mi conocimiento lo antes posible. Lamentablemente, mis fámulos han aguardado hasta que ha sido demasiado tarde para tomar algún tipo de medidas que hubiesen, tal vez, abortado la situación presente. ¿Quiere vuestra reverencia leer este pliego? —Alargó el papel al deán, que estaba a su derecha.

La expectación se habían adueñado de la reunión.

El canónigo tomó el papel, se colocó unas antiparras de redondos cristales, embutidos en una negra y recia armadura que se limitaba a las circunferencias que contenían las lentes y el puente que las unía, y leyó con voz grave y entonada.

Sevilla, a las tres horas de la madrugada del 21 de abril de 1646

*Excmo. Sr. Don Pascual de Bustamante y Solís
Presidente de la Casa de Contratación*

Poner en conocimiento de V. E., por tan extraño procedimiento y a tan desusadas horas, lo que tenemos que decirle es la más viva expresión de cuan conturbado se encuentra el ánimo de quienes nos dirigimos a V. E. Sin embargo, no encontramos en las circunstancias presentes otro procedimiento que el de hacer llegar a V. E. este papel, para poner en conocimiento de V. E. que todo lo que acaece en esta ciudad de Sevilla, relacionado con la existencia de un contagio pestilente, responde a una trama urdida con siniestros manejos para provocar el cerramiento y la paralización de esta dicha ciudad. Y lo que es del mayor interés para quienes han organizado todo este asunto: el aislamiento de la flota, dejándola inmovilizada, al quedar sometida a una cuarentena de salud por una epidemia que no existe.

La excepcional situación en que vive estos días la ciudad de Sevilla ha permitido que los criminales planes de los urdidores del estado de cosas que al presente suceden se hayan convertido en realidad. Los susodichos planes contemplan el robo del oro, de la plata y de las joyas que trae la flota de Indias, depositados en la nave capitana de ella, el galeón Nuestra Señora de Atocha. Para lograr tan criminales propósitos, quienes han tramado tan inicuo plan necesitaban que la confusión, el desconcierto y la más irracional de las conmociones se hubiesen apoderado la ciudad para cuando llegase la dicha flota, de tal guisa que la misma quedase en una situación tal que les permitiese llevar a cabo sus siniestros propósitos.

Ítem más, ponemos en conocimiento de V. E. que la muerte del señor asistente, fruto de un vil

asesinato de quienes no tienen ni Dios, ni ley, ni Rey, ha sido provocada por los autores de la criminal trama cuya relación ponemos en conocimiento de V. E. La alevosa muerte de su excelencia el conde de Paredes ha sido la consecuencia de que el susodicho había alcanzado a conocer la situación verídica que se daba respecto de todo lo relacionado con el contagio pestilente que rumores esparcidos de forma maliciosa e intencionada difundían que padecían los lugares de la costa del reino de Sevilla, así como la flota de Indias recién llegada allende los mares y procedente de dichos parajes. S. E. el asistente ignoraba, sin embargo, las ligazones que había entre la invención del susodicho contagio y los criminales planes de robo de los galeones del Rey Nuestro Señor, cuya vida Dios guarde. Pero el conocimiento de la falsedad del contagio pestilente convertía su muerte en una imperiosa necesidad para los autores de la trama urdida porque el referido conocimiento ponía en entredicho y dificultaba sus planes respecto de la flota, cuyo robo resultaría imposible sin que la misma permaneciese sometida a la cuarentena que habría de decretarse inexorablemente al encontrarse los galeones bajo sospecha de contagio.

En el eje de esta trama se encuentra don Rodrigo Ponce de León, duque de los Alcores...

Al escuchar aquel nombre se levantó un murmullo entre los presentes. Los comentarios de los reunidos iban desde la incredulidad hasta la sorpresa. Don Pascual hubo de solicitar silencio para que el deán pudiese concluir la lectura.

... Recurrimos, por tan extraordinario procedimiento, a la autoridad de V. E. por ser la de mayor rango en los asuntos relacionados con la flota, cuyo robo está perpetrándose en estas precisas horas en que damos noticia de todo este asunto a V. E. y porque los intentos realizados en otras instancias han resultado infructuosos.

Somos conscientes de lo increíble que estas líneas han de resultar a V. E. y de que el ánimo de V. E. tal vez considere que todo esto no es sino un loco desvarío de quienes lo escriben.

Pero hemos de poner en conocimiento de V. E. que la vida de los firmantes, humildes servidores de V. E., ha corrido serio peligro y lo corre en el momento presente porque no solo conocemos el curso de los mentados sucesos, sino que hemos alcanzado a saber algunos otros elementos y detalles que son de suma importancia.

Solicitamos el amparo de V. E., así como que V. E. haga cuanto en su mano esté para poner coto a tan criminales acciones, a la par que quedamos a la entera disposición de V. E. para informarle de todo cuanto en nuestra mano esté, relacionado con este criminal proceder.

B. L. M. de V. E.

Doctor Ruiz de Acevedo y Jerónimo de Loaysa

Contra todo pronóstico, el silencio que había acompañado a la lectura de aquel papel, solo roto cuando se mencionó el nombre del duque de los Alcores, se mantuvo inalterado después de la misma. Nadie abría la boca. Solo se sentía en la quietud de la sala la agitada respiración de algunos de los presentes y el ruido que producía en los sillones el movimiento incómodo de quienes se rebullían en sus asientos. Fue don Pascual de Bustamante quien puso fin a aquella situación.

—Esta mañana, a eso de las nueve y media, he tenido conocimiento del papel que el señor deán acaba de leer. El pliego me ha sido entregado con el desayuno, cuando era demasiado tarde para actuar.

—¿Tenéis certeza, don Pascual, de la hora en que este papel —preguntó el deán agitando con fuerza el pliego que tenía en la mano— llegó a vuestra casa?

—La hora es la que os he dicho, ¿por qué lo preguntáis?

—Porque resulta verdaderamente increíble lo que estas líneas contienen. Más parecen el producto de un desvarío que la explicación de una realidad. Aunque...

—Aunque, dadas las circunstancias, y ocurrido lo ocurrido —le interrumpió el maestre—, quienes firman ese papel no son ni unos locos ni gentes que desvarían, sino individuos que tenían conocimiento de lo que estaba urdiéndose y de la relación que existe entre la falsedad de la epidemia, falsedad que me ha sido confirmada por el actual responsable de la flota, y el robo del oro y de la plata que venía en la misma.

—Tengo entendido que el doctor Ruiz de Acevedo había sido comisionado por el difunto asistente, Dios lo tenga en su gloria, para confirmar las noticias que habían llegado a Sevilla en relación con la existencia del contagio. —El responsable de la Casa de la Moneda se atusaba con la mano derecha la guía de sus imponentes mostachos mientras hablaba—. Hemos de suponer que tiene datos fidedignos y sobrados acerca de lo que señala en ese papel. Me extraña, no obstante, el hecho de que dicho doctor, si tenía esos datos, no hubiese actuado con mayor antelación para desbaratar esos planes.

Aquellas palabras tuvieron un efecto fulminante en los presentes, sembrando un fondo de duda en todos ellos. La reacción fue inmediata.

—Me conformo con el parecer que acaba de señalar el representante de la Casa de la Moneda y pondero que, en efecto —quien había tomado la palabra era el presidente de la Audiencia—, afirmaciones como las contenidas en ese... en ese papel —agitó la mano nerviosamente— habrán de ser sometidas a un riguroso proceso de confirmación y para ello se hace necesario abrir el expediente correspondiente.

Acto seguido intervino el inquisidor para poner de manifiesto las especiales circunstancias que concurrían en aquel caso. Tan especiales que entendía, dados los diabólicos manejos que se apreciaban en aquel asunto, que el Santo Oficio debería asumir un importante papel en el curso que el desarrollo de los acontecimientos deparasen. Exigió que fuese la jurisdicción del tribunal que él representaba quien asumiese todo el procedimiento que habría de incoarse.

Apenas hubo terminado, se encontró con la negativa a su pretensión por quienes representaban a las Casas de Contratación y de la Moneda. Sostenían ambos que se trataba de un asunto meramente civil donde el Santo Oficio no tenía margen ninguno de actuación. Luego, la coincidencia mostrada se desvaneció, al enzarzarse ambos en una acre disputa acerca de cuál de los dos organismos era el más competente para hacerse cargo de todo lo que se derivaba de aquella materia.

Para no ser menos, porque en aquel asunto no había materia ni de fe ni de moral que pusiese en peligro la ortodoxia de los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, salvo la pérdida de las almas de quienes habían urdido tan diabólico plan, que

quedarían irremisible e inexorablemente condenadas, el teólogo enhebró un largo discurso, con su correspondiente exordio, que fue tan pesado que arrancó algunos bostezos de los reunidos. Las palabras finales de su perorata fueron acogidas con un rosario de murmullos.

—¡Señores, señores, mantengamos un orden! —Bustamante trataba de que la reunión no se convirtiese en la suma de varios corrillos, donde se daba opinión al compañero de asiento.

—¡Con el permiso de su excelencia, quisiera decir algo! —Era una voz poderosa la que pedía permiso. Tenía tal energía que la solicitud quedaba como una mera fórmula. Quien hablaba era Roque Barcia, el representante de los gremios sevillanos, que no esperó a recibir la autorización solicitada—. En este momento la ciudad es un hervidero de rumores y seguirá siéndolo durante muchos días, pero eso es algo baladí. Considero que lo más importante es poner fin al aislamiento de Sevilla por causa de una epidemia que no existe; yo al menos no albergo dudas en este punto. Esa situación está creando un grave perjuicio a su comercio, a sus gremios, a su abastecimiento, a su agricultura, a su ganadería y a su vecindario en general. Es imprescindible pregonar, por todos los medios a nuestro alcance, la salud de que goza el reino y la apertura inmediata de puertas y postigos. En segundo lugar, nos encontramos con un grave asunto, cual es el robo de los tesoros de la flota, acerca del cual también se hace imprescindible iniciar las correspondientes pesquisas. Si bien no soy persona autorizada, entiendo que si su excelencia ha recibido, en plena noche y mucho antes de que fuese del dominio público, noticia del robo así como de la falsedad de la epidemia por medio de ese papel, que está firmado y signado por personas abonadas y conocidas como lo son el doctor Ruiz de Acevedo y el maestro Loaysa, que, además, se ofrecen para aportar detalles y extremos acerca de quiénes están detrás de todos estos latrocinios, se deberá acudir a ellos para que manifiesten todo lo que saben al respecto. También opino que se les debe dar la protección necesaria, porque a ninguno de los presentes se le ocultará el grave riesgo que corren sus vidas en las actuales circunstancias. Es todo cuanto tenía que decir.

Nada más concluir el representante de los gremios, el maestre de campo se levantó y se dirigió a donde estaba Barcia. Todos le miraban expectantes.

—Lo que acaba de decir vuesa merced es lo más sensato que he escuchado en largo rato.

Aquel gesto hizo que surgiesen otra vez los murmullos y que la reunión entrase en su recta final.

El asistente se comprometió a tomar las medidas necesarias para que quedase pregonada la salud y la ciudad fuese normalizando su vida, aunque el robo de la flota era algo de tal entidad y envergadura que la conmoción llegaría muy lejos.

Uno a uno los reunidos manifestaron su disposición a colaborar con la justicia y

recordaron las competencias de sus jurisdicciones respectivas, así como las dudas que algunos de ellos albergaban respecto de la actuación del doctor Ruiz de Acevedo y del maestro Jerónimo de Loaysa. El maestro de campo ofreció los medios de que disponía para colaborar en las pesquisas y el esclarecimiento de los hechos. Cuando los demás se retiraban, el presidente de la Casa de Contratación pidió a don Iñigo que se quedase un momento más. Una vez solos, don Pascual le comentó:

—Ruiz de Acevedo y Loaysa están aquí. Quiero que me acompañéis a la reunión que voy a mantener con ellos. Deseo que seáis testigo de excepción porque en todo este asunto hay algo que no me gusta, que huele mal. ¡Es todo tan fantástico...! ¡Tan irreal...! ¡Inventarse una epidemia y conseguir que una ciudad como Sevilla se crea tal patraña con el fin de robar la flota de Indias...! ¡No sé, no sé! ¡Estoy hecho un mar de confusiones!

El maestro lo miró fijamente. El militar tenía un rictus de extrañeza dibujado en el rostro.

—No acabo de entenderos, don Pascual. ¿Tenéis alguna duda acerca de ese papel que ha conmocionado a los reunidos?

—Tengo muchas dudas, mi querido amigo, muchas. Aunque tanto el doctor Ruiz de Acevedo como el maestro Loaysa son personas de relieve y consideración, no señalan en su escrito cómo han llegado a tener conocimiento del plan para robar la flota. Bien está que el doctor, que hemos comprobado que fue comisionado por el conde de Paredes para poner en claro el asunto del contagio, sepa que los lugares que se decían inficionados están sanos, pero... pero... ¿por qué no se aclaró antes la falsedad de la epidemia? ¿Qué papel ha jugado en ello Ruiz de Acevedo? Y, sobre todo, ¿cómo ha llegado a saber lo de la flota? Otra cosa más, ¿qué papel juega en todo esto el imaginero? No sé... no sé, mi querido maestro. Tengo muchas dudas.

—¿Con esas palabras insinúa vuestra excelencia algo? —preguntó el militar un poco amoscado.

—Si he de seros franco, he de deciros que no hay quien me quite de la cabeza que Ruiz de Acevedo y Loaysa están implicados en el asunto del robo. Vamos, ¡que son cómplices en este feo asunto!

—No alcanzo a comprender la razón por la que pensáis tal cosa. ¿Qué ganarían poniendo en vuestro conocimiento la existencia del plan?

Ahora fue don Pascual quien fijó su ojos, penetrantes y duros, de un color gris acerado, en el militar. Éste sostuvo la mirada.

—La pregunta primera es: ¿por qué ponen en mi conocimiento el asunto cuando ya es demasiado tarde para tomar medidas eficaces que eviten el desafuero? Luego vienen otras más como, por ejemplo: ¿qué ha hecho Ruiz de Acevedo desde su regreso a Sevilla, cumplida su comisión?, ¿desde cuándo saben que se tramaba el robo de la flota?, ¿cómo es que conocen tantos detalles? Son demasiados cabos

sueltos y habréis de coincidir conmigo que inducen a sospechar.

Se hizo un breve silencio, que rompió el militar.

—Sin embargo, no habéis contestado a mi pregunta: ¿qué es lo que ganan declarando lo que saben?

—¡Está muy claro! ¡Con esa actuación se limpian de cualquier sospecha! ¿Os parece poco? —El presidente de la Casa de Contratación había levantado la voz, poniendo un punto de vehemencia en sus palabras.

—Siento deciros que me parece poco, muy poco. A nadie en su sano juicio se le ocurre destapar su propio plan antes de ejecutarlo. Además, habéis de saber algo importante. Conozco de hace años al doctor Ruiz de Acevedo, a quien me unen lazos muy estrechos. Le considero persona sin tacha, incapaz de cometer una acción inmoral y mucho menos una felonía como la que levanta las sospechas de vuestra excelencia.

—¿De qué conocéis al doctor Ruiz de Acevedo?

—Estuvo, años ha, prestando sus servicios en Flandes.

—¿Como médico?

—En Flandes, en el mismo tercio en que estaba encuadrada la compañía que yo mandaba entonces. Es persona abnegada y de valor, puedo asegurároslo. Le he visto, y no una vez, jugarse la vida en los terraplenes, en los canales y en los adarves de ciudades asediadas para llevar un poco de alivio y consuelo a los sufrimientos de nuestros soldados heridos o enfermos.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

—Porque no había motivo para ello. —Las palabras de don Iñigo cortaban como un cuchillo.

Don Pascual de Bustamante y Solís asintió varias veces con leves movimientos de cabeza.

—¡No quiero ni pensar en lo que ocurrirá en la corte cuando lleguen noticias de lo que aquí ha acaecido! ¡Si no solucionamos satisfactoriamente el caso, muchas cabezas caerán en las próximas semanas!

La reunión del presidente de la Casa de Contratación y del maestro de campo con Diego y Jerónimo fue muy tensa porque don Pascual de Bustamante se mostró arisco y desconfiado. Más que con un par de respetables vecinos que le habían ofrecido su colaboración, parecía estar tratando con dos delincuentes. Ni siquiera la explicación que Diego le dio acerca de lo referente a la difusión de la falsa noticia del contagio y su actuación en aquel asunto fueron suficientes para que cambiase aquella actitud. Solo los buenos oficios del militar evitaron que la situación vivida se complicase aún más.

Concluida la reunión, cada uno de ellos había sacado sus propias conclusiones.

El maestro de campo encaminó sus pasos hacia la residencia que se le había asignado mientras permaneciese en Sevilla. En su cabeza bullía un plan de acción que no había revelado a nadie. Creía a pies juntillas la versión de los hechos dada por su amigo el doctor Ruiz de Acevedo y la explicación acerca de su actuación. Disponía de los hombres y de los medios necesarios para llevar a cabo ese plan, que no era otro que el de someter a vigilancia al duque de los Alcores, quien a partir de aquel momento no daría un solo paso sin que él tuviese cumplida información. También algunos de sus hombres disfrazados de mendigos, de mercaderes, de hidalgos ociosos o de clérigos haraganes se dispersarían por mesones y posadas, así como por los mentideros de la ciudad donde fluía sin cesar un enorme caudal de información, porque pensaba, con buen criterio, que un hecho como el de poner a una población de las características de Sevilla en verdadero estado de sitio bajo amenaza de peste y robar la flota de Indias requería de una trama tal y de tal número de gentes implicadas que, por fuerza, en algún momento habría de deslizarse algún comentario, escaparse una frase o se aludiría a algún detalle que podría ponerle sobre una pista segura.

Diego y Jerónimo estaban profundamente desilusionados y afectados. Habían esperado una acogida y una disposición diferente por parte de don Pascual de Bustamante.

El presidente de la Casa de Contratación había recibido recado, nada más concluir aquella reunión, de que el duque de los Alcores tenía necesidad urgente de verle. Aquella visita, le habían dicho, no admitía demora. Después de alguna vacilación, decidió dar una respuesta afirmativa. Poco después de la una, los dos personajes estaban reunidos en el despacho de Bustamante.

Conforme avanzaba el día, la situación en Sevilla era más complicada. A los rumores sobre el robo del oro y la plata, que el paso del tiempo no hacía sino confirmar, se había añadido poco después del mediodía otro comentario increíble: ¡No había peste! ¡Todo se debía a una confusión!

Por las plazas más importantes de la ciudad y en los lugares públicos de mayor concurrencia, como la Alameda de Hércules, o las gradas de la catedral, los pregoneros del cabildo repetían, una y otra vez, con el soniquete típico que empleaban en sus pregones:

Por orden y mandato de su excelencia el asistente de esta ciudad, se hace saber, para que llegue a conocimiento de todo su vecindario, que se ha alcanzado conocimiento por parte de su excelencia de que en las costas de este reino de Sevilla y en las poblaciones de su contorno se goza en el momento presente de buena y perfecta salud, sin que en las mismas haya asomo alguno de contagio pestilente, como se había difundido días atrás en esta ciudad de Sevilla.

Ítem más, se pone en conocimiento de todos los vecinos y estantes que, excusadas las dudas que los infundios esparcidos habían creado acerca de la amenaza de contagio, quedan abiertas desde el presente momento las puertas y postigos que permiten el acceso y salida de la ciudad a su ruedo y contorno, restableciéndose la comunicación y comercio con todos los lugares que habían quedado interrumpidos.

Ítem más, se pone en conocimiento de todos que queda suprimida, por resultar innecesaria, la cuarentena a la que quedaba sometida la flota de Indias que al presente se encuentra amarrada en las riberas del río.

Ítem más, se ordena y manda que ningún vecino difunda rumores que vayan en contra del contenido de la veracidad de este pregón y esparza errores que vayan contra las buenas disposiciones de gobierno de esta ciudad. Todo lo cual se hace público por mandato de su excelencia y para general conocimiento.

En todas las puertas y los postigos de la ciudad, donde se habían fijado tablillas con el contenido del pregón, se habían producido aglomeraciones de gente que deseaba salir del perímetro amurallado y expansionarse por el Arenal y otros contornos de la ciudad. Gentes que deseaban ver de cerca la flota, aquellos inmensos galeones que guardaban entre sus cuadernas tantas fantasías e ilusiones, gentes que soñaban con las historias que se contaban acerca de lo que había al otro lado de la Mar Océano.

En medio del revuelo general que vivía la ciudad, Diego Ruiz de Acevedo y Jerónimo de Loaysa habían regresado a casa del primero.

Ante el curso que habían tomado los acontecimientos, decidieron abandonar Sevilla y buscar un refugio seguro donde reflexionar acerca de la situación en que se encontraban. Bustamante les había insinuado, en un momento de cólera, que su actitud era sospechosa. Como temían estar sometidos a vigilancia por gentes del duque de los Alcores, quien ya había de saber de su huida, aprovecharon la confusión reinante en la ciudad, desbordada por los acontecimientos, para abandonar la casa del

médico. Lo hicieron por la puerta trasera de la vivienda, una vez que comprobaron que no había nadie sospechoso en sus aledaños. Para mayor seguridad, se revistieron con unos capotillos de capucha que les daban aire de criados. Solo les vio salir un alguacil que estaba en la esquina de la calle requiriendo información a unos vecinos. Abandonaron Sevilla por la puerta Real y lograron burlar sin dificultades la vigilancia que ya había establecido el duque de los Alcores.

Varios de los rufianes contratados para eliminar al médico y al escultor se habían dejado arrastrar por el torrente de los acontecimientos y se habían sumado a la muchedumbre que acudía al Arenal para ver de cerca la flota y contemplar la descarga de los ricos, exóticos y esperados productos guardados en sus bodegas y que, una vez levantada la cuarentena, había comenzado.

Cuatro eran los hombres que tenían encomendada la vigilancia, y decidieron que aquel trabajo podía ser hecho por dos de ellos. Echaron a suertes quiénes habían de quedarse. Juana, una joven desenvuelta, zalamera y de buen ver, que pertenecía a la servidumbre de la casa del doctor, llevó a cabo, con notable habilidad, la tarea de entretener a los dos rufianes que su señora le había encomendado.

Diego y Jerónimo salieron a pie. Habían decidido alquilar unos caballos en la posta de Juan de Maluenda, a la entrada del barrio de Triana, junto al castillo de San Jorge. A caballo, marcharían a la alquería que Diego tenía en el Aljarafe.

Antes de encaminarse al Aljarafe rendirían visita al monasterio de Santa María de las Cuevas. Diego tenía que cumplir con la comisión encomendada por su amigo el prior de la cartuja de Jerez, quien le había entregado unas cartas para fray Miguel de Guevara, prior de la cartuja sevillana y que los avatares vividos le habían impedido cumplir hasta aquel momento. Para Jerónimo siempre era agradable acudir a aquel monasterio en cuya capilla mayor estaba su *Cristo de la Clemencia*, la obra a la que tenía más cariño de entre las muchas salidas de sus manos.

Aquel Crucificado, encargo de don Mateo Vázquez de Leca, arcediano de la Santa y Metropolitana Iglesia Catedral, había sido el pasmo de Sevilla cuando se expuso a la veneración pública en la capilla del Sagrario, la semana siguiente a su bendición y antes del traslado a su emplazamiento definitivo a la capilla de Santa Ana, en Santa María de las Cuevas. El imaginero nunca podría borrar de su retina el cruce del puente sobre el Guadalquivir acaecido cuando ya se proyectaban sobre el cielo de Sevilla las primeras sombras de la noche, pero todavía unos ramalazos anaranjados señalaban que el sol se resistía a ocultarse más allá del límite del blanco caserío de Triana. Ni tampoco desaparecería de su mente la impresión vivida cuando se produjo la entrada en el monasterio a la oscilante luz de las antorchas.

El monasterio de Santa María de las Cuevas era un enorme recinto conventual emplazado en la ribera del Guadalquivir donde se abría el populoso barrio de Triana.

El cenobio quedaba aislado del caserío, en medio del campo, y albergaba una amplia comunidad en la que moraba centenar y medio de cartujos, sometidos a las severas y estrictas reglas de la orden.

Sin embargo, no todo era oración, meditación, recogimiento y ascetismo en aquel recinto levantado a mayor honra y gloria de Dios. Allí también tenían acomodo otras prácticas menos elevadas y más materiales.

Para atender a las importantes necesidades que una comunidad tan numerosa requería, el monasterio disponía de varios huertos que encerraban las amplias tapias que circundaban los límites del recinto, numerosas cabezas de ganado vacuno, lanar y de cerda. También contaba con las rentas de sus extensas propiedades diseminadas por todo el arzobispado, entregadas a aparceros y arrendatarios.

Adosados al recinto conventual había grandes establos donde se recogían cada noche los rebaños de ovejas y las puntas de ganado vacuno propiedad de la orden. Disponía el monasterio de amplias y subterráneas bodegas, donde se guardaba, con el reposo y el sosiego convenientes, el vino procedente de las uvas de las rentas y de unas viñas anejas al convento; eran los propios frailes quienes lo elaboraban. También poseía el monasterio su propia destilería, en la que hermanos expertos en ciencias alquímicas obtenían, mediante un complicado procedimiento, licores que eran famosos en toda Andalucía.

Había enormes trojes donde se amontonaban los granos generados por las rentas y que el cillerero se encargaba de administrar convenientemente. Era tal la capacidad de almacenamiento que tenía el monasterio que, en momentos de carestía, los cartujos habían solventado no pocos problemas a las autoridades sevillanas, que no sabían adonde acudir para proveerse de algunas partidas de trigo con las que hacer frente a las hambrunas que, con más frecuencia de la deseada, hacían acto de presencia, trayendo el hambre, la enfermedad y la muerte.

El mayor de los lujos de Santa María de las Cuevas era su espléndida biblioteca, en la que se guardaban códices de incalculable valor, y el escritorio, donde muchos de los monjes se dedicaban al estudio e incluso se continuaba, aunque muy reducida por causa de la difusión de la imprenta, la tarea de copia e iluminación de manuscritos.

En el subsuelo había una red de pasadizos que conectaban numerosas cuevas, cuyo uso era algo indeterminado, aunque allí estaban las mazmorras para reclusión y castigo de frailes desaprensivos. Corrían algunas leyendas, cuyo origen se perdía en el tiempo y que se situaban en la época en que Sevilla y su territorio estaban bajo el dominio de los musulmanes. «Obras de moros», se decía para referirse a aquellos pasadizos en los que era fácil perderse y donde existieron en otro tiempo alfares y lavaderos de pieles. En una de esas cuevas, hacia el año 1400, apareció una imagen de la Virgen María, que había dado lugar a la fundación del monasterio bajo la advocación de Santa María de las Cuevas.

Lo que muy pocos sabían era que se podía acceder a aquel laberinto desde el exterior. Esa entrada ignorada era conocida por dos de los monjes de la comunidad, fray Antón de Laredo y fray Remigio de la Cruz, quienes habían dedicado largas horas a recorrer aquel laberinto hasta alcanzar un conocimiento exhaustivo. Podían moverse por aquellos inhóspitos y hasta tenebrosos lugares con los ojos vendados.

Cuando Diego y Jerónimo llegaron a la entrada de las albardillas que marcaban el amplio perímetro de la zona conventual, recibieron el saludo y la bienvenida del hermano portero y cruzaron a pie la zona de ameno jardín que separaba aquel lugar del edificio monacal, donde fueron atendidos por otro hermano, quien les acompañó hasta el claustro principal, anexo a la iglesia. Allí, el médico y el imaginero aguardaron, sumergidos en el reposado ambiente que se respiraba en el lugar, a que el prior recibiese el recado de su presencia.

Comoquiera que los minutos de la espera transcurrían sin que recibiesen noticia alguna, decidieron entrar en el templo y serenar su espíritu ante el Cristo que más huella había dejado al imaginero. La iglesia invitaba al recogimiento. La soledad del recinto, que a aquella hora estaba vacío, la penumbra en que se encontraba sumido y el silencio impuesto por sus gruesos muros que lo aislaban del exterior, creaban el marco más adecuado para la meditación. Dos tenues candelillas situadas a los pies del *Cristo de la Clemencia* proporcionaban una atmósfera donde la penumbra general del lugar se rompía en un juego de luces y sombras. Tras una genuflexión, los dos amigos tomaron asiento en el primero de los bancos de la capilla. La cabeza inclinada del Cristo, con los ojos velados por la proximidad de la muerte, pero en los que alentaba todavía un resto de vida, parecía colocada a propósito para mirar a los dos hombres que en la soledad del sagrado recinto rumiaban cada uno sus pensamientos.

Eran dos sombras inmóviles casi invisibles en medio de la penumbra reinante. Sin embargo, apenas habían transcurrido unos minutos cuando el silencio del lugar se rompió: hasta ellos llegó un rumor de pasos. Iban a levantarse del banco cuando cesó el sonido sin que nadie se hubiese acercado hasta ellos. Quienquiera que fuese se había detenido en la capilla anterior a la de Santa Ana. Solo les separaba un muro.

Aquel fraile no había acudido para llevarles ante el prior: estaba allí por otra razón. Pasados unos segundos pudieron escuchar el sonido de otros pasos que se acercaban. También cesaron antes de llegar a donde ellos se encontraban. Los dos frailes comenzaron una conversación que en el silencio del sagrado recinto llegaba nítida hasta sus oídos.

—Remigio, ¿estás seguro de que éste es un buen lugar? —La voz tenía un dejo gangoso, que a Jerónimo le resultaba vagamente familiar.

—Claro que lo es. Nadie puede escucharnos. Estamos completamente solos.

El médico y el imaginero, que permanecían sentados en sus bancos, parecían dos

estatuas. El primero hizo ademán de levantarse para desvelar su presencia, pero Jerónimo le sujetó por el brazo y, poniendo el dedo índice en sus labios, le indicó que guardase silencio. Jerónimo notaba cómo los latidos de su corazón habían incrementado su ritmo. Diego, que no acababa de comprender la actitud de su amigo, le miró con ojos interrogantes. Le parecía mal que por una circunstancia del azar se convirtiesen en ocasionales y ocultos testigos del secreto que compartían unos frailes.

Los secretos llenaban con frecuencia la vida de los cenobios y eran pieza fundamental en las luchas, rivalidades y rencillas que tradicionalmente se producían en aquellos recintos cerrados y en escasa comunicación con la vida cotidiana del exterior. A veces esas luchas, que por lo común tenían un carácter soterrado, afloraban con fuerza, produciendo tan duros enfrentamientos en las comunidades monacales que incluso traspasaban los muros conventuales y provocaban sonoros escándalos.

—Bien, en ese caso, dime: ¿cuál es la razón de esta cita? ¿Cuál es esa cosa tan importante que tienes que decirme para que me hayas hecho venir hasta aquí? Recordarás que habíamos decidido actuar con absoluta discreción hasta que hubiese pasado el turbión de acontecimientos que en las próximas semanas habrá de producirse.

Tras aquella reprimenda, la respuesta del monje que había concertado la cita y que atendía al nombre de Remigio fue muy escueta.

—Antón, no me fío de... —Las últimas palabras se perdieron porque al pronunciarlas, sin duda se trataba del nombre de la persona que no gozaba de su confianza, bajó tanto la voz que a los oídos del médico y del imaginero solo llegó un ininteligible murmullo.

—¡Por los clavos de Cristo, Remigio! ¿Para decirme esto me has traído hasta aquí? ¡Estás loco!, ¡completamente loco!

—No, no estoy loco y baja la voz, que pueden oírnos.

—¿Que pueden oírnos, dices? ¿Quién podría oírnos, si acabas de decirme que éste es un lugar seguro, donde nadie puede escucharnos? ¡Estás loco, Remigio, loco! ¿Me oyes? ¡Loco de atar!

—¡Por el amor de Dios, Antón!, ¿quieres callar de una vez y escucharme?

—¡Te escucho! ¡No sé cómo lo hago, pero te escucho! ¡Sé breve!

La voz de fray Remigio bajó un tono de intensidad, pero era claramente perceptible desde la capilla de Santa Ana.

—Cuando te he dicho que no me fío de ese sujeto, tengo mis razones. ¡No he parado de dar vueltas a todo esto desde hace horas! ¡Además, no me gusta ese individuo! ¡Siempre tan escurridizo, tan hermético...!

—Creo que eres injusto, Remigio. Somos amigos desde hace muchos años y nunca me falló.

—¿Injusto, dices? Escucha con atención y verás como coincides conmigo. Ese tal Juan...

Justo en aquel preciso momento una voz rotunda sonó en la puerta de la iglesia:

—¿Maestro Jerónimo, maestro Jerónimo? ¿Estáis ahí? ¿Están ahí vuestras mercedes? —Al no obtener respuesta, aquella voz, que sonó más cerca porque el fraile que les reclamaba avanzaba por la nave, volvió a preguntar—: Maestro, ¿estáis ahí?

Diego y Jerónimo se miraron y comprendieron que tenían que responder.

—Ya vamos, ya vamos, hermano. Estamos aquí —quien respondió fue el médico—. Mi amigo quería rezar ante el misericordioso *Cristo de la Clemencia*.

Los dos hombres se levantaron rápidamente, cruzaron el templo y salieron al encuentro de quien preguntaba por ellos. Ni siquiera miraron hacia la capilla donde, ocultos en las sombras, permanecían inmóviles los dos frailes que habían sostenido la interrumpida conversación. A medio camino entre la puerta del templo que daba al claustro y a la capilla de Santa Ana se encontraron con el fraile que les llamaba.

—Su paternidad recibirá de inmediato a vuestras mercedes —les indicó con una graciosa reverencia, que tenía algo de bufonesca. Luego, dirigiéndose al escultor, le comentó calurosamente—: Vuestro Cristo, maestro Jerónimo, es obra tan impresionante que movería a conmiseración a las mismas piedras. ¡Qué expresión! ¡Qué sentimiento! ¡Qué fuerza tan emotiva! ¡Solo la fina sensibilidad de un artista de vuestra categoría es capaz de expresar tanta emoción!

Jerónimo agradeció las finezas del clérigo, quien les conducía con paso presuroso.

El prior era un hombre de mediana edad. Entrado en carnes, aunque no podía decirse propiamente que fuese obeso, tenía un rostro redondo, como una circunferencia, a lo que colaboraba la gruesa papada que le colgaba bajo la barba. Les saludó con cordialidad estudiada, esperando a pie quieto que se acercasen hasta él. Les recibió en la cámara que anteceda a su celda. Era un lugar espacioso y sobriamente decorado, pero amueblado con objetos que denotaban calidad y buen gusto.

Tras los saludos de rigor, Diego le entregó las cartas a él destinadas.

—Su paternidad habrá de excusar el retraso en la entrega, pero los acontecimientos vividos en Sevilla me han impedido cumplir el encargo con la puntualidad debida y la rapidez que habría sido de mi gusto.

—Me hago cargo, mi buen doctor, me hago cargo y entiendo vuestras razones. — El fraile se frotaba las manos.

Fray Miguel de Guevara preguntó al médico, más por cortesía que por interés, acerca de sus hermanos de Jerez. La respuesta de Diego estuvo en consonancia con el desinterés de quien preguntaba.

Mientras se desarrollaba aquella fría conversación, Jerónimo trataba de recordar

dónde había escuchado aquella voz gangosa, cuyo propietario respondía al nombre de fray Antón. Absorto en aquel pensamiento, casi no se percató de que el prior elogiaba la imagen del *Cristo de la Clemencia* y le preguntaba por sus nuevos proyectos. Un tanto confuso, el imaginero señaló que, además de los trabajos menores, obra del taller, dedicaba su esfuerzo a un Nazareno, encargo de una cofradía cordobesa.

El resto de la conversación transcurrió con alusiones a la inexistencia del contagio y al robo de la flota, que el prior calificó de sacrílego. Así llegaron al final de aquel encuentro. Ni el prior deseaba prolongarlo más de lo estrictamente protocolario, ni los visitantes estaban interesados porque se alargase. Los tres tenían mejores cosas que hacer para perder el tiempo con banalidades.

El prior les despidió con fingidas muestras de afecto, sin molestarse en acompañarles más allá de la puerta de la cámara donde estaban. Allí les aguardaba el diminuto fraile que les había conducido anteriormente y que dormitaba acurrucado junto a la entrada.

—¡Fray Agustín, acompaña a los señores! —ordenó tajante el prior.

Ya se marchaban cuando Jerónimo se volvió.

—¿Querrá su paternidad saludar en mi nombre a fray Antón?

—Perded cuidado, saludaré en vuestro nombre a fray Antón de Laredo.

El sol se levantaba aún dos palmos sobre el horizonte cuando Diego y Jerónimo abandonaban la cartuja de Santa María de las Cuevas por la misma puerta que habían utilizado para entrar en el recinto conventual. Apenas se habían alejado del muro de adobe que encerraba los jardines y el huerto que ceñían los alrededores del monasterio, cuando el médico preguntó a su amigo:

—¿Quién es ese fray Antón para quien has dejado saludos?

—No tengo idea de quién puede ser, pero ahora sé que se llama Antón de Laredo.

—¿Puede que haya más de un fray Antón? —preguntó Diego.

—No lo creo. En ese caso, el prior habría hecho algún comentario acerca de a cuál de ellos me refería.

—Si no sabes quién es, ¿por qué le has dejado tu saludo?

—Porque fray Antón es uno de los frailes que hablaban en la capilla y su voz me resulta familiar, pero no consigo situarla.

Tras la respuesta, cada uno quedó sumido en sus propios pensamientos. Marcharon, con los caballos al paso, sin apenas darse cuenta de que dejaban atrás las últimas casas de Triana. Habían cabalgado un largo trecho cuando repente Jerónimo casi dejó escapar un grito.

—¡Ya lo tengo!

Su amigo, sorprendido, le preguntó:

—¿Qué es lo que tienes?

—¡Diego, ya sé dónde he escuchado antes esa voz!

—¿A qué voz te refieres?

—¡A la de fray Antón de Laredo!

—¿Dónde?

—Estoy seguro de que ese fraile era uno de los individuos a los que oí conversar la pasada noche en la puerta de la casa del duque de los Alcores.

—¿Estás seguro? —preguntó Diego, sorprendido.

—Completamente. No sé si te has fijado en que su voz tiene un tono gangoso, muy característico. Es una voz que no resulta difícil identificar. Ahora sé a quién pertenece.

—¿Estás seguro de no equivocarte? —insistió el médico.

—¡Apostaría todo lo que tengo a que uno de los individuos que marcharon para robar en el *Nuestra Señora de Atocha* era ese cartujo! ¡También estaba en la reunión que celebraban en casa del duque, cuando tuve conocimiento de lo que tramaban!

—¿Cómo lo sabes?

—Había dos frailes. ¡Estoy seguro de que son esos dos que hemos escuchado en la iglesia!

—Si eso es así...

—¡Lo es, Diego, lo es! ¡No te quepa la menor duda!

—¡Santo Dios! ¡Eso quiere decir que los cartujos están implicados en el robo! — exclamó Diego.

—Tal vez sea exagerado decir «los cartujos» —le corrigió su amigo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los dos frailes que han sostenido la conversación en la iglesia lo han hecho a escondidas. Tenían temor a ser descubiertos. Ese conciliábulo entre los dos era una reunión clandestina. Ya viste cómo se ocultaron cuando llegó el fraile que nos buscaba. Pienso que más bien se trata de una acción en la que se hallan implicados esos dos frailes. Es posible, aunque no podemos precisarlo, que haya alguno más. Pero no es cosa de la comunidad.

—¿Crees que esos frailes saben quiénes somos? —preguntó Diego.

—Es posible que no nos identificasen cuando pasamos por su lado. La oscuridad de la iglesia era grande y, además, estarían más preocupados por no ser descubiertos que por averiguar algo. Pero supongo que a estas horas habrán hecho las pesquisas correspondientes.

—Eso significa —señaló Diego— que el peligro que corremos es cada vez mayor.

—En efecto, nuestra vida no vale un maravedí —sentenció Jerónimo.

Hacía rato que habían dejado atrás Triana y se internaban, cada vez más, en las huertas y alquerías del Aljarafe. Tan absortos iban en la conversación que mantenían acerca de la trama que había conducido al escandaloso robo que no se dieron cuenta de que media docena de jinetes les seguía a prudente distancia, sin perderles de vista en ningún momento. El camino estaba muy transitado porque eran muchos los campesinos que lo recorrían con sus mulas y asnos, yendo y viniendo de sus huertas y pequeñas heredades del ruedo, tras varios días de aislamiento. También numerosos arrieros trajinaban con sus recuas, abandonando Sevilla. Aquel ambiente ayudaba a los jinetes a pasar desapercibidos, en medio del movimiento generalizado que aquella tarde había en los caminos.

Jerónimo y Diego llegaron a un pequeño repecho, una cuestecilla que se empinaba a la par que se retorció una y otra vez en curvas pronunciadas que rompían la larga vista que el camino había ofrecido hasta entonces. Fue el lugar que los jinetes aprovecharon para aproximarse, sin que ninguno de los dos amigos se diese cuenta de lo que ocurría, hasta que se les echaron encima.

Aquellos hombres no tenían aspecto de facinerosos ni de salteadores, pero los estaban asaltando. Tres de ellos empuñaban, amenazadores, sendas pistolas. Aquellos individuos eran alguaciles.

—¡Detengan vuestras mercedes el paso! —La voz era serena, pero enérgica.

—¡Se puede saber qué es lo que...! —Diego no pudo terminar.

—¡En nombre de su majestad el rey nuestro señor y por mandato de su excelencia el presidente de la Casa de Contratación, quedan arrestados!

—¿Presos?

—¡Exactamente, presos!

—Y... ¿se puede saber de qué se nos acusa?

—¡De varios delitos!

Ninguno de los dos podía dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Varios delitos, decís? —preguntó el imaginero.

—En efecto. —El individuo que hablaba, que parecía ser el jefe del grupo, le alargó un pliego que sacó de la bocamanga—. ¡Leed vos mismo la orden!

Jerónimo tomó el papel que le ofrecían y leyó su contenido. Conforme avanzaba en la lectura de aquellas líneas, se percibía la progresiva crispación de su rostro.

—¡No es posible! ¡No es posible! —Apenas podía balbucir aquellas palabras mientras alargaba el papel a Diego. También él se alteró con su lectura.

—Así pues, según este papel —agitó en el aire el pliego que tenía en su mano—, la denuncia ha sido formulada por su excelencia el duque de los Alcores y el señor asistente de la ciudad. Nos culpan del robo y dan como razón que lo conociésemos de antemano. También de acusar falsamente al duque de los Alcores, que achacan a un asunto de honor entre el maestro y el duque. Incluso de colaborar en la difusión del rumor del contagio. —Levantó la vista hacia el jefe del piquete y le espetó—: Ni la acusación es falsa, ni hemos mentido sobre la flota, sino puesto al descubierto la verdad, y he cumplido escrupulosamente la misión que se me encomendó realizar en Cádiz. Además, esos conductos diversos y esos notables indicios ni se mencionan, pero han bastado para conseguir la anuencia del presidente de la Casa de Contratación, quien ha accedido a dar curso a la acusación.

—Yo solo cumplo órdenes, señor —farfulló a modo de excusa el jefe del grupo. Diego miró el papel y continuó leyendo:

... por la calidad de los denunciadores y los mentados notorios indicios que apuntan en la misma dirección de los denunciantes, como es el hecho de que los tales Loaysa y Ruiz de Acevedo conociesen con antelación al robo la comisión del mismo.

Ítem más porque la denuncia que ambos dos formularon ante don Pascual de Bustamante, en la que tratan de implicar a su excelencia el duque de los Alcores, está fundamentada en la inquina que Jerónimo de Loaysa tiene contra su excelencia por un asunto de honor, del que el duque exige reparación.

Ítem más porque el doctor Ruiz de Acevedo es pieza fundamental en el engaño habido con la difusión del rumor falso acerca del contagio pestilente, no desvelando de manera inmediata a su regreso a Sevilla la falsedad del rumor, porque convenía a sus bastardos intereses de someter a cuarentena a la flota...

Diego y Jerónimo intercambiaron miradas en las que se reflejaba la desazón que les embargaba. Iban a conducirlos a Sevilla apresados como vulgares malhechores,

bajo gravísimas acusaciones. Jerónimo, además, había escuchado que el duque le acusaba porque entre ambos había pendiente un asunto de honor. Con ello solo podía referirse a que había tenido conocimiento —ahora no cabía la menor duda— de su relación con Leonor. Aquello era mucho peor que la humillación a que iba a ser sometido. Era peor que la misma muerte. Con aire cansino, el médico devolvió el papel al individuo que lo portaba y, con tono resignado, le dijo:

—¡Todo eso es una burda mentira!

—No sé si será como vuesa merced dice, ése no es mi trabajo. Las órdenes que yo he recibido son las de deteneros y conducirnos a las dependencias de la Casa de Contratación, donde he de entregaros preferentemente con vida, y si ello no fuere...

—¿Tenéis orden de acabar con nuestras vidas si... si por un casual...? —preguntó Diego, lleno de inquietud.

—En efecto, ésas son las órdenes que he recibido —señaló el alguacil—, pero por mi voluntad eso sería lo último que haría. Incluso si vuestas mercedes me dan palabra de caballeros, por lo que le tengo de aprecio al maestro Loaysa y también a vos, no les maniataré, evitándoles así la vergüenza de entrar en Sevilla de esa guisa. Aunque los cargos que pesan sobre vuestas mercedes son graves.

—Contad con nuestra palabra y os agradecemos la disposición que tenéis hacia nuestras personas —respondió Diego, porque Jerónimo estaba como perdido.

Los ocho jinetes iniciaron su marcha hacia Sevilla. Los dos amigos iban en medio del grupo, rodeados por aquella especie de escolta. Si avivaban el paso, en poco más de una hora estarían a las puertas de la ciudad. Aquel alguacil que parecía requerir informaciones de los vecinos cuando ellos abandonaron la casa de Diego estaba en realidad vigilándoles. En ningún momento el presidente de la Casa de Contratación les había perdido la pista.

Abrumados por el curso que habían tomado los acontecimientos, el retorno de los dos detenidos a Sevilla fue un verdadero vía crucis. A su llegada a la sede de la Casa de Contratación, fueron introducidos en una pequeña estancia de la planta baja, donde les mantuvieron encerrados con guardias en las puertas, sin darles nuevas explicaciones.

Desanimados, Jerónimo y Diego dejaban pasar el rato cabizbajos y en silencio. Diego trataba de dar ánimos a Jerónimo y comentaba de vez en cuando, con voz muy queda y cargada de pesimismo, la increíble situación en que se encontraban. Señalaba cuan ingenuos habían sido en sus actuaciones, sobre todo al haber alertado al presidente de la Casa de Contratación. También habían pecado de inocentes al pensar que habían burlado la vigilancia a que les tenían sometidos. No habían sido solo los secuaces del duque de los Alcores quienes andaban tras de sus pasos.

Demasiado tarde descubrían la trampa en la que ellos mismos se habían metido al actuar de aquella manera y las dificultades que tendrían para salir del atolladero en

que se encontraban. Eran víctimas de los poderosos intereses que se daban cita en aquella acción, donde estaban involucrados un señalado aristócrata, cabeza de una de las familias de mayor renombre de la poderosa nobleza de la ciudad; significativos miembros del cabildo municipal pertenecientes a linajudas familias que ostentaban las *veinticuatrías* desde hacía generaciones en sus manos; gente con importantes responsabilidades en la propia flota robada e incluso miembros de una de las más poderosas órdenes religiosas de Sevilla, los cartujos. Ignoraban hasta dónde podían extenderse las ramificaciones de aquella trama, pero lo que conocían era suficiente para constatar el poder que había detrás de una operación como aquélla. Sospechaban, incluso, acerca del papel que desempeñaba en todo aquello el nuevo asistente de la ciudad y en qué situación se encontraba el presidente de la Casa de Contratación.

Todo aquel tinglado tenía una sola amenaza: la que ellos representaban. Dos pobres diablos frente a la conjunción de poderes que había tras aquella impresionante trama. Era la desigual lucha de David contra Goliat. Un artesano y un médico contra miembros y representantes de las más poderosas instituciones de la ciudad, movidas por intereses en los que estaba en juego una fortuna fabulosa. Tratarían de eliminarles por cualquier procedimiento. Lo que no acababan de explicarse era cómo no lo habían hecho ya.

Jerónimo aparecía mucho más abatido que Diego por la acusación del duque de los Alcores relativa al honor. Aquello solo podía significar que el duque tenía pruebas acerca de su relación con Leonor. Le horrorizaba pensar en las consecuencias que podían derivarse para la mujer que amaba.

Había transcurrido algo más de una hora desde que los introdujeron en aquella habitación, cuando un alguacil, acompañado de dos corchetes, los condujo a la planta alta, donde estaba la sala de reuniones. A pesar de la hora, allí les aguardaba don Pascual de Bustamante junto a otros cuatro caballeros, todos ellos sentados tras una mesa. Los rostros de aquellos hombres eran inescrutables. Sus semblantes, implacables, alargados e impasibles, parecían haber perdido la vida. No expresaban nada. El silencio, apenas interrumpido por los crujidos que producían las tablas que configuraban el entarimado del suelo, colaboraba en la sensación de pesadez y angustia que inundaba el lugar, creando una atmósfera casi irrespirable.

En una mesa más pequeña, una especie de bufetillo habilitado para las tareas propias de un escribano, se encontraba acomodado un sujeto canijo, delgado como un estoque, vestido con un traje de paño vulgar, desgastado por el uso. Tenía el cálamo en la mano derecha, delante un tintero, una salvilla y varios pliegos de papel. Solo esperaba una instrucción para comenzar su tarea.

La voz de don Pascual de Bustamante sonó agría.

—Digan los comparecientes sus nombres y demás señas.

Diego y Jerónimo se miraron extrañados. Fue el médico quien primero reaccionó.

—¿Se trata por ventura de someternos a un interrogatorio?

—Contesten los acusados a la pregunta que se les ha formulado, sin comentarios ni dilaciones —remarcó con acritud el presidente de la Casa de Contratación.

Los dos amigos se miraron de nuevo, confusos ante aquella situación.

—Mi nombre es Diego Ruiz de Acevedo, médico examinado, doctor en medicina y cirugía; vecindado en esta ciudad de Sevilla, soy natural de Osuna, villa perteneciente a este reino. Tengo treinta y ocho años de edad que fueron cumplidos el pasado día de San José, estoy casado en primeras y únicas nupcias con Catalina de Arana, sin haber hijos de dicho matrimonio. Soy miembro del protomedicato de esta ciudad, médico de su cabildo y ejerzo magisterio como profesor en la facultad de medicina de su universidad.

—¿Y vos? —preguntó don Pascual a Jerónimo, dirigiéndole una fría mirada.

—Soy Jerónimo de Loaysa, maestro imaginero, entallador y estofador, con taller y obrador abierto en esta ciudad. Nací hace treinta y cinco años en un lugar del reino de Jaén y desde hace más de quince años soy vecino de esta ciudad. Soy veedor del gremio de pintores y escultores. De naturaleza soltero y vecindado en la calle de la Muela. Cristiano viejo, hijo y nieto de cristianos viejos.

—Habéis de saber ambos —la voz de Bustamante era glacial— que pesan sobre vuestras personas graves cargos relacionados con el robo, perpetrado la pasada noche, del oro y la plata guardados en el galeón *Nuestra Señora de Atocha*. Os acusan personas principales con pruebas fehacientes de haber participado en el mismo. ¿Tenéis algo que alegar ante dicha acusación?

—¡Que somos inocentes de los cargos de que se nos acusa! —espetó Diego con energía.

—En ese caso, ¿habría impedimento por parte de los acusados de explicar por qué camino han llegado vuestras mercedes a tener conocimiento anticipado del robo del galeón? —preguntó con malicia don Pascual.

La pregunta produjo un efecto fulminante en Jerónimo, quien, apretando los puños, no pudo contener una reacción de vehemencia.

—¡No podemos responder a esa pregunta porque está en juego el honor de personas cuyo buen nombre quedaría irremisiblemente dañado!

—¿Quiere decir eso que os negáis a responder a nuestra pregunta?

—No se trata de una negativa, excelencia —señaló Diego, tratando de poner sosiego a sus palabras—, sino de una razón para preservar el buen nombre y la fama de ciertas personas.

—Dadas las circunstancias que concurren en este caso, donde están en juego los más altos intereses de la Católica Monarquía, la fama y el buen nombre de una persona no pueden suponer un obstáculo para desenmascarar a los autores de tamaño

crimen —contestó con ira contenida don Pascual.

—No comparto ese criterio, excelencia. Afirmo que, llegado el caso, ha de darse, por el rey nuestro señor, la hacienda y la vida. Pero la fama y el honor son un patrimonio que va mucho más allá de los derechos que su católica majestad pudiese tener. Y son el honor y esa fama las que quedarían en entredicho —respondió Jerónimo más tranquilo.

—Esas palabras señalan a las claras vuestra contumacia en la posición que mantenéis y que, en nuestra opinión, solo puede entenderse como una añagaza para proteger a vuestros cómplices y correr un tupido velo que oculte vuestra culpabilidad en el criminal robo cometido.

—Apelamos a vuestra honra y vuestra condición de hombre de bien para permitirnos mantener en secreto el conducto por el cual hemos obtenido la información facilitada a vuestra excelencia y que es la única razón por la que nos encontramos en la presente situación, aparte de las acusaciones formuladas por... por «personas principales».

—¿Estaríais dispuestos a comunicar, bajo secreto, el canal o conducto por el que vuestras mercedes dicen haber tenido conocimiento de este asunto?

—¡Nadie podría garantizarnos la reserva de ese secreto, excelencia! —respondió Jerónimo con energía.

Don Pascual de Bustamante se puso de pie con energía y, señalando a Jerónimo con el brazo y el índice extendidos, le gritó:

—¡Eso significa que desconfiáis de mi palabra! ¡Eso es algo que no estoy dispuesto a consentiros!

El imaginero lo miró fijamente.

—¿De qué nos ha servido confiar en vuestra palabra cuando pusimos en vuestro conocimiento el plan para robar al *Nuestra Señora de Atocha*?

—¡Voto a Dios, que habréis de pagar tamaña insolencia! —Don Pascual estaba fuera de sí.

Ante el cariz que tomaba el interrogatorio, Diego sujetó por el brazo a Jerónimo, que había realizado un movimiento impulsivo y habló, tratando de dar un tono de serenidad a sus palabras.

—Negamos cualquier verosimilitud a la acusación que se nos hace y señalamos que no reconocemos autoridad alguna a quienes, parapetados tras esa mesa, se han constituido en tribunal sin justos títulos para serlo.

Don Pascual gritó con voz descompasada:

—¡Habéis perdido la única oportunidad que teníais de salvar vuestras miserables vidas! ¡Escribano, anotad con precisión suma!: «Los miembros presentes de la Casa de Contratación, a saber, don Pedro de la Vallina Heredia, don Gaspar de Benquerencia y Castroviejo, don Luis de Ávalos y Daza, don Tomás Salcedo y don

López de Guzmán, bajo la presidencia de don Gaspar de Bustamante y Solís, como representantes de este organismo, con sede en la ciudad de Sevilla, máximo órgano en lo tocante a materia de comercio con las tierras allende los mares, integradas en los virreinos de Perú y Nueva España, por mandato del rey nuestro señor, cuya vida Dios guarde, acusamos formalmente a Diego Ruiz de Acevedo, médico cirujano natural de la villa de Osuna y vecino de Sevilla, y a Jerónimo de Loaysa, maestro imaginero, natural del reino de Jaén y a la presente vecino de esta ciudad, como así lo hacemos en virtud de este acto, de haber participado en el asesinato de don Luis de Bazán, marqués de Santa Cruz, así como en el criminal robo y expolio de los tesoros que traía de las Indias el galeón *Nuestra Señora de Atocha*. Esta Casa de Contratación pone a disposición de la Real Audiencia de Sevilla las pruebas y testimonios en las que se fundamenta tan grave acusación —señaló con el dedo índice un legajo que había sobre la mesa—, desde la propia declaración de los acusados hasta los testimonios de numerosas y abonadas personas. La abrumadora acusación que contienen las mencionadas pruebas contra los susodichos Ruiz de Acevedo y Loaysa ponderan de tal guisa su culpabilidad que solicitamos, como formalmente también lo hacemos, la detención e incomunicación de los acusados en lugar seguro por cuanto interesa a la justicia y buen gobierno de estos reinos. Dado en la ciudad de Sevilla a 21 días del mes de abril del año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1646».

Bustamante guardó unos segundos de silencio. Luego tronó de nuevo:

—Por la autoridad conferida a nuestra persona y a este organismo por mandato del rey nuestro señor, cuya vida Dios guarde, ordenamos que hasta que no se dicte el auto de prisión, como sin duda lo hará la Real Audiencia, los acusados permanezcan detenidos e incomunicados en los calabozos habilitados en este mismo edificio. Las costas de manutención correrán por cuenta de los acusados. ¡Que los corchetes se hagan cargo de los detenidos!

Diego y Jerónimo fueron a dar con sus huesos a una húmeda y subterránea celda de las que había en los sótanos de la Casa de Contratación y que se utilizaban para encarcelar provisionalmente a aquellos que habían cometido algún delito durante la travesía del Atlántico —viajeros, marineros, soldados, etcétera— hasta tanto la justicia ordinaria tomaba el asunto bajo su jurisdicción. Allí quedaron aislados del mundo exterior, sin que sus allegados supiesen nada acerca de su paradero y sin tener a quien acudir en demanda de justicia para su propia causa.

Aquella arbitraria detención, todo un atropello, les dejaba en manos de Bustamante, quien no parecía estar interesado en investigar la trama que habían denunciado ante él quienes ahora eran víctimas de su decisión.

Mucho antes de que Diego y Jerónimo quedasen detenidos en las mazmorras de la Casa de Contratación, el duque de los Alcores había decidido acudir a la alcoba donde mantenía encerrada a su esposa. El motivo de hacerle aquella visita estaba relacionado con la fuga de Loaysa y Ruiz de Acevedo y con el hecho de que el duque se había visto obligado a montar una estrategia de ataque para defenderse. Era la consecuencia de que, poco después de haberse retirado a descansar, le llegara recado del asistente informándole de la reunión celebrada en la Casa de Contratación. Sin perder un instante, formuló una acusación contra el médico y el imaginero.

Tenía el convencimiento de que la raíz de la acusación contra él estaba no solo en lo que pudiesen saber aquellos dos entrometidos sino en la actuación de su esposa. Estaba seguro de que había sido ella quien les había ayudado a escaparse y de que, siendo la única persona que tenía conocimiento de sus delictivas actividades fuera del círculo de los implicados, les había puesto al corriente de ello. Lo que deseaba, por encima de cualquier otra consideración, era enterarse de cuál era su relación con aquel par de plebeyos.

A la cólera que había supuesto el enterarse de que se habían escapado, se sumó la perplejidad producida por el hecho insólito de que uno de ellos, antes de abandonar la casa, hubiese acudido a los aposentos donde mantenía encerrada a su esposa. Aunque nadie le proporcionaba detalles de tan extraña actitud, el ataque sufrido por el guardián de la puerta era una prueba irrefutable de aquel hecho. Este había sido sorprendido y no podía indicar quién era su atacante, pero solo podía ser uno de aquellos dos sujetos, cuyo objetivo era reunirse con la duquesa.

Lo único que se sacó en limpio de sus indagaciones fue que una lavandera decía haberse cruzado con alguien en el patio que daba a la bodega y los graneros, pero que no reparó en quién era aquel individuo. Ahora bien, no había ninguna duda de que, quienquiera que fuese, sabía dónde estaba presa su esposa porque hasta allí, sin preguntar a nadie, había encaminado sus pasos. El duque, que no salía de su asombro, pensó que detrás de todo aquello también podría encontrarse la desaparecida Isabel de Leiría.

Al final había sido Bastinhas quien, esperando ganarse las simpatías de su nuevo señor, le había puesto sobre la pista de su esposa. La historia que el portugués le contó lo había sacado de quicio. Quienes le conocían sabían de su agresividad y violencia, pero ninguno recordaba haberle visto tan fuera de sí como estaba cuando acudió a los aposentos que servían de prisión a la duquesa. Solo las urgencias para reunirse con Bustamante habían hecho que se retrasase, durante algunas horas, aquella visita.

Hacía meses que la vida del duque discurría, la mayor parte del tiempo, fuera de

su hogar. El único hijo habido de su matrimonio llevaba más de un año en Madrid sirviendo de paje en la corte y de compañero de juegos del príncipe para allegar amistades con vistas al futuro e instruirse en las formas de vida y modos de comportamiento cortesanos. En este tiempo don Rodrigo había viajado en dos ocasiones a la corte. Oficialmente el motivo de estos viajes era conocer los progresos de su heredero, pero en realidad tenían como finalidad negociar con banqueros allí afincados la renovación de los onerosos préstamos que gravaban su hacienda, la cual se encontraba al borde mismo de la bancarrota, una situación que acabaría por salir a la luz pública si no se ponían remedios drásticos a la misma. Cuando estaba en Sevilla vivía, aparte de en los contubernios que en los últimos tiempos mantenía, enfrascado en escandalosas orgías, con gentes de baja laya y peor condición, de las que se hacía lenguas toda la ciudad por los dispendios de las mismas y las escandalosas relaciones que en ellas se mantenían. En una, celebrada en los jardines de su propio palacio, el duque, para cumplir una apuesta con Maladros, uno de los rufianes más afamados de Sevilla, con quien mantenía una intensa relación, contrató los servicios de seis docenas de putas para solaz de los invitados. El escándalo fue monumental y se convirtió en la comidilla de la ciudad durante días.

El duque entró sin miramientos en el aposento donde estaba recluida Leonor. Se plantó en medio de la estancia con los brazos en jarras y las piernas abiertas, clavando una mirada cruel sobre su esposa, quien estaba sentada junto a la ventana y parecía leer; al menos sostenía un libro entre sus manos.

—¿A quién has contado lo que tus malas artes te han permitido conocer? — Aunque el tono de voz era bajo, la amenaza estaba implícita en todas y cada una de las palabras.

—No sé a qué os referís —respondió la duquesa cerrando el libro.

—¡No te hagas la tonta! ¡Acerca de tus actividades conozco mucho más de lo que puedas imaginarte! —El tono había ganado en agresividad.

—Sigo sin saber a qué os referís. Si no sois más explícito, temo que no podré satisfaceros. —Había ironía en su respuesta. El duque se acercó unos pasos y la fulminó con la mirada.

—Bien, tal vez lo sepas si te digo que un médico llamado Diego Ruiz de Acevedo y el imaginero Jerónimo de Loaysa han sido detenidos hoy mismo, acusados de robo. Pero no de un robo cualquiera. Esos malhechores han robado el oro y la plata que había en la capitana de la flota de Indias, que ayer arribaba a Sevilla.

Leonor hubo de dejar el libro sobre su regazo y entrelazar las manos para evitar que el duque se percatara de la angustia que la invadía. Pero no pudo ocultar la mortal palidez que cubrió su rostro, ni el pequeño aleteo de sus fosas nasales, que no escaparon a la escrutadora mirada de su esposo.

—Veo que te ha turbado la noticia de que unos bellacos y ladrones hayan sido

apresados y puestos a disposición de la justicia, que muy pronto les ajustará cuentas.

Leonor aún tuvo arrestos para responder:

—Supongo que ese robo al que os referís es el mismo que habéis planeado con vuestros esbirros y secuaces en esta casa, mancillándola y manchándola con vuestra vileza y felonía.

—¡Zorra lusitana!! ¡No solo has escuchado detrás de las puertas, espiando a tu esposo, sino que has difamado mi nombre contando a extraños intimidades que no podían salir de las paredes de esta morada! —explotó el duque.

—¡Sois vil y felón! ¡Escoria! —Leonor se levantó con un ágil movimiento y escupió al rostro de su esposo—. ¡Presiento que estáis en dificultades, porque de otro modo no os habríais dignado venir hasta aquí! ¡Ojalá la justicia, si es que existe en estos reinos, ponga al descubierto vuestras fechorías y os castigue por ellas!

La bofetada sonó como el estampido de un disparo. Llegó de pleno a la mejilla de Leonor, quien, sangrando por la boca, cayó rodando por el suelo. Loco de furia, el duque arrancó uno de los cordones de seda que servían para recoger las cortinas, arrastró a su esposa hasta la cama y, aprovechando las gruesas y torneadas columnas que sostenían el dosel, la ató con los brazos estirados. Luego le desgarró las sayas, dejándola desnuda de cintura para arriba. Asiéndola por los cabellos, la obligó a echar la cabeza hacia atrás y le susurró al oído:

—¡Bastinhas, tu servidor, te ha traicionado! ¡Como buen portugués, es un cochino traidor! ¡Conozco tus devaneos con ese Loaysa!

Leonor no pudo reprimir un gemido de angustia.

—¡Ese maldito plebeyo y tú os arrepentiréis de haber nacido! —Los ojos del duque inspiraban terror—. ¡Ahora tengo algo más importante que hacer que ajustarte las cuentas, pero cuando regrese más tarde, sabrás hasta dónde puede llegar el dolor!

A grandes zancadas abandonó la habitación, cerró de un portazo y requirió las llaves al que vigilaba la puerta. Cerró las dos cerraduras y gritó al guardia, agarrándole por el pecho:

—¡Me respondes con tu vida si alguien sin autorización cruza ese umbral!

Luego ordenó reforzar la guardia: otro hombre más en la puerta y dos en el patio al que caía el balcón de la alcoba donde, atada, sollozaba la duquesa. Así permaneció doña Leonor más de una hora hasta que la desató la doncella que le llevó la cena.

Eran pasadas las once de la noche cuando, con gesto desabrido y nervioso, Juan de Lastres llegó a casa del duque de los Alcores. Golpeó con furia el aldabón que, con forma de retorcida serpiente, configuraba el llamador. Repitió varias veces la llamada.

Al cabo de un rato le contestaron con voces destempladas:

—¡Ya va! ¡Ya va! ¡Qué formas! ¡Y tan a deshoras!

Los criados, que con desgana habían acudido a su llamada, abrieron el enrejado postiguillo de la puerta y preguntaron por la causa de tan inesperada visita.

—¡He de ver con urgencia a su excelencia! ¡Se trata de un asunto grave, que no admite demora!

—¿Quién busca a su excelencia? —le preguntaron, acercando un fanal al ventanuco.

—¡Soy don Juan de Lastres! ¡Y he de ver al señor duque sin demora!

—Lamentamos comunicaros que su excelencia no puede recibirnos en estos momentos.

—¡Me recibirá! ¡Decidle quién soy!

—Eso no es posible, señor De Lastres. No es posible porque su excelencia no se encuentra en palacio. Salió hace ya rato y aún no ha regresado. Ni siquiera sabemos si lo hará.

—¿Quién llama tan a deshoras? —La voz que preguntaba sonaba lejana y tenía un inconfundible acento portugués. Al escucharla, los dos criados fruncieron el ceño, en un claro gesto de desagrado.

—¿Por un casual es Bastinhas? —preguntó el piloto mayor.

—Sí lo es. Es ese maldito portugués, que el diablo confunda —murmuró el mayor de los criados.

—¡Decidle que soy don Juan de Lastres!

No fue necesario porque Bastián había llegado hasta la puerta:

—¡Señor De Lastres! —exclamó el lusitano, sorprendido—. ¡Abrid, abrid, bellacos!

Una vez franqueado el paso, Bastinhas ordenó a los criados que se marchasen, lo que hicieron a regañadientes.

Desde que el lusitano había entrado en el círculo más próximo del duque, se daba ciertos aires entre la servidumbre de la casa, a la que trataba con desprecio y desdén. Aquella actitud le granjeó la animadversión de todos.

—¿Qué os trae a estas horas?

—¡He de ver de ahora mismo al señor duque! ¡Hay graves complicaciones que requieren actuar con diligencia! ¡Si es posible, de inmediato! —Lastres hablaba en voz baja, pero con energía.

—Lamento comunicaros que su excelencia no está casa. ¿Qué es lo que os tiene tan alterado?

—Solo se lo comunicaré al duque ¿Sabéis dónde está?

—Sé adonde iba cuando partió: el señor duque deseaba hacer una visita a su *puttana* genovesa. —Cuando el portugués dijo lo último, esbozó una sonrisa burlona, cargada de malicia.

—¿Iba solo?

—No, lo acompañaban Maladros y dos de sus hombres.

—¿Cuánto hace que se marchó? —preguntó inquieto Lastres.

—Hará cosa de una hora.

—¡En ese caso, tal vez tengamos suerte y pueda encontrarle todavía allí! ¿Me acompañáis?

—¡Con sumo gusto! ¡Aguardad un instante a que tome mi capa y mi espada!

Aquella noche las calles estaban llenas de gente que se divertía; atrás habían quedado los momentos difíciles de la amenaza de la peste, aunque los horrores hubiesen sido el producto de un engaño. La realidad era que la angustia había atenazado a la ciudad y se habían vivido momentos de temor y de inquietud, los propios del pánico que engendraba la amenaza de la Muerte Negra. Los sevillanos tenían necesidad de celebrar que todo había concluido felizmente.

Se había suprimido, por orden del asistente, el toque de oración, que, aunque nunca se observaba a rajatabla, obligaba en teoría a que los vecinos permaneciesen recogidos en sus hogares hasta el amanecer del día siguiente y solo permitía que se transitaran las vías públicas ante una urgente necesidad. El estupor a que había dado lugar la noticia del robo de la flota se mezclaba con el entusiasmo producido por la promulgación de la salud. Había casas en cuyas fachadas ardían numerosas luminarias; los mesones y bodegas estaban abiertos, con las puertas de par en par; se bebía por las calles y se cantaba, como si toda la ciudad fuese de romería.

A pesar del trasiego de gentes y el fárrago a que daba lugar aquel bullicio, Juan de Lastres y Bastinhas encontraron al duque en la esquina de la calle donde se ubicaba el palacete que tenía puesto a su amante italiana. Don Rodrigo despidió a Maladros y los suyos con una generosa bolsa para que disfrutasen a su salud. El duque, el portugués y el piloto encaminaron sus pasos, a requerimiento de este último, hacia la posada de la Estrella, junto al corral de la Montería, cerca del Alcázar Real, frente a la catedral. El posadero, un truhán de cuidado, era individuo de confianza de don Rodrigo, quien le regalaba generosamente para tenerlo a su disposición. Nada más llegar, fueron conducidos a un reservado, donde les agasajó con estofado y unas jarrillas de vino. Allí mantuvieron una reunión breve pero intensa.

El piloto mayor informó al duque de que fray Antón de Laredo le había hecho llegar un aviso con un propio de absoluta confianza (se trataba de uno de los ganaderos a sueldo que tenía el monasterio). Juan de Lastres sacó de su jubón una hoja de papel que entregó al duque.

—¡Léelo tú! —exclamó desdeñoso.

De Lastres carraspeó para aclararse la garganta.

Esta tarde han visitado el monasterio el doctor Ruiz de Acevedo y el imaginero Loaysa. Al parecer, la razón de su visita está relacionada con la entrega al padre prior de unos pliegos que le remitían

desde nuestro convento de Jerez, donde el médico estuvo en su viaje a Cádiz para certificar lo del contagio. Ignoro la razón por la cual el imaginero le acompañaba, aunque aquí es bien recibido, como autor del venerado Cristo de la Clemencia. Por un extraño designio de la fortuna, que no ha del caso comentar, han escuchado una conversación confidencial entre el padre Remigio y yo, que sin duda les ha proporcionado alguna pista cierta sobre nuestro secreto. No puedo precisar más acerca de este desgraciado asunto, pero han de tomarse medidas urgentes para evitar riesgos y complicaciones.

—¿Ese papel no dice nada más? —preguntó el duque.

—Nada más.

—¿Tenemos seguridad de que nadie más conoce su contenido? —insistió el duque.

—Yo he roto los lacres —respondió el piloto.

—Está bien, eso es una garantía —comentó don Rodrigo, asintiendo con la cabeza—. Sin embargo, su contenido es tan escueto que ignoramos de qué han podido enterarse ese par de mal nacidos que no supieran antes, ni a quién han podido comunicárselo.

—¡Han comparecido, después de estar en la cartuja y ser arrestados, ante una junta de miembros de la Casa de Contratación! ¡Se han negado a revelar las circunstancias por las cuales han llegado a tener conocimiento de lo que saben! —señaló inquieto Bastinhas.

—Por ese lado no hay nada que temer, por ahora. ¡Tenemos a don Pascual bajo control, al menos durante cuarenta y ocho horas! ¡Nos ha costado mil ducados y dos de las putas de más tronío de Sevilla, la Mendes y la Melindres, a las que tiene esta noche en su cama! —exclamó el duque, soltando una risotada y levantando su jarra de vino, como si brindase—. A primera hora de esta tarde cerramos el trato con él. Le he dicho que no deseo que se haga público un asunto de honor que me concierne, en el cual está involucrado el imaginero Loaysa. Pero su compromiso para mantener silencio sobre cualquier declaración no va más allá de pasado mañana. ¡Se vende caro, el canalla!

—Tal vez fray Antón hubiese sido más explícito de haber tenido noticia de que esos dos conocían buena parte de nuestro plan —concedió Lastres a modo de excusa—. Creo que el fraile no ha querido arriesgar con un billete que, aunque por conducto de persona de confianza, podía haber ido a parar a manos no deseadas.

Tras aquellas palabras se hizo el silencio. Fue el duque quien lo rompió, tras mirar alternativamente a sus dos compañeros de mesa.

—Si mañana esos dos no se deciden a hablar, que es lo más probable, Bustamante solicitará pasado mañana al presidente de la Audiencia (eso también ha entrado en el trato de los mil ducados y las putas) que se les aplique tormento, potro y carrucha, para hacerles confesar lo que saben. ¡Ahí es donde tenemos nuestra gran oportunidad para quitárnoslos de encima! ¡Al verdugo se le va la mano y...!

—¡Todo resuelto, pues, con tal de que nos ganemos al verdugo! —exclamó un

risueño Bastinhas.

—¡Sí, pero hemos de controlar esas horas que han de transcurrir hasta lograr que el sayón los tenga en sus manos! —adujo el duque entre suspiros.

—¿Creéis que habría algún problema? —preguntó De Lastres.

—¿Con el verdugo?

—Con cualquier cosa —sentenció el piloto.

El duque pareció meditar la respuesta.

—Estoy seguro de que una buena bolsa, digamos de cincuenta ducados, bastará para que al torturador se le vaya la mano. Tú te encargarás de eso. —Señaló al portugués—. Se trata de un cojo, que vive por el Compás de la Laguna; tiene afición al vino. Te resultará fácil encontrarlo en alguno de los mesones de aquella vecindad. Mucho más me preocupa ese mensaje del fraile. ¡Hay algo en esas líneas que no me gusta! ¡Huele mal! ¡Mañana a primera hora nosotros —miró a Lastres— iremos a la cartuja y saldremos de dudas! ¡No estaré tranquilo hasta que esos dos hayan pagado con creces los quebraderos de cabeza que nos están dando y tengamos definitivamente todos los cabos bien atados! ¡Y ahora, vámonos, tengo un asunto pendiente en mi casa! —Apuró la jarrilla de vino y, limpiándose la boca con la manga, se levantó con agilidad.

Los otros dos se pusieron de pie y le siguieron presurosos hacia la puerta, hasta donde les acompañó el posadero con actitud servil. Allí se despidió Juan de Lastres, mientras que el duque y Bastinhas se encaminaron hacia el palacio del primero. En la calle, la animación continuaba, sobre todo a la puerta de tabernas y mesones, y en aquellas zonas donde las antorchas rompían los velos de la oscuridad. Ninguno de los dos se dio cuenta de que varios individuos iban tras ellos. Una vez que entraron en el palacio, el que parecía ser el jefe de quienes les seguían dio instrucciones muy concretas:

—¡Supongo que os habéis fijado bien! Todos asintieron.

—¡En ese caso, el duque, que es el más alto, no dará un solo paso sin que le perdamos de vista! ¿De acuerdo? Todos asintieron de nuevo.

—¡Tú, tú y tú —señaló a tres de ellos—, tenéis el primero de los turnos de vigilancia! ¡Marcos, Fernández y Roque os relevarán antes del amanecer! ¡Si hay alguna novedad, dos lo seguís a donde vaya y el otro avisa! ¿Alguna duda? —Quien daba las instrucciones era alguien habituado a mandar. Paseó la mirada por el grupo de hombres y todos guardaron silencio.

—¡En ese caso no hay más que hablar, manos a la obra!

El grupo se marchó, mientras que los designados para el primer turno de vigilancia se aprestaron a cumplir las órdenes recibidas.

El duque, una vez en su casa, requirió la presencia de *mama* Rosario.

Durante un buen rato, don Rodrigo y el ama de llaves estuvieron reunidos

discutiendo sobre el futuro que planeaban para Leonor. Barajaron la posibilidad de acabar con su vida simulando un accidente o planteando una situación que hiciese creer que la duquesa se había suicidado. Sin embargo, acabaron por descartar dichas opciones porque el duque pensaba que eran demasiados los riesgos que una acción como aquélla suponía. Tampoco *mama* Rosario estaba muy convencida, pero por razones diferentes: era tal el odio de la vieja criada maragata hacia Leonor, que la muerte le parecía poco sufrimiento para la portuguesa, como la llamaba con despecho. Su más ardiente deseo era que los padecimientos que hubiese de arrostrar fuesen largos y duraderos. Fue ella quien planteó la propuesta que marcaría el desgraciado destino de la duquesa de los Alcores. Era muy tarde cuando la vieja bruja le comentó:

—Aunque has tenido un día muy ajetreado, te he buscado dos mozas que te están aguardando en tus aposentos. ¡Diviértete con ellas! ¡Son unas zorras que harán todo lo que les pidas!

Una sonrisa malévola se dibujó en la boca del aristócrata.

—Eres insustituible. ¡Estás en todo! Mañana me acompañarás cuando visitemos a la portuguesa para hacerle saber el destino que le hemos reservado. ¡Sé que por nada del mundo querrías perderte un momento como ése!

Una ligera bruma se cernía sobre Sevilla cuando los primeros rayos del sol se anunciaban en el horizonte y luchaban por romper, definitivamente, las últimas sombras de la noche. Sería un día luminoso y despejado cuando levantase la niebla.

La ciudad se desperezaba con los primeros síntomas de actividad. En los lugares de costumbre los vendedores y vendedoras, muchos de ellos regatones, colocaban ya su mercancía. En los hornos de pan se trabajaban las últimas cochuras y en los despachos había un notable bullicio, el que formaban los clientes más madrugadores y los arrieros que, con sus recuas procedentes de Alcalá, habían traído, como cada día, grandes serones y blancos costales de lienzo llenos de hogazas. Era el primer día, tras las jornadas de aislamiento por la amenaza de peste, que los panaderos de la vecina villa (distaba como una legua y era tradición que en sus hornos se elaborase una buena parte del pan que se consumía en Sevilla) habían podido entrar en ella. Eran también numerosos los hortelanos que, de camino hacia el ruedo, adonde acudían a la labranza de sus pequeñas heredades, tomaban en puestos callejeros algún jarrillo de cazalla, un fuerte aguardiente que rajaba al entrar por la garganta, pero que calentaba los intestinos y alegraba el corazón. También abrían los puestos de carbón, donde en medio de la negrura general, incluidos los vendedores, se podían ver grandes montañas de aquel combustible, que estaba dejando yermos los bosques de las serranías andaluzas. Había cierta aglomeración en uno de los puestos de aceite, el que estaba situado junto al postigo de su nombre, y que permitía la salida al Arenal por aquel punto.

Había comenzado el desembarco de la carga que la flota traía en sus bodegas. El robo del oro y la plata había sido un golpe terrible, pero en aquellos galeones venía palo de campeche para conseguir tinturas con la cocción de sus troncos; sustancias para la obtención de tintes, como la cochinilla y el añil; quina amarilla para elaborar pócimas y brebajes con los que combatir fiebres y calenturas; especias variadas, tan valiosas como el oro, para el condimento de las comidas, tales como la pimienta, la vainilla o la canela; cacao para hacer chocolate, que se había convertido en la bebida más solicitada por las señoras en reuniones, salones y tertulias; maderas preciosas para mobiliario, escaleras o artesonados como la caoba o el ébano; carey para objetos de adorno y decoración; balas de tabaco para fumar y masticar que, pese a las reticencias de la Iglesia, que no acababa de admitir cosa tan espantosa como echar humo por la boca y la nariz —algo que para numerosos clérigos resultaba evidente que olía a demoníaco, si bien muchos de ellos se habían aficionado al vicio—, se había convertido en práctica muy extendida y fuente de pingües ingresos para las depauperadas arcas de la Real Hacienda, que controlaba la venta de dicho producto al haberlo estancado.

Era digna de verse la concentración de animales de carga, acémilas y asnos principalmente, para transportar sobre sus lomos cuanto era descargado de los barcos, en medio de la rechifla de los arrieros, los relinchos de los corceles que montaban los dueños de aquella riqueza o los rebuznos de los borricos; así como las largas hileras de carros y carretas, arrastrados por bueyes o por mulas, capaces de cargar tres o cuatro docenas de arrobas.

Por allí pululaban acarreadores, esportilleros, mozos de cuerda y jornaleros. Podían verse mercaderes y hombres de negocios que se afanaban por controlar, con la ayuda de sus operarios, la descarga de sus consignaciones en las mejores condiciones posibles. Compradores que, a pie de puerto, iban a la caza de alguna ganga o de un detalle exótico traído por los marineros y los soldados que buscaban, por aquel procedimiento, redondear sus magros ingresos o incluso algún pasajero que veía en ello la posibilidad de pagar parte del costo de su pasaje.

Allí se daban cita buhoneros y aguadores para vender su mercancía; comerciantes que improvisaban sus tenderetes para vender cintas, encajes, abalorios o cualquier cosa que se terciase en una situación en la que el dinero corría con facilidad; vendedores de vino y de licores, pues la ocasión se prestaba al festejo y la celebración; putas en busca de marineros y soldados sedientos de hembra tras semanas de travesía; gentes que buscaban noticias, esperaban correo o simplemente eran curiosos.

Estaba el sol ya alto cuando por el postigo del Aceite, donde continuaba la aglomeración de compradores, salieron el duque de los Alcores y Juan de Lastres, acompañados de Maladros. Al cruzar el Arenal, buscando el puente de barcas sobre el Guadalquivir, hubieron de embridar con fuerza a los animales que montaban porque, pese a su docilidad, se asombraban con el tráfago y el ruido que había. Los dos hombres que les seguían a pie trataban de no perderles de vista, ni ser descubiertos.

Cuando llegaron a la altura del castillo de San Jorge, sede de la Inquisición, giraron a la derecha hacia el monasterio de Santa María de las Cuevas, adonde llegaron en pocos minutos, pues la zona estaba despejada y la distancia no era grande. Cruzaron la cerca exterior del monasterio y se perdieron en el interior. Los hombres que les seguían se detuvieron a la sombra de un pino de amplia copa que les protegió de un sol que empezaba a calentar con fuerza. Uno de ellos se marchó para dar cumplida información de todo lo visto.

El maestre de campo, retrepado en un sillón frailuno, se mesaba, con aire pensativo, la barba que adornaba su mentón. Al cabo de un rato comentó con el capitán que le había traído la noticia:

—Así pues, ayer tarde detuvieron al doctor Ruiz de Acevedo y al imaginero después de una visita que realizaron a la cartuja de las Cuevas y esta mañana el duque de los Alcores y Juan de Lastres, acompañados de ese rufián, también han ido a la

cartuja. ¿Te sugiere algo esa visita, Alonso?

—No alcanzo a comprender el motivo, señor. Por lo que sabemos, el duque no extrema las prácticas piadosas.

—En efecto —asintió el maestro—, estoy seguro de que esa visita tiene que ver con todo este embrollo. ¡Estoy seguro de ello!

Se puso de pie de un salto. A simple vista se percibía la tensión en su cuerpo, ya maduro pero en buena forma. Sus negros y grandes ojos se clavaron en el capitán. Éste supo que acababa de tomar una decisión importante.

—¡Alonso, que una escuadra a caballo acompañe al que ha traído el aviso! ¡Rápido, no vayamos a perderles la pista! ¡Y tú, cuando des las órdenes oportunas, ven conmigo! ¡Hemos de hacer una visita urgente! ¡Que ensillen nuestros caballos!

Don Iñigo de Parias y su capitán ayudante, Alonso Enríquez, se dirigieron, al paso que sus cabalgaduras les permitían por el interior de una ciudad cuyas calles rebosaban de gente, hasta la sede de la Casa de Contratación. Allí el maestro de campo indicó al primer individuo que encontró, un hombrecillo que se daba tono y aires de señor, pero que solo era el portero mayor del palacio, su deseo de visitar al doctor Ruiz de Acevedo y al imaginero Jerónimo de Loaysa. Le respuesta que recibió, dicha sin muchos miramientos, fue que eso era imposible porque su excelencia, don Pascual de Bustamante, había decretado la incomunicación de los detenidos. El maestro apretó la mandíbula, clavó sus negras pupilas en aquel individuo y, no andándose por las ramas, con la espada desenvainada amenazó al ujier.

—¡Voto a Dios que no me marcharé sin hablar con esas personas! ¡Busca a don Pascual y transmítele mi deseo! ¡Dile que soy Iñigo de Parias, maestro de campo del Tercio Viejo de la Armada!

Al oír aquello el ujier, a quien se le había descompuesto el rostro y había perdido los aires que se daba, apenas tuvo resuello para balbucir:

—Lamento decirlo, excelencia, que don Pascual no se encuentra aquí en estos momentos. Está ausente resolviendo asuntos de su competencia. Lo siento mucho, excelencia.

El militar lo miró con ira.

—¡Me importa un bledo dónde esté don Pascual! ¡Alguien habrá de acceder a lo que pido! ¡Y os juro por ésta —levantó la espada— que no dispongo de mucho tiempo, ni tengo paciencia para aguardar!

En aquel momento, avisado por alguno de los criados, se hizo notar, bajando por la escalera, con porte majestuoso, uno de los altos funcionarios de la Casa, don Tomás de Salcedo, quien saludó al alterado militar con cortesana disposición.

—¡Mi querido don Iñigo! ¿Qué buenos vientos os traen hasta esta casa, que se rinde a vuestra disposición? ¿Puedo seros de alguna utilidad? —Mientras esto decía,

se acercó hasta el maestro, a quien tendió su mano.

—Celebro vuestra presencia —respondió el militar, saludándole y guardando el acero—. Tengo necesidad urgente de hablar con los detenidos Ruiz de Acevedo y Loaysa. Pero parece ser que son necesarios ciertos formulismos que, seguro estoy, vos allanaréis.

—¡Sin duda, sin duda, mi querido amigo!

Don Tomás miró al ujier y le ordenó tajante:

—¡Mostrad a don Iñigo el camino y satisfaced su demanda!

—Señor —arguyó con una voz que apenas le salía del cuerpo—, hay órdenes de don Pascual de que dichos presos permanezcan incomunicados.

La mirada de Salcedo fue terrible.

—¡Creo que no habéis oído bien lo que os he ordenado!

El portero se encogió de hombros en un claro gesto de eludir cualquier responsabilidad:

—Como vos digáis, señor.

El maestro agradeció a don Tomás sus buenos oficios y le manifestó la mejor disposición de su persona para aquello que gustase. Bajó por unas escaleras empinadas y estrechas, con los mampelanes gastados por el centro. La iluminación era escasa y empeoraba conforme se descendía. A la par que bajaban aumentaba un desagradable olor a humedad. Terminadas las escaleras, avanzaron por un pasillo al que se abrían puertas a ambos lados; se detuvieron en la tercera de la izquierda. El portero la abrió con un mutismo absoluto y cedió el paso a los militares.

—Para salir, golpeen la puerta; yo les estaré aguardando —se limitó a señalar.

La celda donde estaban el médico y el imaginero era de reducidas dimensiones y recibía luz por un ventanuco, próximo al techo, que daba a un patio interior. La visita sorprendió a los detenidos. El maestro y el médico se saludaron con el cariño de los viejos amigos. Tras el saludo, don Iñigo fue directo al motivo de la visita.

—No se os escapará que nuestra visita está relacionada con el robo de la flota y con vuestra detención. Comoquiera que no podemos perder un instante, pues el tiempo apremia, escuchadme con atención y responded con claridad y sin rodeos a las preguntas que os formule.

Los dos detenidos asintieron en silencio.

—Tengo razones fundadas —prosiguió el militar—, que no es del caso explicar, para creer en vuestra inocencia y en la culpabilidad del duque de los Alcores y sus secuaces. Ayer di instrucciones de no perderles de vista y de que se me tuviese informado de todos los movimientos que realizase Ponce de León. Sé que ha mantenido una reunión con el presidente de esta Casa y, si bien ignoro la razón de ese encuentro, me malicio su causa.

Estoy convencido de que una consecuencia de esas reuniones es vuestra

detención. Algo ha debido de ocurrir en las últimas horas, además de lo que sabéis, que ha puesto muy nervioso al duque. Tengo entendido que ayer visitasteis la cartuja. ¿Es cierto?

—Así es —respondió Diego.

—¿Cuál fue el motivo de esa visita?

—Entregar al prior de Santa María de las Cuevas unas cartas que me había encomendado el prior de la cartuja de Jerez.

—Aparte de ello, ¿ocurrió algo más durante esa visita que merezca la pena reseñar?

—En efecto —contestó Diego—, ocurrió algo de suma importancia para el esclarecimiento del robo en el *Nuestra Señora de Atocha*.

—Os escucho.

—Por casualidad oímos una conversación entre dos frailes, mientras aguardábamos a ser recibidos por el prior. Hablaban del robo.

—¿Están los cartujos implicados en ello?

—Al menos los dos que hablaban lo están. Jerónimo identificó la voz de uno de ellos. Formaba parte del grupo que salió de la casa del duque de los Alcores cuando se dirigían al galeón.

—¿Hay algún dato más que deba conocer de aquella conversación? —preguntó el maestro.

—Los dos frailes estaban preocupados por algo. No pudimos saber qué era porque la conversación quedó interrumpida cuando otro fraile requirió nuestra presencia ante el prior.

—¿Saben esos monjes que escuchasteis lo que decían?

—Con toda seguridad —respondió el médico—. Ignoraban nuestra presencia, pero nos descubrió la llamada del fraile.

—En ese caso ya sabemos por qué esta mañana ha acudido el duque al monasterio.

—¿Está en Santa María de las Cuevas? —preguntó Jerónimo.

—Es posible que todavía siga allí. Pero lo importante es que estamos sobre la pista correcta y que ese desalmado es quien está detrás de todo este embrollo.

Tras un breve silencio, el maestro dijo:

—Bien, no podemos perder ni un instante. Yo continuaré las pesquisas. No hace falta que os diga que vuestra vida corre un grave peligro. Tratarán de eliminaros porque piensan que de ese modo queda garantizada su impunidad. Haré cuanto pueda por protegeros, aunque creo que lo fundamental, en este momento, es ganar las horas.

—Dirigiéndose al capitán Enríquez, le ordenó—: ¡Alonso, llama al de la puerta! ¡Nos vamos! ¡Y a vuestras mercedes, ánimo!

Una vez en la calle, los dos militares se dirigieron al caserón que servía de

acuartelamiento al tercio, un edificio en la Alameda de Hércules en regular estado de conservación que el cabildo municipal utilizaba para tales menesteres y para evitar de ese modo los temidos alojamientos de soldados entre el vecindario.

—Creo que tenemos muchas de las claves de este asunto —comentó don Iñigo al capitán—. Toma a algunos hombres escogidos y que estén preparados para entrar en acción en cualquier momento. Yo he de resolver un asunto; cuando lo concluya, acudiré también al monasterio. —Se marchaba ya el capitán cuando su jefe le dio una última instrucción.

—¡Alonso, la discreción es la clave del éxito en este negocio!

Era pasado el mediodía cuando Maladros abandonó el monasterio y tomó, por la ribera de Triana, río abajo, el camino de Coria. El duque de los Alcores y el piloto mayor salieron de la cartuja una hora después. Comentaban jocosamente, mientras marchaban hacia Sevilla con los caballos al paso, cuan bien les había ido la treta ideada para no levantar sospechas. Mientras el duque solicitaba ver al prior para hacerle entrega de una limosna de cincuenta ducados a fin de que se dijese cien misas por sus intenciones, el piloto mayor pedía ver a su paisano fray Antón de Laredo, señalando que él también era montañés.

—Creo —decía el piloto mayor— que los frailes están más preocupados de lo que debieran.

—De todas formas, no conviene correr riesgos —apostilló el duque—. Si a ese par de entrometidos les diese tiempo a hablar, todo se habría perdido.

—¡Confiemos en los buenos oficios de Bustamante!

—Eso espero, aunque, para nuestra tranquilidad, esta noche haremos el traslado y lo guardaremos todo en la casa de Coria, tal y como hemos quedado. Mejor no correr ningún riesgo. Esperemos que Maladros cumpla su cometido y no haya ningún problema con el Liendres para que tenga dispuesta la gabarra, junto al embarcadero, a medianoche. Será otra nohecita movida, pero merecerá la pena.

Don Iñigo de Parias abandonó el acuartelamiento de la Alameda de Hércules y se dirigió, sin pérdida de tiempo, a la Real Audiencia, donde mantuvo una entrevista con su presidente, don Gaspar de Moraleda.

La relación del militar con el togado era vieja y amistosa, a pesar de que se trataba de dos caracteres muy distintos y de que tenían un concepto muy diferente de la vida. El primero era un hombre de acción, severo en sus planteamientos y dispuesto al sacrificio hasta sus últimas consecuencias. El juez era más dado a la molicie, a la buena vida, al reposo y al sosiego. Y, sobre todo, muy puntilloso en cuestiones de protocolo, algo que al militar le importaba un bledo. Pero a pesar de actitudes tan diferentes, compartían una afición y una pasión: ambos tenían a la literatura por el mayor de los entretenimientos —eran lectores empedernidos y habían

realizado ejercicios literarios, sin mayores pretensiones que el divertimento—. Los dos sentían pasión por las mujeres y habían protagonizado sonoros amoríos. Tal vez por eso eran solteros impenitentes, para gozar, sin ningún tipo de cortapisas, de aquella pasión.

Su relación se remontaba a cuando los dos eran jóvenes imberbes que cursaban leyes en Salamanca. Aquellos ya lejanos años de su vida lo fueron de fraternidad y correrías. Don Gaspar culminó su carrera alcanzando el doctorado en Bolonia y convirtiéndose con el paso del tiempo en una importante figura del mundo de la toga, que si no llegó a mayores rangos, como la presidencia de una de las dos cancellerías —la de Granada o la de Valladolid—, fue precisamente porque su afición a las mujeres dio lugar a escándalos que enturbiaron su imagen. Pero se encontraba a gusto en una ciudad como Sevilla, donde mantenía el genio y la figura. Don Iñigo abandonó los manuales de leyes y las aulas salmantinas —adonde se había visto abocado por imposición paterna— para seguir la carrera de las armas de la mano de un tío materno, que mandaba uno de los tercios que luchaba en Flandes contra los herejes de aquellos pagos.

La divergencia de caminos no acabó con la amistad que habían forjado los años juveniles y la corte fue punto de encuentro en numerosas ocasiones. El militar cumplía fielmente con los encargos que don Gaspar le realizaba sobre puntillas de Malinas, encajes de Brujas o finas telas confeccionadas en aquellas tierras de Holanda, que hacían enloquecer a cualquier mujer y que el letrado administraba convenientemente. A cambio, obsequiaba a su amigo con lo más granado que, en su ausencia, habían dado a la estampa los más relevantes ingenios de la corte: el Fénix Lope o don Francisco de Quevedo.

La reunión de los dos viejos amigos tuvo un efecto fulminante: el presidente de la Real Audiencia reclamaba con carácter inmediato la jurisdicción sobre los presos que el presidente de la Casa de Contratación retenía en su poder, alegando ciertos títulos de preeminencia, por haber sido en la flota de Indias el robo del que se acusaba a los detenidos.

A la misma hora en que el duque de los Alcores y el piloto mayor abandonaban Santa María de las Cuevas, un nutrido grupo de alguaciles de la Audiencia, con requerimiento firmado por su presidente, exigían la entrega de los detenidos Ruiz de Acevedo y Loaysa. Don Pascual de Bustamante, que ya había regresado a la sede de su institución, despreció la requisitoria judicial argumentando mejor derecho. Hubo cruce de palabras, insultos y forcejeos, que no pasaron a mayores, al cerrar los de la Casa las puertas del inmueble y dar con ellas en las narices a los alguaciles. Don Gaspar de Moraleda fue inmediatamente informado de la gravedad de lo sucedido. Su cólera se desató de forma violenta porque en materia de competencias no admitía discusiones. Su buena relación con Bustamante le había llevado a aceptar que los de

la Casa de Contratación tenían jurisdicción sobre el asunto, por tratarse de la flota, pero esa jurisdicción era administrativa y no judicial. En ese terreno las competencias pertenecían a la Audiencia, o sea a él. Una cosa era mostrarse condescendiente y otra muy distinta que se le cuestionase la jurisdicción y se le diese con la puerta en las narices.

Aquel asunto de los detenidos había entrado por unos derroteros que no estaba dispuesto a admitir. Don Gaspar tocó a rebato.

—¡Quiero a todos los alguaciles aquí! ¡Inmediatamente!

—Necesitaremos algún tiempo para reunir a todos los hombres, excelencia — comentó el responsable del alguacilazgo.

—¡He dicho inmediatamente! ¡Ese bastardo de Bustamante sabrá lo que es bueno!

—Se hará con la mayor rapidez, excelencia. ¿Los hombres irán con varas o armados?

—¡Armados hasta los dientes! ¡Vamos a la guerra! —Don Gaspar era una furia desatada—. ¡Que preparen mi caballo!

A eso de las cuatro de la tarde numerosos alguaciles, capitaneados por don Gaspar de Moraleda y Santibáñez, quien iba revestido de todos los atributos de su cargo y acompañado de dos tamborileros, marchaban con poco orden y menos concierto, pero en aguerrida actitud, hacia la sede de la Casa de Contratación. Aquella numerosa y apandillada tropa llamaba la atención de los transeúntes, por lo que muy pronto una turbamulta de gentes les seguían y jaleaban. Ya había comentarios para todos los gustos.

—¡Han descubierto el oro robado en los galeones! —decía uno.

—¡Van a prender al presidente de la Casa de Contratación! —afirmaba alguien.

—¿Él es el ladrón? —se oía preguntar.

—¡Eso parece! —afirmaba otra voz.

—¡Dicen que don Gaspar está dispuesto a asaltar la Casa!

—¡Capaz de ello es!

Muchos se frotaban las manos ante el espectáculo de que iban a disfrutar gratuitamente.

La Casa de Contratación estaba cerrada a cal y canto. Un alguacil, por indicación de don Gaspar —quien no paraba de caracolear sobre su caballo, que soportaba con agilidad la humanidad de su jinete—, requería a voces, a la vez que golpeaba con fuerza el aldabón de la puerta, que se abriese a la justicia. Sus esfuerzos fueron en vano. Solo obtuvo silencio como respuesta.

La concentración de gente era cada vez mayor. El alguacil realizó un nuevo intento. Nada. Silencio.

Entre dos de los espectadores se cruzó una apuesta.

—¿A que no abren?

—¿A que sí?

—¿A que no? ¿A que el juez se va con el rabo entre las patas?

—¿Va un ducado?

—¡Va!

Un apretón de manos selló el trato, que había llegado a oídos del juez, que se encontraba cerca. Don Gaspar giró la cabeza para mirar a los apostadores. Vio a los hombres y también unas maderas pertenecientes a un taller de carretería que daba a aquella plazuela, entre las que había un tronco de regulares dimensiones —como un pie de grosor y de cuatro a cinco varas de longitud— tirado en el suelo. Sus ojos se iluminaron.

—¡Eh! ¡Deja de gritar! —chilló al alguacil—. ¡Vosotros —dijo dirigiéndose a otros de sus hombres—, coged el tronco y usadlo como ariete!

Mientras los alguaciles se disponían a cumplir las órdenes, una atronadora ovación acogió el mandato. Como si de un asalto se tratase, diez de los alguaciles, cinco a cada lado, comenzaron a golpear cada vez con más ritmo y fuerza en las puertas del inmueble. Por una de las ventanas de la planta alta se asomó un individuo, que comenzó a gritar como un poseso.

—¡Están echando la puerta abajo! ¡Están echando la puerta abajo! ¡Estos de la Audiencia están locos!

Don Gaspar miró aviesamente al sujeto que gritaba desde la ventana.

—¿Loco yo? —Y, sin pensárselo mucho, sacó una de las pistolas que llevaba en el arzón y le largó un tiro, que rebotó cerca del marco de la ventana.

Otra ovación acompañó al disparo.

Instantes después apareció Bustamante en el balcón principal, gritando:

—¡Por el amor de Dios, don Gaspar! ¡Haya paz, haya paz! ¡Que este negocio está llegando a extremos inconcebibles!

Los del ariete se detuvieron un instante; la puerta empezaba ya a dar los primeros síntomas de ceder. Al comprobar la duda de sus hombres, el juez gritó con voces descompuestas:

—¡Sin descanso! ¡Hasta que se venga abajo!

Ante la reacción del iracundo juez, don Pascual reaccionó.

—¡Tened, tened, don Gaspar! ¡Que ya abrimos!

Con esfuerzo mayor del que era necesario en circunstancias normales, las pesadas puertas, que habían sido removidas de sus goznes y desencajadas del marco, fueron abiertas en una operación a la que colaboraron tanto los de dentro como los de fuera. Muchos de los presentes lamentaron el final de aquel episodio, otros echaron al aire los sombreros, saludando el éxito de quienes habían gozado de sus preferencias. Pero se mantuvo la expectación —nadie se movió hasta ver en qué concluía el asunto—

porque acerca de las causas que habían provocado aquel escándalo continuaban las afirmaciones más peregrinas y se hacía todo tipo de cabalas.

Una vez en el interior, el presidente de la Audiencia, vencedor absoluto de la contienda, exigió, sin ningún tipo de consideraciones, la entrega de los detenidos. La resistencia de don Pascual de Bustamante solo fue simbólica. Los alguaciles de la Audiencia habían literalmente tomado el edificio y sabía que sería mucho peor para su ya denostada autoridad que los presos fuesen arrancados del lugar por la fuerza viva, que era con lo que le amenazaba don Gaspar.

Jerónimo y Diego fueron sacados de su celda y conducidos, en un coche dispuesto al efecto, a las dependencias de la Audiencia, donde quedaron instalados en una de sus salas, bajo custodia. Allí permanecieron desconcertados e ignorantes del curso que tomaban los acontecimientos, porque sus guardianes no les daban razón alguna, ni contestaban a las preguntas que les formulaban.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando recibieron la visita del presidente de la Audiencia, acompañado de don Iñigo de Parias, quien había salido fiador de sus personas para que quedasen en libertad con el compromiso de no abandonar bajo razón alguna la ciudad, así como de acudir a la llamada del tribunal cuando para ello fuesen requeridos.

Maladros había tenido que forzar el paso de su caballo para cumplir con el encargo del duque y estar en Sevilla antes del anochecer con el fin de prevenir a su gente para el trabajo de aquella noche. Hacía el camino de regreso contento porque todo había salido a pedir de boca con el Liendres. Primero hubo alguna reticencia, pero todo se arregló cuando le dijo que le hablaba en nombre del duque de los Alcores y el gabarrero vio brillar veinticinco ducados de oro en la palma de la mano del rufián, que se los ofrecía en aquel momento como anticipo. Terminada la faena recibiría otros tantos. Una suma como aquélla requería muchos meses de trabajo. Para cerrar el trato, Maladros le puso una condición: había de tener la boca cerrada, ni una palabra a nadie. Después le explicó los detalles del trabajo que habían de realizar aquella noche, en la que trasladarían desde la ribera de Triana, junto al puente de barcas, una carga de unas ciento setenta arrobas hasta un lugar que le indicarían a su debido tiempo, pero que no estaba a más de tres horas de viaje.

El duque de los Alcores, tras la visita a la cartuja, también regresaba contento a Sevilla porque todo estaba bajo control, siempre que actuasen con rapidez. Tenían mucho trabajo por delante, pero aquel esfuerzo significaría acabar con los problemas. Las dificultades que habían surgido por culpa de la actitud de su mujer y de aquellos dos botarates habían sido contrarrestadas y aquella noche, cuando el enorme tesoro que pasaba a su poder estuviese a buen recaudo, se convertiría en uno de los hombres más ricos y poderosos del reino. Podría sanear su empeñada hacienda y disponer de

ingentes recursos.

En el camino de regreso pensaba, además, en otras cosas que le alegraban el corazón: había decidido que se quitaría de encima a aquella maldita portuguesa con la que un mal día contrajo matrimonio.

El destino que le reservaba era enterrarla en vida: la recluiría en un convento de la orden bernarda, fundación de su familia y donde ejercía un omnímodo poder. El lugar elegido era el monasterio de la Asunción. Daría órdenes expresas a la priora, hechura suya, para que se le diese mala vida, a saber, mucha disciplina —incluidos cilicios y azotes—, mucho ayuno y completo aislamiento. En cuanto a aquellos dos plebeyos, que tenían ya las horas contadas —Bastinhas habría realizado el encargo que le confió—, se regodeaba pensando en que no iban a partir para la otra vida así como así. Unos ducados más en manos del verdugo —como había indicado al portugués que entregase al sayón una vez cerrado el negocio para mandarlos al otro barrio— habrían servido para que, antes de que les despachase, les aplicase tales tormentos que renegasen de haber venido al mundo.

El resentimiento anidado en su corazón era tal que solo el pensar en los detalles del tormento y en el destino que reservaba a su esposa le producía tan extraordinario placer que hasta le abrió el apetito. Por ello decidió que lo primero que harían sería comer. Se acercaban ya al puente de barcas que les permitiría cruzar al lado de Sevilla, cuando comentó a De Lastres:

—Tanta emoción y tantos trabajos me han puesto hambriento. Antes de nada comeremos.

—Si ése es el deseo de vuestra excelencia, conozco una venta caminera, a poca distancia de aquí, en esta misma ribera, donde no se come mal, aunque habremos de volver los caballos porque está camino de Cantillana. Los codillos de cerdo son insuperables —señaló el piloto.

Don Rodrigo le miró con las cejas levantadas y aire de duda:

—¿En una venta caminera buena comida?

—¡Dadlo por seguro! ¡Conozco bien el lugar, podemos estar allí en poco rato!

—¡Sea, pues! —sentenció el duque—. ¿Cómo habéis dicho que se llama el lugar?

—No os he dicho su nombre, señor, pero es conocida como «El Abrevadero».

—¡A fe mía que es mal nombre, De Lastres! ¡Más parece sitio de animales!

—¡También lo es, señor! —exclamó el piloto jocosamente—. ¡Pero el codillo es insuperable!

Eran pasadas las tres cuando entraban en El Abrevadero. La concurrencia era notable, pero ello no fue obstáculo para que el ventero, viendo la calidad de los recién llegados, acudiese presuroso a atenderles y a ofrecerles el mejor lugar de la casa.

La suciedad y falta de higiene tenían su asiento en aquel lugar, pero las excelencias del codillo de cerdo cantadas por Lastres no les defraudaron. Era

excelente. Dos de ellos, adobados con salsa y una guarnición de variadas verduras salteadas con tropezones de tocino, ingirió el duque, quien, a modo de entrada, había dado cuenta de una generosa porción de migas enriquecidas con jamón y condimentadas al modo de los pastores de la sierra norte de Sevilla. El vino, por el contrario, era asqueroso, agrio como vinagre e impregnado de un desagradable olor a cuero y sebo del pellejo que lo contenía. A pesar de ello, el duque manifestó su satisfacción. En parte porque la hija del ventero, que fue quien les atendió, era una lozana joven de talle fino, amplias caderas y generosos pechos, que se dejó sobar sin remilgos por el aristócrata, quien a la conclusión del condumio le regaló un real de ocho y la promesa de volver a verla en breve.

Hicieron el camino de regreso a buena marcha. Cuando los dos hombres entraban en Sevilla, por la Puerta Real, el sol aún estaba alto. El crepúsculo tardaría un par de horas en caer sobre la capital andaluza. Nada más entrar en la ciudad, ignorantes de todo cuanto había acontecido, se separaron. El piloto había recibido el encargo de organizar la salida de la gente de Maladros; entre el toque de ánimas y el de oración abandonarían la ciudad por parejas y sin llamar la atención. Todos se reunirían en un batán abandonado que había en la orilla de Triana, entre el castillo de San Jorge y la cartuja.

A las diez los frailes les estarían esperando en la cueva señalada de entre las que daban acceso a las galerías subterráneas del monasterio y comenzarían la operación de sacar los cofres y los talegos. Una amplia zona —unos quinientos pasos a lo largo de la ribera del río frente a la cartuja— quedaría bajo la vigilancia de una docena de arcabuceros para evitar que nadie se acercase al lugar donde se llevarían a cabo las tareas de embarque. Cada uno de los hombres llevaría dos arcabuces y dos pistolas, ya cebadas y listas para abrir fuego si fuese necesario. A las doce llegaría la gabarra en la que se haría el traslado.

El duque, por su parte, marchó directamente a su casa. Cuando llegó, ordenó al criado que le había abierto la puerta que avisase a la vieja ama de llaves.

—¡Rápido, dile a *mama* Rosario que venga! ¡Que la aguardo en mi gabinete!

El criado asintió y se retiró en silencio. El duque apenas estuvo solo un par de minutos, los que tardó en llegar la anciana ama de cría de su madre.

El duque, tomándole la mano, le indicó:

—¡Acompáñame, *mama* Rosario, acompáñame! ¡Vamos a hacer a la portuguesa la visita que teníamos prevista!

El ama le miró a la cara:

—¡No lo haces bien! ¡No lo haces bien! ¡Has de darle más castigo!

El duque la miró con una malévola sonrisa.

—¡Ya sé, *mama*, ya sé, pero precisamente por ello quiero que me acompañes!

La extraña pareja echó a andar camino de la alcoba que servía de prisión a la

mujer del aristócrata.

La vieja maragata asistió, viviéndolo con fruición, al momento en que el duque de los Alcores comunicó a su esposa que había decidido encerrarla en un convento, donde pasaría el resto de sus días.

—¡Allí sabrán cómo tratarte, zorra! ¡No te mereces otro pago después de las maquinaciones que has urdido contra mí! ¡Contra tu propio esposo!

Leonor no pudo contenerse.

—¿Maquinaciones, dices? ¡Solo un canalla como tú podría llamar a la verdad de tal forma!

—¡Calla, deslenguada! —gritó con voz chillona la vieja maragata.

—¡Unas maquinaciones —prosiguió el duque— que no han servido para nada porque esta misma noche culminaremos el plan que me ha convertido en el hombre más rico de esta monarquía! —Se acercó hasta su esposa y le repitió—: ¡El hombre más rico de esta monarquía! ¡Quien mañana te va a enterrar en vida!

—¿Adonde me envías, desalmado?

—¡Lo sabrás cuando llegues! —La respuesta fue acompañada de una bofetada que hizo que Leonor de Mascarenhas se tambalease y terminase por caer—. ¡Hasta nunca! ¡A donde te envío es como si hubieses muerto!

—¡Y lo sentirás! ¡Y lo sentirás! —apostilló la vieja con su desagradable voz.

Aún estaba tendida cuando *mama* Rosario se acercó hasta ella y le escupió con ferocidad.

Una vez que abandonó los aposentos de su esposa, el duque se recluyó en su despacho. Antes de hacerlo reclamó la presencia de Bastinhas. Un fámulo le comunicó que el portugués no estaba en casa. En cuanto regresase, le sería transmitido el deseo de su excelencia.

Había transcurrido poco rato cuando Bastián solicitó, mediante unos suaves golpes en la puerta, autorización para interrumpir a su amo. El lusitano estaba muy agitado. Ya tenía conocimiento de lo acaecido en la Casa de Contratación y de la puesta en libertad del médico y el imaginero. Cuando lo comunicó al duque, la cólera le encendió el rostro y un hermoso jarrón de fina decoración pagó las consecuencias.

—¿Cómo ha sido posible? ¡Maldito Bustamante!

—Señor, no conozco los detalles. Sé que ha sido esta tarde y, en cuanto me he enterado de la noticia y la he confirmado, he venido lo más aprisa que me ha sido posible —balbució Bastinhas a modo de excusa.

El duque parecía una fiera enjaulada.

—¡Esta vez se han librado! ¡Pero ya les llegará su hora! ¡Sin embargo, por mucho que se afanen, llegan tarde, Bastinhas!

Aquellas expresiones señalaban que su contrariedad estaba más relacionada con el hecho de que Diego y Jerónimo hubiesen escapado a la terrible suerte que les había

preparado que al riesgo que podía correr el plan trazado y previsto para aquella noche. Soltó algunas imprecaciones más y, mirando al portugués, pareció recordar algo.

—¡Tú y yo saldremos a las nueve! ¡Por el postigo de la mancebía! ¡Disponlo todo!

—Perded cuidado, excelencia —asintió Bastinhas—. ¿Necesita su excelencia alguna cosa más?

La respuesta fue un negativo movimiento de cabeza.

Mientras el duque de los Alcores y el piloto mayor habían organizado todo lo referente para dejar a buen recaudo el tesoro del *Nuestra Señora de Atocha*, don Iñigo de Parias, junto a Diego y a Jerónimo, habían trazado su plan de acción.

Tras estudiar todos los datos que poseían, llegaron a la conclusión de que la relación de los cartujos con el aristócrata tenía que ver con el escondite del oro y de la plata. Trabajaban sin descanso en el acuartelamiento del la Alameda de Hércules, donde no paraban de llegar noticias de los movimientos del duque. «Ha salido de la cartuja un sujeto que ha marchado por la ribera derecha del río aguas abajo; se le sigue». «El duque y el otro individuo que le acompaña han abandonado el monasterio a eso de las dos». «Están comiendo en una venta caminera llamada “*El Abrevadero*”». Con los datos que aportaron el médico y el imaginero, quienes mantuvieron ocultas las fuentes de su conocimiento, las sospechas del militar se confirmaron punto por punto. Estaban a un tris de finalizar la reunión cuando llegó un nuevo parte, que decía así:

«*Maladros ha estado en Coria y se ha reunido con un barquero. Le ha entregado buenos ducados*».

En medio de la oscuridad y del silencio de la noche se vio un fogonazo y se oyó el sonoro estampido de un arcabuz. Aquello fue el comienzo de una inesperada y nocturna batalla en la que se entrecruzaron los gritos, las órdenes, las blasfemias y los disparos.

Todo empezó hacia la una de la madrugada. La noche era cerrada, fresca y, desde unas horas antes, se palpaba la humedad en el ambiente. La brisa del oeste anunciaba agua, traía olor a tierra mojada. Ya con las últimas luces del atardecer habían aparecido en el horizonte unas largas bandas nubosas que anunciaban un cambio de tiempo. Los nublados habían tapado la menguada luna y sumido la noche en la oscuridad más absoluta.

El duque de los Alcores y sus hombres habían iniciado, a lo largo de la línea que tenían bajo custodia, el acarreo de los talegos y de los cofres desde la entrada de la cueva antes de la medianoche. Los frailes los pusieron a la salida de la misma para que nadie husmease en las galerías subterráneas del convento y tenerlo todo a punto para cuando llegase la gabarra del Liendres. El empeoramiento del tiempo y, sobre todo, el ocultamiento de la luna hicieron que se retrasase, ya que hubo de navegar muy despacio y fue necesario el esfuerzo de una docena de remeros. También dificultó el viaje la orden de Maladros de no llevar ninguna luz que señalase la posición de la gabarra. Hubo de desplazarse tomando como referencia aquello que le permitía orientarse. Para ello utilizó dos candelas encendidas en lugares concretos. También le sirvieron los fanales colgados en las puertas de la muralla de Sevilla y, en el tramo final, ciertas candelillas que alumbraban en algún punto de Triana.

Apenas había comenzado la carga de la gabarra cuando sonó el arcabuzazo y los primeros gritos.

—¡¡Alarma!! ¡¡Alarma!! ¡¡Nos atacan!!

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Que no escapen!

En medio de la oscuridad todo era confusión. Luego otro fogonazo y otro disparo. Desde donde estaba el duque, que dirigía, tras el acarreo desde las cuevas, la fase final de la operación en el pequeño embarcadero, no se podía saber si los disparos los hacían los atacantes o los hombres que había apostados para proteger la zona de traslado hasta el embarque. Solo sabía que las dos detonaciones se habían producido aguas abajo.

A partir de aquel momento, numerosos disparos atronaron en el silencio de la noche. La potencia del fuego que tenían los hombres que había apostados era considerable, pero en la oscuridad nadie podía saber muy bien hacia dónde disparaba. Los resplandores eran lo único que permitía establecer puntos de referencia.

Lo que don Rodrigo Ponce de León no entendía, en el estupor del momento, era

cómo se había producido aquella situación, quiénes eran los atacantes, cuántos eran, cómo se habrían enterado. Rechinando los dientes, golpeó con el puño cerrado en la palma de la mano.

Todo ocurría tan rápido que no sabía muy bien qué hacer. Sintió el chocar de las espadas y más gritos. Instintivamente, desenvainó su acero y se percató de que las tareas de carga habían quedado interrumpidas. La gente estaba paralizada ante la impresión del ataque. Reaccionó, tratando de que se reanudase el acarreo del oro.

—¡Venga, bergantes! ¡Carguemos todo lo que podamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Algunos de los hombres, los que se encontraban más próximos al él, reanudaron la tarea, aunque eran presa del nerviosismo.

Unos instantes después se escuchó gritar:

—¡Nos atacan desde Triana! ¡Parece que son muchos!

Entre los cargadores se oyó decir:

—¡Vienen a por nosotros! ¡Yo me largo!

Fue visto y no visto. Los que, con desgana, habían reiniciado el trabajo soltaron lo que portaban y echaron a correr en todas direcciones. Intentaban huir despavoridos, perdidos en medio de la noche. En un instante el caos fue total. A muy pocos pasos se escuchó otro grito:

—¡Vienen hacia aquí!

Quien se acercaba era Maladros.

—¡No os vayáis, cobardes! ¡Preparémonos para hacerles frente!

Juan de Lastres se aproximó al duque; también tenía el acero desenvainado y la cara desencajada. Allí, en el embarcadero, había una tenue penumbra, la que proporcionaban unos toscos farolillos hechos con un armazón de palos atados y recubiertos con vejigas de conejo, en cuyo interior había un corto cabo de cebo. Los cargadores de la gabarra también acabaron por perder los nervios.

—¡Rápido, rápido, tenemos que terminar rápido! —gritaba el gabarrero.

Sin embargo, instantes después, el Liendres debió de pensárselo mejor y gritó varias órdenes:

—¡Esteban, recoge el ancla! ¡Manuel, corta las amarras! ¡Tú, Roque, retira las planchas! ¡Nos vamos, que esto se pone feo!

—¡De aquí no se mueve nadie sin que yo lo diga! —Maladros, de un salto portentoso, se había subido a la gabarra y con una daga amenazaba el cuello del barquero. Los demás quedaron inmóviles.

—¡Diles que no hagan nada! —y le apretó el filo del puñal en la garganta.

—¡Haced lo que él os diga! ¡Que me mata! ¡Que me mata! —lloriqueó el Liendres.

—¿Qué ordena su excelencia? —El rufián preguntó al duque, quien, presa del desconcierto, no sabía muy bien qué hacer.

Los gritos de los atacantes se escuchaban cada vez más cerca, entremezclados con maldiciones y algunos ayes de dolor.

Se sintió rodar un cuerpo por el suelo y otra imprecación. Alguien había tropezado. Luego un arcabuzazo y otro grito.

Una voz, como a un centenar de pasos, gritaba de forma desaforada:

—¡Allí, allí, allí están! ¡A por ellos! ¡A por ellos!

Fue Juan de Lastres quien reaccionó:

—¡A la gabarra, excelencia, a la gabarra! —Tiró del brazo de don Rodrigo, que parecía ausente, y lo subió a bordo.

Bastinhas, saltando con agilidad, se encaramó también a la cubierta. El piloto mayor dio la orden, con la energía propia de un avezado hombre de mar:

—¡Tú, corta el ancla!

El individuo al que se encaró le respondió con cara de sorpresa:

—¿Que la corte?

—¡Con esa hacha, rápido! —le gritó amenazándole con la espada.

Luego, mirando al que estaba junto al timón, le espetó:

—¡Timonel, todo a estribor, al centro del río! ¡La proa a estribor! ¡Rápido! ¡Busca la corriente, rápido!

Mientras daba estas órdenes, de un tajo cortaba las amarras y de una patada hacía saltar las tablas que les habían servido de pasarelas. La gabarra, ahora a favor de la corriente, comenzó a desplazarse pesada y lentamente, a la vez que su proa, obedeciendo al violento golpe de timón, se separaba cada vez más de la orilla.

Cuando los primeros atacantes llegaron al embarcadero, les resultó imposible abordarla. Su popa se había ya despegado demasiado de la orilla. La maniobra ordenada por el experimentado piloto la había colocado fuera de su alcance. Algunos soldados abrieron fuego, disparando por intuición hacía donde se alejaba la gabarra.

En aquel momento, un relámpago rasgó el cielo y se impuso a la oscuridad de la noche, iluminando por unos instantes el escenario. El barquichuelo ofrecía su bajo perfil sobre las aguas del río y se recortaba la silueta de su carga y de varios individuos a bordo. En la orilla, un rosario de hombres —eran soldados del Tercio Viejo de la Armada— miraban impotentes cómo se les escapaba la presa; aprovechando el resplandor de un nuevo relámpago, cuantos pudieron dispararon sus armas. La oscuridad no les permitió ver el efecto de la descarga. En la ribera, los hombres luchaban, corrían, gemían heridos o permanecían inertes, tendidos en el suelo. En el embarcadero había un montón de cofres, arquetas y bolsas, unas formando conjunto y otras tiradas alrededor en completo desorden. Al fondo, majestuoso y desafiante, el perfil de la cartuja de Santa María de las Cuevas. Instantes después siguió un trueno que retumbaba en cascada como si algo grande y pesado rodase por el firmamento. Los cielos de Sevilla se abrieron y la amenaza de

lluvia, que había amagado hasta aquel momento, se convirtió en realidad. Fue como si el trueno anunciase un diluvio que llegó de forma instantánea y torrencial. Las aguas del río empezaron a agitarse.

La mañana del 23 de abril amaneció en Sevilla gris y triste. La lluvia, que había caído intensamente durante la noche, solo amainó al amanecer. Todo estaba húmedo, empapado. Las dunas del Arenal se habían convertido en barrizales. El Guadalquivir bajaba crecido, turbulento y con las aguas sucias y encrespadas, pero los husillos y las compuertas de defensa habían resistido, en esta ocasión, la fuerza de la crecida. La ciudad se había salvado de una de las riadas que la inundaban con lamentable frecuencia.

Pese a las dificultades que el temporal había provocado —las carretas y las bestias de carga se atascaban en el fango y costaba ímprobos esfuerzos sacarlas de los barrizales— continuaba la descarga de los galeones. La afluencia de curiosos era notable, pero no tenía comparación con lo vivido durante la jornada anterior.

A la altura de la Torre del Oro se concentraba, desde las primeras horas de la mañana, cierto número de curiosos que husmeaban, hasta donde les era posible, los restos de una gabarra embarrancada. Un piquete de soldados impedía acercarse a la embarcación siniestrada, que se había estrellado contra uno de los espolones de la ribera del río, donde rebotó y fue a dar contra el casco de uno de los galeones, causándole importantes desperfectos, entre los que se contaba una pequeña vía de agua en la que trabajaban ya algunos carpinteros de ribera y varios calafates.

Todo apuntaba a que el timonel, en unas condiciones desfavorables, había perdido el control de la barcaza, que acabó estrellándose. Un grupo de funcionarios de la Casa de Contratación examinaba detenidamente los restos del naufragio. Aquella inspección reveló que los dos cadáveres que se encontraban en la cubierta tenían heridas de bala, que presumiblemente habían sido las causantes de la muerte. Asimismo, el timón ofrecía el impacto de varios arcabuzazos.

Poco después fueron encontrados otros dos cadáveres. Uno fue visto por unos marineros enganchado en la cadena del ancla de uno de los galeones y otro lo descubrieron unos perros en un ribazo de la orilla derecha del río. Los ladridos de los animales alertaron a unos campesinos de la zona. Aquellos cadáveres se sumarían a la media docena que había provocado un grave enfrentamiento habido en la orilla de Triana. Entre ellos se encontraba el del *veinticuatro*, don Gonzalo de Rojas.

Muy pronto circularon todo tipo de rumores y comentarios. Se decía que se había rescatado una parte importante del oro robado, que descubrieron a los ladrones cuando estaban embarcándolo en una gabarra y que todo había ocurrido en la orilla de Triana frente al castillo de la Inquisición. Los presentes pudieron ver que, en medio de fuertes medidas de seguridad, los talegos, los cofres, las arquetas y otros

recipientes repletos de oro, plata y piedras preciosas estaban siendo trasladados a su destino. El recorrido estaba custodiado por arcabuceros del Tercio Viejo de la Armada. Se habían tapado todas las bocacalles que daban acceso al itinerario que había de seguir la recua de acémilas sobre cuyos lomos iba la preciada carga.

Era numeroso el gentío que se agolpaba a lo largo del recorrido custodiado por los soldados, quienes, allí donde el terreno lo permitía, habían abierto, utilizando para ello sus largas picas, un pasillo de no menos de veinte varas de ancho para que los animales, los arrieros y los soldados que marchaban junto a las mulas, reforzando la custodia, se desplazasen sin dificultades añadidas a las que el barro planteaba. Entre piquero y piquero había un arcabucero y, de trecho en trecho, un cabo se encargaba de mantener la disciplina de los soldados, quienes habían recibido instrucciones muy concretas: «Ojo avizor» y «Actuar sin contemplaciones, llegado el caso». Todos tenían las armas prevenidas, cebadas y las mechas prendidas.

Se especulaba con la cantidad de lo recuperado, que iba desde «el monto total de lo robado» hasta «menos de un tercio». Se fantaseaba acerca de las circunstancias en que se había descubierto el botín. Unos decían que unos pastores de Triana habían dado aviso al observar «cosas extrañas». Algunos afirmaban que habían sido «disensiones entre los propios malhechores». Otros, que el origen de todo estaba en «una revelación misteriosa». En fin, había quien sostenía que habían sido «los frailes de la cartuja quienes habían dado aviso», lo cual contradecía a los que manifestaban que los cartujos estaban en el ajo del robo, pero como cómplices del mismo. En lo que coincidían todos los rumores era que don Rodrigo Ponce de León, duque de los Alcores, era la pieza clave en todo el plan urdido para llevar a cabo el robo.

También se decía, aunque aquí las versiones eran muy variadas, que la conmoción vivida en Sevilla a causa de la falsa epidemia de peste estaba relacionada con el robo del galeón y que los dos acontecimientos formaban parte de una misma trama. Algunos rumores incluso apuntaban a que el envenenamiento del asistente, conde de Paredes, tenía relación con aquel asunto.

Corría asimismo la especie de que había sido detenido en las casas de su morada, por tratarse de persona noble, el asistente en funciones, acusado de estar implicado en aquellos turbios manejos. También padecían arresto domiciliario alguno de los *veinticuatro* integrantes del cabildo municipal, cuyos nombres no estaban confirmados.

Con la ciudad agitada hasta lo más íntimo de su esencia, pero más alegre y confiada una vez que habían quedado superados los recelos que las angustias del «contagio» habían sembrado y por la feliz conclusión del robo de los tesoros, las autoridades se afanaban en la búsqueda del duque de los Alcores, cuya detención despejaría los numerosos puntos oscuros que aún quedaban pendientes de esclarecer en aquel lamentable asunto. Pero no aparecía por ninguna parte. Ninguno de los

cadáveres encontrados pertenecía a don Rodrigo Ponce de León.

A eso de las diez de la mañana, una vez determinados, con la declaración de testigos abonados y por la propia fuerza de los hechos, los sucesos de la larga noche vivida, el doctor Diego Ruiz de Acevedo y el imaginero Jerónimo de Loaysa fueron exonerados de todos los cargos que pesaban sobre ellos y se ordenó el arresto de don Pascual de Bustamante en la propia sede de la Casa de Contratación, con facultad para poder desplazarse libremente por sus dependencias, pero con prohibición expresa de salir del edificio, así como de poder convocar a reunión al alto organismo del gobierno indiano. Sus funciones fueron asumidas por el más antiguo de los funcionarios hasta que quedase resuelto el asunto. Tanto el arresto de Bustamante como la rehabilitación de Ruiz de Acevedo y Loaysa habían emanado de una orden expresa del presidente de la Audiencia.

A media mañana Maladros había sido encontrado, malherido, con un disparo en un costado, por unos desocupados que buscaban, en un paraje indeterminado entre Sevilla y Coria, espárragos, setas, tagarninas y otras hierbas con que alimentarse. No ofreció resistencia; más bien al contrario, pidió socorro y ayuda porque la vida se le escapaba a chorros por la herida. La noticia de todo ello fue puesta en conocimiento del alguacil mayor, quien había dado las instrucciones necesarias para que fuese trasladado a Sevilla. Fue conducido a la cárcel real, donde le atendieron un médico y un barbero. Allí Maladros, animado por vagas promesas, confesó ante un juez de la Audiencia, asistido de escribano y en presencia de miembros de la Casa de Contratación y de la Casa de la Moneda.

En lo esencial, su declaración venía a confirmar lo que ya se conocía, a saber, que había una conexión entre todo lo relacionado con la epidemia de peste y los planes de robo; que el tesoro robado había sido ocultado en una de las cuevas de la cartuja y que eran dos los frailes implicados en la operación: uno se llamaba fray Remigio y otro fray Antón. Declaró que para acceder al *Nuestra Señora de Atocha* habían contado con la colaboración del contramaestre de dicho galeón. Afirmaba que el impulsor de la operación había sido el duque de los Alcores, quien, además, había corrido con todos los gastos, pero que el cerebro de la misma era un tal Juan de Lastres, piloto real. También confesó que fueron sorprendidos, no podía precisar por quién, aunque sí sabía que era tropa armada, regular y acostumbrada a los envites, cuando procedían al traslado y a la carga del producto de su latrocinio en una gabarra que era propiedad de un tal Liendres, vecino de Coria y de oficio barquero, y que la dicha gabarra había naufragado porque un disparo había destrozado el timón lanzando la embarcación a la deriva. Dijo que el destino de la carga, de haber llegado a buen fin la operación que realizaban, era un palacio propiedad de los Ponce de León, en Coria.

Preguntado por el paradero del duque de los Alcores, Maladros dijo que no podía

dar respuesta a esa cuestión porque lo ignoraba. Contó que, al igual que él, su excelencia huía en la gabarra, a la que había subido acompañado del tal Lastres y de un portugués llamado Bastinhas, pero que todo fue confusión y desorden. Lo único que podía afirmar era que el duque iba a bordo cuando se produjo el accidente.

Antes del mediodía entró en Sevilla una de las numerosas patrullas de alguaciles que recorrían los parajes próximos a la ciudad, interrogando a gañanes, campesinos, pastores y arrieros a la búsqueda de alguno de los implicados en el robo. Gracias a la información obtenida, habían dado con el paradero de un sujeto que andaba agotado. Era persona de cierta relevancia por sus modales y vestiduras, pero se había negado a revelar su condición y las razones por las que se encontraba en tan lamentable estado, lo que levantó las sospechas de los alguaciles, quienes le apresaron. El detenido fue conducido a la Audiencia, donde se le identificó como Juan de Lastres, piloto mayor de la flota de Indias, y se le acusó de formar parte de la trama urdida para robar en los galeones del rey. Sometido a interrogatorio, confirmó, punto por punto, lo que había confesado Maladros, pero tampoco supo dar norte del paradero del duque.

Ante la desaparición del aristócrata, de quien tampoco daban señas en su casa, el presidente de la Audiencia tomó la decisión de publicar bandos por voz de pregonero y que se fijasen pasquines en la esquinas y lugares de costumbre con el siguiente contenido:

Don Felipe, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de Granada, de Navarra... duque de Milán y de Brabante... señor de Vizcaya y de Molina, y en su nombre don Gaspar de Moraleda y Santibáñez, presidente, por su mandato, de la Real Audiencia de Sevilla, hace saber a los veinticuatro, hombres buenos y a todos los presentes, vecinos y estantes, de la ciudad de Sevilla, que ha sido dictado por mi persona auto de búsqueda y captura de don Rodrigo Ponce de León, duque de los Alcores, y de un portugués, criado suyo, que responde al nombre de Sebastián de Bastinhas, por cuanto están acusados de haber cometido graves ofensas a ambas majestades.

Encontrándose ambos acusados en paradero desconocido y siendo necesaria su conducción ante este tribunal para que respondan de sus crímenes y delitos, así como para que aleguen cuanto a su defensa les convenga, es por lo que se hace saber este público pregón. Exhortándose a todos aquellos que aportar pudieren algún indicio, dato o informe acerca de su paradero, a que lo pongan en conocimiento de la autoridad porque así conviene a la justicia del Rey Nuestro Señor.

Hácese saber asimismo que aquella persona, sin distinción de calidad ni condición, que aportase datos fidedignos para la detención y captura de los dos susodichos y muy principalmente de don Rodrigo Ponce de León, recibirá la suma de cincuenta ducados, que serán abonados en buena moneda de oro...

Cúmplase, imprímase y publíquese.

Dado en Sevilla a 23 días del presente mes de abril, año de gracia de mil seiscientos cuarenta y seis.

Antes de media tarde Sevilla estaba inundada de pasquines y por todas sus plazas y esquinas los pregoneros anunciaban a voz en cuello el contenido de aquel auto. La noticia llegó al Compás de la Laguna, hasta la cerrada mancebía de la ciudad. El

encargado de ella, Mateo Abrás, acudió visiblemente nervioso y con paso presuroso hasta el más apartado de los reservados de su mesón, una amplia dependencia cuya pared exterior configuraba la propia muralla. Era un lugar oscuro —solo recibía luz a través de un ventanuco que daba a un patio interior—, pero recogido y muy discreto. Estaba ricamente amueblado y se utilizaba como nido de amor de los más acaudalados visitantes de su casa. Sin embargo, de un tiempo a esta parte no estaba abierto al público, ni aunque se pagasen doblados los tres ducados de la tarifa. Se aseguró de que nadie le había seguido por el largo y oscuro pasillo que daba acceso a aquella cámara, a pesar de que hacía días que el negocio estaba clausurado. Tocó suavemente en la madera de la puerta primero dos golpes espaciados, luego tres, seguidos y más intensos. Tras un breve silencio le respondieron desde el interior.

—¿Sois vos, Abrás? —preguntó muy bajo una voz con fuerte acento portugués.

—Sí, sí, soy yo. Abrid presto, traigo graves noticias.

Se escuchó el correr de un cerrojo y el descolgarse de una aldaba. El *padre* de la mancebía entró en la estancia, donde había un cálido ambiente propiciado por el fuego de una enorme chimenea en la que ardían gruesos troncos de encina. Allí, tendido en una cama de grandes dimensiones, de maderas primorosamente labradas y adornada con dosel, estaba tumbado don Rodrigo Ponce de León. Tenía un aspecto desaliñado. Parecía dormido.

Abrás miró a Bastinhas con una interrogación en la cara.

—Hace como un par de horas que descansa. Me dijo que, si se dormía, le despertase al anochecer —indicó el portugués.

—Aquí traigo el encargo que esta mañana me hizo su excelencia. —Depositó un paquete de regular tamaño sobre un sillón.

—¿Está todo lo que os encargó?

—Todo.

—¿También están preparados los dos hombres?

—También.

—¿...de absoluta confianza?

—Respondo personalmente de ellos.

—En ese caso, podéis marcharos. Yo le diré al duque que habéis cumplido con lo que os encomendó.

—Es que han ocurrido cosas que su excelencia debe saber. Creo que deberíamos despertarle ahora mismo —afirmó el mesonero.

—¿Cuál es ese asunto tan grave?

—Lo es y mucho, pero he de decírselo a su excelencia.

—Está bien, pero despertadle vos. Yo no quiero más complicaciones de las que ya tengo —se excusó Bastinhas.

Abrás se acercó al lecho y susurró con voz débil, temerosa:

—Excelencia, excelencia.

Don Rodrigo Ponce de León abrió uno de los ojos.

—¿Qué ocurre? ¿No ves que estoy durmiendo?

—Señor, es que...

—¿Qué ocurre? —preguntó el duque abriendo el otro ojo.

—Excelencia, es que, veréis...

—¡Vamos, suéltalo ya! ¡Maldita sea!

—Es que... es que han puesto precio a vuestra persona.

Don Rodrigo se levantó de un salto y comenzó a pasear de un lado para otro, presa de una tensión y de un malhumor que se manifestaba en las largas zancadas de sus pasos, en la contracción de su rostro y en las maldiciones que pronunciaba entre dientes. Los otros dos hombres le miraban en silencio. Al cabo de un rato, comentó:

—Supongo que ya lo han pregonado.

—Así es, excelencia, por voz de pregonero y con pasquines.

—¿Cuánto ofrecen?

—Cincuenta ducados, señor.

—¡Solo cincuenta ducados!

—Por los dos, señor.

—¡Miserables!

—Esa suma, señor, desataría muchas lenguas.

El duque miró con dureza al mesonero.

—¿También la tuya?

—¡Señor!

—¡Contéstame, bribón!

—Sabéis de sobra, señor, que yo nunca os traicionaría.

—Está bien, está bien. —El duque se acercó a Mateo, le puso una mano en el hombro y le miró fijamente a los ojos—. ¡Si me traicionas, tu vida no vale un maravedí! —Cambiando de tono le preguntó—: ¿Falta mucho para que anochezca?

—Dentro de una hora o así será noche cerrada, señor —respondió el mesonero con voz temblorosa.

El duque se sentó en un escabel que había ante una mesilla y tomó el recado de escribir que allí estaba dispuesto. Pergeñó unas líneas en un pliego, lo dobló y con un poco de lacre lo selló con su anillo.

—Quiero que se entregue esto a *mama* Rosario. Lo llevará alguien de absoluta confianza, que traerá razón conveniente. Y tú, ten dispuesta mi salida para cuando regrese el recadero. ¿Están preparados los dos hombres que te dije?

—Están a vuestra disposición para cuando gustéis, excelencia.

—Está bien, está bien —contestó el duque, taladrándole con la mirada, mientras le daba el mensaje que había escrito.

Mateo Abrás cogió el papel con mano temblorosa.

—Se hará todo como ordena vuestra excelencia.

Cuando se hubo marchado, el portugués echó el cerrojo, atrancó la puerta y preguntó:

—¿Qué pensáis, señor?

—Que si hubiese querido traicionarme, ya lo habría hecho, pero siempre es bueno atemorizar.

—¿Tenéis algún plan, señor?

El duque pareció meditar un instante.

—Sí, lo tengo. ¿Dónde está el paquete que ha traído?

Bastinhas se lo entregó.

—En ese caso, pongámonos manos a la obra. Hemos de estar preparados cuando nos traigan el recado.

Acababa de sonar el toque de oración y se había procedido al cierre de las puertas de la ciudad. El duque de los Alcores y el portugués que le acompañaba ni habían aparecido ni nadie había dado razón alguna. En la Casa de la Moneda el personal se afanaba en hacer el recuento de todo lo recuperado y se comparaba con el registro facilitado por los contables de la flota. Al parecer, había pérdidas, pero no alcanzaban el diez por ciento, lo que dadas las circunstancias era todo un éxito.

Por una callejuela y a buen paso, un fraile franciscano, revestido con todos los aditamentos del sacerdocio y con la cabeza cubierta con un manto que también le servía para proteger el copón que llevaba, portaba el viático. Lo acompañaban dos portaluces que también vestían el hábito de San Francisco y un sacristán, que no paraba de agitar la campanilla. Por el camino se les habían unido algunos de las escasos transeúntes que, presurosos, circulaban por las calles. Tras realizar su recorrido llegaron a las puertas del palacio de los Alcores, donde les aguardaban numerosos criados, que comentaban cuan quebrantada estaba la salud de la vieja *mama* Rosario, que hacía poco rato había sufrido un grave ataque, que la había dejado paralizada y a las puertas de la muerte. Ninguno de los presentes creía que viese otro amanecer. Cuando los fámulos divisaron, al fondo de la larga y estrecha calle a la que se abría la señorial casa, la religiosa comitiva, varios de ellos se adelantaron para alumbrar con antorchas encendidas el último tramo del recorrido que había de cubrir el sacerdote.

—¡Rápido, padre, rápido! ¡Que está agonizando!

—¡No os detengáis, por el amor de Dios!

Varios sujetos que, relevándose, habían mantenido bajo estrecha vigilancia la zona, asistían en silencio a la llegada del viático. Todos se destocaron e hincaron la rodilla en tierra al paso del Santísimo. Tras el sacerdote y su comitiva, los criados

entraron en tropel y cerraron tras ellos las puertas de la mansión.

El revuelo que se organizó dentro del palacio fue extraordinario cuando el cura arrojó el copón y se desprendió a tirones de los ornamentos y del hábito; el falso franciscano era el duque de los Alcores. También el sacristán, que no era otro que Bastinhas, se quitó las vestiduras clericales con algún problema, al enganchársele los encajes del roquete en la hebilla del cinturón. Mientras se quitaba su disfraz, don Rodrigo, con el ánimo mal templado y el rostro crispado, comenzó a gritar órdenes.

Se produjo un movimiento generalizado. Cada cual acudió, corriendo, a cumplir su parte de cometido. Solo los dos individuos que habían portado los faroles de acompañamiento permanecían quietos y en silencio, apartados en un rincón.

Poco después, don Rodrigo se colocó un lujoso tahalí del que colgaba una bruñida espada de fino acero toledano y cogió dos cordones de seda que servían para recoger unos cortinones. Tenía los ojos enrojecidos por la cólera y el cansancio. Acompañado de su vieja ama de llaves y del portugués, subió las escaleras a toda prisa.

Nada más llegar a la galería ordenó, a voces, a los que montaban guardia ante la alcoba donde estaba encerrada su esposa, que abriesen la puerta.

—¡Que nadie nos moleste! ¡Bajo ninguna razón! —gritó a los guardas—. ¡Me respondéis con vuestro miserable pellejo! ¡Bastinhas, tú espera aquí! ¡Ya te llamaré si te necesito! —Al portugués no le gustó la orden, pero hubo de resignarse.

Cuando Leonor vio entrar a su esposo y a *mama* Rosario de la guisa que iban, no pudo contener una exclamación de pánico.

La vieja arpía lucía una sonrisa maligna y de su boca desdentada salían unos sonidos, parecidos a carcajadas, que helaban la sangre. Intentó escapar lanzándose por el balcón. Llegó a entreabrir las puertas, pero no tuvo tiempo. Su esposo logró de un tirón, que la llevó a rodar por el suelo, apartarla de allí. Luego utilizó uno de los cordones para atarla con las manos a la espalda a una de las columnas del dosel.

—¡Te juro por mi vida que vas a arrepentirte de haber nacido! —le gritó, asiéndola por los cabellos.

A pesar del pánico que la dominaba, le quedaron arrestos para escupirle en el rostro.

—¡Cerdo, ladrón!

—¡Ah, si me hubieses hecho caso...! —rezongó la vieja—. ¡Pero ahora no es momento de lamentos, sino de actuar! ¡He esperado este instante durante años!

—¡No perdamos tiempo! ¡Comencemos! —bramó el duque.

—¡Santo Dios, protégame! —gritó horrorizada Leonor cuando vio a su marido acercarse con el cordón en sus manos.

Iba a estrangularla. El duque se acercó y le pasó suavemente el cordón por el cuello, luego comenzó a apretar despacio. Poco a poco el rostro de Leonor se enrojecía y congestionaba, a la vez que sus ojos se agrandaban.

La risa de *mama* Rosario sonaba espeluznante.

La escasa resistencia que podía ofrecer Leonor, atada como estaba, fue cediendo conforme perdía las fuerzas al faltarle el aire. Apenas conseguía respirar y su marido continuaba con el estrangulamiento. De repente, sonó un portazo y en el umbral de la alcoba apareció, espada en mano, Jerónimo de Loaysa.

Cuando se hizo cargo de la situación, de su garganta salió un grito salvaje, animal:

—¡¡¡Malditos seáis!!!

La vieja se encogió instintivamente presa del temor y se apartó a un rincón. Jerónimo miró al duque que, ante el grito, se había vuelto.

—¡Defiéndete, maldito! —le espetó el imaginero.

—¡Hoy tendré doble placer! ¡Primero te mataré y luego continuaré con ella! —gritó don Rodrigo, tirando de su espada.

Los dos enemigos quedaron frente a frente. Se movieron despacio, estudiándose, buscando un punto de debilidad en la guardia del otro. La mirada clavada en los ojos del contrario.

En el instante de silencio que se produjo, solo roto por los contenidos sollozos de Leonor, se oyó ruido en la galería y chocar de aceros. También allí se estaba peleando.

El duque se dio cuenta de lo que aquello significaba y acometió con fuerza a su enemigo, lanzándole una estocada a fondo que resultó fatal para él porque abrió su guardia y permitió a Jerónimo hacer una finta y asestarle un golpe mortal. La espada del imaginero le entró más de una cuarta por el costado izquierdo, medio palmo por debajo del sobaco. Le llegó al corazón. Cuando Jerónimo tiró de su acero para sacarlo, un borbotón de sangre salió por la herida abierta, a la vez que el duque se desplomaba. La vida se le escapaba a chorros. Apenas pudo, antes de expirar, soltar un gemido en el que parecía pedir confesión.

Jerónimo cortó de un tajo las ligaduras de Leonor. En aquel momento la mujer que amaba perdió el conocimiento y se desplomó en sus brazos. La depositó con ternura en la cama, arropándola de forma conveniente. Rápidamente salió a la galería, donde la lucha tocaba a su fin. Los dos guardas de la puerta estaban acorralados y se entregaban a los soldados, mientras que Bastinhas yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre, y pedía a gritos confesión. Allí estaba Diego Ruiz de Acevedo, con un acero ensangrentado en la mano, vistiendo todavía el hábito de franciscano con el que había marchado de Portugal, acompañando al falso viático, formando una singular pareja con su amigo Jerónimo.

—¡Rápido, Diego, rápido! ¡Leonor está mal!

—¿Y el duque? —preguntó el galeno.

—Muerto.

Los dos hombres entraron de nuevo en la alcoba, donde Leonor continuaba inconsciente. Justo a tiempo, porque *mama* Rosario acababa de sacar de entre sus ropas un fino estilete con una clara pretensión. Fue Diego quien la desarmó y vio cómo la vieja se convulsionaba presa de un ataque de histeria. Pidió a uno de los soldados que la sacase de allí.

Diego examinó a Leonor; luego miró a su amigo y le tranquilizó:

—No te agobies, su vida no corre ningún peligro. Durante algún tiempo le quedará una pequeña señal, que acabará por desaparecer. Será mucho peor el recuerdo del horror que ha vivido.

Durante las horas siguientes, la casa del difunto duque de los Alcores se convirtió en lo más parecido a un manicomio. Gentes que entraban y salían, gritos, destemplanza, idas y venidas, y sobre todo desorden, mucho desorden.

Mama Rosario había sido conducida a una celda del cercano convento de las carmelitas descalzas, a cuya priora se habían dado severas instrucciones acerca de su custodia, hasta que la autoridad competente dispusiese sobre ella. Habría de permanecer incomunicada.

Los criados acusados de complicidad en los turbios manejos del difunto duque de los Alcores habían sido todos detenidos y conducidos a la cárcel real de la calle de las Sierpes, después de serles tomada declaración, en el mismo palacio adonde se había trasladado un juez de la Audiencia, asistido de dos escribanos y varios oficiales. La servidumbre quedó muy reducida por esta circunstancia.

El cadáver de Sebastián de Bastinhas fue entregado a los hermanos de la cofradía de la Santa Caridad, cuatro de los cuales le velaban en la capilla de su hermandad antes de darle cristiana sepultura, cosa que harían al día siguiente. Antes de morir había tenido ocasión de descargar su conciencia y confesar sus culpas, así como de recibir los auxilios espirituales que le suministró un sacerdote, que acudió a toda prisa, dado lo extremo del caso.

A pesar de la hora, en la Real Audiencia se realizaron las correspondientes diligencias para enviar un exhorto al juez eclesiástico de la diócesis hispalense a fin de que dispusiese, si a bien lo tenía, todo lo necesario para la detención de dos frailes cartujos, fray Antón de Laredo y fray Remigio de la Cruz.

A Mateo Abrás, padre de la mancebía, se le prendió por colaborar con el duque de los Alcores, facilitándole medios —el paso por su mesón y el cobijo en el mismo— para la comisión de sus crímenes. Le sería tenida en cuenta la importante colaboración prestada con la justicia para proceder a la detención de don Rodrigo Ponce de León.

Era cerca de la medianoche cuando Jerónimo de Loaysa y Diego Ruiz de Acevedo abandonaron el palacio de quien, reposando y recuperándose en su cama,

era ya la duquesa viuda de los Alcores; quedaba bajo los cuidados y la atención de Isabel de Leiría, quien había regresado, abandonando su escondite.

En su recorrido hasta la casa del médico les acompañó el maestro de campo del Tercio Viejo de la Armada, don Iñigo de Parias, escoltados por un piquete de arcabuceros. El militar les comentó algunas de las muchas incidencias habidas a lo largo de aquella larga y tensa jornada que ahora concluía.

Cuando se quedaron solos, en la oscuridad del zaguán de la casa, mientras Sevilla dormía y Catalina de Arana acudía presurosa a abrir la puerta, los dos amigos se fundieron en un fraternal abrazo. Estaban derrengados y agotados, pero tenían el ánimo reconfortado y les embargaba una paz interior imposible de describir.

Epílogo

Pocos meses después de estos increíbles sucesos, cuando en Sevilla se hablaba ya de otras cosas alrededor de las chimeneas, en los patios de vecindad, en el corral de los Olmos o en las gradas de la catedral, Catalina de Arana falleció de unas fiebres agudas que toda la ciencia, abnegación y sacrificio de su esposo no pudieron remediar. Diego Ruiz de Acevedo se enroló como médico en el tercio que luego se llamaría Inmemorial, cuyo mando había quedado encomendado a don Iñigo de Parias, quien marchaba a Flandes a ocupar el puesto de maestre del mismo y continuar la encarnizada, costosa e interminable lucha contra los rebeldes holandeses, herejes convictos y confesos, enemigos de nuestra Santa Madre Iglesia y por ende de la Católica Monarquía Hispánica.

Jerónimo de Loaysa continuó en Sevilla. Su amigo, al marcharse a Flandes mediante escritura pública otorgada ante el escribano Nicolás de Castroverde, le legó el naranjal y la alquería que poseía en el Aljarafe, donde tantas tardes y noches habían departido, acompañados de Catalina, sobre la vida y sus esencias. De sus manos siguieron saliendo las más hermosas y expresivas imágenes que no solo concentraban la devoción de los sevillanos sino que constituían valiosas joyas del patrimonio artístico de la ciudad. El paso del tiempo se encargaría de situarlas en la dimensión de obras maestras del arte de su tiempo.

Doña Leonor de Mascarenhas, duquesa viuda de los Alcores, asumió la crianza de su hijo como vástago principal y cabeza del linaje de los Ponce de León. Dedicó sus esfuerzos al saneamiento de la maltrecha hacienda patrimonial de tan esclarecida familia. Lograría algunos años después equilibrar el presupuesto y posteriormente acumular los medios necesarios para que el futuro duque de los Alcores dispusiese de rentas acomodadas para desempeñar el papel que por tradición familiar le correspondía. Se mostró como dama limosnara, dadivosa y caritativa con las necesidades ajenas. Fue, una vez que la hacienda ducal se lo permitió, el paño de lágrimas de numerosas instituciones benéficas sevillanas. Ganó fama de mujer recta, virtuosa y cumplidora de sus altas obligaciones, como correspondía a su posición. Ganó, además, fama de mujer discreta, lo cual fue meritorio, pues hubo de hacer gala de infinita discreción para mantener alejada de consejas de comadres, y chismes de sirvientas y criados, la relación que sostuvo mientras vivió con el imaginero Jerónimo de Loaysa. Solo una debilidad puede notársele en cuanto a punto de discreción: el testimonio que de dicha relación dejó consignado en un librito, escrito con no mal estilo y que, a modo de diario, confeccionó a lo largo de los años. El mismo, celosamente guardado, fue descubierto por el autor de esta narración entre los papeles

que le regaló una bisabuela suya, hace algún tiempo —regalo en el que abundaban recetas de cocina, impresos sevillanos del siglo XVII y el mencionado diario— por estimularle la afición que le tenía a las letras y a los papeles viejos.

En el susodicho librito la duquesa viuda de los Alcores dejó anotados la sustancia fundamental y numerosos de los detalles que se cuentan en esta historia. Si en esta narración que el lector ahora concluye hay algunos errores, en absoluto son achacables a tan egregia dama, sino a falta de oficio y capacidad de quien esto escribe.

No me resisto a poner el punto final a estas páginas sin señalar que doña Leonor de Mascarenhas dejó consignado por lo menudo su relación con Jerónimo de Loaysa, afirmando que constituyó el amor de su vida y que, superados los terribles momentos sufridos junto a don Rodrigo Ponce de León y que el lector conoce por este relato, fue una mujer plenamente feliz y contenta con la suerte que le había deparado el destino. Por ella sabemos que contrajo matrimonio secreto con Jerónimo de Loaysa y que de aquella relación no hubo hijos.

Pero esos asuntos, que aseguro al lector que tienen un extraordinario interés para conocer la Sevilla de aquellos años, no son materia de este libro, que ahora concluye.

Gaena, a 30 días del mes de julio del año 2001, primero del tercer milenio.

J. C. P.



JOSÉ CALVO POYATO (Cabra, Córdoba, 1951) es catedrático de historia. Se doctoró con una tesis sobre los señoríos en el paso del siglo XVII al siglo XVIII, período que, centrado en el reinado del último Austria, CarlosII, y el primero de los Borbones, Felipev, constituye la mayor parcela de su labor investigadora: *La guerra de Sucesión* (1988), *Así vivían en el Siglo de Oro* (1989), *De los Austrias a los Borbones* (1990), *CarlosII el Hechizado y su época* (1992), *Felipev, el primer Borbón* (1993) y *Juan José de Austria* (2002). Ha publicado también las novelas de base histórica *Conjura en Madrid* (1999), *La Biblia negra* (2000), *El hechizo del rey* (2001), *Los galeones del rey* (2002), *Jaque a la reina* (2003), *El manuscrito de Calderón* (2005), *La orden negra* (2005), *El ritual de las doncellas* (2006), *La dama del dragón* (2007), *Vientos de intriga* (2008), *El sueño de Hipatia* (2009), *Sangre en la calle del Turco* (2011), *El mensajero del apocalipsis* (2012), *El pintor maldito y Mariana* (2013) y *Los hilos de la libertad* (2013), que han cosechado un gran éxito de crítica y público.

www.josecalvopoyato.com.